



SANTOS EN FLOR

Infancia y juventud de los Santos

Texto de don Silvestro Mazzer

Cuadros del Prof. Lido Mazzi



Santos en flor

Infancia y juventud de los Santos

Carta del Obispo a los jóvenes lectores

Queringo mucho,

el Evangelio es el libro más hermoso, pero también son hermosos los libros que nos hablan de los Santos. He aquí un libro que habla de la infancia y juventud de los Santos.

Los Santos son nuestros hermanos y hermanas que nos han precedido en el camino de Dios. Los Santos son un regalo de Dios, para la gloria de su nombre y para nuestro confort y consuelo, son una armonía gozosa de gracia y hermosura. Tienen, por lo tanto, mucho que decir, mucho que enseñarnos.

Ellos, que han escuchado y recibido la "llamada" de Jesús, nos enseñan sobre todo, a escuchar a Jesús.

Jesús "llama" a cada uno de nosotros a caminar hacia el Cielo, donde el Padre nos abrazará. Este camino es el camino de la "santidad".

«**S**ed santos, porque yo soy santo», dijo Dios al pueblo de Israel. Y san Pedro escribió a los primeros cristianos: «En la imagen del Santo que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta». Y san Pablo: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación».

De hecho, somos "hijos de Dios". El Padre nos creó y nos ama entrañablemente. El unigénito Hijo Jesucristo nos salva y nos lleva a la vida eterna. El Espíritu Santo, la belleza suprema y la verdad, nos hace partícipes de la vida divina.

Nosotros somos "nuevas criaturas", por el amor que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Nosotros somos la familia de Dios.

Pero entonces tenemos que amar y buscar la santidad, tal como lo hicieron nuestros Santos.

A través de nuestros Santos aprendemos a alabar al Señor: alabar, bendecir, agradecer, glorificar al Señor y cantar sus maravillas de gracia y de verdad, de bondad y de justicia, de misericordia y de paz.

Con nuestros Santos, amamos al Señor, y a todos los hermanos, especialmente los pobres, los que sufren. Servimos al Señor sirviendo a los pobres del Señor.

Entre los Santos, muchos siguieron a Jesús de inmediato, desde una edad temprana; su infancia y su juventud fueron enseguida luminosas. Alguno, sin embargo, pasó primero por experiencias tristes; pero luego se convirtió y dijo que sí a Jesús con todo su corazón.

Querido muchacho, que tu juventud sea desde ya hermosa, desde ya lista para amar y seguir al Divino Maestro.

Que tu juventud, como la juventud de tantos Santos, sea empeñada, alegre, pura y radiante.

En tu camino, te está cercana la compañía alegre de los Santos; camina contigo la dulce madre María, Madre de Cristo, de la Iglesia, y de la humanidad.

Te saludo y te bendigo,

Dante Bernini,
Obispo emérito de Albano

INTRODUCCIÓN

En una pequeña parroquia, nos hemos propuesto – párroco y catequistas parroquiales – presentar a los niños cada semana la infancia y juventud de un Santo, escogiendo entre los Santos que más hablan a los chicos y que más interesa la historia de la santidad. Así ha nacido este libro.

La juventud es la edad en la que nos abrimos a la vida, la edad en la que el alma vibra y se eleva hacia todo lo que es hermoso y maravilloso. ¿Cómo han vivido los Santos su primera juventud? ¿Cómo fueron los Santos a los ocho, diez, quince años? Estas páginas son una pequeña historia de las almas que, mirando a Jesús, han descubierto la belleza de Dios y de su amor, y han hecho de su vida un don y una canción de agradecimiento a la santidad de Dios.

Delineamos así, con palabras simples y a tintas leves, "buenos ejemplos", y los ofrecemos a nuestros niños, catequistas y educadores. Los ofrecemos a cualquier persona que quiera respirar un poco de aire fresco en el cielo de los Santos de Dios. "Ejemplos atraen", dice el proverbio. Buenos ejemplos convencen más que mil palabras. Las figuras y ejemplos, si buenos, son alas que elevan; si son malos, se convierten en peñascos pesados que escandalizan y sofocan el alma. Especialmente los niños y los jóvenes – que abren los ojos al mundo y a la vida – necesitan buenos ejemplos que equilibren y compensen los malos ejemplos.

Una "historia" de la santidad juvenil también da a los niños una idea de la "historia de la Iglesia". La historia de la Iglesia es la historia de una humanidad débil y pecadora, pero amada y purificada por el amor de Dios; y por lo tanto, es una historia de

"santidad". Muchos – muchos miles – son los Santos reconocidos por la Iglesia; pero todos los Santos viven en un determinado período, y acogen la Caridad de Dios con la sensibilidad de su tiempo. Por lo tanto, leyendo la vida y la historia de los Santos, también podemos leer la vida y la historia del “pueblo de Dios”: desde la sangre de Abel, o de Inés, a la sangre del mártir misionero de nuestros días.

Se presentan aquí no sólo Beatos y Santos reconocidos por la Iglesia, pero también algunas grandes figuras del Antiguo Testamento, y también algún simple "cristiano" de nuestros días. "Beatos" y "Santos" en sentido estricto, de hecho, son sólo los que el Papa ha declarado solemnemente como tales. Si un cristiano ha vivido en modo heroico las virtudes cristianas – la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la pobreza –, la Iglesia primero les concede el título "Siervo de Dios" y "Venerable". Entonces (después de al menos un milagro) puede ser declarado "Beato". Por último – después de otras pruebas y otro milagro – el Papa le presenta a toda la Iglesia como "Santo". Por lo tanto, nadie puede ser considerado "santo" sin reconocimiento Papal.

Por supuesto, sólo Dios es "Santo, Santo, Santo". Sólo a Dios se debe "adorar". Nosotros adoramos a Jesús, porque él es Dios hecho hombre. Jesús es "Santo, Santo, Santo", "quemado de amor" (Himno Pascual), "horno ardiente de caridad" (Letanías del Sagrado Corazón). Es por ello que todos los Santos son "Santos", ya que se unen a Jesús. Adoramos a Jesús: a los Santos no los adoramos; los "veneramos", los amamos, y les rogamos que nos lleven a Jesús. Entre los Santos, veneramos, rogamos, amamos especialmente a María, la más santa de los Santos, la Inmaculada, nuestra querida, muy querida "Madre celestial".

Pero todos los cristianos están llamados a hacerse santos. Se hace santo el que mira a Jesús, el que sigue a Jesús, el que ama a Jesús.

¿Y quién pertenece – en buena conciencia – a otra religión? Ciertamente también a él, el Señor inspira sentimientos de oración y de santidad. ¿Quién sabe cuántas criaturas – que nadie conoce – serán "santas" en el Paraíso! ¿Quién sabe cuántos “pobres de Dios” estarán en el Paraíso! «Vendrán de Oriente y Occidente», dijo Jesús.

En cuanto al "lenguaje" – sea narrativo que pictórico – nos hemos cuidado de que no sólo fuese "accesible", sino también "simple", en el sentido evangélico. La "simplicidad" cristiana es el encanto frente al "Misterio", es el esplendor de la "Verdad": «La verdad os hará libres». (*Juan 8,32*).

El tono de la narración no sólo es "creyente", sino también "pio" y "afectivo". Sintonizarse con este tradicional enfoque "contemplativo" quizá no resultará inmediato y fácil a muchos niños de hoy, que respiran una modernidad superficial y alienante, a menudo descristianizada. ¿Pero, un enfoque diferente, más "terrenal" y menos "fervoroso", ¿sería igualmente capaz de comunicar la "vida interior" de los Santos? ¿No correría el riesgo – "aquel cielo" puro de los Santos – de permanecer para muchos por siempre desconocido? Sin embargo, nos dirigimos especialmente a los chicos de las catequesis parroquiales, y a los que alguna cruz ha hecho más sensible a la Buena Noticia. «Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (*Mateo 7,14*).

La lectura de este libro dará buenos frutos si se lleva a cabo – en pequeños sorbos, no más de un "santo" a la vez – por un buen catequista a su grupo, o por una madre a su hijo, o por un chico por su cuenta en un momento de paz y tranquilidad. Entonces el corazón se acuerda, y vibra.

Incluso las pinturas tienen el propósito de expresar la fe mediante signos y colores, y de comunicar sentimientos de amor, mansedumbre, y alegría. Escribió el pintor: «En la cara del Niño Jesús, en tonos velados pero intensos de dulzura, he tratado de encerrar el misterio del martirio, porque la santidad es siempre el don de sí mismo. En esa Santa Faz he intentado imprimir en lo profundo, por ejemplo, el rostro de los jóvenes mártires ugandeses». Y de nuevo: «A través del 'ampliarse' infinito de los solos efectos de luz he expresado el sentimiento de oración de adoración». En cuanto a estilo, el pintor señala que «las pinturas están asentadas sobre una fusión entre 'sinopia' – en cuanto a la línea melódica – y la pintura "a cuerpo" en el fresco antiguo. El todo en el milagro de la luz».

Palabras y colores esperan sólo ser un instrumento mínimo al servicio de la gracia de Dios: es la Gracia que crea la belleza de cada acto de amor de los "pequeños" de Dios.

«**E**l que se haga pequeño como este niño, ése será el más grande en el Reino de los Cielos» (*Mateo*18,4).

**LOS "SANTOS"
DEL ANTIGUO TESTAMENTO**

Jesús es el centro de la historia: hay un tiempo "antes" de Jesús ("antes de Cristo"), y hay un tiempo "después" de Jesús ("después de Cristo").

Antes de Jesús, la historia es toda una preparación para su llegada. Desde Adán y Eva – como la Biblia llama a los primeros seres humanos (Adán significa "el terrestre", y Eva significa "madre") – hasta Jesús, los hombres han caminado en calles ensangrentadas por muchos pecados, pero siempre miraron al Cielo, siempre han soñado y querido a Alguien que finalmente trajese paz a la tierra.

Había un pueblo que vivía de una manera extraordinaria esta experiencia de liberación y de espera. Este pueblo "elegido" fue el pueblo hebreo. Abraham – el "patriarca", es decir, el primer "padre" de los Hebreos – se sintió un día llamar por la voz de Dios: «Sal de tu tierra, y ve. Te bendeciré, y bendeciré a todos los pueblos». Así comenzó la gran aventura del "Pueblo de Dios", el pueblo hebreo. Se llama "Antiguo Testamento" la Santa Alianza de amistad hecha por Dios con el pueblo de Israel, Pacto escrito en los libros sagrados de la Biblia. Durante dos mil años, con la ayuda de la gracia de Dios, el pueblo hebreo (también llamado "Israel") vivió en la espera del "Mesías". Dios hablaba a los santos Profetas, y los enviaba al pueblo, para que recordasen a todos la promesa divina: «He aquí, vendrá el Ungido; vendrá el Salvador».

De algunos "Santos" del Antiguo Testamento conocemos también la juventud. Leyendo su historia, vamos a leer la "historia sagrada" del Amor de Dios, el Dios que así preparó la "cuna" a su Hijo, Jesús.

*EL CORDERO MÁS HERMOSO***ABEL**

(Inicios de la humanidad)

El cordero era de verdad el más hermoso, todo blanco, sin mancha. Abel lo tomó en sus brazos, lo acarició; era la cosa más hermosa que tenía. Adán, su padre, le había confiado el cuidado del rebaño. Abel se había convertido en un buen pastor.

Había aprendido a proteger a las ovejas de los lobos y fieras. En ese momento los bosques y la sabana estaban llenos de bestias salvajes. La vida de aquellos, nuestros antepasados era difícil y dura. Construían cabañas sobre palafitos, para protegerse de los animales y del fuego; levantaban vallas delante de las cuevas en las que se refugiaban. ¡Había que tener cien ojos a mil peligros!

Quizá una noche Adán habrá abrazado estrechamente Abel, ese niño dulce, y entre sollozos le habrá revelado la terrible verdad que mucho pesaba sobre su corazón. Podemos imaginar aquel cuento.

«**H**ijo mío, un día lejano, un mal día, antes de que tu nacieras, yo cometí un pecado. Por aquel pecado ahora nuestra vida es difícil. ¡Oh, antes el mundo era diferente! La naturaleza estaba como encantada: yo era fuerte y hermoso; ¡yo dominaba la tierra! Sentía en mí mismo el "aliento" de Dios. Dios estaba cerca de mí; sentía su presencia amorosa. El Señor me había hecho dar un nombre a cada animal: ¡yo era el rey de la creación! Pero me faltaba algo, alguien a quien decir "tú"; ¡pero después Dios me dio a tu madre! Tu madre y

yo éramos uno, en el amor; nos sentíamos unidos en el amor de Dios, nuestro Padre. Sí, Dios fue para nosotros un padre.

Pero Dios quería que le amásemos no por fuerza o interés, sino con libertad; por esto nos dio la libertad, para elegir, elegir el amor de Dios o el pecado...

Y un ser malo, maligno, como serpiente, nos sopló en el corazón la mala tentación, de soberbia: no obedecer a Dios, hacer sin Dios, es más, ser como Dios... En un instante todo se derrumbó. El encanto desvaneció. Nos hallábamos desnudos, culpables, y malos. El pecado cometido nos helaba el alma. Ahora yo odiaba a Eva; nuestro amor había terminado, como termina un hermoso sueño, como se rompe un jarrón que cae.

Entonces escuchamos esa voz para nosotros familiar, la voz de Dios, pero era una voz triste, muy lejos: «¿Por qué, Adán? Adán, ¿por qué has hecho esto? Ahora comerás tu pan con el sudor de tu frente. Eva, sufrirás por tus hijos». Pero enseguida el Señor misericordioso nos quiso confortar; nos hizo una promesa, una promesa grande, una promesa que es toda nuestra esperanza, «¡El hijo de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente!» Llegará un día una Mujer, un Hijo...

Ya, te he dicho todo. ¿Podrás perdonarme jamás?».

Abel había escuchado conmovido la confesión del padre. Abel creía mucho en Dios, aunque, después de aquel pecado, Dios parecía lejano y oculto. Cada mañana naciente, Abel hallaba una confirmación a la esperanza paterna en aquel sol luminoso, en las flores, en las aves, en sus pacientes corderos... Abel creía en Dios, y le ofreció como sacrificio los corderos más bellos...

Abel tenía un hermano mayor, Caín. Caín era simplemente malo. El rostro de Caín se hacía siempre más oscuro. Él ofrecía en sacrificio a Dios los frutos de la tierra, pero sólo los más mediocres... Y odiaba a Abel, justo porque Abel era tan bueno. Y pensó en matarlo... Una voz por dentro le regañaba: «No, Caín...». Sin embargo, él dijo a Abel: «¡Vamos, vamos a ir al campo!». Y allí, Caín mató su hermano. ¡Cordero manso, Abel, asesinado por la envidia, el odio!

Pasarán los siglos, y otro cordero manso será asesinado por la envidia y el odio sobre el Monte Calvario: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» . ¡Jesús, el manso, el humilde de corazón! En la cruz, Jesús aplastará la cabeza de la serpiente. Jesús no sacrificará un cordero, sino a sí mismo: ¡Jesús es el Cordero, Jesús es el Amor! Sólo el Amor es capaz de destruir el pecado.

«**F**elices los mansos, porque ellos heredarán la tierra»: en la Tierra Prometida, en el Paraíso, los "mansos" harán corona al Manso, al Cordero, a Jesús. Y allí, cerca de Jesús, también veremos al manso Abel, que fue su dulce "figura" en el comienzo de la humanidad.

Después de esos primeros hombres, la historia humana continuó su largo viaje, una historia de pecado y de sangre, pero también de esperanza. También es nuestra historia: todos nacemos en el "pecado original", es decir "lejos" del amor, egoístas, incapaces de amar de verdad. Dios había soñado con una humanidad feliz en su Amor. El pecado arruinó el sueño de Dios. Pero Dios no renunció a su sueño; más bien, pensó algo aún más hermoso. Pensó en salvarnos con un signo extremo de Amor Puro.

La historia humana volvió a encontrar su luz allí arriba, en la cruz, donde Dios se hace pobre hijo de Adán, crucificado por nuestros pecados.

Desde allí un Corazón manso y humilde, traspasado por la lanza de un soldado, dona a los corazones mansos y humildes la posibilidad de entrar en el Puro Amor.

*LA VÍCTIMA EN EL ALTAR***ISAAC**

(Mil ochocientos años antes de Cristo)

Hace cuatro mil años, en la costa de una montaña, está saliendo a duras penas un anciano con el cabello blanco. Un chico sale con él, y lleva sobre sus hombros un haz de leña. El anciano tiene consigo el cuchillo del sacrificio, y también trae el fuego para quemar la víctima.

¡**P**obre viejo! Dios le pide ofrecer en sacrificio no un cordero, pero ese hijo, su único hijo. «Toma a tu hijo, tu único hijo... y ofrécelo...».

Sin embargo, Dios, en un día ya lejano, lo había llamado: «Abraham, Abraham, deja tu país; haré de ti una nación grande; en ti bendeciré todas las familias de la tierra». Y él dijo: «Sí, aquí estoy», y de inmediato partió.

Había caminado mucho, y finalmente había llegado a los oasis verdes de Palestina, la tierra prometida.

El buen Dios siempre había estado muy cerca de él; de hecho, había estipulado un pacto con él, una ‘Alianza’: «Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas; tan grande será tu pueblo». Cada vez que Dios lo llamaba, él respondía con prontitud: «¡Aquí estoy!». ¡Sí, Abraham era grande en la fe!

Pero Abraham y Sara, su esposa, no tenían hijos. Y así el Señor se le apareció a Abraham y le dijo: «Sara tu mujer te dará a la luz un hijo, y lo llamarás Isaac». Isaac significa "causa de sonrisa".

Un día el Señor, para hacer más fuerte la fe de Abraham, ¡le pidió que ofreciera a su hijo! «Toma a tu hijo, tu único hijo, al que amas, y ofrécelo...». El Señor pedía a Abraham una grandísima fe; le pedía confiar totalmente en su Señor. ¡Pero qué angustia: tener que ofrecer a su niño! Sí, Abraham creyó en el Señor. Sí, aquí está el cuchillo, aquí el fuego, aquí la ‘víctima’...

Subían fatigosamente la cuesta del monte. En esa montaña, mil años más tarde, se levantará el Templo de Jerusalén; siempre en esa montaña, después de otros mil años, Jesús morirá en la cruz.

Isaac dijo a su padre: «Padre, tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?». «Dios nos dará el cordero, hijo mío». Llegados allá arriba, Abraham construyó con piedras un altar, colocó a su hijo, levantó el cuchillo...

Pero el ángel del Señor lo llamó desde el cielo: «Abraham, Abraham, no toques al niño, ni le hagas nada. Tú no me has negado a tu hijo, tu único hijo: yo te bendeciré con toda bendición, y serán benditas, en tu descendencia, todas las naciones de la tierra».

Isaac es ‘figura’ de Jesús. Como Abraham ofreció a su único hijo sobre el monte, así el Padre ofreció por nosotros a su Hijo, Jesús. De hecho, Jesús dijo: «¡Así amó Dios al mundo que le dio al Hijo Único!».

Isaac – como Abel – fue la víctima mansa y obediente.

Víctima mansa y obediente será también Jesús, «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Al morir en la cruz, Jesús nos ayuda a entender quién es Dios: Dios es "amor". Como Abraham tenía el corazón roto por el dolor, así el Padre sufre con el Hijo en la cruz. Dios sufre para salvarnos, para salvarnos con el Amor, Amor Crucificado.

Pero el amor es victorioso, es Vida Eterna.

Como Abraham fue bendecido por su obediencia, y fue feliz con aquel hijo, que corría sobre la colinas de Sion, así Jesús fue

"obediente hasta la muerte", pero luego fue "coronado de gloria"; ha resucitado; él es "El Viviente", y vive en cada corazón bueno y "obediente"; y un día seremos felices con Él en el Cielo.

Abraham vivió mucho tiempo con su hijo. Cuando murió, Isaac se encontró solo. Pero él vivió en la fe de su padre, y condujo a su pueblo a lo largo de los oasis de Palestina. Antes de morir, bendijo a su hijo Jacob (llamado también Israel). Y «se reunió con sus padres».

Abraham, Isaac, Jacob, ¡los "patriarcas"! Ellos son los "primeros padres" del pueblo judío, el pueblo "llamado" por Dios. Dios ha "hablado" a su pueblo. Dios ha tenido una historia de amor con su pueblo. Todos los pueblos son de Dios, pero el pueblo de Abraham en manera particular: de un "pequeño resto de Israel" (de María) tuvo que salir el Cogollo, Jesús.

Por tanto, esta historia de amor es una "historia sagrada"; está escrita en la Sagrada Escritura, la "Biblia".

Los libros de la Biblia son como un collar de perlas preciosas que revelan cada vez más la misericordia y el amor de Dios. El libro más bello de la Biblia es el Evangelio; es la perla más hermosa, el anillo de boda.

En el Evangelio, Jesús nos revela el Padre, nos revela el Amor: en Jesús – Hijo de Dios – nosotros también somos "hijos", en Jesús somos todos "Pueblo de Dios", somos "la Santa Iglesia." La Iglesia es el Pueblo de Jesús.

*HERMANO MISERICORDIOSO***JOSÉ DE EGIPTO**

(Mil seiscientos años antes de Cristo)

El patriarca Jacob (hijo de Isaac, hijo de Abraham) tuvo doce hijos; los últimos eran José y el pequeño Benjamín (su madre se llamaba Raquel). José era un joven inteligente y dedicado. Jacob le tenía cariño a José; un día le regaló una hermosa túnica de manga larga. José siempre estaba con su padre, y le confiaba todo. Los otros hermanos le tenían envidia.

José les contaba sus sueños... «Escuchad este sueño que he tenido. Nos estábamos atando gavillas de grano, cuando he aquí que vuestras gavillas llegaron alrededor de la mía y se doblaron al suelo como adorándola». Los hermanos le respondieron: «¿Querrás quizá reinar sobre nosotros, o dominarnos?». Y le aborrecían.

«**H**e tenido otro sueño, escuchad: el sol, la luna y once estrellas se prostraban frente a mí». Entonces Jacob dijo a José: «¿Deberíamos quizá postrarnos a tierra delante de ti?».

Un día Jacob llamó a José, y le dijo: «Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquem. Ve para ver cómo están». José salió y se los encontró. Pero, antes de que se acercara, dijeron los hermanos: «¡Aquí viene el soñador! ¡Vamos a matarlo y echémosle en un pozo! ¡Entonces diremos: una fiera lo ha devorado! Así veremos qué será de sus sueños». Pero uno de los hermanos, Rubén, hubo compasión, y dijo: «No, no le quitemos la vida; no derraméis la sangre; echadlo en una cisterna vacía». De hecho esperaba para salvarlo.

Cuando José llegó, le quitaron su túnica de manga larga y lo echaron en una cisterna vacía, sin agua. Llegaron unos camellos: era una caravana de comerciantes que iba a Egipto. Judá (uno de los hermanos) dijo: «En lugar de matar a nuestro hermano, vendámoslo a los caravaneros». Lo extrajeron de la fosa, y lo vendieron por veinte monedas de plata.

Después de que José fue llevado, los hermanos tiñeron su ropa con la sangre de una cabra y – roja así de sangre – la enviaron al padre Jacob con este mensaje: «Encontramos este manto; ¿es la de tu hijo? ». Jacob rasgó sus vestidos, «Mi hijo despedazado»; y sollozaba: «Me quiero morir».

En Egipto, el muchacho fue comprado por un caballero, que llevó a estimarlo por su bondad y honestidad, y le hizo su administrador. Pero la esposa de este caballero era mala, y acusó injustamente a José. José fue encerrado en prisión. Fueron encarcelados en esos días también dos ministros del Faraón, quienes tuvieron sueños extraños. José les explicó sus sueños; dijo a uno: «Tú vas a morir», y a otro: «Tú vas a ser puesto en libertad, y vivirás». Y así sucedió.

También el Faraón tuvo un sueño. Soñó que siete vacas magras devoraban siete vacas gordas y siete espigas vacías que tragaban siete espigas llenas. Nadie podía explicar estos sueños al faraón. La persona liberada de prisión se acordó entonces de José; el Faraón lo ordenó de llamar, y José explicó: «Habrá siete años de abundancia, y luego siete años de hambruna».

El Faraón tomó el gusto a José, y lo nombró virrey de Egipto. Cuando llegó la hambruna, los graneros de Egipto estaban llenos. José había previsto todo. Un día llegan de Palestina diez hermanos judíos, suplicando un poco de trigo. José de inmediato los reconoció, pero ellos no lo reconocieron. Él los puso a prueba, a fin de ver si aún eran malos como una vez. Llenó sus sacos de trigo (e incluso les devolvió el pago de dinero), y luego los dejó ir a todos, exceptuando Simeón: para dejar libre a Simeón, tendrían que volver con su hermano menor, Benjamín. José quería ver a Benjamín.

El viejo Jacob no quería dejar salir a Benjamín («Ya he perdido un hijo», decía), pero finalmente accedió. Cuando José vio a

Benjamín, se conmovió, pero no dejó que se viera; al contrario dijo a los soldados para que llenasen las bolsas, pero meter de escondidas en el costal de Benjamín la copa del Faraón, después de que los Judíos les dejaran de perseguir, abrieron la bolsa de Benjamín... Los soldados encontraron la copa. Ahora los once están de rodillas temblando ante el virrey, que pronuncia la sentencia: "Benjamín será mi esclavo".

«¡Oh, no! – dijo Judá –. Tenme a mí como esclavo, pero deja regresar a Benjamín a nuestro viejo padre, que ya ha perdido un hijo, y morirá de pena si pierde también este». José no lo pudo soportar más, y, rompiendo a llorar, dijo: «¡Yo soy José, vuestro hermano José...!» Y los abrazó llorando. Entonces hizo venir a Egipto al viejo Jacob. Y donó a los hermanos muchas tierras cerca del Nilo.

José el Hebreo es "figura" de Jesús: Jesús vendido por treinta monedas de plata, rojo de sangre, nuestro Salvador, Jesús que todo perdona. José fue un hijo amado, a continuación un esclavo, por último Virrey; así Jesús: de Hijo se convirtió en "esclavo", pero hoy es Rey, el rey de nuestros corazones.

¡**V**iva Cristo Rey! Viva Jesús, quien, aunque traicionado por nosotros sus hermanos, tiene misericordia de nosotros y nos salva del mal.

*HACIA LA TIERRA PROMETIDA***JOSUÉ**

(Mil doscientos años antes de Cristo)

Era muy joven, Josué, cuando ocurrieron los extraordinarios acontecimientos de Pascua.

Un Faraón, rey de Egipto, había reducido a los judíos en terrible esclavitud y quería exterminarlos; ordenó que todos los niños hebreos fuesen asesinados al nacer. Se salvó un niño, Moisés. Moisés se crio con la corte del faraón, pero cuando conoció sus orígenes hebreos, huyó al desierto.

En el Monte Horeb, Moisés vio una zarza que ardía, pero no se consumía. Se acercó. Desde la zarza ardiente, Dios llamó a Moisés: «Moisés, Moisés... Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob ... He visto los sufrimientos de mi pueblo ... Saca a mi pueblo de Egipto... Dirás a los hijos de Israel: El Señor me ha enviado a vosotros...». Moisés regresó a Egipto, y con el poder de Dios liberó a su pueblo.

La noche de la fuga, los israelitas marcaron la puerta de sus casas con la sangre de un cordero, como Dios les había mandado por medio de Moisés. Entonces todos, de pie, bastón en mano, listos para salir, comieron el cordero pascual ("Pascua" significa "paso"). Y salieron, hacia la tierra prometida, hacia la libertad. Llegaron hasta el Mar Rojo: delante de ellos estaban las aguas del mar, detrás los egipcios, que los perseguían para hacerlos de nuevo prisioneros. Moisés oró al Señor. Oró toda la noche: por la mañana el mar no estaba más. Qué alegría esa mañana, cuando todo el pueblo pudo

"pasar" por el fondo del mar. Después las aguas volvieron, y sumergieron a los persegutores egipcios que habían entrado con los caballos en el mar.

Y María, la hermana de Moisés, comenzó a bailar de alegría en la orilla; y todos gritaban, bailaban y cantaban: «Quiero cantar en honor del Señor: porque él ha echado en el mar caballos y jinetes. Mi fuerza y mi poder es el Señor, él me salvó. ¡Es mi Dios y yo lo alabaré! Los carros del Faraón, Él los precipitó». ¡Qué cantos, que fiesta! Incluso Josué estaba allí para alabar al Señor, para alabar a "Yahveh" (el santo nombre de Dios, revelado a Moisés, nombre misterioso, que en hebreo significa "Yo-soy-Él-que-soy"). Josué era el joven ayudante de Moisés. Dice la Biblia que Josué «desde su juventud estaba al servicio de Moisés».

Después del mar, llegó el desierto, el hambre, la sed, también los signos de Dios: las codornices, el maná, el agua que fluye de la roca... Llegaron por fin al Monte Sinaí. Moisés sintió que el Señor le llamaba allí... ¿No fue en esas montañas que un día el Señor le había hablado desde la zarza ardiente? Moisés llamó a Josué: «Ven conmigo a la montaña». Juntos subieron, el profeta y su ayudante, el maestro y el discípulo. Allí habló Yahveh a Moisés, como se habla a un amigo. Y después de cuarenta días y cuarenta noches, Moisés recibió de Dios los Diez Mandamientos, escritos en las Dos Tablas de la Ley.

Los israelitas en el valle miraban atemorizados la montaña que temblaba entre rayos y truenos. Pero, después, viendo que Moisés no regresaba, pensaron en hacer un dios que los protegiese, al igual que lo hacían los paganos: fabricaron un becerro de oro; y le adoraron.

Al descender de la montaña, Josué dijo a Moisés: «Hay un fuerte ruido en el campamento». Moisés llegó, vio la traición, hizo añicos en el suelo las dos Tablas de la Ley, destrozó el ídolo de oro, fue muy estricto con el pueblo; y pidió a la misericordia de Dios. Después regresó a la montaña; y el Señor misericordioso le donó de nuevo los Diez Mandamientos.

Durante cuarenta años los Judíos anduvieron, por las pistas de los desiertos, hacia la Tierra Prometida. Josué se hizo un hombre

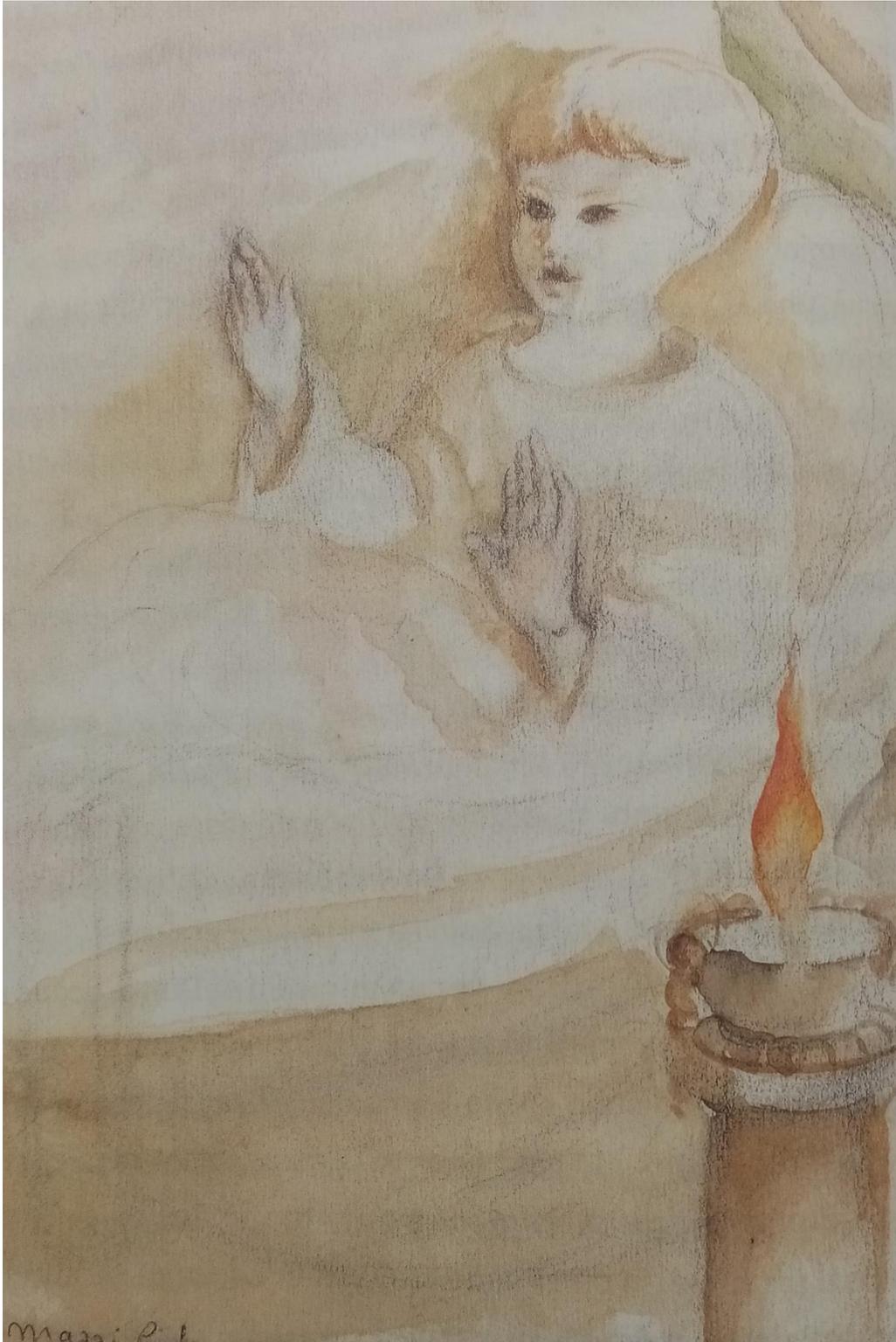
valiente, y defendía al pueblo de los enemigos. Cuando Moisés en el monte levantaba las manos en oración, Josué, que en el valle estaba luchando con sus soldados, ganaba.

Cuando Moisés sintió que iba a morir, «subió de las estepas de Moab al monte Nebo, que está frente a Jericó. El Señor le mostró todo el país». Vio el río Jordán que descendía del Líbano lejano; vio, más allá del río, una tierra ondulada, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista: era la Tierra que el Señor había prometido. Moisés murió allí.

Y Josué asumió con valentía – como Moisés le ordenó – el liderazgo del pueblo. «Él estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él». Y el pueblo dijo a Josué: « Nosotros iremos dondequiera que mandes. Como obedecemos en todas las cosas a Moisés, así te obedeceremos a ti... Sólo sé fuerte y valiente».

Llegaron al río Jordán: por un milagro de Dios, las aguas se retiraron como una vez el Mar Rojo. Y el pueblo pasó, mientras que los sacerdotes llevaban sobre sus hombros el Arca de la Alianza, que albergaba las Tablas de la Ley. Y allí Jericó, ¡la gran ciudad enemiga! Siete veces hacen las rondas alrededor de las murallas, en oración; y luego el grito de guerra, y el milagro: las murallas se han derrumbado. Ahora van, los judíos, por la tierra de Palestina: es tierra de Israel.

Así Josué acabó la obra de Moisés. Ahora él también podía dormirse en paz.



Los ojos asombrados y atentos, las manos levantadas, la lámpara encendida: Samuel oye la "vocación" del Señor: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

*EL PEQUEÑO AYUDANTE***SAMUEL**

(1050 años aC)

La tierra de Palestina, hace tres mil años, tenía fértiles valles, densos bosques y fríos manantiales: era realmente la "Tierra Prometida". El pueblo de Israel – liberado de la esclavitud de Egipto – finalmente llegó allí; bajo el liderazgo de Josué, la Palestina fue conquistada y dividida entre las doce tribus. Los niños se hacían grandes y los grandes se hacían viejos, pero cada Pascua, cada fiesta, cada sábado, padres e hijos hacían viva "memoria" de los grandes milagros del "éxodo", o sea, la salida de Egipto.

Y así fielmente se transmitía – de padres a hijos – la Santa Ley que Dios había dado a su siervo Moisés.

Todavía, para hacer respetar la Ley – y para defenderse de los pueblos enemigos – era necesario un líder, una autoridad. Ahora Israel no tenía como las otras naciones un rey; tenía unos "jueces", es decir, valientes líderes que guiaban las tribus. Juez fue, por ejemplo, el fortísimo Sansón. Juez fue la profetisa Débora. Juez fue Eli.

Juez fue finalmente Samuel, que de niño había sido ayudante y discípulo de Eli. Samuel se hizo gran siervo de Dios y sabía guiar al pueblo, ya desde niño él era todo del Señor. Imaginemos verlo aún niño en la tienda de Eli. La Biblia dice que «Samuel prestaba servicio al Señor en lo que podía un niño», y «crecía cerca del

Señor», es decir, en la "Tienda del Encuentro", en la cual se guardaba el Arca con las Dos Tablas de la Ley.

Ana, su madre, había anhelado durante años pidiendo al Señor la gracia de un niño. Cuando nació Samuel, estaba tan feliz que cantó una canción: «Mi corazón se regocija en el Señor»; y por gratitud a Dios, tan pronto como el bebé fue mayor, lo llevó al templo, al servicio del Señor.

He aquí Samuel pequeño ayudante. Lleva un vestido de lino (como la de los sacerdotes), que su madre le prepara nuevo cada año. Samuel no sabe qué va a ser un gran profeta; todavía no sabe lo que es la "Palabra de Dios". Pero aquí...

Es de noche. La lámpara del Templo sigue encendida. Samuel se ha acurrucado sobre una estera para dormir. Y una voz misteriosa le llama: «¡Samuel!». Es el Señor, pero Samuel no lo sabe, y corre de prisa al sacerdote Elí: «Me has llamado, estoy aquí ». «Yo no te he llamado – replica el sacerdote –. Vuelve a dormir».

Samuel vuelve a su estera. Pero el Señor de nuevo lo llama: «¡Samuel!». Una vez más él corre a Elí: «Me has llamado, estoy aquí». Y el viejo: «Hijo mío, no te he llamado. Vuelve a dormir».

Por tercera vez, la voz, voz lejana pero cercana, que hace sobresaltar el corazón del niño, « ¡Samuel!». Y rápido a Eli: «Me has llamado, estoy aquí». Elí comprendió que es el Señor que estaba llamando al joven: «Ve a dormir – dice –; pero si oyes esa voz de nuevo, dirás: Habla, Señor, que tu siervo escucha». Vuelve el niño a su estera; y otra vez la voz, voz en el corazón, voz dulce, que lo llama aún por su nombre, de verdad su nombre, «¡Samuel, Samuel!».

El pequeño ayudante sabe ahora que se encuentra delante de la infinitud de Dios: «¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!».

Dios tenía algo importante que decir a Samuel: he aquí, Dios estaba triste por los pecados de su pueblo, y le pidió ayuda a un niño, ¡un pequeño ayudante de pocos años!

Samuel fue "obediente" a la Palabra de Dios, «no dejó escapar vacía ninguna de sus palabras». Samuel fue fiel a su "vocación", o sea a la "llamada" de Dios. Dios llamó a Samuel, como siempre

llama a cada hombre; cada hombre tiene una "vocación" de Dios, una "misión" en la vida. La misión de Samuel fue ser "juez en Israel". Él recorría ciudades y pueblos para administrar justicia.

Pero la gente quería un rey, a fin de ser como todos los demás pueblos. Ellos dijeron a Samuel: «Queremos un rey que nos gobierne». «¡Oh, no! – respondía Samuel –; un rey llevará a vuestros hijos a la guerra, querrá a vuestras hijas como siervas, hará entregarle vuestras tierras, vuestras viñas, vuestros más bellos olivares; os convertirá en sus esclavos». Pero ellos absolutamente querían un rey. Samuel comenzó a orar, y el Señor le dijo: «Escúchales, reine también un rey sobre ellos». Samuel ungió rey un soldado alto y fuerte, llamado Saúl. Saúl fue un gran rey de Israel. Pero a medida que pasaba el tiempo se convirtió en orgulloso y violento.

Samuel, inspirado por Dios, fue a Belén y en secreto ungió rey al jovencísimo David. Cada profeta de hecho (Samuel fue un gran profeta) no sólo habla en nombre de Dios, sino que también dirige al pueblo en el camino que Dios quiere, y con palabras y signos indica el camino hacia la salvación.

Samuel había envejecido. La muerte fue para él la última llamada de su Señor. «Todo Israel se reunió y guardó luto por él».

DAVID

(1000 años antes de Jesús)

David fue uno de los antiguos abuelos de Jesús. Porque Jesús tuvo abuelos, y abuelos de abuelos. El Buen Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo unigénito; el Hijo eterno del Padre vino al mundo para salvarnos. Pero para ser capaz de hablar, necesitaba una boca. Para sonreírnos, necesitaba una cara. Necesitaba manos para acariciar a los niños y sanar a los enfermos; los pies para caminar por nuestras calles y encontrarnos. ¿Qué hizo entonces el Buen Dios? Buscó para su hijo a una madre. Encontró a María. Y nació Jesús.

Pero María tenía un padre y una madre, que se llamaban Joaquín y Ana. Y Joaquín y Ana tenían a su vez un padre y una madre.

Entonces está claro que Jesús tenía abuelos, y abuelos de abuelos, arriba y arriba, por miles de años.

Así que Jesús es el hijo de un pueblo, el pueblo judío, o "pueblo de Israel". He aquí que David fue uno de aquellos antiguos abuelos, mil años antes de Cristo.

David fue rey de Israel, el más grande y más famoso de los reyes de Israel. Pero de niño David era sólo un joven pastor. En ese momento el rey era Saúl. Saúl al principio había sido valiente y bueno; por esto había sido ungido rey, con el aceite santo, del gran profeta Samuel. Pero luego Saúl se convirtió en malo.

Fue así que Dios inspiró a Samuel a ungir a otro rey, en lugar de Saúl.

Partió Samuel, y fue a Belén a un hombre santo llamado Jesé, para consagrar rey a uno de sus hijos. Jesé presentó al profeta de uno en uno sus siete hijos ya adultos. «No, eso no es lo que Dios quiere – repetía Samuel –; ¿Usted no tiene otros hijos?». «Tengo otro hijo, el más joven; está apacentando el rebaño». “Mándalo a buscar». David llegó corriendo, y Samuel sintió en su corazón que Dios escogía en verdad aquel chico, y enseguida le derramó el aceite sobre su cabeza, y así le ungió rey de Israel. David se convirtió en el Ungido del Señor.

Pero todo fue hecho en secreto; nadie se dio cuenta.

David sabía tocar el arpa y la lira. Saúl lo convocó a corte, y estaba muy contento de oír a David tocar.

Saúl estaba entonces en guerra contra los filisteos, entre los cuales estaba un gigante – el gigante Goliat. Goliat desafiaba a todos; todo el mundo tenía miedo. David dijo a Saúl: «Mi señor, me deja ir contra el gigante». «Pero tú no eres más que un niño». «Cuando yo apacentaba el rebaño de mi padre – dijo David – si un león o un oso me robaba una oveja, yo los perseguía y los mataba». «¡Ve!», respondió el rey.

David bajó al arroyo, tomó cinco piedras y con su honda y su bastón corrió arriba contra Goliat. Y, listo, con su honda lanzó una piedra y golpeó al gigante en la frente. Goliat cayó. David se puso sobre él, tomó su espada y lo mató. Los filisteos huyeron. La victoria fue grande.

Las mujeres cantaban: «Saúl mató a miles, pero David mató a diez mil». Así fue como Saúl se puso celoso de David, y trató varias veces de matarlo. Hasta que, en una batalla en las montañas, Saúl fue derrotado y murió. David fue aclamado rey; al principio sólo era rey de la tribu de Judá, luego fue rey sobre todo Israel. Fue un rey muy fuerte. Pero también cantaba y tocaba.

David escribió plegarias muy hermosas, como poemas, llamadas "Salmos". David "alababa" al buen Dios; David cantaba, bailaba, exaltaba al Señor. Toda la gente repetía los Salmos en coros

alternados, al son del arpa y de la citara, de la flauta y de los címbalos. Leyendo o cantando los Salmos, el alma ora, adora, suplica, ama a Dios por su infinita Bondad y Belleza. Rezar con los Salmos es "alabar" al Señor.

Un profeta hizo a David esta profecía: «Tu reino durará para siempre». Por esta profecía, todos los buenos Israelitas, en su espera del Mesías, esperaran durante siglos un "hijo de David", que finalmente lleve al mundo justicia y paz.

Y mil años después de David, viene Jesús. Jesús nace en Belén, que es la ciudad de David; nace de María, que es descendiente de David. Jesús es realmente el "brote" hermoso del árbol de Jesé y de David. Los enfermos llamaban a Cristo con ese nombre: «¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!». Era como decir: «Jesús, creo que tú eres el Mesías. ¡Sálvanos! ¡Ayúdanos!».

En todos los crucifijos, leemos arriba la inscripción "INRI", lo que significa: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". "Rey": Jesús, al igual que David, es "rey". Pero Jesús no es el rey de guerras o de armas. Jesús es Rey, pero su Reino no es de este mundo. Él tiene sobre la cabeza una corona, pero hecha de espinas. Es una corona de amor. Y el amor de Jesús va a ganar. Algún día todos "mirarán a Aquel a quien traspasaron". Jesús atraerá a todos hacia sí.

Jesús, hijo de David, ¡ten misericordia de nosotros!



Daniel, inocente y puro, preanuncia la venida de un celestial "Hijo del hombre" (Jesús). En el horno ardiente, los "tres niños" alaban a Dios: un ángel los consuela y guarda.

DANIEL Y LOS TRES NIÑOS

(540 años antes de Jesús)

En el sexto siglo antes de Cristo los judíos fueron hechos otra vez esclavos. Los Babilones invadieron Palestina, y portaron a los hijos de Israel en esclavitud hasta los grandes ríos, el Tigris y el Éufrates.

«**A** lo largo de los ríos de Babilonia, nos sentábamos llorando por el recuerdo de Sion. A los sauces de aquella tierra colgamos nuestras cítaras. Nuestros opresores nos pedían canciones: “Cantadnos los cantos de Sion”. Pero, ¿cómo cantar los cantos del Señor en tierra extranjera?». Los esclavos suspiraban a la patria lejana. El pensamiento se iba a Jerusalén: habrían podrían cantar otra vez sólo cuando regresasen libres al "Monte de Sion", a Jerusalén.

El rey de Babilonia, Nabucodonosor, llamó a corte a cuatro jóvenes judíos, para hacerlos pajes y ayudantes: Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Llevarán comida a la corte del rey. Saben que la Santa Ley de Moises prohíbe comer carne de cerdo: ellos no comerán, no desobedecerán al Señor, el Rey de reyes. Ellos no adorarán al rey, ¡sólo al Señor! No obedecerán las órdenes del rey.

El rey soberbio ha hecho construir una imagen suya de piedra, una estatua de unos treinta metros de altura. Ha enviado por todas partes heraldos a gritar este comando: cuando toque la gran trompeta, todos deberán postrarse a tierra y adorar la estatua. Así que suena la gran trompeta. Todos se echan a tierra. Pero los muchachos hebreos no. Avisan al rey. El rey se pone furioso, ordena que sea encendido un horno ardiente, y que el fuego estalle alto: quien osó desobedecerle sea arrojado en las llamas.

Ananías, Misael y Azarías fueron agarrados, atados y tirados al fuego. Pero, entre las llamas pasean y cantan. Y entre ellos se puede ver una figura luminosa: ¡un ángel! ¡Y cantan! El cántico hermoso, de los tres niños es toda una alabanza: «¡Bendito seas Señor, Dios de nuestros padres, alabado y ensalzado eternamente! ¡Bendito sea tu nombre santo y glorioso, cantado y ensalzado eternamente! ¡Ángeles del cielo, bendigan al Señor: cántenlo y glorifíqueno eternamente! ¡Bendigan los cielos al Señor: cántenlo y glorifíqueno eternamente!». Todas las criaturas venían llamadas por los niños a alabar al Señor: sol y luna, estrellas del cielo, lluvias y rocíos, montañas y cerros, aves del aire... Todos, todos, alaben al Señor, todos los hijos del hombre, todos los siervos del Señor...

El rey, asombrado, ordenó que los tres payes fuesen sacados y librados; más, quiso que todos honrasen aquellos valientes, y bendijo el Dios de Israel que se había revelado tan poderoso.

Como los tres niños, Daniel también fue un valiente. Dado que, desobedeciendo al rey, continuaba a hacer sus oraciones al Señor, fue arrojado a la fosa de los leones, para ser devorado: ¡los leones no lo tocaron! Daniel era también sabio e inteligente: cuando Susana fue condenada a muerte por las acusaciones injustas de algunos malos viejos, él la salvó, demostrando su inocencia. Daniel le dio sabios consejos también al rey, y sabía explicar sus sueños. «Soñé – dijo el rey – una estatua enorme y terrible; la parte más arriba de ella era de oro, pero más abajo era de plata, más abajo era de bronce, luego de hierro, y finalmente tenía pies de barro. Así, se despegó del monte una roca, que cayendo terminó sobre los pies de barro, y toda la estatua altísima se derrumbó en una gran polvareda que el viento se llevó. Y la roca derrumbada llegó a ser tan grande como una montaña...». Daniel explicó: «Esa estatua, o rey, es tu reino, que ahora es de oro, pero pronto se arruinará, y se derrumbará...».

Poco después Babilonia fue destruida por los persas; era el 539 antes de Cristo. Al año siguiente, el nuevo rey, Ciro, liberó a los esclavos. Los judíos, exultantes, volvieron a ponerse en camino a su patria. Cuando, después de la última colina, se abrió la vista de Jerusalén, lloraron de alegría. Pero el templo no se veía más, ya no

se veían las murallas de la ciudad; todo estaba destruido. No se desalentaron. ¡Ahora mismo a trabajar!

Daniel no estaba con ellos: su vida había terminado allí abajo, en tierra extranjera... Pero todo el mundo siempre recordará al sabio Daniel. Recordarán sus profecías. Daniel, en una de sus visiones admirables, había visto un trono de fuego y en ese trono estaba sentado un viejo Cándido, y "apareció sobre las nubes del cielo Uno, semejante a un hijo de hombre; llegó hasta el Viejo, que le dio poder, gloria y reino...».

Después de cinco siglos, Jesús refiere a sí mismo la profecía de Daniel, llamándose a sí mismo « Hijo del hombre». Jesús es el Hijo del Padre, es decir, Él es Dios, pero también es un hombre como nosotros, vivió nuestra vida. Su humanidad mereció misericordia para toda la humanidad: «El Hijo del hombre puede perdonar los pecados». Pero en la resurrección de Pascua, también su humanidad fue glorificada: «De ahora en adelante, veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha de Dios, y venir sobre las nubes del cielo». Con estas palabras, Jesús se estaba refiriendo a su crucifixión y resurrección, pero también a ese último día cuando el Hijo del hombre « vendrá en su gloria con todos sus ángeles», a juzgar a todos los hombres. En el "último día", en el "día del Señor", Jesús – «Hijo del hombre" – será el juez de todos los hombres. ¡Que Jesús sea para nosotros juez misericordioso!

JOSÉ, MARÍA, JESÚS

Los tiempos están para cumplirse. Está para llegar el Esperado por los pueblos.

De las raíces de Adán y Eva, la gran planta de la humanidad – por miles, quizá millones de años – se había desarrollado y fortalecido; pero siempre los frutos fueron silvestres, porque el pecado "original" (él de los hombres primeros) siempre envenenaba y envenena toda alma.

Dios, revelándose a Abraham, a Moisés y a los profetas, injertó en la planta silvestre una rama buena.

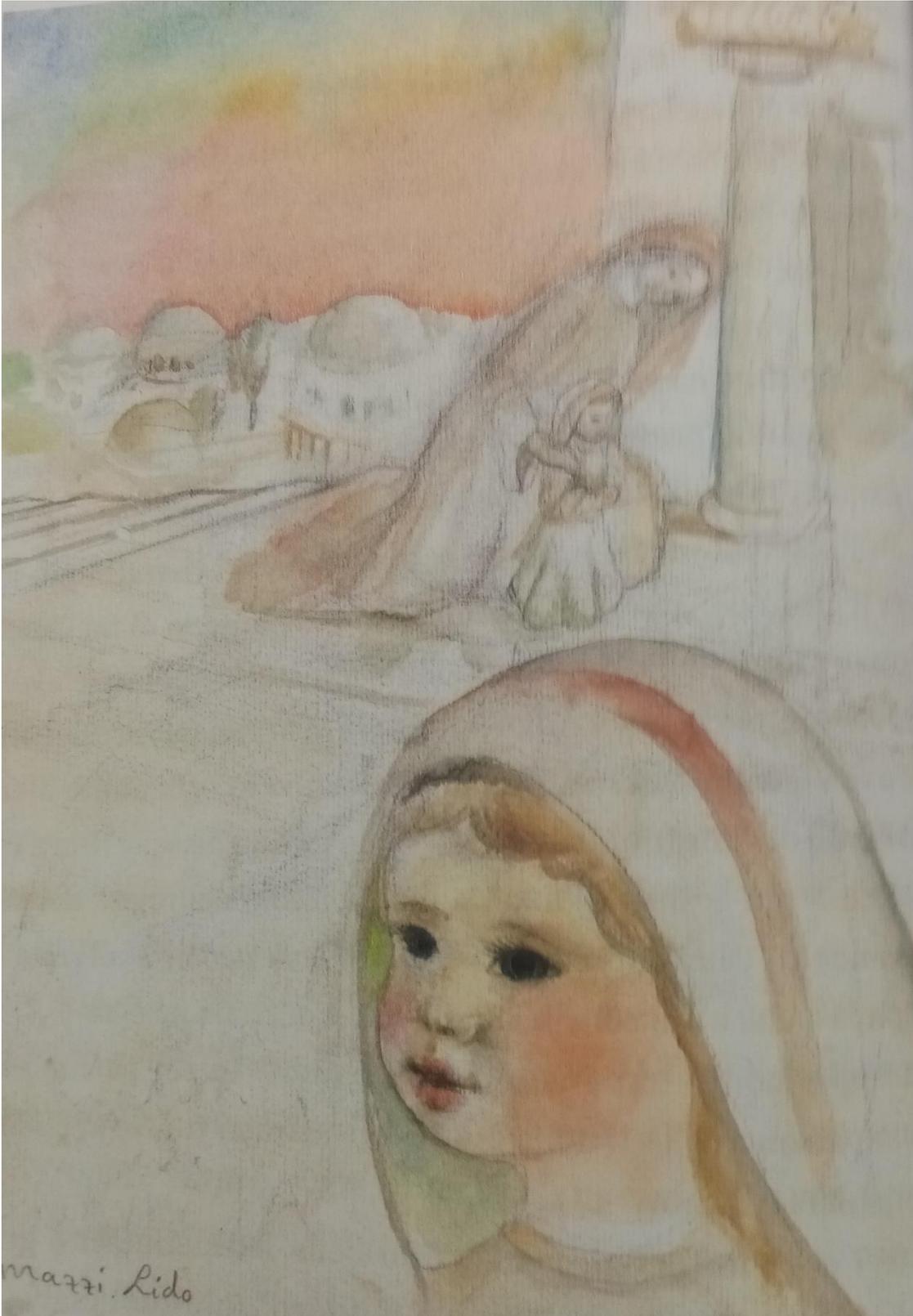
Y ahora, por fin, está por florecer la flor, flor hermosa, maravilla que deslumbrará por siempre los Ángeles y los Santos del Cielo, nuestra alegría, nuestra esperanza: Jesús.

Pero esta flor florecerá, roja de amor, de una humilde yema blanca, María Inmaculada.

Nosotros los cristianos creemos que Jesús no es sólo hombre, sino también que es Dios; creemos que Jesús es el Hijo de Dios. De hecho, Jesús decía: «Me ha enviado el Padre mío a servir y morir para salvar a los pecadores». Y por su inmensa Santidad, por sus grandes milagros, por su amor crucificado, por su gloriosa resurrección, Jesús merece toda nuestra fe.

Pero Jesús, Hijo del Padre, él es todavía hijo de María. El niño Jesús tiene su familia. Jesús fue criado por María y José.

He aquí la "Sagrada Familia": Jesús, José y María. Nuestros ojos contemplen la niñez y la juventud de los "tres": José, María, Jesús.



Arriba: María Niña, con tres años, es presentada al templo de Jerusalén por su madre, Santa Ana. Abajo: el rostro de María dice la inmensa claridad y la pureza de su alma.

MARÍA

MADRE DE JESÚS – MADRE DE DIOS

¡Oh toda santa, toda bella, más pura que el alba, más radiante que la aurora, tú anuncias el Sol, tú nos donas a Jesús!

¿Hubo alguna vez en el mundo algo hermoso, simplemente hermoso, virgen, inmaculado? ¡Ah, sí: esta niña judía! ¡Toda hermosa es, María! Eres tan hermosa que parece casi imposible, mas, sin embargo, es la verdad: la santa fe católica (la fe en Dios, la fe en el Amor) te llama "Bendita"

Al comienzo de la humanidad Eva arruinó el plan amoroso del Padre; pero Dios no se resignó a ver perdidos a sus hijos: justo una mujer será "enemiga" de la serpiente diabólica, una mujer que no defraudará el Corazón de Dios.

Y finalmente un día del viejo árbol de Jesé saltó una yema, María, y de la yema floreció la flor, Jesús.

María es el nuevo comienzo, la nueva Eva, la primicia del nuevo "Pueblo de Dios". «He aquí la esclava del Señor», dirá María al Ángel.

¡María, tú, tan pequeña, tan humilde, tú eres la "hija" esperada por los siglos! ¡Te esperan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Aquel Hijo que va a morir en la cruz, siempre te ha querido "llena de gracia".

Cuando tú naces, nace para nosotros pecadores la esperanza. ¡Cuántas las iglesias en el mundo dedicadas a la Natividad de María, o bien a María Niña! La gracia límpida de "María naciente" nos hace esperar en la gracia de Jesús.

Sobre la infancia de María, acerca de sus primeros años, la antigua tradición relata un episodio encantador: la Presentación de María al Templo de Jerusalén, cuando la niña tenía tres años.

Jerusalén es la Ciudad Santa, Tierra Santa. "Santo" significa "dedicado a Dios"; entonces, ser santo significa amar, dar, porque Dios es Amor. Muriendo en una cruz, con el corazón roto de dónde brota la última sangre, Dios se mostró a sí mismo "El Santo". Santa es, desde aquel día, cada tierra regada por la sangre inocente. Santa es la tierra de los campos de concentración, donde muchos inocentes murieron sacrificados como corderos degollados. Santa es Roma: las Basílicas surgen sobre tierra enrojecida por los mártires. Santa es la colina del Vaticano, por el sacrificio de Pedro y de muchos cristianos que el emperador cruel masacró en aquellos sus espantosos jardines. Pero la tierra más sagrada del universo es Jerusalén, porque allí, en el Calvario, murió nuestro Señor Jesús.

Pero incluso antes de Jesús, Jerusalén ya era la Ciudad Santa, porque allí estaba el santo Templo del Señor. Jerusalén está alta sobre las montañas, y su Templo se elevaba aún más arriba, sobre el monte Sion. «Allá suben las tribus, las tribus del Señor»: cantando este salmo, los peregrinos del Valle del Cedrón subían las altísimas murallas.

Salía un día al Templo una Niña. Salía repitiendo las palabras de los Salmos, sugeridas por mamá y papá, Ana y Joaquín. Niña de tres años: ¡cuánto tenías que ser hermosa! ¡"Llena de gracia"! Tú eres y por siempre serás "La Inmaculada". Subía al Templo la Esposa del Espíritu Santo, la Virgen del Divino Amor.

Nosotros somos pecadores; nunca somos realmente santos; no somos capaces de amar con todo el corazón; siempre hay en nosotros algo frío, algo oscuro. María no: por la misericordia de Dios, Ella es Toda Santa.

Al menos tú, ¡María! Que haya al menos una flor hermosa, en este arriate poco hermoso que es la humanidad.

Tenía solamente tres años, María, pero con todo su ser amaba al Señor. Y si Eva por soberbia había dicho que no, la Niña humilde se estaba preparando para su "sí".

Y ya que el amor ilumina la cara, ¡quién sabe qué cara tenía María! ¡Cuántos artistas han tratado de retratar a María Niña que sube los escalones del Templo!, los colores más variopintos, los matices más delicados, los poemas más inspirados. Porque tú eres nuestro tesoro, pequeña hija de Sion; de hermoso, de limpio, depreciado no tenemos más que a ti. Nosotros aquí, pecadores, en la oscuridad del mal, pero tú allí arriba, hermana, madre.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.

El Templo termina con quince últimos pasos. ¡Con qué alegría sube hasta allí, la pequeña María! Parece volar. Sale, Niña, a tu Dios, a tu Amor. Pero acuérdate de nosotros.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.

Un día tu hijo descenderá; buscará en el fondo de los precipicios a la oveja perdida. «Yo no he venido por los justos sino por los pecadores». Él morirá. Pero antes de morir, Jesús nos ha confiado a ti: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!». ¡Su misericordia tiene ahora tu cara, María!; su gracia vendrá a través de tu Inmaculado Corazón. Ahora tú por siempre eres nuestra madre, Madre de Misericordia.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.



Arriba: Nazaret; José, con su bastón florecido, va a al encuentro de María; María está leyendo en la Biblia la profecía que anuncia la venida de una Virgen y de un Niño Salvador. Abajo: Jesús, el Divino Obrero, está trabajando con José.

HOMBRE JUSTO

SAN JOSÉ

ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA

José, el esposo de María, tiene una gran importancia en la "historia de la salvación"; sin embargo, es el Santo del silencio y de la fe silenciosa.

No sabemos nada de su infancia. Y en el Evangelio José nunca habla. Pero es precisamente con ese silencio que José nos va a "hablar". El silencio de José es significativo, es "profético", forma parte del "misterio".

Se llama "misterio" a una verdad tan hermosa y tan grande que en realidad no es posible entenderla, ni aun decirlo en palabras. Así que el amor de una mamá o un papá son un poco "misterio": no hay palabras para decir lo grande que es.

Pero, ¿cuál es el "misterio" de José? Es el misterio de la "espera", el misterio de un "pequeño resto" de Israel a la espera del Salvador. Es la expectativa del gran Adviento: ¡fe y silencio! Fe y silencio: ¡José! Aun cuando en la historia sagrada aparecerá su nombre, aun cuando la "llena de gracia" se convertirá en su esposa, los ángeles de Dios se volverán a él, aun cuando un Niño lleno de Infinitud le llamara "papá" y por treinta años le obedecerá, José siempre permanecerá envuelto en silencio y humildad.

De niño y de joven José habrá igualmente vivido de la misma manera: en silencio. José fue sin duda el niño que "piensa", el chico reflexivo, el joven sabio y dedicado a Dios.

Después vino el encuentro con María. Una historia poética antigua dice que muchos jóvenes esperaban casarse con María; pero un milagro reveló quien fue el predestinado: ¡del bastón de José floreció un lirio! La Biblia dice que José era "justo", y el viejo Salmo canta así: «El justo florecerá como la palmera». Y el "justo" se casó con María.

Y finalmente he aquí el gran evento, la cumbre de la historia: ¡Dios, que es Amor, se hace hombre, por amor! El ángel "anuncia": «Alégrate, llena de gracia. ¿Quieres tú...?». Y María: «¡He aquí la esclava del Señor!». Y Jesús, ¡ya, está aquí, entre nosotros!

José pensó para sí retirarse. Pero un ángel en sueños le animó: «José, no temas recibir a María. Al niño que nacerá, al Santo, al Hijo del Altísimo, tú, tú mismo, le pondrás por nombre Jesús».

Jesús, José, María: ¡Sagrada Familia! Tres, pero un solo corazón. Y cuando el amor es muy alto, también puede ser todo silencioso y todo espiritual: José así amaba tanto a María que él estaba feliz de que ella era la "Santísima Virgen". Para ese Niño y para esa Esposa José dio todo de sí mismo. Fue él a defenderlos ante cualquier peligro, pensando en todo, proveyendo un pan, un techo, lo necesario para vivir.

Aquellas dos caras de cielo le recompensaban por todos los sacrificios; pero ¡cuántas veces la angustia le habrá apretado el corazón, la angustia de Belén, la angustia de Egipto, el hambre, el exilio! Encontrar pan. Encontrar trabajo. Todos los días. La angustia de haber perdido a Jesús en Jerusalén: «Tu padre y yo te buscábamos muy preocupados», dice María al hijo de doce años.

Durante largos años, de niño, de joven, de hombre, Jesús aprendió de José el trabajo. Saber cepillar una tabla, incidir un encaje a prueba de soplo, una idea nueva para un utensilio agrícola... ¡Cierto, Jesús era un buen aprendiz! Jesús era el "Divino Obrero": trabajaba entre su gente, a su pueblo habría pronto predicado la Buena Noticia, por su pueblo habría derramado su sangre. Jesús

trabajador sentía la alegría y la dureza de la vida. Se ganaba el pan con el sudor de su frente, y ayudaba a su familia.

¡Jesús era un buen hijo! ¡Como era fresca para José y María aquella agua que Jesús extraía para ellos de la fuente! ¡Cuánta paz la noche en las pocas más queridas palabras intercambiadas mientras la madre ajusta las últimas cosas! Y cuando luego rezan juntos las oraciones o los salmos, ¡cuánta luz!

¿Ha habido jamás sobre la tierra algo más encantador que aquellos brazos levantados en el humilde hogar de Galilea? Sólo en el Calvario subirá más fuerte el grito de la oración; en el Calvario los brazos de un Crucificado, rojos de sangre, anchos sobre el mundo, donarán al Padre y a los hermanos el Amor puro, ese Amor que hoy los brazos elevados del sacerdote y los fieles invocan, reciben y donan en cada Santa Misa.

Hablando de Juan el Bautista, Jesús dijo una vez: «No ha sido nadie más grande que él. Pero el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que Juan el Bautista». Quizá Jesús pensaba entonces en su "papá", que se había consumido en fe y en silencio para él.

José, no está terminado tu "trabajo": tú eres patrono de la Iglesia, patrono de la "buena muerte" (tú que espiraste entre Jesús y María), patrono de los trabajadores.

Ayúdanos a vivir bien, en el silencio de la fe. Ayúdanos a ganarnos, con el estudio y el trabajo, nuestro pan de cada día.

LA ESTRELLA DE BELÉN

Ángeles en coro:

*Hermanos, hermanas,
¡qué estrella en el cielo!*

Estrella luciente,
que brillas a Oriente,
alta en el cielo,
que es que revelas?
A los sabios Magos
es señal de evento.

Es señal divina
que ¡el Rey ha nacido!
Allá, en Judía
¡nació el Mesías!
Es rey de Israel,
¡el Emmanuel!
Magos anhelantes
se hacen viandantes.
Van solitarios

por montes y mares,
estepas y arroyos,
en altos camellos.

Ángeles en coro:

*Dios en el camino
nos es siempre vecino.*

¡Peligros, oh, cuántos!,
 ¡celadas y ferias!
 ¡Oh, arriba la estrella!:
 es siempre más bella:
 ¡anuncia un Niño
 humano y divino!
 "Venimos de Oriente;
 ¿Nació el Poderoso
 en Jerusalén?
 «No aquí, ¡en Belén!».
 Es sólo humildad
 que acoge Bondad.

¡Y aquí por vía
 de estrella la estela!
 Se posa la llama
 sobre pobre madre.
 Si bella es la estrella,
 ¡la madre es más bella!

Ángeles en coro:
*Y en brazo de María
 el Niño Mesías.*

El Niño nacido
 es el rey del creado,
 ¡es Palabra del Padre!
 La Virgen su Madre
 lo besa adorante:
 ¡mi Señor, mi Amor!

Sonríe a los pastores,
 acaricia corderos,
 manso y piadoso
 Cordero de Dios.
 Los Magos bajados

le donan fiestantes
 un cofre de oro:
 es decirle: «¡Tesoro!»,
 olor de incienso:
 « ¡Tú eres inmenso!»,
 y mirra a aliviar
 el grande llorar.

Ángeles en coro:

*Un día en la cruz
 habrá muerte atroz.*

Jesús luminoso
 los mira amoroso.
 Los Magos, encantados
 de ser así amados,
 se sienten "hermanos".
 Y en altos camellos
 regresan a Oriente,
 y a toda la gente
 anuncian la hermosa
 Buena Noticia:
 «¡Sois hijos de Dios!
 ¡Sois nuestros hermanos!»

Estás también tú
 mi hermano en Jesús.
 ¡Veremos su rostro
 un día en Paraíso!
 ¡Veremos a María!
 ¡Jesús, que así sea!

Ángeles en coro:

*Hermanos, hermanas,
 ¡qué estrella en el cielo!*



Los ojos muy dulces y la actitud inclinada de Jesús proclaman su Amor a toda criatura. Su cara es un poco clara y un poco oscura, pues Jesús está presente en todos los niños de la tierra, europeo o africano, asiático o piel roja. Jesús está en cada niño que sufre, en cada uno de los pobres, en cada una persona despreciada y ofensa. En las mejillas rojas de Jesús hay un poco de aquella sangre que él versará en la cruz. Una paloma está tranquila en su corazón: es símbolo de las almas puras que consuelan al Corazón de Jesús. Rosas y flores de varios colores florecen donde pasa Jesús: son los santos que perfuman el cielo de Dios.

EL NIÑO JESÚS

(Comienzo de la era cristiana)

Nacido Jesús en Belén, un ángel en sueño advirtió a José que Herodes – a quien los Magos habían hablado de un Niño Mesías – quería matar a Jesús. José huyó, llevando al Niño y a María a Egipto. Jesús vivió algunos años – refugiado – en Egipto. Cuando murió Herodes, Jesús vino a vivir a Nazaret, la ciudad de José y María. Así fue que Jesús creció en Nazaret. Por eso Jesús es llamado "el Nazareno".

He ahí la aldea de Nazaret: pobres casas adosadas a las cuevas, calles estrechas, la fuente allí, la iglesia pequeña (la llaman "sinagoga"). Este es el mundo de la infancia y juventud de Jesús.

Jesús va con su pequeño jarro a la fuente; la llena de agua para José. José, tomando un sorbo del agua que trae Jesús, le sonreirá, dejando por un momento su duro trabajo. Tal vez antes, por la calle, Jesús hará dado de beber de su jarro a un pobre, o a un anciano, o a un pastor: un sorbo de agua fresca y ¡una sonrisa!

En un hermoso poema, Carlos de Foucauld imagina que el Niño Jesús va con su madre a la fuente, y en el camino de regreso, se encuentra con un pobre que pide de beber. ¡Escucha!

NAZARET

*Poema del Beato Carlos de Foucauld
(Traducido del francés)*

I

Ya es la noche. Bajan deprisa a la llanura
 los pastores y sus rebaños, a la fuente;
 deprisa bajan las calles polvorientas,
 al agua clara, a las palmas frondosas.
 Hay vida. En alto está la blanca ciudad
 entre los cipreses verdes, en tranquilidad.
 Ahora, equipada de miel la colmena,
 la abeja descansa; y el hombre está para orar.
 Pero, ¿cómo? ¿En una pobre morada
 aún se está trabajando? «¿Madre, es hora?»
 la voz de un niño feliz preguntó.
 La flor nazarena para nosotros crecía.
 Hace su parte de trabajador,
 la jarra en brazos, pequeño proveedor;
 de su blanca túnica el limbo levanta;
 los pies desnudos, los ojos radiantes.
 Hermosa y pura, María va al Niño,
 y el Niño gozoso a ella corre cercano.
 Ella se arrodilla, estréchalo sobre su corazón,
 roza su frente: ¡él es su Señor!

II.

Caminan juntos en la montaña;
 un viento ligero sube dal campo,
 como la brisa que al profeta Elías
 de Dios reveló la presencia pía.
 Mil voces en fiesta. Pasa María:
 para ella las flores perfuman la vía.
 El sol, que se pone en occidente,
 con sus rayos dora el Inocente.

III.

Eh aquí, vienen. Una multitud voceante
 acude de la fuente y llama jubilante.
 ya todavía cuando él estaba arriba,
 los niños voceaban « ¡Viene Jesús!»:
 Llamando por nombre los humildes amigos,
 Jesús devuelve los abrazos felices.
 Algún pastor se le presiona al pecho,
 las madres dicen: «Es manso y perfecto».
 Junto a María, Jesús se agacha,
 llena al borde su jarra pequeña,
 que a José va a aliviar el agotamiento.
 Y ahora, a hombros, ¡con fuerza y alegría!
 María sonrío: suave y serena,
 lleva en su cabeza su ánfora llena.

*Y los ángeles de la noche, pasando,
 «¡Oh, poderlos servir!», dicen volando.*

IV.

Cuando el sentir vuelve, ya aquí aparece
 un ciego, curvo por la edad y el sufrimiento.
 «¿No eres tu María, y el niño Jesús?
 ¿De las palmeras ya regresáis aquí?
 Largo rato espere en vano guía buena;
 mi frasco está vacío; voy a ir, piano piano».
 Pero Jesús: «Dámelo, yo te el llenaré
 con mi jarra; y allá abajo volveré».
 Al mendigo Jesús sonriendo
 vierte el agua en el frasco contento.

*Y los ángeles de la noche, con tristeza:
 "Así dará su sangre para la gente."*

V.

De nuevo a la fuente; asombrada
 pide la gente: su agua ha derramado?
 Y Jesús dice; él no sabe mentir.
 Y llena la jarra, y está a punto de salir.
 O Niño, Salvador del mundo,
 tu primer sudor no sea infecundo.
 «Tu agua trae suerte, pequeño».

Todos ahora piden agua al Niño.
Mas no ha llegado aún el tiempo en cual dirá
– fuente viviente de caridad –:
«Si mano vacía implora, todo dais;
si préstamo pide, no lo neguéis»
El mandamiento todavía es sellado,
mas en el silencio el amor es mostrado.

VI.

Y corre a María. En el cielo una estrella
alta aparece sobre Nazaret bella.

*Y los ángeles de la noche exultantes
"Robémonos el Niño", dicen admirantes.*

No, ¡el Niño es nuestro, de la tierra es hijo!
Viva, crezca... y en el día bermejo,
ofrezca, "hombre", sobre el monte del dolor,
el agua que mana de su Corazón.

¡Qué hermosos los días de la infancia de Jesús!

Antes en Belén, luego en Egipto, luego en Nazaret, con aquel Pequeño en los brazos, María sin duda habrá sido hermosísima. Como hace toda madre, así María despertó a su Niño a la vida. Ella le enseñó dulcemente las primeras palabras.

Pero había en el profundo de ese niño una Verdad infinita, más grande que toda palabra: Jesús se sentía "Hijo del Padre", "Palabra" del Padre. Jesús era el Hijo de Dios.

Y cuando en noche María y José, poniendo a Jesús en medio de ellos, recitaban las oraciones de los antiguos Salmos, sin duda el Cielo tocaba la tierra, y un temblor de Gracia aligeraba el mundo.

La Luz purísima se había hecho Niño. El diablo, que con sus tinieblas nos dominaba, no se dio cuenta. Pero la luz verdadera, aquella que ilumina a todo hombre, había llegado entre nosotros, era precisamente ese Niño, el Niño Jesús.



*Niño Jesús en el Templo en Jerusalén, hablando con los doctores.
Jesús es la "sabiduría".*

JESÚS DE DOCE AÑOS

(Primeros años de la era cristiana)

Jerusalén. El gran Templo. Los viejos maestros escuchan asombrados a un niño de doce años, Jesús. Ellos son los "doctores de la Ley," leen y explican las Sagradas Escrituras.

Durante dos mil años las tribus de Israel, han transmitido de padres a hijos la sagrada Palabra de la Biblia. «Si tú me serás fiel— dijo el Señor a Abraham — yo te bendeciré, y en ti serán benditas todas las naciones». Abraham creyó en el Señor. Después de él, los "pobres de Dios" seguirán teniendo "fe" en Dios.

Los profetas, inspirados por Dios, predicaron al pueblo: « ¡Ánimo, Israel!; un niño va a nacer para nosotros: el "Emanuel" ("Dios con nosotros"), el "Mesías" (el "Ungido" de Dios); nos salvará; nos traerá la paz».

Este niño está ahora allí, en el Templo. Dice el Evangelio que Jesús escuchaba a los Doctores del Templo, y les hacía preguntas. Tal vez habría hablado con los Doctores acerca de las profecías de los antiguos profetas, aquellas que su maestro-rabino de Nazaret le había recitado (pues Jesús en su divinidad, como Hijo del Padre, sabía todo, pero en su humanidad tenía una cabeza como la nuestra, y crecía en sabiduría, y por lo tanto iba a la escuela, y aprendía de José y de María, y de su maestro y también de sus compañeros). «Y todos los que le oían estaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas». ¡"Estaban todos asombrados"! Pero, ¿que había de maravilloso en Jesús? ¿No era un niño como todos los niños? Sí, como todos los niños, pero en su corazón ¡Jesús oía la voz del Padre!

¿¿Quién sabe qué palabras entonces dijo Jesús!? Esos Doctores no habrán entendido que estaban frente a la "Palabra" de Dios; Jesús les habrá hablado del Padre, pero no reveló su misterio. La Palabra de Dios – la Palabra inspirada de los profetas, escrita en las Escrituras – se ha escondido; por amor, por puro amor, se ha hecho toda "pobre": ¡se hizo un niño! No era aún llegada la hora de la Revelación.

Pero aquí viene ¡José y María! Desde hace tres días estaban buscando a Jesús. Están agotados, angustiados. ¡Sorprendidos, felices, encantados! Asombrados, lo miran hablar a los Doctores. Pero entonces ¡lo alcanzan, lo abrazan! «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos». ¡Oh, no lo habían buscado en el único lugar donde podía estar!: ¡en el Templo de Dios! Respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar donde el Padre mío?».

¡"Padre mío"! Este pequeño desconocido chico judío llama a Dios ¡"Padre mío"! ¡Oh Jesús! ¿Qué misterio que llevas en tu corazón? ¡"Padre mío"! Tus primeras, queridas, palabras, ¡el primer anuncio de la Buena Noticia! "Padre mío": ¡la aurora que anuncia el sol del Amor! De grande, Jesús dirá: «Me ha enviado el Padre mío, a servir, y a morir». Jesús escucha al Padre, manifiesta "la Palabra" del Padre, hace las obras del Padre. «Yo y el Padre somos uno». «El que me ve, ve al Padre». El amor de Jesús es el Amor del Padre; el perdón de Jesús, ¡es el Perdón del Padre!

Desde Adán, todos somos pecadores. Con nuestros pecados, todos nos alejamos del Amor del Padre. Nuestro corazón se ha hecho de hielo. Somos egoístas, estamos tristes, perdidos... Pero Dios nos quiere salvar. Se hizo uno de nosotros, se hizo hombre. Él nos redimió ¡ofreciéndose a sí mismo en una cruz! Él nos mostró cómo vivir, cómo morir: ¡de amor! Sí, en nuestra historia, la pobre historia humana, se produjo un día un amor total, una caridad absoluta.

Ese niño que estaba orando en el Templo, escuchando y hablando con los Doctores, y que ahora con María y José regresa a su país, ese niño que en Nazaret crece obediente, orando, estudiando, trabajando, ese "nazareno" que predicará la Buena Noticia del Reino y morirá en una cruz y al tercer día resucitará, este "Jesús de Nazaret" es "el Hijo amado" que vive y muere por amor del Padre. Jesús fue "obediente

hasta la muerte": su amor obediente repara la desobediencia del hombre. Y así Jesús se hace nuestra "paz". Desde el Calvario en adelante, siempre que haya un pobre, un hambriento, un doliente, allá está Jesús: Jesús pobre, hambriento, doliente. Pero también Jesús "glorioso": a los "pobres" ¡el "Reino de los Cielos"!, a los "hijos de Dios" ¡el Paraíso! Niño de doce años, no nos ocultes tu misterio. Revélanos pronto el secreto de tu corazón. ¡Enseñanos a amar al "Padre"!

El Evangelio dice que Jesús volvió a Nazaret y vivió "sometido" – o sea "obediente" – a José y a María. También dice que «Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres».

Jesús "crecía". Necesitaba amor y cuidado como cualquier muchachito en la tierra; necesitaba madurar, observar, comprender. Jesús era claro y puro: ¡quién sabe cómo "escuchaba" a José y a María!

Dios es amor, y todo amor es humilde: en humildad Jesús pasaba sus jóvenes años, preparándose para su gran misión.

**LOS SANTOS
DE LA IGLESIA**

En la Última Cena, Jesús tomó el cáliz del vino, lo dio a sus discípulos, y dijo: «Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la Nueva Alianza». Jesús inaugura en su Espíritu (el Espíritu Santo) el "Nuevo Pacto", el "Nuevo Testamento", la Nueva Alianza de amor entre Dios y los hombres.

Jesús con su amor y su sangre nos liberó del diablo y del pecado, y nos hizo "hijos de Dios". Por lo tanto, nos atrevemos a orar diciendo: «¡Padre nuestro!».

De Jesús sale la gran historia de los hijos de Dios. Desde el corazón de Jesús, traspasado por la lanza del soldado, ha nacido la Iglesia. Desde Jesús, la santidad consiste en amar como Jesús, en dar la vida como Jesús: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

La historia de la Iglesia es una historia de santidad. Todos los buenos con la Gracia de Dios viven en la caridad; pero algunos de ellos fueron totalmente generosos con Dios y con el prójimo; los llamamos: "los Santos".

De muchos Santos conocemos también la infancia y la juventud. Vamos a relatar la infancia y juventud de algunos de los Santos más conocidos por el pueblo cristiano...

Así que vamos a ver cómo vivían los primeros cristianos; admiraremos la valentía de los mártires; nos quedaremos encantados por la belleza de muchos héroes de Dios, los que diciendo "sí" a la Gracia de Dios, nos han dejado un ejemplo de grandes virtudes.

Ellos nos están mirando desde el Cielo, es decir, desde el Corazón de Dios, y nos esperan sonriendo.

EL EVANGELISTA DE LA CARIDAD

SAN JUAN

El más pequeño de los Doce Apóstoles

Nazaret y Cafarnaúm son dos países que están muy cerca; los separa solamente una cadena de colinas. Nazaret está a un lado, y tiene vistas a los campos de trigo y olivares; Cafarnaúm está por allí, a la orilla del lago, el gran lago que la gente llama "Mar de Galilea". Ahora imaginamos a Jesús que vive en Nazaret, Jesús que ya se hizo grande. Ahora ayuda a San José en el trabajo. Jesús aprendió bien el oficio. Jesús es – como José – herrero y carpintero. Pero José un día cayó enfermo y murió. Así que le tocó a Jesús pensar en María. Jesús con su trabajo ganaba el pan de cada día para él y para María.

Mientras tanto, en el otro lado de las montañas, en Cafarnaúm, estaban Simón y Andrés, Santiago y Juan; corrían descalzos por la orilla del lago, ayudaban a los pescadores a reajustar las redes. Juan es el más pequeño, pero también es el más sensible, el más reflexivo, el más atento en sus silenciosos pensamientos. Simón es el más fuerte; Simón sabe hacer y organizar; un día Jesús lo llamará "roca" (Pedro), y le dará las "llaves" del Reino de los Cielos. Pero será Juan el apóstol que mejor va a entender el amor y el "misterio" de Jesús.

Los años de la juventud pasan rápidamente (aunque a los niños les parece que no pasan nunca). Y un día se difundió la voz de que en el río Jordán (el río que fluye desde el lago) un profeta estaba predicando. Era Juan el Bautista. Gritaba a los transeúntes (peregrinos, comerciantes, soldados, viajeros) para que se convirtieran, para

prepararse para la venida del Mesías. Y los bautizaba en el río, como signo de penitencia. Corrieron allá también Juan y Andrés. Vivían con el Bautista en pobreza y oración, esperando al Mesías.

Un día vino Jesús. Jesús – Cordero de Dios – llevaba el peso de nuestros pecados. Él quiso recibir de Juan el bautismo. El Bautista decía que no, pero Jesús entró en el agua. Y desde el cielo la voz del Padre: «Tú eres mi Hijo».

Al día siguiente, al ver Jesús que pasaba, dijo el Bautista: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Entonces enseguida Juan y Andrés siguieron a Jesús. Jesús se volvió y les dijo: «¿Qué buscáis?». Le preguntaron: «Maestro, ¿dónde vives?». «Venid y lo veréis». Juan recordará toda la vida ese primer encuentro con Jesús; también recordará la hora: «Eran como las cuatro de la tarde». Juan no dejará jamás a Jesús. Juan será uno de los Doce, aquellos Doce que cada día compartieron con Jesús el pan de los pobres y el polvo del camino: eran su familia, sus humildes amigos.

Jesús quería mucho a Juan. Jesús tenía amigos, con quienes tenía confianza. Era muy afectuoso, por ejemplo, con Lázaro y sus hermanas, Marta y María, que vivían cerca de Jerusalén, en Betania. Cuando Jesús, con los Apóstoles, en viaje a Jerusalén, pasaba por allí, siempre se quedaba en la casa de Lázaro. Pero Jesús amaba a todos, especialmente a los niños, a los pobres, a los “pecadores”. Los “pecadores” sentían que Jesús tenía un corazón grande para ellos.

Juan es, entre los Apóstoles, el más puro, el más "pequeño". Jesús ve en él todas aquellas almas que, con su pureza virginal, imitarán el Lirio puro, e imitarán a la Virgen María. Por esto Jesús mira a Juan cariñosamente, como con cariño mira a todos los que para el "Reino de los Cielos" dejan todo.

Juan seguirá a Jesús hasta el Calvario. Los otros Apóstoles tendrán miedo, huirán; Juan estará allí, bajo la cruz, a mirar a Jesús, y a consolar a María. Antes de espirar, Jesús le confía a María: «Hijo, he ahí a tu madre». Y le dice a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Jesús miraba a Juan, pero nos miraba a todos nosotros; a todos nosotros nos ha dado como madre a María, María de los Dolores. Juan miraba aquella sangre, aquel corazón, y se dio cuenta de que Jesús era sólo amor, sólo corazón; se dio cuenta de que el "misterio" de Jesús es el

misterio de la "Caridad". Por lo tanto, en su primera carta, Juan escribirá que Dios es "Caridad", es Amor.

Cuando el soldado rompió el corazón de Jesús, y salió sangre y agua (Jesús donaba así toda su sangre), Juan ciertamente recordaba ese día en el Jordán, y a Jesús bautizado en el agua: ahora Jesús estaba bautizado en su sangre. He aquí: sangre y agua; no sólo agua, sino sangre. Jesús había dicho: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo, para que todos tengan la vida».

Y volvía a oír las palabras que la noche anterior, en la Última Cena, Jesús había dejado como testamento: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado... Os reconocerán como mis discípulos, si os amáis los unos a los otros». Juan escribirá a los primeros cristianos: «El que ama está en la luz... El que ama conoce a Dios... Quién no ama no conoce a Dios».

Cuando a Juan, ya anciano, los primeros cristianos le preguntaban: «¿Juan, no recuerdas algo más de Jesús?», Juan respondía: «¡Hijitos, amaos unos a otros, y esto es todo»!

¡Qué hermoso "Evangelio", Juan, que "Buena Noticia"!

SAN MARCOS

(Siglo primero de la era cristiana)

Por la noche, a la luz de las antorchas, esta Judas: al frente de un equipo de sirvientes armados, se acerca a Jesús, lo besa... ¡Es la señal! ¡El beso de la traición! Sin embargo, Judas ¡es uno de los Doce! Incluso por Judas, antes de llamarlo con Simón Pedro y los otros a ser "apóstol", Jesús había orado una noche entera. Judas vivió con Jesús durante tres largos años. ¡Cuántas veces Jesús le habrá hablado con cariño! «Pero el diablo – dice el Evangelio – había puesto en el corazón de Judas Iscariote la traición» al Señor.

En el Cenáculo, antes de la Última Cena, Jesús derramó agua en un lebrillo, y lavó los pies a los Doce; ¡también a Judas! ¡Quién sabe cómo él lo miraba mientras le lavaba los pies y los secaba! Luego se sentó y dijo: «He aquí, vosotros estáis puros; pero no todos».

Durante la Cena, Jesús tomó el pan, diciendo: «Este es mi cuerpo entregado por vosotros».

¡**E**ntregado también por Judas!

Después tomó el cáliz, diciendo: "Esta es mi sangre derramada por vosotros».

¡**D**erramada también por Judas!

Metió un pedazo de pan en la salsa del cordero, para darle al amigo más querido, como era la costumbre; ¡y se lo dio a Judas! Cuanto esperaba, Jesús, que Judas entendiese, que volviese a creer en Él. Desgraciadamente – dice el Evangelio – «después de aquel bocado, Satanás entró en él... Tomado el bocado, él inmediatamente salió».

¡Era de noche, la noche de Satanás! Entonces Jesús, sintiendo próxima "su hora", dijo, «Hijos míos, por muy poco tiempo estaré con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos los otros como yo os he amado. Por esto conocerán todos que sois mis discípulos: porque se aman unos a otros». Después, cantado el himno, Jesús y los once bajaron al "Getsemaní", es decir, al "Huerto de los Olivos". Allí, mientras los apóstoles dormían, Jesús, sintiendo sobre sí todos nuestros pecados, sufrió durante tres horas una angustia mortal, una verdadera agonía... Pero entonces llega Judas. El rostro de Jesús esta bañado de sangre. Judas está delante de Él. Se acerca. Se atreve a besar aquel rostro ensangrentado. «¿Con un beso traicionas al Hijo del hombre?».

Observando la triste escena hay un niño. Su nombre es Marcos. Él vio a Judas. Ahora ve a los matones ir hacia Jesús. Él siente que Jesús les pregunta: «¿A quién buscáis?»; responden: «A Jesús de Nazaret»; «¡Soy yo!». ¡Se tambalean, caen! Jesús repite: «¡Soy yo!» Simón saca una espada y corta una oreja a un siervo; pero Jesús le reprocha y sana al siervo. Los apóstoles huyen. Pero, uno de los esbirros ve a Marcos; lo atrapa por el borde de la túnica. Marcos rápidamente se desliza por debajo, y huye, en la oscuridad. ¡Qué aventura le pasó al joven Marcos! Seguro que de inmediato corrió a casa a relatar todo a su madre, que se llamaba María.

La casa de Marcos y de su madre fue un refugio seguro en aquellos días de peligro para los discípulos de Jesús. Y cuando, después de Pentecostés, los primeros cristianos querían reunirse, por la mañana se encontraban en el templo, pero por la noche – para la Cena – a menudo se encontraban allí, en la casa de Marcos y de su madre María.

El libro de los "Hechos de los Apóstoles" cuenta que un día Pedro fue arrestado y encarcelado. Pero a la mañana siguiente, un ángel le despertó, le cogió de la mano..., y Pedro se halló fuera de la cárcel, ¡libre! Sorprendido y feliz, ¿a dónde se dirigió Pedro? ¡A la casa de Marcos! Llamó a la puerta. Se asomó a la ventana una niña, llamada Rode, quien, por la sorpresa, no abrió, pero se fue a decirle a los de casa que fuera estaba Pedro. Ellos no querían creerlo, ¡pero realmente era Pedro!

Así, en casa de Marcos la primera comunidad cristiana dio gracias a Dios por la liberación de Pedro.

Fue Pedro quien bautizó a Marcos, e impuso sus manos sobre él para que recibiese el "don" del Espíritu Santo. Marcos, así, más allá que ser cristiano, ¡se convirtió en "misionero" de Cristo! Marcos se consagró por entero al Evangelio.

Salió primero con Pablo y Bernabé, que iban a evangelizar la isla de Chipre, y las ciudades de Panfilia. Algún tiempo después, encontramos a Marcos con Pedro. Pedro lo lleva consigo primero a Antioquía y luego a Roma.

Pedro predicaba y Marcos escribía. Pedro relataba las palabras y las obras de Jesús, y Marcos las escribía (en aquel tiempo escribían en pieles curtidas o en hojas de papiro). Así nació el Evangelio de Marcos.

Cuando Pedro murió en la cruz, cabeza abajo, en el colle Vaticano, Marcos retomó sus viajes misioneros. Llegó a Alejandría, y allí fundó la primera Iglesia en África donde fue martirizado.

Hoy su cuerpo descansa en la "Basílica de Oro", en Venecia: mosaicos dorados, sombras misteriosas, cúpulas y agujas son un cofre precioso para sus "reliquias". Pero él, Marcos, es un santo del Paraíso.

Marcos, el chico rápido y fuerte, misionero ardiente, el evangelista del Reino de Dios, "evangelista mío", está allí arriba, con el Señor.

SAN PABLO

(Siglo primero de la era cristiana)

La gran meta de los peregrinos cristianos es Jerusalén; el peregrino ora y suspira en los santos Lugares de la Pasión y Muerte de Jesús. Otra meta deseada de los peregrinos es Santiago en Galicia, donde se veneran las reliquias del apóstol Santiago. A menudo, sin embargo, los peregrinos se encaminan hacia la Ciudad Eterna, Roma. Van primero a la Tumba de San Pedro, en el Colle Vaticano. Y luego, a la tumba de San Pablo en la Via Ostiense. Luego, por la Vía Laurentina, llegan a un valle muy verde, que lleva el hermoso nombre de "Tre Fontane" ("Tres Fuentes").

Donde las Tres Fuentes hay desde hace muchos siglos un monasterio, donde siete veces al día los monjes cantan los Salmos. Hay también un pobre convento de monjas, las "Pequeñas hermanas de Jesús". No muy lejos está la gruta donde los peregrinos veneran la "Virgen de la Revelación". Yendo un poco más allá del monasterio, el peregrino llega a una iglesia, donde se encuentran las "tres fuentes": es el lugar del martirio de San Pablo Apóstol.

San Pablo nació en Asia Menor (hoy Turquía), en una pequeña ciudad en el mar: Tarso de Cilicia. Pablo era hebreo; de hecho su nombre hebreo era Saulo.

¿**C**ómo era Saulo de niño? ¡Pues como todo buen muchacho judío! Habrá cada sábado acompañado a sus padres a la sinagoga, a leer la Biblia y orar. El "rabino" abre con devoción uno de los rollos preciosos, y lee un pasaje de la "Torá" (la Ley), o una profecía, o los Proverbios. Saulo escucha con atención, porque esos libros son "el don" de Dios a su pueblo. Los otros días Saúl vuelve a la sinagoga

cada mañana para la escuela: el rabino hace recitar los pasajes de la Biblia, y entrega a los escolares una tablilla de cera, donde cada niño escribe unas rayas de la palabra de Dios. El primer deber de un buen judío es, de hecho, aprender y observar la Ley de Moisés. Saulo está realmente convencido de que sólo el que guarda la Ley es santo: es la Ley de Dios la que nos hace buenos. Acabada la escuela, Saúl regresa a casa y aprende la profesión de su padre: fabricante de tiendas. Así Saúl vivió sus años de juventud.

Un día salió. Fue a Jerusalén, a un famoso “rabí” (maestro), llamado Gamaliel, el cual inflamó a Saulo de celo por la Ley.

Pero, unos años antes, un dulce "maestro" (el "Nazareno") había caminado por los países de Galilea, proclamando un "evangelio", o sea una "Buena Noticia". Jesús de Nazaret predicaba que Dios es nuestro "Padre", y nos ama, y nos quiere en Paraíso. Decía que, más que la ley, es importante el Amor; que sólo Dios es bueno; que Dios es Amor; que Dios así amó al mundo que le envió a su Hijo; ¡que por tanto no debemos ser soberbios, sino misericordiosos!... ¡Fue crucificado! Ahora los discípulos predicaban la Resurrección de Jesús, y difundían su "evangelio". Muchos creían en el "Señor", recibían el bautismo: era la primera "comunidad", la primera "Iglesia".

Los Apóstoles consagraron siete "diáconos", para que pensarán en los pobres y en el pan de cada día para la comunidad.

Uno de los diáconos se llamaba Esteban. Esteban estaba tan lleno de Espíritu Santo, convertía a muchos a la fe. Fue capturado y condenado a muerte. Fue arrastrado fuera de la ciudad, y asesinado a pedradas. Esteban fue el primer mártir cristiano. Murió perdonando a sus asesinos. Sus últimas palabras: «¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!».

También Saulo perseguía a los cristianos. Estuvo presente en el asesinato de Esteban. Saulo «se enfurecía contra la Iglesia, y entrando casa por casa cogía a los hombres y a las mujeres y los llevaba a la cárcel..., siempre enardecido y amenazante contra los discípulos del Señor».

Pero, mientras a caballo corría hacia Damasco para encarcelar a otros cristianos, de repente una luz lo envuelve: «Saulo, Saulo, ¿por

qué me persigues?». «¿Quién eres, Señor?». «¡Yo soy Jesús, a quien tú persigues!».

Jesús había tenido compasión de Saulo. Y Saulo creyó en Jesús. Saulo se convirtió a Jesús. Pasó tres años en el desierto, orando. Entonces comenzó a predicar el Evangelio: en Asia, en Grecia, en Roma, en España. Sufrió mucho. Fundó muchas "iglesias". Él escribió a los primeros cristianos catorce cartas hermosas. En sus cartas, Pablo (que era ahora su nombre cristiano) escribe que nosotros cristianos tenemos la "gracia" de "vivir en el Espíritu Santo, y que esta "gracia" nos llena de "alegría": «¡Oh, podéis en verdad conocer el amor de Cristo!».

En el año 67, en Roma, San Pablo recibió la gracia del martirio. Cuando su cabeza rodó, se derramaron "tres fuentes". Entonces, manos piadosas enterraron su cuerpo a lo largo de la Vía Ostiense, donde hoy, en su honor, se levanta la gran Basílica de "San Pablo fuera los muros"

Allí, y en cada iglesia católica, todos los años, el 25 de enero, se celebra la memoria del Martirio de San Pablo, y todos rezan juntos por la "Unidad de los Cristianos".



El Papa confía a Tarcisio el Pan eucarístico para los cristianos prisioneros.

De la Ostia una luz radiante ilumina la tierra

*EL MÁRTIR DE LA EUCARESTIA***SAN TARCISIO**

(250 dC)

Hay un aire de fiesta en la ciudad. El emperador ordenó juegos y competiciones en el Circo Máximo y en el Coliseo. Los espectáculos con tigres y leones son los más esperados; la multitud grita cuando las ferias hambrientas irrumpen en la arena. Por lo general son los esclavos los que deben luchar con las fieras. Pero no pocas veces son echados a la arena también los cristianos: «¡Los cristianos a las ferias!». Mañana verás a estos inocentes, en la arena, apretados alrededor de un anciano; hombres, mujeres, viejos, jóvenes, niños; estarán allí, buenos; los escucharás orar... Hoy, vigilia, están, encadenados, en el sótano de la prisión... Tienen confianza en Dios. Ofrecen su vida al Señor. Tienen en sus corazones la gracia, la paz, un deseo de Paraíso; tienen en su cara una sonrisa misteriosa... «Tal vez un hermano nos traerá la Eucaristía».

Fuera de la ciudad se encuentran las Catacumbas, cementerios oscuros excavados bajo tierra. Allí esperan la resurrección los cuerpos de los mártires, y los cuerpos de los fieles difuntos; a menudo allá se reúne la comunidad cristiana, sobre las tumbas de los Santos. He aquí, la comunidad acaba de celebrar la Eucaristía; hay un gran silencio, a la tenue luz de los candiles. Rezan en paz; los soldados nunca bajan allí, porque la ley de Roma considera sagradas las tumbas. Un anciano está sentado en un taburete; es el Papa, Papa Sixto. Se levanta: «¿Quién va a llevar a nuestros hermanos en la prisión el cuerpo del Señor?». «¡Yo!», responde una voz juvenil, « ¡Yo!; me dejarán pasar; un niño

lo dejan pasar». Sixto mira a Tarcisio; sonríe, pero niega con la cabeza: «¡No...!». Sixto tiene miedo por Tarcisio. El niño insiste; él dice que nadie sabe que él es cristiano (fue bautizado recientemente); dice que ocultar  bien los Misterios debajo de su t nica; dice que se va a cubrir bien con su manto... El Papa coge de una pequeña mesa el Pan consagrado, lo envuelve en un pañuelo de lino, lo confía al niño... «Ve, Tarcisio. Diles a los hermanos que pronto nos reencontraremos todos, en el Cielo. Diles que no tengan miedo de los que matan el cuerpo, pero no el alma. L vales estos Santos Misterios. L vales el beso santo... ». Tarcisio se aprieta al pecho el precioso paquete, se lanza el manto alrededor del cuello, y se encamina rápido por los túneles oscuros, a él familiares.

Salido al air libre, dada una mirada alrededor, se pone veloz entre las personas que entran en la ciudad. Llegado a los muros, nadie lo detiene; pasa. Camina rápido, recogido: ¡está llevando al Señor! Ya está pensando en lo que va a decir a los guardias de la prisión: que lo dejen pasar, porque...

¡Oh, no! ¡Los camaradas! Lo han reconocido, lo llaman: «¡Tarcisio! ¿Dónde vas tan rápido?».  l, con una señal los saluda, sigue adelante; espera que no le digan nada más. «¡Detente, ven aquí!». «No puedo; ahora no puedo; ¡después!». Pero corren para alcanzarlo: «¿Qué estás escondiendo ahí debajo? ¡D janos ver!». Tarcisio aprieta su tesoro... Tarcisio desde hace algún tiempo ha cambiado mucho; los compañeros se han dado cuenta. «Pero sí, ¡es por eso...!: ¡Tarcisio es un cristiano!». Sus ojos tienen un relámpago malo: ¿quizá Tarcisio trae los "Misterios" cristianos? Le están encima, lo tiran al suelo, tratando de abrir sus brazos.  l se inclina sobre sí mismo; con todas sus fuerzas cierra sus brazos sobre el pecho; con todas sus fuerzas defiende a su Señor. Los malos muchachos se alborotan, gritan, le dan puñetazos, patadas, una piedra en la cabeza... La sangre, roja, baja por la cara... No se detienen. Pero no consiguen abrir sus brazos. Tarcisio se siente fallar, pero ¡no abandonar  a Jesús a los paganos! Le duele la cabeza... pero ruega, ruega con toda su alma. Ruega a los mártires santos; ruega al diácono Lorenzo, al que ha visto morir en el fuego; ruega al Papa Esteban martirizado recientemente; ruega San Esteban; ruega Jesús, «¡Jesús!», «¡Jesús!»...

Un grito derriba a los asesinos: es Quadrato, un soldado, «¡Tarcisio!». Quadrato es – en secreto – un cristiano; ha reconocido a Tarcisio. Tarcisio abre los ojos ahora confundidos, hace una sonrisa leve, una sonrisa bella... Reclina la cabeza hacia un lado... Muere.

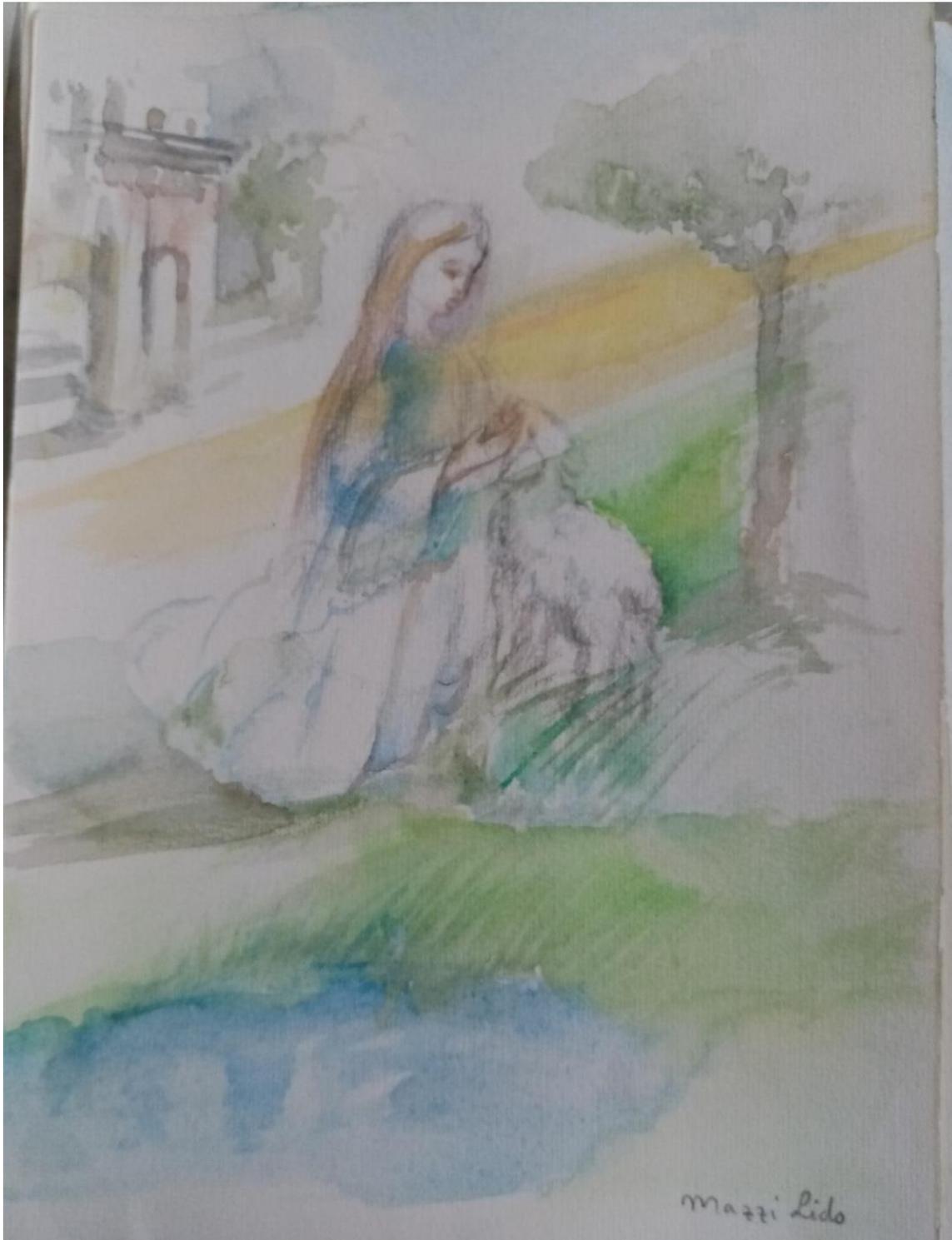
Quadrato, llorando, extiende su manto en aquel joven rostro ensangrentado, levanta el cuerpo ligero, se lo lleva, en sus brazos, como si llevase a un bebé dormido. Lo lleva allá abajo, a las Catacumbas. Allá abajo, acuesta al niño en la mesa...: en el pecho de Tarcisio, ¡la Eucaristía!... Nunca tuvo Jesús su cuerpo en un altar más hermoso, ¡un Tabernáculo más querido!

Por el pueblo de las catacumbas se levantó un lamento, y una oración: «Tarcisio dulce, ¡a Dios!, ¡ruega por nosotros!».

El cuerpo de Tarsicio fue depositado al lado del cuerpo del Papa Esteban, en la Vía Appia. Allí pronto depositarán al Papa Sixto, y después al Papa Dionisio, y a muchos otros mártires.

Algunos años después, el Papa Dámaso escribirá allí, en una lápida: «Tarcisio santo prefirió morir antes que traicionar».

Los chicos de todo el mundo, especialmente los "monaguillos" miran hoy a Tarcisio, para aprender cómo se ama a Jesús, cómo se ama y se sirve la "Eucaristía" del Señor.



Inés sale de Roma y se encamina hacia las Catacumbas. Se detiene a acariciar a un cordero. El espejo del agua es símbolo de la limpieza de su alma; el azul del cielo y del agua se repite en la vestidura de Inés. Su larga melena la vestirá en su próximo martirio.

HERMANA ENSANGRENTADA

SANTA INÉS

(292 – 304)

Martina, Cecilia, Cristina, Bárbara, Ágata, Anastasia, Eurósia... Son muchos los nombres de las "vírgenes y mártires" que en los primeros siglos cristianos, durante las persecuciones, ofrecieron su vida a Jesucristo. Parecía que los perseguidores se encarnizasen con mayor maldad contra las jóvenes cristianas, con la esperanza de doblarlas más fácilmente; en cambio, una fuerza sublime las hacía invencibles: la fuerza del amor de Jesús.

Algunos de esos nombres eran nombres muy familiares a la pequeña Inés. ¡Cuántas veces ella los habrá oído repetir durante las oraciones de la Comunidad! ¡Cuántas veces, por la noche, tomándosela en las rodillas, su madre le habrá recordado esas "vírgenes y mártires gloriosas"!, y el coraje con las que ellas habían creído en Jesús hasta la muerte.

Ahora Inés ya no era más una chica. Se había convertido en una jovencita esbelta. Había entendido muchas cosas de la vida. No quería ser necia como tantas. Buscaba solamente la vía de Dios. Había decidido: también ella, como Martina, como Ágata, ¡vivir para los pobres, para Jesús!

En el tiempo de Inés no había conventos o monasterios; no existían aún las "monjas". Sin embargo, desde los primeros tiempos de la Iglesia, siempre habían estado las "vírgenes", es decir, las jóvenes que por amor a Dios no se casaban; que se hacían "siervas" de la Iglesia y de los pobres. Querían vivir así para parecerse a Jesús, él que nunca se casó, más dio su vida en caridad. Parecerse a Jesús, seguir a Jesús.

Como Jesús se dio a sí mismo en la cruz, así ellas querían entregarse, orar, servir a los pobres, a los huérfanos, a las viudas...

Roma estaba llena de gente pobre: ¡ cuántos esclavos, cuántos miserables, cuántos enfermos en los barrios pobres y en las cavernas oscuras, sin cuidados, sin esperanza...! Pero, se acerca una figura delgada, una cara buena, una mano afectuosa... Tú estás enfermo, ardes de fiebre, no tienes a nadie: ella se arrodilla a tu lado, te ofrece un poco de agua fresca, te sonrío. ¡Es una cristiana! Los primeros cristianos amaban mucho a los pobres.

Inés fue así. Vivía así: su Señor, sus pobres. Era feliz así. No habría cambiado su vida ni por todo el oro del mundo. Por la noche llegaba a casa cansada, pero feliz de su día, feliz de haber acariciado a un moribundo, de haber acallado a los niños pependencieros, de haber participado en comunidad a la Eucaristía.

Los cristianos, al anocheecer, se reunían en secreto en una casa (no había libertad, no había las hermosas iglesias de hoy), y en secreto, en voz baja, "partían el pan", o sea celebraban la Misa.

Pero el emperador Diocleciano ordena una persecución (¡la décima!): ¡los cristianos al suplicio! Inés lo sabía. Pero, quién tiene tanta fe y tanto amor vence todo miedo.

Inés no podía pasar desapercibida. Aquel su prodigarse no pasó desapercibido. Su vida de caridad hacía luminosa y evidente su belleza. Así que corrió la voz de que era tal vez una cristiana. La denunciaron, la arrestaron, la interrogaron. Sí, Inés dijo que ella era cristiana. Inés entendió que llegaba para ella el momento sagrado, el momento del amor, de la fidelidad, el momento grande de la sangre, así como antes había llegado para Martina, para Cecilia, para aquellas vírgenes mártires a las que tantas veces había rezado. Y sintió subir desde el fondo de su corazón una fortaleza grande, dulce...

Los soldados la tironeaban, gritaban, laceraban sus vestiduras. Ella, pequeño cordero de Dios, se escondía detrás de su larga melena, y oraba con toda su alma... No se atrevieron a violarla, porque sentían algo sagrado, misterioso. Pero era una cristiana, y debían de obligarla a adorar a los dioses de Roma. La empujaron así hacia el Templo de Vesta; ante la estatua de la diosa había un brasero con fuego: un grano de incienso, y serás libre. No. Inés no. Entonces con ira y odio,

inclinaron sobre ella las llamas. Después volvieron a cogerla. Aún gritaban, le gritaban cualquier cosa...

Pero ella no entendía muy bien... Sufría... Ahora el mundo le parecía muy lejano, y su Señor cercano, cercano... Le gritaban para que se salvara, que adorase a los dioses; pero ella oraba al Cristo Crucificado... Ellos la echaron abajo, de rodillas, le golpearon con violencia la cabeza con un bloque de piedra; un verdugo le golpeó con la espada. Manos pías depositaron el cuerpo ensangrentado en una sábana blanca, y lo llevaron a las Catacumbas de la Vía Nomentana. Allá le sepultaron.

Se levanta hoy sobre el cuerpo de Inés una estupenda Basílica, una Basílica maravillosa por Inés, la "pura". Si tú descienes allá abajo, en la Catacumba, puedes arrodillarte delante de sus reliquias.

Cada año las monjas de la Iglesia de Santa Inés preparan largas estolas de lana, que se llaman "palio", y las envían al Papa; el Papa les pone en una urna sobre la Tumba de San Pedro, y luego, el veintiuno de enero, el día de la fiesta de Inés, las envían a los obispos del mundo.

Y cada año, el veintiuno de enero, todos los cristianos del mundo recuerdan a Inés, la "pura" (su nombre significa "pura"), Inés "virgen y mártir".



Lucía, de Siracusa, va peregrina a Catania para venerar a la mártir Ágata, y pedirle la recuperación de su madre. La palma es un símbolo del martirio. La lámpara encendida simboliza la luz de Cristo que ilumina el alma en la Catacumba de este mundo. Los ojos de Lucía son puros, y ven, más allá de esta vida, la Vida Eterna, Jesús.

SANTA LUCÍA

(Principios del siglo IV)

Catania, Sicilia: una madre ya no tan joven baja con su joven hija a las Catacumbas. El nombre de la chica es Lucía. Ha querido acompañar a su madre en el viaje fatigoso. Vienen de Siracusa. Quieren rezar ante la tumba de la mártir Ágata.

Están ahí abajo, de rodillas. La llama delgada de la lámpara de aceite gana apenas la oscuridad, y parece una incesante "sí" hacia arriba. Los peregrinos pasan devotos ante la tumba, besan la piedra, besando aquel pequeño nombre grabado: Ágata.

La madre de Lucía se llama Eutichia, y está enferma. Está aquí peregrina para pedir la gracia de la curación. Madre e hija rezan por mucho tiempo, en silencio, la madre apoyada en su hija. Al fin, vuelven a subir, y se acurrucan debajo de un gran porche, con los otros peregrinos, para pasar la noche. Y Lucía sueña... sueña con Ágata. La santa virgen y mártir le anuncia que su mamá se va a sanar. Pero también dice que ella, ella misma, Lucía, será en Siracusa lo que Ágata ha estado en Catania: ¡mártir! ¡Mártir por Jesús!

Por la mañana, las dos mujeres se vuelven en camino. ¡Oh, Eutimía está sanada! Ahora Lucía sabe que le espera una gran prueba, la prueba suprema. Desde hace tiempo Lucía ha decidido vivir para Dios, para la Iglesia, para los pobres. Como Inés, como Ágata.

Jesús había dicho: «Yo he venido para servir y dar la vida». Y san Pablo había escrito a las primeras chicas cristianas: «Yo querría que no os casasen, para ser totalmente del Señor».

Los cristianos no desprecian el matrimonio: ¡es un sacramento!, es decir, hace presente a Dios en este mundo. El amor de los esposos es un sacramento como el pan de la Misa, como el agua del Bautismo. Jesús, ha como casado la humanidad; la Iglesia es "esposa" de Cristo. Así, la pareja es una sola cosa; el amor de Dios los hace uno. Y cada niño que nace es signo y fruto del amor de ellos, y del amor de Dios.

Por desgracia, en este mundo arruinado por el pecado de Adán y por todos nuestros pecados, no somos nunca amor puro; los sentidos absorben el alma, y el alma a menudo se ensucia, se ofusca; y ya no vemos más el Cielo...

Es por esto que, si bello es el matrimonio, más bella es la virginidad: para no ser "divididos", para no ser "distráidos", para "amar".

Pero «cada uno recibe de Dios su propia gracia, unos de una manera y otros de otra su propio don de Dios, uno de un tipo y uno del otro» (san Pablo). Cada uno tiene su "vocación": quien al matrimonio, quien a la virginidad. De hecho lo único importante es estar en el Amor, y salvar su alma, es decir, alcanzar el Amor en el Paraíso...

Lucia decidió dedicarse al Reino con la virginidad. En sus ojos puros se reflejará solamente el Cielo.

Pero a veces ocurría que un pagano quisiese como esposa una chica así dedicada a la Iglesia y a los pobres. Y a la negación de la niña, enseguida el pagano la odiaba, y la denunciaba al poder imperial como "cristiana". La pobre chica venía detenida, interrogada, violada, torturada, asesinada; es la historia triste pero bella de Inés, de Órsola, de Prisca, de Dorotéa, de Filomena, de Bárbara, de Cristina, de mil otras..., ¡y de Lucía!

Está denunciada al prefecto Pascasio. Comienza el interrogatorio: «¿Cuál es tu nombre?». «¡Mi nombre es Cristiana!».

En mil maneras Pascasio trata de alejarla de la fe, con lisonjas, con amenazas. Pero ella está firme: pueden hacerle lo que quieran, ella es

cristiana, no traicionará su fe. Pascasio: «Voy a deshonrarte». Lucia: «Tú puedes deshonrar mi cuerpo, no mi alma; el alma permanece pura». Pascasio: «Obedece al emperador». Respuesta: «Tú tienes miedo del emperador, quieres agradarle. Yo temo el Dios de los cielos; sólo a Él quiero agradar». Fuera de sí por la ira, el prefecto ordena a la guardia que se la lleven; intentan pero fallan – ¡qué extraño! –, ¡no pueden desplazar a una pobre muchacha! Tratan otros soldados... Tratan con un par de bueyes. Lucía se ha hecho pesada, ¡una roca! Los ojos al cielo...; parece ausente, inmersa en una oración misteriosa. Humillado por una chica, Pascasio ordena ahora que le caben los ojos, ¡esos ojos!...

¡**P**obre Lucia! ¡Cuánta sangre! Pero tú estás ahí, recta, y desde tus ojeras vacías tú pareces todavía mirar... Pareces tú el verdadero juez... Pero un juez dulce... ¡Tú tienes piedad!...

No pueden soportar ser vencidos, ¡vencidos por una mujer! Un soldado saca su espada, golpea a Lucía en la garganta... Agonizante, una amiga le pone en boca un pequeño pedazo de Pan consagrado: ¡su última Comunión! Muere. Es el 13 de diciembre del año 304.

Hermosa hija de Dios, tú que ahora ves con los ojos del alma la Belleza sin fin, obtén para nosotros, tus hermanos pequeños, ojos buenos, ojos puros, ojos que vean la Verdad.



El joven Martín, aún no bautizado, a menudo se refugia en cuevas o en lugares solitarios para orar, imitando así los Santos ermitaños. Arriba: Martín da la mitad de su capa al pobre.

SAN MARTÍN

(316 – 396)

En el tiempo de San Martín, los creyentes más fervorosos a veces buscaban un refugio solitario, una cueva, una isla pequeña, con el fin de dedicarse totalmente a la oración. Largos ayunos, penitencias, el Evangelio en las manos, o el Libro de los Salmos: así aquellos nuestros "hermanos" pasaban los días, los meses, los años; así amaban a Dios y a las criaturas de Dios, y oraban por el prójimo.

El emperador Constantino, después de la victoria del Puente Milvio contra el ejército pagano, había por fin concedido la paz y la libertad a los cristianos. Era el año 313 después de Cristo. No más cárceles, ¡no más "cristianos a los leones!" Se elevaron hermosas basílicas. Sin embargo, los más buenos tenían nostalgia de los tiempos santos de las "Catacumbas". Algunos, para un mejor rezar, se apartaban de la ciudad; se hacían "ermitaños". Martín fue un ermitaño.

Martín nació en 316 en Panonia, en el valle del Danubio; pero luego su familia se trasladó a Pavía (su padre era soldado). En la escuela, Martín se encontró con niños cristianos; y así, con diez años, comenzó a asistir a la catequesis, para recibir el Bautismo. Martín inmediatamente se inflamó de fe y caridad: a los doce ya había hallado un refugio propio, secreto, donde pasaba horas y horas en soledad y en oración. A casi todos los Santos les sucedía esto, y también a muchos chicos buenos: que buscan un lugar oculto, con el fin de orar. Por ejemplo, en tiempos más recientes, Santa Teresita del Niño Jesús, aún niña muy pequeña, se agachaba en un rincón detrás de la cama para orar; o, mientras que el papá estaba pescando en el río, ella estaba

sentada a su lado, y – dice ella – "pensaba"; ella ¡pensaba y oraba! A Martín también le gustaba orar; imitaba a Jesús, que – dice el Evangelio – se iba «a un lugar desierto, y allí oraba».

Martín a los quince años tuvo que ingresar en el ejército, porque los hijos de los soldados tenían que convertirse en soldados. Pero siempre fue bueno, tan bueno que a veces voluntariamente limpiaba los zapatos a los compañeros. ¿No dijo Jesús que debemos hacernos "siervos" de todos?

Una noche de invierno, Martín pasaba a caballo delante de la puerta de la ciudad de Amiens. Se dio cuenta de que en la acera de la carretera helada había un mendigo. Martín no dudó: se cortó con la espada el capote, y dio media al pobrecito. La noche siguiente, Martín vio en sueños a Jesús que le decía: « Martín, aun siendo catecúmeno, me ha vestido con su capa" (Martín era en realidad sólo "catecúmeno", o sea no había sido todavía bautizado. Será bautizado más tarde, cuando cumpla dieciocho años).

Ese hecho de Martín, que da la mitad de su capa al pobre, ha quedado en la memoria de los siglos. Los más grandes pintores lo pintarán. Y aún hoy, cuando el 11 de noviembre, fiesta de San Martín, hay un sol brillante, todo el mundo dice: «Es el veranillo de San Martín, el verano de los pobres».

Martín amaba tanto más la paz que la guerra. Por lo que fue, acusado de cobardía. Pero, ante el emperador y el ejército que estaba a punto de asaltar las tribus bárbaras, Martín se adelantó desarmado, armado sólo con una cruz, y fue en paz y sonriendo al encuentro de los bárbaros. Aquellos, sorprendidos por el coraje y la fe de Martín, enviaron al emperador embajadores por la paz. Los soldados romanos, y el emperador, se mantuvieron sin palabras, conmovidos.

Martín finalmente llegó a dejar el servicio militar, para seguir su vocación. Primero se fue en una pequeña isla del Mar de Liguria, donde había un santo ermitaño, Hilario. San Hilario bautizó a Martín y le enseñó las cosas de Dios. Entonces Hilario fue nombrado obispo de Poitiers, una ciudad de la Galia más allá de los Alpes. Y Martín se fue con Hilario. Él continuó su vida de oración; pero, junto con Hilario, también se convirtió en misionero y predicaba el Evangelio a los paganos.

Muchos jóvenes han querido imitar la vida de Martín. Martín fundó monasterios, donde instruía y guiaba a los jóvenes monjes. Todas las personas hablaban de Martín, y de los milagros que hacía.

Un día Martín regresó a la tierra que le vio nacer, para convertir a sus ancianos padres, que eran aun paganos. La madre se conmovió: ese hijo siempre, desde niño, había sido tan bueno; y se convirtió. El padre en cambio no; con esta espina en el corazón, Martín regresó a su monasterio, donde era abad (o sea "padre") de los monjes. Cuando el obispo Hilario, por su fe católica, fue exiliado, Martín fue consagrado obispo de Tours.

Martín fue un santo obispo. Amaba a todos. Lograba llevar a todas partes paz y perdón. Cuando algo le hacía mal, él perdonaba. En cuanto podía, se retiraba a orar. Después regresaba para predicar. Defendía de los lobos a las ovejas de Dios. Ya con ochenta años de edad, se dirigió por una última vez a llevar la paz a una ciudad. Al regresar, sintió cerca la muerte. No quiso una cama; se acostó en la tierra desnuda...

Esta es la historia de Martín, el chico que amaba la soledad, el obispo que sirvió a Dios, a la Iglesia y a los pobres.

SAN BASILIO

(329 – 379)

En nuestra vida, la abuela es muy importante. ¡Cuántos hermosos recuerdos de nuestra infancia están ligados a la buena figura de una abuela! Recordamos su rostro sonriente, sus palabras...

Hubo, en Oriente, una abuela llamada Macrina; su nieto se llamaba Basilio. Si Basilio se convirtió en uno de los más grandes Santos de la Iglesia Católica de Oriente, si se convirtió en un "Padre de la Iglesia", esto se debe en gran parte a su abuela, a Macrina. Si Basilio llegó a ser tan sabio y santo, sin duda fue también porque la abuela, abrazando a Basilio de bebé, y enseñándole las oraciones, le había sugerido a menudo el deseo de ser bueno. Macrina siempre había sido muy buena. Durante la última persecución una orden del emperador la había mandado lejos, al exilio; siete se quedó siete años allí, lejos de todos, sola; pero no cedió; permaneció fiel a Cristo. Resistió incluso a ciertos falsos cristianos ("herejes"), que querían imponer a todos un "credo" no católico (se les llamaba "arianos": según ellos, Jesús si era el Mesías, pero no un Dios verdadero, no el Amor verdadero). Para Macrina, sin embargo, Jesús es Dios, es el Amor, es Vía-Verdad-Vida.

La fe de Macrina era la fe "católica", la fe de la "Iglesia Católica", fe que no puede ser errónea, porque Dios ama a su pueblo, y nunca permitirá que la Iglesia cometa errores en la fe. Macrina luchaba por su fe.

Y transmitió la fe verdadera también a aquel niño, al pequeño Basilio. El padre de Basilio era un maestro de escuela: también él está registrado en la lista de los Santos. ¡También la madre, Emmélia, es santa! Y también un hermano, San Gregorio de Nisa (que fue después

obispo, como Basilio). Santa fue también una hermana, Macrína (que tenía el nombre de la abuela; en total, eran diez hermanos).

Cuando Basilio creció y se convirtió en un joven valiente, fue enviado a estudiar a Atenas, que era entonces la ciudad donde estaban las escuelas más famosas. En Atenas Basilio tuvo la buena fortuna de estudiar con un amigo de la infancia, el querido Gregorio de Nacianzo (que luego se convirtió, también él, en obispo y santo, y así son tres, los tres obispos y santos: Basilio, Gregorio de Nisa, Gregorio de Nacianzo, también son llamados "los tres de Capadocia", porque "Capadocia" se llamaba su tierra natal).

El amigo Gregorio más tarde recordará con nostalgia los años vividos en Atenas junto a Basilio. Recordará de Basilio la "madurez y sabiduría". Él escribirá: «Entre todos los que llegaron a Atenas para estudiar, Basilio fue tan apreciado que era considerado mucho más que un simple discípulo... El amor a la sabiduría era lo que los dos buscábamos. Éramos compañeros, comensales, hermanos. Queríamos el mismo bien y cultivábamos cada día con mayor fervor nuestro ideal común. ¿Cómo puedo recordar estas cosas sin llorar?... Uno sólo fue nuestro esfuerzo y nuestro deseo: la virtud, y vivir para la esperanza del cielo... Nuestra vida y nuestras acciones estaban de acuerdo con la enseñanza del Señor... No íbamos con los compañeros tontos y sucios, sólo con los más puros, y con aquellos que estando cercanos nos ayudaban para hacer buenos frutos. Sabíamos muy bien que es más fácil ser infectado con el vicio que extender la virtud ... Para nosotros era una gran cosa y gran honor ser llamados "cristianos"».

Terminados los estudios, Basilio comenzó a ser "maestro". Pero pronto empezó a desear una vida diferente, la vida de los "solitarios"... Y se fue.... Se fue a Siria y a Egipto, para ver a los "ermitaños", que vivían solos en cuevas o en chozas, siempre orando...

Regresado a su casa, distribuyó antes todos sus bienes a los pobres. Después fue en busca de su madre – santa Emmélia – la cual, después de que sus hijos se hubieran hecho grandes, se hizo monja en un pequeño monasterio en las orillas del Mar Negro, en el pintoresco valle de un río que se llamaba Íris. Después también llegó allí, su amigo Gregorio de Nacianzo.

Construyeron un pequeño convento, entre el murmullo de fuentes y los trinos de pájaros. Y juntos escribieron una "Regla", como para indicar un camino, a lo largo de la cual un monje puede convertirse en un santo.

Pero un día llegan personas, son cristianos de Cesaréa; quieren que Basilio sea su obispo; es el año 370.

Basilio vivirá todavía nueve años, años de oración, pero también de atención "pastoral" para sus "ovejas", de angustias y de luchas para defender la fe, la Iglesia, los pobres, los oprimidos. El primero de enero del 379 –no tenía ni cincuenta años – el santo obispo Basilio cerró los ojos a este mundo, para ver en el cielo al Señor.

Como Basilio, muchos otros santos hombres de Dios, en Oriente y en Occidente, defendieron la fe e iluminaron la Iglesia. Nosotros los llamamos "los Padres de la Iglesia."

Los "Padres de la Iglesia" fueron una gran luz para los tiempos antiguos. Gracias a ellos, la Iglesia se mantuvo fiel a la Santa Verdad.



Agustín descansa la cabeza entre los brazos de su madre, Mónica. Fue Santa Mónica, con sus lágrimas, la que obtuvo para su hijo la gracia de la conversión. Así Agustín, 'buscador de verdad', encontró a Jesús, 'la Verdad'.

*EL CONVERTIDO POR LA GRACIA***SAN AGUSTÍN**

(354 – 430)

«**G**rande eres Tú, Señor, nos has hecho para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que no descansa en Ti ".

Es con esta oración que San Agustín comienza a escribir su libro "Confesiones", donde confiesa a Dios su vida. Llorando, Agustín pide perdón a Dios por los pecados de su juventud. Él, de hecho, cuando era joven, había vivido muy lejos del camino del Señor.

El padre de Agustín no era cristiano. La madre, sin embargo, Mónica, era una santa. Agustín no fue bautizado, porque entonces, en ciertos lugares, solían también ser bautizados como adultos. Pero su madre le enseñó pronto a orar.

«**D**e niño empecé a invocarte; ya de pequeño, yo te oraba con no poco afecto, para que en la escuela no fuese golpeado». ¡Los maestros de la época de Agustín utilizaban a menudo el palo! El escolar tenía que memorizar muchos versículos, y ¡tantas historias tontas sobre dioses y héroes! Una escuela de este tipo a Agustín en verdad no le gustaba. Él había sido dotado de una gran inteligencia; si hubiera tenido la suerte de haber una buena escuela, se habría iluminado de verdad. En cambio la escuela para él no fue una experiencia buena. Agustín siempre era el mejor; a él siempre los primeros premios. Pero, ¡cómo era vanidoso!

No, Agustín no era un muchacho bueno.

Para no desfigurar frente a los malos compañeros, se unía a sus travesuras. Una noche, después de haber jugado durante mucho tiempo, se fue «con otros muy malos muchachos» para robar. Agustín escribe triste que esa noche, con sus compañeros, él había robado peras no por hambre, sino por pura maldad.

A continuación, escribe: «Me interesaban cada vez más los espectáculos que divertían a los grandes». El presentador de espectáculos – Agustín dice – es admirado y envidiado; pero si un niño, por los espectáculos, se niega a estudiar, de inmediato es golpeado; pero – dice – ¡lo hacen estudiar con la esperanza de que algún día llegue a ser como uno de esos presentadores! ¡Qué mundo ridículo!

La madre quería que Agustín se preparase para el bautismo, y que creciese siendo bueno. Pero él seguía sus instintos, sus pasiones. Él escribe: «Mi belleza se desvaneció». Del barro de los malos deseos subían "nieblas que oscurecían mi corazón».

«**M**e alejaba cada vez más de Ti, mi alegría».

Agustín no se sentía feliz. Se sentía "cansado", "inquieto". Sus ojos no eran claros, sus pensamientos no eran puros. El "demonio inmundo" le encadenaba el alma. Su madre lloraba. Mientras tanto Agustín, como era inteligente, se había convertido en un maestro reconocido, por primera vez en África, luego en Roma, finalmente en Milán.

El obispo de Milán era entonces el gran San Ambrosio. Agustín iba a escuchar sus "homilías" (es decir, sus sermones). Mas no iba por fe; iba sólo para sentir la belleza de aquel hablar en latín. Pero así, lentamente, Agustín comenzó a saborear también la belleza del Evangelio, la Belleza de Dios.

¡**O**h, Agustín sentía que habría sido bueno convertirse a Cristo! Pero él no podía... Agustín no podía salir del pecado. Él quería y no quería. Por esto se desesperaba, a veces incluso – escribe – «me desgarraba el cabello».

Hasta que un día... He aquí, la voz de un niño o de una niña, una voz que canta un ritornelo de la escuela: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». ¡Qué extraño! Agustín toma el libro que le está en frente (es la Carta

de San Pablo a los Romanos), lo abre al azar... Lee: «Sed puros en el Señor»...

Cierra el libro. ¡Agustín ha cambiado!

Ahora él siente en el alma una decisión fuerte, una voluntad nueva de servir a Dios. Y comprende que ha recibido una muy grande "gracia".

Ambrosio lo bautizó. Estuvo presente en el bautizo también su madre, Mónica, que vino adrede desde África. Luego, con Mónica, Agustín dejó Milán, para regresar a su país africano, y para vivir una vida nueva, santa, cristiana. Desafortunadamente, durante el viaje, Mónica se enfermó. Allí, en Ostia, madre e hijo pasaron días hermosos de oración y de espera... Mónica murió. Agustín lloró la perdida. Al llegar a África, se dedicó en una vida muy pobre para estudiar la Biblia. Escribió muchos y muchos libros sobre la fe cristiana.

Fue ordenado sacerdote y obispo.

Y fue feliz. Había descubierto aquella "luz" que «ilumina a todo hombre». Nuestra Luz – decía Agustín – es Jesús, Jesús nuestra "gracia", Jesús nuestra "salvación"; el que "ama" a Jesús, el que "ama" cómo Jesús, formará parte por siempre de la "Ciudad de Dios". ¡Oh, sí! Por la conversión de Agustín, y por su Santidad y sabiduría, sea por siempre bendito el Señor.



Arriba: Benito, todavía niño, acompañado por la tía Chirilla, va a Roma para estudiar letras y ley. Abajo: sale de Roma, se retira a las montañas, donde muchos jóvenes le van a alcanzar, para orar, estudiar, trabajar.

SAN BENEDICTO

(480 – 547)

Los montes Sibillinos esconden precipicios y cuevas. Hubo un tiempo en el que vivían allí muchos "ermitaños", hombres santos que vivían en soledad. El ermitaño bendecía a los pastores y a los campesinos, y les hablaba del Señor. Se habla de los ermitaños episodios singulares. Se cuenta, por ejemplo, que el ermitaño Fiorenzo se hizo amigo de un oso, y en agradecimiento el oso defendía, de los lobos, las cabras del ermitaño. A veces, sin embargo, los monjes vivían juntos, en comunidad. Entonces se veía levantar en las altas laderas, o en la ancha vaguada, pequeñas o grandes construcciones; eran los "monasterios".

Y en un valle más amplio, había una pequeña ciudad: Nursia. En Nursia, en el año 480 nació Benito. También su hermana pequeña, Escolástica. Los dos hermanos se tienen cariño. Podemos imaginarlos cuando por la noche finalmente se sientan alrededor de la buena tía Cirila, que, enfrente del fuego, cuenta las historias de los ermitaños, de los lobos, y de los osos. Pero pronto Benito fue enviado a Roma para estudiar, y para hacer la carrera. Y así la pequeña Escolástica se quedó sola; la partida de su hermano le marcó el alma. Escolástica se dio cuenta de que la vida es corta, que todo pasa, y que entonces es mejor vivir para el Señor. Escolástica se consagró a Dios.

Escholástica rezaba mucho por su hermano lejano: «¡Guárdalo, Señor!». Cirila en cambio había acompañado al chico a Roma, y lo custodiaba. Tenía la ciudad grandes escuelas; allí se enseñaba eso que Roma había enseñado a todo el mundo: la "ley". Benito aprendió a

amar la ley, el orden, la sabiduría. Pero también vio, en Roma, muchas cosas malas. Incluso los niños eran a menudo muy malos.

Benito volvió a pensar en sus montañas, en los buenos ermitaños. Sintió más fuerte que nunca un deseo de santidad... Y así, ¡Benito va! Sale de Roma, y con su tía se encamina remontando el valle del Aniéne. Se detiene en un pueblo de montaña, donde encuentra un párroco que lo entiende, lo ayuda, lo alienta. Después Benito se adentra, solo, en el desfiladero del río, y encuentra una cueva, justo a pique sobre los acantilados. Un ermitaño llamado Romano, que está en una cueva arriba, bendice – después de una noche de oración – el áspero saco, que Benito lleva lleno de alegría.

Tres años permaneció Benito en esa cueva, orando y haciendo penitencia. Para vencer las tentaciones, una vez se arrojó sobre las ortigas y las espinas. De vez en cuando Romano le bajaba un pedazo de pan. Benito se sumergía en la oración como un pez en el agua. No se daba cuenta del tiempo que pasaba. Unos pastores, buscando una cabra desaparecida, descubrieron a Benito en su duro refugio.

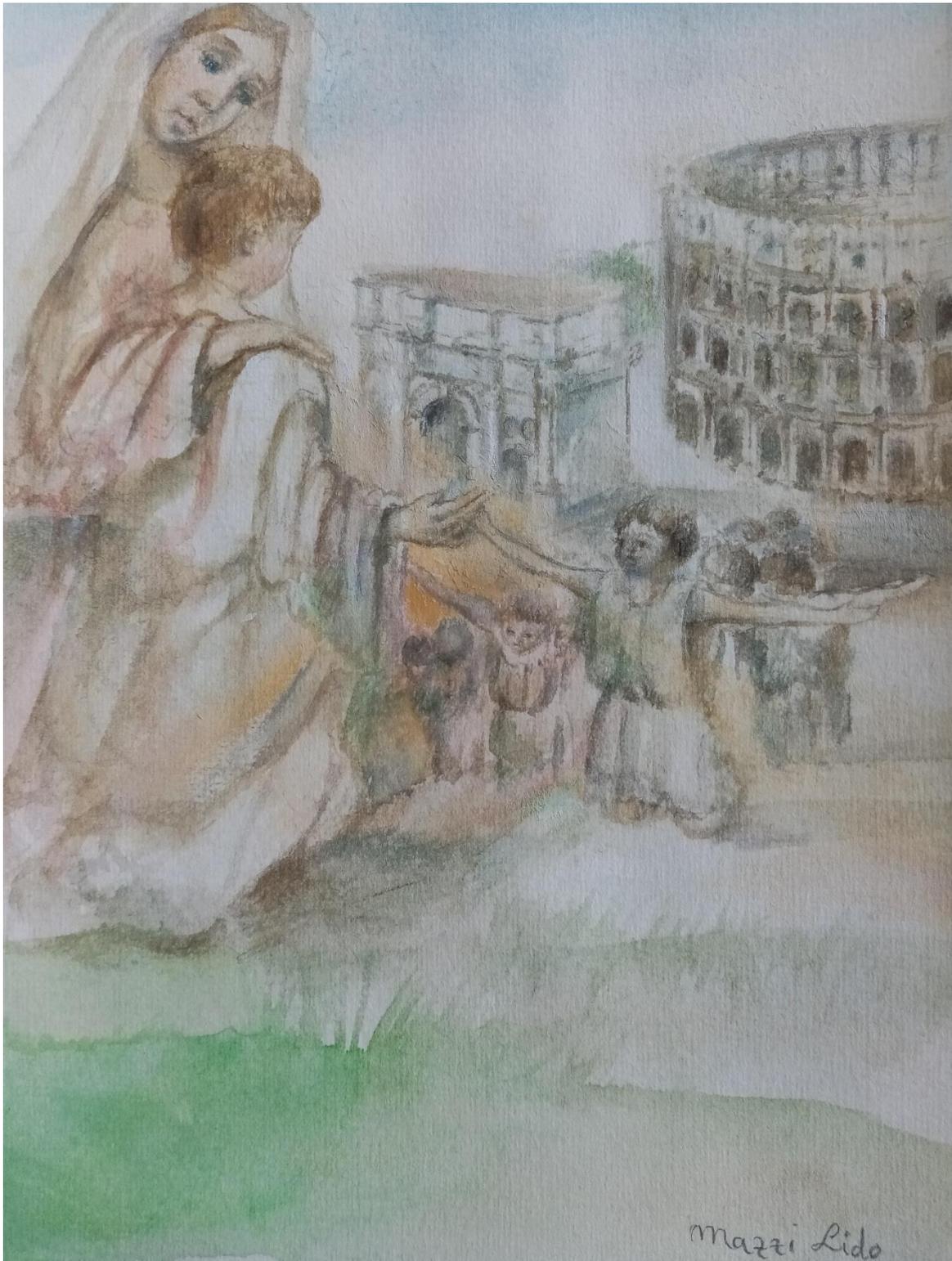
Un día de primavera Benito oyó tocar lejano una campana. Preguntó a los pastores: «¿Qué fiesta es hoy?». «¡Es Pascua!», respondieron. «¿Es Pascua?!», dijo Benito asombrado. Y pensó: «¿Qué cristiano soy yo, si tampoco festejo la Pascua? No, no puedo vivir mi fe a solas».

Dejó la cueva. Fue a tocar el timbre a un monasterio cercano. Pero no era un buen monasterio. Después Benito fundó un pequeño monasterio en Subiaco, y después otros once pequeños monasterios, ya que muchos jóvenes de Roma acudían a él, y querían vivir como vivía él, en pobreza, trabajo y oración. Llegó Máuro, llegó Plácido... Y así Benito se encontró siendo "padre de los monjes", o – como se dice también hoy – "abad". Tenía poco más de veinte años, pero pensaba en todos. Pero, sobre todo, oraba, y enseñaba como orar. Pasaron así unos años. Hasta que Benito se dio cuenta de que el Señor lo estaba llamando a otra parte.

Una mañana del año 529, Benito, con algunos monjes, se pusieron de nuevo en camino. Subió el valle del Aniéne, bajó por el valle del Liri, y finalmente subió a una montaña, llamada Montecassino.

Desde allí, desde Montecassino, desde aquel nido de águila dónde la mirada se dilata hacia lejanos horizontes, el ideal monástico se extenderá por toda Europa: se elevarán monasterios benedictinos en Inglaterra, Francia, España, Alemania, Sicilia, Suecia, Polonia. “Ora y trabaja”: como la antigua Roma había unificado a los pueblos en la ley (y, por desgracia, con armas violentas), así los monjes unificarán en la fe y en el trabajo (¡sin armas!) a bárbaros y a romanos. Dónde hay un monasterio, allá hay una escuela, una biblioteca, un granero, un establo; allá llega la gente: comerciantes, estudiantes... Nace "Europa". Esta es la razón por la cual San Benito es "Patrono de Europa".

¿**Y** la pequeña Escolástica? Qua habrá hecho allí arriba en las montañas de Nursia? Oh, ella también hizo una vida de santa, una vida de monja. Pero, ahora ha salido de su monasterio, enferma; ha llegado a Montecassino para ver por última vez a su hermano. Benito con algunos monjes baja hacia el valle, para encontrar a su hermana y rezar con ella. Un diluvio les obliga a prolongar la oración hasta el amanecer. Cuando, tres días más tarde, Escolástica muere, Benito, sobre el monte, ve una paloma subir al cielo... Al cabo de unos meses, Benito también murió, y fue enterrado al lado de su hermana, allá arriba, en la alta montaña de Montecassino.



Silvia muestra a su hijo Gregorio la multitud de pobres que del Coliseo suben a su casa en busca de ayuda. San Gregorio fue "padre" de la Iglesia y de los pobres.

SAN GREGORIO MAGNO

(540 – 604)

La historia lo llama "Magno", "Gregorio Magno", es decir, "Gregorio el Grande". Gregorio fue un "pequeño de Dios" por su inmensa humildad, pero fue un "grande" por su virtud, por haber salvado a Roma de los bárbaros, por haber guiado como buen pastor al rebaño del Señor.

Nació en el año 540. Fue bautizado con el nombre de Gregorio, que significa "despierto"

La madre era una santa: Santa Silvia. Santas fueron las tías Emiliana y Tarsilia. El padre de Gregorio, administrador de los bienes de la Iglesia, venía de la antigua familia de los Aníci, familia que había dado a Roma dos Papas, un emperador y un filósofo. Gregorio tenía una bonita casa en una de las siete colinas de Roma, el Celio.

Desafortunadamente Roma había sido saqueada varias veces por los bárbaros. ¡Roma ya no era la "Señora del mundo"! Desde su jardín el niño Gregorio podía ver en la colina de enfrente – el Monte Palatino – los palacios imperiales quemados. Tantas veces Gregorio vio pasar, justo debajo de su casa, en la antigua "vía sacra", bandas de Ostrogodos gritones. El cercanísimo Coliseo era todavía hermoso en toda su majestad, pero ya hace mucho tiempo que no resonaban allá ni espectáculos ni juegos. Para liberar a Roma de los bárbaros, llegó por fin el ejército griego del general Belisario. Los Godos huyeron; pero

luego regresaron y rodearon Roma con un asedio. Gregorio tenía entonces seis años de edad, y recordará siempre ese terrible asedio. En efecto, hubo seis asedios en pocos años. Pero finalmente Roma tuvo un poco de paz.

Y Gregorio pudo completar sus estudios. En la gramática, en la dialéctica y en la retórica era muy bueno. Después estudió derecho romano, porque sus padres querían que se convirtiese en hombre político. Roma había enseñado a todo el mundo la "ley". La ley justa trae paz. Roma tenía una gran necesidad de buenos gobernantes, y el joven Gregorio sintió el deber de ayudar a su ciudad. Pero entonces era necesario primero estudiar, después conocer las necesidades de la ciudad, y después ponerse a trabajar, atender a los muchos pobres, guiar a todo el pueblo, organizar el comercio, la producción ...

Cuando el padre de Gregorio murió, su madre – Silvia – se hizo monja en el Monte Aventino. Y Gregorio fue nombrado "prefecto" de Roma, es decir, gobernador de la ciudad. Gregorio presidía el Senado, proveía las provisiones de alimentos, juzgaba en el tribunal los pleitos más graves. ¡Y tenía sólo treinta años! Gregorio se había convertido en una persona importante, la más importante de Roma. Pero él no era feliz. Él se sentía llamado a una vida diferente. Él escribirá más tarde: «Yo había oído vibrar dentro de mí aquella inspiración que viene del amor de Dios». Y es cuando: dona sus bienes a los pobres y a los monasterios. Convierte su misma casa en un monasterio; ¡ya no es más su casa! Obedece a un "abad".

Gregorio y sus monjes siguen la "regla" de San Benito: oración y trabajo ("ora et labora"). ¡Y penitencia! Para remediar los ayunos del hijo, su madre, Silvia, le envía a menudo del Aventino al Celio ¡un plato de frijoles!

Pero se acercan a Roma las hordas "longobardas". Han puesto a sangre y fuego el valle del Po. Han llegado a Spoleto. El Papa pide a Gregorio ir a Constantinopla a buscar la ayuda del emperador. Gregorio va rápido. Pero el emperador les dice que desdichadamente ¡no tienen soldados! Para pedir ayuda está con Gregorio el obispo de Sevilla, San Leandro. A los dos amigos, Gregorio y Leandro, no les queda otra que leer juntos el Libro de Job, meditar sobre las desgracias humanas, ¡y sobre la virtud del hombre paciente! Gregorio, a la fine,

regresa a Roma con las manos vacías. Y por si fuera poco en Italia ocurren inundaciones, terremotos, ¡la peste! El Papa murió por la peste. Hasta que, durante una procesión, por las oraciones de los buenos, un ángel aparece en lo que ahora se llama el Castillo de Sant'Ángelo, ¡y la peste se acaba!

Y todos gritan: «Queremos Papa a Gregorio». No acepta, huye. Lo persiguen, lo hallan, lo traen de vuelta a la ciudad. Gregorio finalmente acepta, con humildad.

Será durante catorce años el padre del pueblo, el pastor universal. Convencerá a los Longobardos para poner fin a las matanzas y hacer la paz. Ayudado por la reina Teodolinda, convertirá a muchos de ellos a la fe católica. Siempre deberá pensar en los pobres, el grano, el aceite, el ganado, la madera, las minas, las escuelas, los hogares para los enfermos, los monasterios, los peregrinos...

Vio un día unos jóvenes de cabello rubio, que venían vendidos como esclavos en el mercado: rápido envía al monje Agustín a predicar el evangelio en Inglaterra. Gregorio piensa en toda la Iglesia, en todo el mundo.

Gregorio amaba mucho al Señor; por que amaba también a los hermanos. Escribía: ¡«Por amor de Dios no ahorro a mí mismo»! Por el amor de Dios Gregorio fue "siervo de los siervos de Dios": así firmaba cuando era un joven mónico, así siempre firmó como Papa. El trabajo lo agotó. Era el año 604. En su tumba fue grabada esta sencilla inscripción: «Gregorio, cónsul de Dios».



San Columbano sale de Irlanda con algunos jóvenes monjes, y se encuentra en Francia, Alemania, Italia, para predicar el Evangelio y fundar monasterios.

EL MONJE MISIONERO

SAN COLOMBANO

(540 – 615)

En medio del Océano Atlántico hay una gran isla, Irlanda, que también viene llamada "isla verde", por el verde esmeralda de sus prados y bosques. Allí no madura el trigo ni la vid, ya que Irlanda está demasiado al norte, donde el sol nunca gana bastante al frío. A cambio, los abundantes pastos dan forraje a muchos rebaños y a muchas manadas. A menudo, la niebla lluviosa se eleva desde el mar y perla de agua la hierba de las colinas. En el tiempo que estamos hablando – quinto y sexto siglo después de Cristo – Irlanda estaba habitada por un pueblo misterioso: los Celtas. Nunca pie romano había llegado allí arriba. Nunca había resonado la palabra del Evangelio allí.

Estamos en el año 396. Los Celtas desembarcan fulminantes en la cercana isla de los Britanos (la Inglaterra), saquean, y arrastran esclavo a un muchacho. Durante seis años Patricio (así se llamaba el niño) se ve obligado a hacer – como esclavo – el porquero. Su padre, que era un diácono en la Iglesia, le había dado una educación. Patricio es bueno y también despierto. Escapa. Consigue llegar a la costa, pasa por suerte el mar, y llega a su casa. Pero entonces piensa en los que allí habían estado sus amos. Patricio siente lástima por aquella gente pagana, llena de miedos y de supersticiones, pobres ovejas que no tienen pastor. Y decide regresar a Irlanda para predicar el evangelio.

Patricio se convierte en misionero. Da la vuelta a Irlanda para predicar el Evangelio. Los paganos le escuchan. Para explicar el

misterio de la Santísima Trinidad (un solo Dios pero en tres Personas: Padre, Hijo, Espíritu Santo), Patricio recoge de la tierra un trébol: es un solo tallo, pero tiene tres hojas; así que Dios es uno, pero en tres Personas. Muchos paganos se convierten a la fe y Patricio los bautiza.

Patricio vivió en pobreza y penitencia.

Cuando murió, toda Irlanda era cristiana. En todas partes había iglesias y monasterios. Los Celtas no eran más piratas, aunque conservaban el gusto de ir por los mares con sus rápidos barcos.

¡**P**asar los mares!: por ejemplo, un santo irlandés, Santo Columba, llegó hasta las islas Hébridas. Allí arriba, la isla de Jona se hizo famosa por sus ermitaños y monjes.

Vamos – siempre en Irlanda – a Bangor, un pueblo junto al mar. También allí surgió, junto al mar, un enorme monasterio: ¡tres mil monjes! Mira allí, en un acantilado sobre el mar, un joven mónico. Se llama Colombano. Los ojos soñadores miran lejano. Colombano, como cien años antes Patricio, piensa en los paganos a convertir, en ídolos a derribar. Desde el sur, de los países del sol, Italia, Galia, España, vienen malas noticias de bárbaros invasores que están matando a los cristianos. ¡Tienes que ir!

Colombano había nacido en el año 540. Había ido a la escuela, había aprendido muchas cosas. Pero se sentía llamado a dedicar su vida al Señor. Animado por una santa mujer, que vivía como ermitaña, o sea que vivía en soledad, oración y penitencia, Colombano entró primero en un monasterio de su pueblo, luego se fue, y terminó allí, en Bangor. Largos años en Bangor: tanto frío, tanta oración. Había aprendido la Biblia de memoria.

Leyendo un día en la Biblia el relato de Abraham («Abraham, sal de tu país, y ve a la tierra que yo te mostraré»), Columbano sintió que también él venía llamado por el Señor para ir. Y como Columba había salido un día con 12 compañeros hasta Jona, así partió Columbano con 12 compañeros. Llegó al reino de los Francos, entre el Ródano y el Rin. El rey Childeberto le ayudó a construir su primer monasterio. Muchos jóvenes, a cientos, se hacían monjes con él. Él les escribió una regla muy estricta: una sola comida al día; confesarse todas las mañanas; seis golpes de vara al que dijese la palabra "mío" o "tuyo"

(se debía siempre decir "nuestro": nuestro libro, nuestro pan, nuestro monasterio); llegar en la noche agotados de trabajo.

Pero cuando Colombano atrevió corregir al rey por su mala conducta, fue perseguido y cazado dos veces por Brunilda, la reina malvada, que era muy diferente a las dos reinas de antes, santa Clotilde (la reina que con Santa Genoveva había convertido al pueblo de los Francos), y santa Radegunda.

A Colombano no le quedó otra que volver a tomar su palo y ponerse de nuevo en camino. Pasó a lo largo del Rin, predicando el evangelio y haciendo milagros. Fundó una famosa abadía (un gran monasterio) en una isla del lago de Constanza, dejando allá como abad San Gallo. Después cruzó los Alpes. Se detuvo dos años en Milán, donde predicó contra los herejes. Al final se retiró a orar y murió en Bobbio, en los Apeninos. Bobbio fue su último monasterio, el más famoso.

Bobbio, con sus antiguas iglesias y su célebre biblioteca, fue durante siglos un centro de estudios, de oración y de paz.

Colombano de hecho insistía a sus monjes: «Los monjes vivan en silencio, pero si dicen algo, sea una palabra de paz».

SAN BONIFACIO

(680 – 755)

Hacia el año 500 después de Cristo, algunas poblaciones bárbaras, los Anglos y los Sajones, invadieron Inglaterra. Destruyeron todo, incluso iglesias y cruces. Algunos de ellos, hechos prisioneros, fueron llevados a Roma, para ser vendidos como esclavos. De hecho Gregorio Magno, entonces joven, más tarde se convirtió en Papa, vio un día aquellos jóvenes de cabellos rubios encadenados como esclavos, y exclamó: «¡No son Anglos, sino ángeles!». Y cuando después se convirtió en Papa, envió a Inglaterra a unos monjes que, desde de la abadía de Canterbury, predicaron la fe en esas regiones.

Los Anglosajones, a medida que se convertían, levantaban en el centro de los pueblos una gran cruz, que llamaban "Calvario". Alrededor del "calvario" se reunía la gente a orar.

En uno de esos pueblos Sajones, Kirton, en el Wessex, alrededor del año 680 nació un niño que se convertirá en el gran evangelista y apóstol de Alemania. Su nombre era Vinfrido. Vinfrido pronto aprendió a amar el "Calvario" de su pueblo. Podemos imaginarlo mientras mira fijamente a Jesús en la cruz. Inteligente como era, pronto comenzó a entender muchas cosas de la vida. Empezó a entender que Él también debía hacer algo hermoso en la vida, algo grandioso, algo que agradase a Jesús y ayudase a la gente.

A los siete años de edad, fue confiado por sus padres a los monjes de Exeter. Cada monasterio era también una escuela. En la abadía los niños crecen fuertes, buenos y estudiosos: se despiertan al amanecer,

las oraciones, la leche recién ordeñada, la lectura, la escritura, la recogida de la leña en el bosque ...

Crecido un poco más, Vinfrido se trasladó al monasterio de Winchester, cuyo abad, Anselmo, era un Santo. Vinfrido amaba mucho los libros: cuántas horas pasadas entre libros, especialmente la Biblia. Vinfrido, estudiando, oraba. Vinfrido nunca bebía vino. Escribía poemas, algunos un poco extravagantes, de acuerdo con el gusto de la época.

Hasta que, ordenado sacerdote, Vinfrido marchó a Alemania, como misionero, para evangelizar aquellas tribus de Sajones de dónde provenían sus antepasados.

Los Sajones, como casi todos los alemanes, seguían viviendo en la superstición pagana. Adoraban el sol, las estrellas, las fuentes, los grandes árboles; temían los hechizos de brujas y hechiceros; tenían terror a los rayos. Como aún hoy en día hay personas que creen en la fortuna o en los horóscopos, así los antiguos observaban el vuelo de los pájaros, las entrañas de las víctimas, los relinchos de los caballos.

Vinfrido desembarcó primero en los Países Bajos; pero en seguida se marchó, porque no le recibieron. Fue a Roma, peregrinó a la Tumba de San Pedro. El Papa le cambió el nombre: ya no se llamará Vinfrido, sino Bonifacio; y lo envió como embajador a los "Alemanes".

Después de una parada en Pavia (donde estaba el rey Liutprando, rey de los Longobardos), Bonifacio se adentró en los bosques del norte, en una tierra llamada Assia. Bajo la mirada atónita de los paganos, derribó un gran roble, que la gente creía divino, y con la madera del roble construyó una iglesia pequeña dedicada a San Pedro. Predicando, se dirigió hacia el este, en Turingia. Para ayudarlo, fueron de Inglaterra monjes y monjas, que construyeron monasterios e iglesias. Por ejemplo, un discípulo de Bonifacio, llamado Sturm, fundó en las orillas del río Fulda una abadía: al inicio eran siete los monjes, pero pronto fueron cuatrocientos. Al monasterio de Fulda regresaba cada año Bonifacio, a orar. Bonifacio, en uno de sus viajes a Roma, fue nombrado obispo por el Papa.

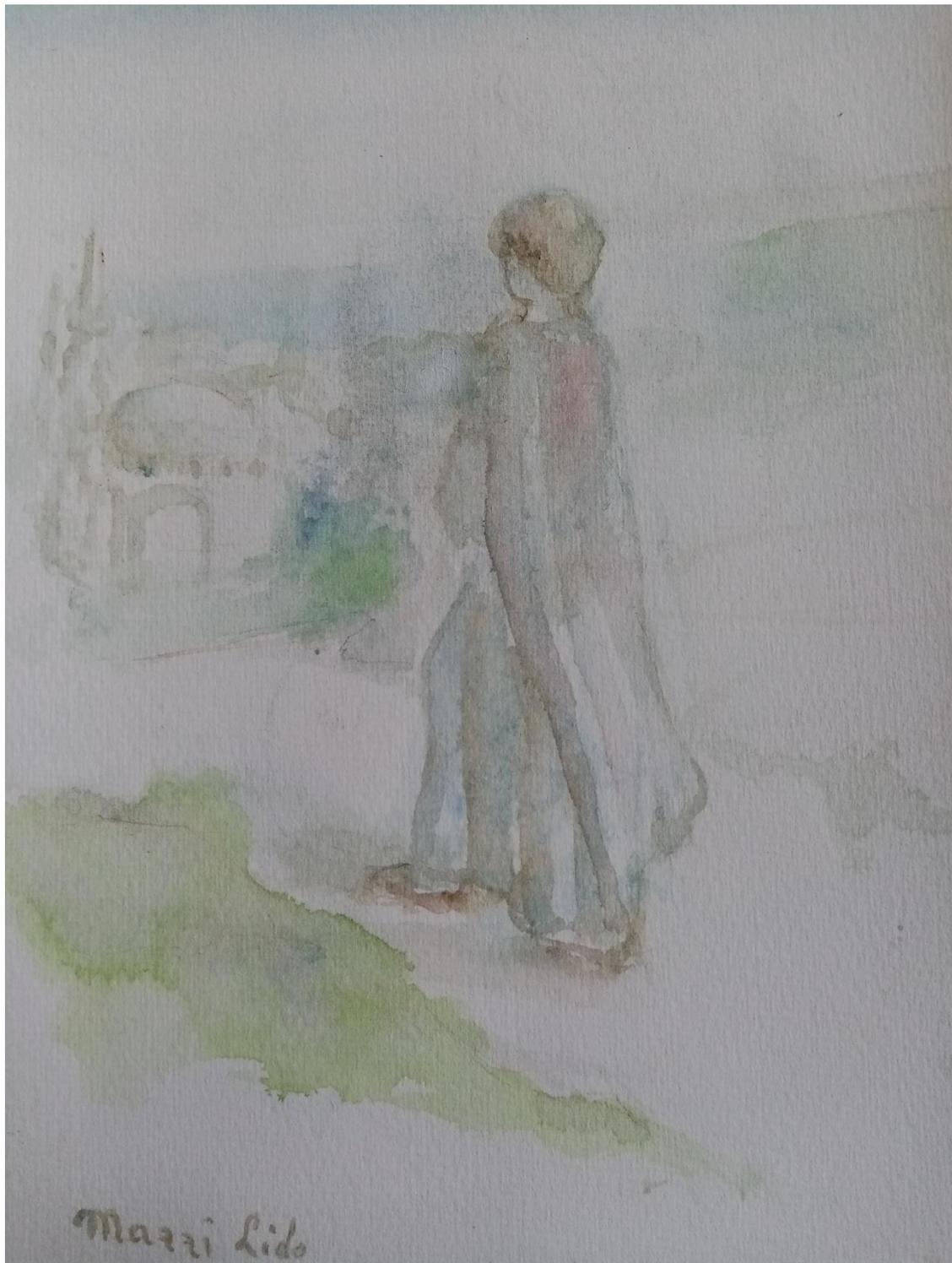
Mientras tanto, los Musulmanes habían llegado casi a París, habían incendiado la iglesia de San Hilario; iban a destruir la iglesia de San

Martino. Pero Carlos Martel, con el ejército de los Francos, los detuvo, vencéndolos en batalla. Los hijos de Carlos Martel ayudaron después mucho a Bonifacio. Para predicar el Evangelio también estuvieron allí san Roberto, san Fermín, san Willibrord, san Chrodegang...

«**O**s ruego, como muy queridas hijas, que oren por mí... Orad a Dios para que fortalezca mi corazón... Que yo no huya cuando llegue el lobo hambriento»: así escribía Bonifacio en una carta a santa Lioba y otras monjas misioneras.

De hecho, los "lobos" atacaron a traición a Bonifacio y a cincuenta y tres sacerdotes: murieron todos, mártires de Jesús. Bonifacio fue enterrado en Fulda.

Treinta años más tarde también los orgullosos Sajones se convirtieron: su jefe, Widukind, besó la cruz, pidió ser bautizado, y se convirtió en monje benedictino. Pero el mérito era también de aquel niño Vinfrido, que cien años antes, en Wessex, a los pies de un "Calvario", había comenzado a mirar con cariño a su Señor crucificado.



En el año 843, Cirilo, dieciséis años, se va a Constantinopla, para estudiar la 'filosofía'. Pero la 'sabiduría' de Cirilo será sobre todo Jesús.

SAN CIRILO

(827 – 869)

A cada niño que nace, Dios da un ángel custodio. A cada uno, en el bautismo, se le da un santo patrón, el santo cuyo nombre llevamos.

Incluso las naciones tienen un santo patrón. Por ejemplo, patronos de Italia son San Francisco de Asís y Santa Catalina de Siena.

¿**Y** Europa? Patrón de Europa es San Benito, pues sus monjes, se difundieron en toda Europa occidental, unificaron los pueblos latinos y germánicos, con la fe y con la cultura.

Pero patronos de Europa son también los Santos Cirilo y Metodio – ya que han llevado a los Eslavos el Evangelio. A fin de llevar mejor el Evangelio, inventaron también un “alfabeto” especial, el alfabeto eslavo “cirilico”. Hizo bien, por lo que el Papa Juan Pablo II agregó al nombre de Benito el nombre de Cirilo y Metodio.

El Papa indicó recientemente, como patronas de Europa, también tres santas, que de un modo o de otro han unido los pueblos de Europa: Santa Catalina, Santa Edith Stein y Santa Brígida.

Volvamos a Cirilo y Metodio. Eran hermanos. Vivían en una ciudad que ahora se llama Salónica, pero entonces se llamaba Tesalónica, ciudad griega, donde vivían, sin embargo, muchos inmigrantes de origen eslavo.

Cirilo tenía siete años cuando tuvo un sueño especial. Le pareció oír una voz que decía: «Cirilo, elije a tu esposa». Se le presentaban, en el sueño, muchachas muy hermosas. Entre todas, una le parecía más

bella por el rostro luminoso como el sol. Cirilo la eligió como esposa. Por la mañana, le contó su sueño a sus padres, que le preguntaron divertidos: «¿Cómo se llama esta tu esposa?». «Su nombre es Sofía». "Sofía" en griego significa "sabiduría". Ese sueño significaba entonces que Cirilo estaba enamorado de la sabiduría. Con su sueño, Cirilo también quería avisar a sus padres que él quería estudiar. Cuando llegó a la ciudad un extranjero que se hacía llamar "el filósofo", Cirilo inmediatamente fue a su encuentro y le preguntó: " Háblame sobre Sofía»; pero no le respondió ni una palabra; Cirilo se quedó muy mal.

Por su gran amor a la sabiduría, Cirilo amaba mucho todos los libros. Además de la Biblia (en que está escrita la Sabiduría de Dios), Cirilo hallaba muy bellos los libros de San Gregorio Nacianceno, y siempre los estudiaba. Cirilo tenía una memoria extraordinaria.

Otro episodio de Cirilo de muchacho. Le dieron un halcón cazador, que, cuando se iba volando, regresaba sosteniendo con sus garras algunas presas. Una vez Cirilo lo lanzó, pero el halcón no regresó. El niño sufrió mucho. Pero entonces reflejó: «¿Qué tonto soy por sufrir así por un halcón! Quiero dedicarme a cosas más grandes».

Tenía catorce años – era el año 841 – cuando su padre murió. ¿Quién iba a pagar ahora sus estudios? Después de dos años de espera, obtuvo una beca para Constantinopla, que fue la capital del Imperio de Oriente. Se dice que el canciller del emperador una vez le preguntó a ese muchacho tan erudito: «¿Qué es la filosofía?». Y Cirilo respondió: «Es el conocimiento de las cosas divinas y humanas, porque el hombre es la imagen de Dios». ¡Respuesta sabia! Cirilo es conocido en la historia como "Cirilo el filósofo". Filósofo significa "el que ama la sabiduría" ("sofía" significa "sabiduría"). Cirilo amó la "sabiduría". Sofía-Sabiduría es, para los cristianos, sobre todo Jesús; Jesús es "Santa Sofía", o sea "Santa Sabiduría". La iglesia más hermosa de Oriente, en Constantinopla, es por eso dedicada a "Santa Sofía".

Cirilo se convirtió en un famoso maestro, tan famoso que el Emperador lo envió como embajador suyo a algunas naciones extranjeras. Yendo al este, Cirilo encontró – en una pequeña isla del Mar Negro – las reliquias (es decir, el cuerpo) del Papa san Clemente, que – siglos antes – había sido allá exiliado y martirizado.

Vinieron mensajeros, de parte de un príncipe eslavo, pidiendo al emperador que enviase a Moravia misioneros para anunciar el Evangelio. Inmediatamente Cirilo y su hermano Metodio partieron. Era el año 863. Los Eslavos no utilizaban la escritura, ya que aún no tenían un alfabeto. Cirilo ideó los caracteres del alfabeto de la lengua eslava, y tradujo en eslavo el Evangelio. Las primeras palabras eslavas que escribió fueron las del Evangelio de Juan: "En el principio era el Verbo".

Cirilo quería celebrar la Misa en lengua eslava. Fue a Roma, con su hermano Metodio, a fin de obtener el consentimiento del Papa, que se alegró de todo, y consagró obispo a Cirilo.

Pero pronto Cirilo enfermó. El 14 de febrero 869 Cirilo murió. Él había traído al Papa las reliquias de san Clemente: junto a estas reliquias, en la Iglesia de san Clemente, fue enterrado Cirilo.

Su hermano, Metodio, regresó entre los Eslavos, en Moravia, y continuó predicando el Evangelio, ese Evangelio que fue escrito por primera vez en eslavo por el grande Cirilo.

SAN BERNARDO

(1090 – 1153)

El castillo dominaba alto toda la Borgoña. Hoy en día pocas paredes siguen en pie, una torre todavía se eleva, y mira las vistas que se pierden en el verde hasta el horizonte. Bernardo nació allí. Era el año 1090. La madre, que se llamaba Aletta, comunicó a su chico todo su entusiasmo por las cosas bellas y santas. ¡Una noche soñó que su hijo se convertiría en "el guardián de la Iglesia"!

Bernardo tenía ocho años cuando fue confiado, para la escuela, a los religiosos de Chatillon. Más tarde alguno recordara haber visto al pequeño Bernardo en su vida de colegial, y escribirá así: «A Bernardo le gustaba permanecer al margen, tímido; él era ejemplar en su comportamiento; tenía cuidado de salvar su pureza». Bernardo era sensible e inteligente. Ser inteligente no es sólo ser listo y ágil; quién es realmente inteligente siente la belleza y el misterio de la vida; por lo tanto ¡ama el silencio! Quién es realmente inteligente ama el bien y teme el mal. Desgraciadamente el mal tiene muchas atracciones; Bernardo lo sabe. Y sabe que la mejor defensa es a menudo la fuga: huir las ocasiones de pecado. ¿Logrará Bernardo salvar su pureza? Sí, lo logrará; pero ¡cuánto le va a costar, cuántas batallas!

Cuando Bernardo tiene 17 años, se le muere «lo más sagrado», su madre. Días de angustia y de vacío. Y, cada vez más atractiva, se insinúa en su alma la sugestión de los sentidos y del mundo. Pero Bernardo no cede. Para vencer una tentación, llega a saltar en un estanque helado... Hasta que un día baja del caballo, entra en una

pequeña iglesia, y allí, desesperado, «alzó las manos al cielo, y ante su Dios derramó su corazón como el agua». Cuando se levantó, Bernardo era otro; la gracia había disipado toda niebla. Bernardo había decidido. Su vida estaría donada. Toda donada. Donada a Dios. Sólo a Dios.

Hay por allí, donde la llanura se convierte en pantano, un puñado de monjes en pobreza. Pobres muros. Vida dura. Excavar canales, roturar tierra. Una iglesia sin adornos, con sus espacios vacíos, silenciosos, para orar, y cantar los cánticos.

Un día, a estas chozas de los “Cistercium”, entró, con unos veinte años, Bernardo. ¡Llegó con treinta compañeros!: había convencido para seguirlo a hermanos, parientes y amigos. Se quedó en casa, de los cinco hermanos, sólo el más pequeño. Le dijeron: «Nivardo, el castillo es todo tuyo, las tierras son tuyas». «¿Qué? – dijo el muchacho – ¿para mí la tierra y para vosotros el cielo?». Tan pronto como cumpla la edad, también Nivardo entrará al monasterio allá. Tiene también una hermana, casada; pero más tarde, de acuerdo con su marido, también ella entrará en un monasterio.

Todo el día, Bernardo oraba, estudiaba la Biblia, con los pies en el barro «excavaba zanjas, quebraba la madera». A menudo enfermo, a menudo la fiebre, no importa; penitencias increíbles. Amaba mucho la naturaleza. Escribió en una carta: «Encontrarás en los bosques algo más que en los libros. Los árboles y las piedras te enseñarán cosas que no puedes escuchar de un maestro». Y otra vez: «Las hayas y los robles han sido siempre mis mejores maestros de la Palabra de Dios». Naturaleza, para Bernardo, es "señal" de Dios, de la Belleza y de la Grandeza de Dios.

Tiene sólo veintiséis años cuando el abad lo envía, con doce monjes, a Claraval, para fundar una nueva abadía. Tiempos heroicos, también allí en el barro y en la nieve, pero tiempos de alegría, vividos de impulso, en la "regla de la caridad". Su vida es la vida de un santo. Dios le da la gracia de éxtasis y milagros... Pero siente que debe esforzarse no sólo para los monjes, sino para toda la Iglesia.

Y él va. Va por los países de la Mosa, de la Mosela, del Rin; va por los Flandes; por los países de Francia y de Italia. A su paso multitudes encantadas; no entienden una palabra de esos sermones en latín o en borgoñón; pero basta la cara, ¡esa cara!

Escribe un reportero: «En sus ojos brillaba una luz espiritual; en su mirada reflejaba la pureza de los ángeles». Bernardo fue un "trovador" del Amor de Dios. El "Cantar de los Cantares" (que, después del Padre Nuestro, es la más bella oración de amor de la Biblia) estaba siempre en su corazón. Y fue también un cantor apasionado de la Virgen: sus escritos sobre María son hermosos, profundos, inflamados.

Cuando el Papa le encargó predicar la Cruzada para liberar la Tierra Santa, Bernardo recordó cuando, de niño, escuchaba la palabra ardiente de Pedro el Ermitaño que, con gritos de "Dios lo quiere", predicaba la Primera Cruzada. Ahora era su turno. Y está allí arriba, en la colina de Vézelay: la voz de Bernardo llama a caballeros y a soldados a reunión, por la Santa Cruzada.

Siempre en la brecha, como un caballero antiguo, siempre anhelando el Reino de Dios, siempre ferviente de alegría y caridad. Bernardo vivió así, hasta que Dios lo llamó al Amor eterno.

SANTO DOMINGO

(1170 – 1221)

Santo Domingo fue aquel gran santo que fundó la Orden de los Frailes Predicadores, también llamados "Dominicanos".

Domingo nació en torno al año 1170 en Castilla la Vieja, patria de santos y de caballeros. Mesetas ventosas, murallas de ciudades encaramadas en las alturas, grandes silencios sobre horizontes: un niño que ha nacido allí está llevado a buscar ideales altos y absolutos, a buscar a Dios.

Domingo era de « estatura mediana, cuerpo delgado, rostro bello y sonrosado, cabellos y barba un poco rojizos, ojos luminosos». Sobre todo estaba equipado con un carácter fuerte, muy fuerte. No era uno de los que tal vez pronto dicen que sí y se inflaman por un ideal, por toda cosa bella, pero después se cansan pronto y abandonan la obra. Domingo, si comenzaba algo, lo llevaba adelante hasta el final. Se notaba también en el estudio. Domingo tenía un buen método de estudio. Fue a la escuela de un tío suyo sacerdote. ¡Como estaba atento a las lecciones! ¡Y cómo amaba los libros! ¡Cómo habrá sido feliz cuando a los catorce años sus padres lo enviaron a la ciudad de Palencia para las escuelas secundarias!

¡Pero en Palencia Domingo comenzó a ser santo! Por la sequía, había ocurrido en esa región una terrible hambruna: faltaba el pan, faltaba todo. Multitudes de personas pobres, arrastrándose en las calles, pedían la caridad algo de comer. Domingo se conmovió. Vio en los pobres el rostro de Jesús, pobre y crucificado. ¿Qué podía hacer

por los pobres y por Jesús? Él tomó todos sus libros, los vendió y distribuyó lo recaudado.

Fue para Domingo un gran sacrificio, porque él estaba muy apegado a sus libros, y le encantaba la escuela, le encantaba estudiar y comprender la verdad, pero para los pobres de Jesús, Domingo renunció a todo, incluso a sus libros.

La verdad más verdadera, en ese momento, no estaba escrita en los libros. La verdad más real era Jesús en los pobres.

Domingo continuó sin embargo estudiando. Se hizo sacerdote. Pero él no vivía para sí mismo: él vivía en pobreza y oración con otros sacerdotes cerca de una iglesia. Y continuó estudiando, porque estudiar significa buscar y amar la verdad. La verdad no es algo frío y muerto. La verdad viene de aquel gran "sí" que Dios amorosamente ha dicho desde toda la eternidad, un "sí" de Amor. Dios es Luz infinita, "Palabra" eterna. Hace dos mil años, por Amor, «el Verbo se hizo carne». Jesús es el Amor que se entrega, la Verdad que nos ilumina. Jesús nos ha donado su Espíritu de Verdad y de Amor, el Espíritu Santo.

Domingo siempre tenía consigo dos libros (que se sabía de memoria): el Evangelio de Mateo y las cartas de San Pablo.

En aquel tiempo había muchos "herejes", es decir, personas que a su manera eran religiosos, pero no querían creer en la Iglesia y en muchas otras verdades de la fe. Ellos venían llamados "albigenses" o "cátaros". Hacían largas oraciones y muchas penitencias; comían poco, y decían de ser – sólo ellos – "los puros" (la palabra "cátaro" de hecho significa "puro"). Y desprecian todo lo que es de este mundo, todo lo que es "carne"; no entendían que también la materia, el cuerpo, todo el mundo puede ser bueno, porque todo es criatura de Dios, y Jesús es Dios hecho "carne". Ninguno podía detener a estos herejes. Muchos los admiraban por su vida tan llena de sacrificios, pero pocos se daban cuenta de su orgullo. Entonces Domingo decidió ir – por países y ciudades – a predicar a todos, advertir a todas las personas que la herejía es un gran mal.

Domingo hablaba a quienquiera que encontraba, predicaba en las iglesias, discutía con los herejes mismos. Él vivía mendigando. Se fue

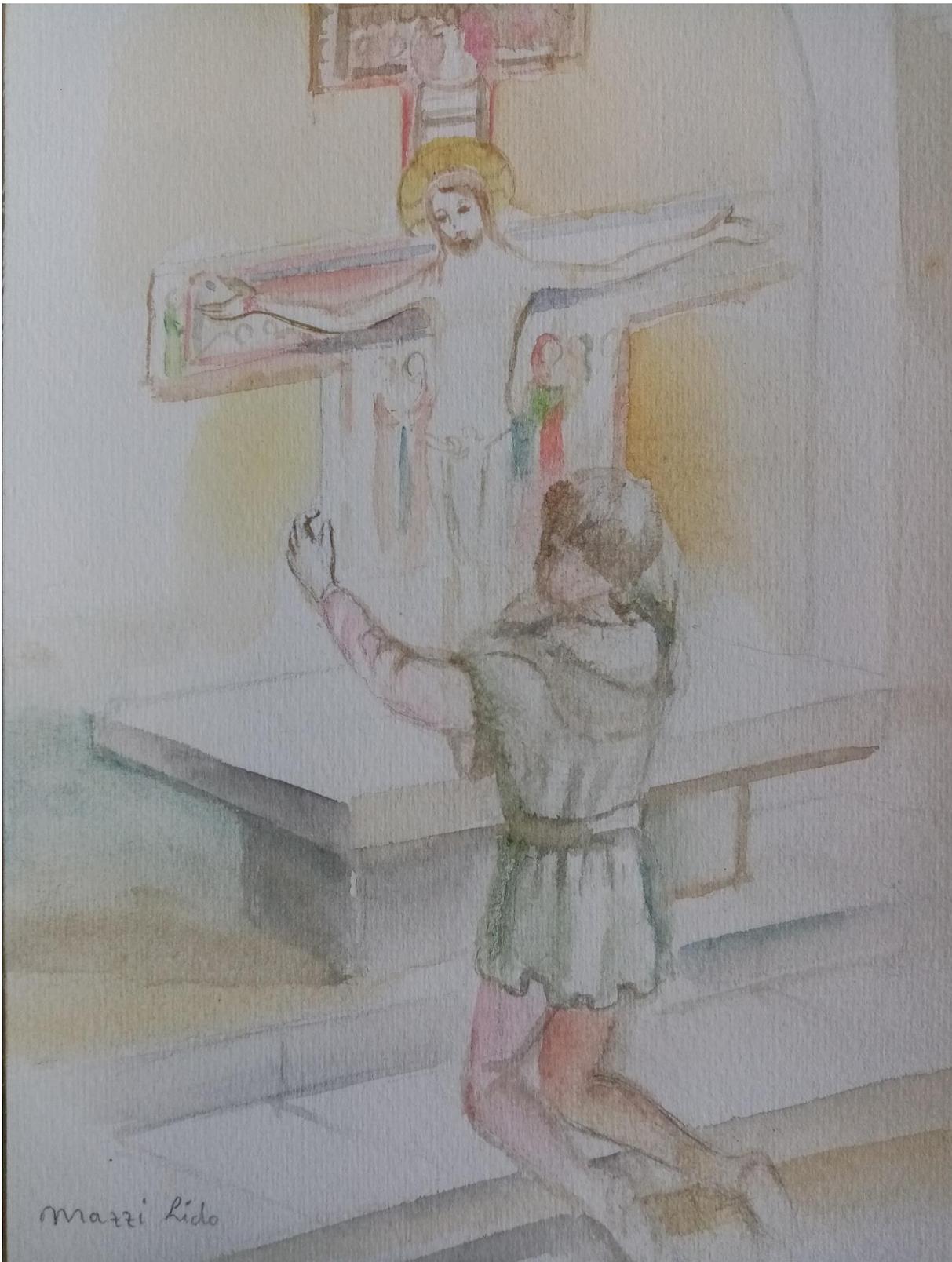
por España, Provenza, Aquitania, Italia. Explicaba a todos que Jesús se hizo "carne", que Jesús realmente quiso la Iglesia (esa Iglesia que Jesús cariñosamente llama "mi iglesia"). Domingo sobre todo oraba. Pasaba las noches orando. Si durante el día hablaba "de" Dios, por la noche hablaba "a" Dios.

Muchos sacerdotes jóvenes y estudiantes pidieron quedarse con él, para vivir como él, predicar como él, y orar como él. La gente los llama "los Dominicanos".

El Papa bendijo a Domingo. Sin duda hacían más bien a la Iglesia santo Domingo y San Francisco, que todos los soldados – así llamados "cruzados" – que azotaban a los herejes con las armas.

Domingo y Francisco un día se encontraron; sucedió en la iglesia de Santa María de los Ángeles en Asís. Domingo, el buscador de Verdad, se reunió con Francisco, el buscador de Dios-Amor. Ambos amaban mucho a Jesús.

Domingo se encontró con Jesús el 6 de agosto 1221. Su cuerpo está enterrado en la Iglesia de Santo Domingo en Bolonia.



Francisco, después del beso al leproso, entra en la pequeña iglesia en ruinas de San Damián, y Jesús crucificado le habla: «Francisco, repara mi Iglesia».

SAN FRANCISCO

(1182 – 1226)

Un saco por vestido. Hambre, frío. Por casa, una cabaña, junto a la iglesita de Santa María de los Ángeles. El padre lo había mandado, porque Francisco regalaba todo a los pobres. La gente decía que Francisco se había vuelto loco. La madre lloraba. Pero Francisco era feliz. Francisco ahora era libre, libre para seguir y amar a Jesús. Francisco amaba a Jesús y a los pobres. Con toda su alma, Francisco amaba al «alto, omnipotente, buen Señor».

El verdadero rostro de Dios es Jesús, Jesús pobre, Jesús humilde, ¡Jesús en la cruz! Francisco miraba largamente a Jesús crucificado. Estaba tan feliz, tan feliz de ver a Jesús, que a menudo recogía del suelo dos varillas, les hacía deslizarse uno sobre el otro como si estuviera tocando el violín, y cantaba..., cantaba las "laudes", las alabanzas a su Señor, el Señor de su corazón. Otras veces, en cambio lloraba. «Francisco, ¿por qué lloras?»; «Lloro a mi Señor crucificado». El Amor está crucificado: entonces no queda que amarlo, besarlo, cantar de alegría, llorar de dolor ¡Oh, Francisco quería amar al Amor!

Cuando era niño, Francisco tocaba la "viola". La tocaba por las calles de Asís, con los amigos, en alegre pandilla. Era tan alegre y generoso, que a menudo los amigos lo coronaban como "rey de la fiesta". Sin embargo, ya desde chico, Francisco era también muy bueno. Nadie, en su presencia, se atrevía a decir palabras vulgares o malas. Y los mendigos que pasaban delante de la tienda de su padre, sabían que, si estaba Francisco, tenía algo para ellos. Pero una vez, a

un pobre, que había suplicado: «¡Hacedme la caridad por amor de Dios!», no se le dio nada: Francisco repensó a esas palabras: «Por el amor de Dios», y salió corriendo, en busca del pobre.

Francisco era, por tanto, un joven extraordinario. Era tan extraordinario, que una vez pasaba, y uno de aquellos pobres extendió en la calle su manto como una alfombra para Francisco, en señal de honor, y le dijo: «¡Paz y bien, Francisco!».

En el alcázar de Asís crecía otro chico famoso, el futuro emperador Federico. Pero Asís se rebeló contra los alemanes, y los expulsó. El libre común elevó sus banderas, y nuevas murallas. Un día, Francisco también tuvo que ir a la guerra contra Perugia; fue capturado. Un año de prisión. Liberado, se fue de nuevo: ¡él quería ser un gran caballero! Pero luego, ¿qué hace? Cambia su hermosa armadura, ¡regalada por su padre, por una de un amigo mucho más pobre! Llegado a Spoleto, una voz en sueños le dice: «Francisco, ¿por qué no sigues al verdadero Señor?». En el profundo de su corazón Francisco se sentía llamado por el único Señor verdadero. Francisco regresó a Asís, y ¡como estaba de cambiado! Los compañeros lo notaron. Una noche, quedándose Francisco en silencio, lo sacudieron: «Francisco, ¿qué tienes? ¿Estás enamorado?». «¡Sí, y mi dama es la más bella de Asís!». ¡Francisco estaba enamorado de la pobreza de Jesús! Se fue a Roma, peregrino. En la puerta de la Basílica de San Pedro cambió sus vestidos con los harapos de un mendigo, y se puso entre los pobres, a pedir limosna. Volviendo a Asís, recibió una gracia: la gracia de besar a un leproso. Francisco decidió en ese momento ser todo de Jesús. Ahora pasaba noches enteras en oración, y cuidaba a los leprosos.

A menudo iba a orar a una iglesia en ruinas, que también hoy sigue siendo aislada a media costa, antes de Asís: San Damián. Había allí un hermoso crucifijo. Jesús Crucificado un día le habló: «Francisco, repara mi Iglesia, que está en ruinas». Francisco de inmediato comenzó a restaurar la iglesia; ¡pero era toda la Santa Iglesia que Jesús le pidió a Francisco restaurar! Sí, Francisco restauró la Santa Iglesia con su amor, con su oración, trabajando, gimiendo, cantando, llevando "paz y bien" por países y ciudades. Paz y bien a los pobres, a todos, a las aves que lo escuchaban con atención, al lobo amansado, y también al terrible Sultán de Egipto. Paz y bien a Clara y a las

"hermanas". Paz y bien a los frailes, a Bernardo, a Ginepro, a Silvestro, a León "cordero de Dios". Paz y bien al Papa Inocencio, quien bendijo su vida de pobreza.

El Papa Inocencio III había tenido un sueño: un hombre pequeño – convertido en gigante – sostenía la iglesia en ruinas. Francisco y sus "pobres de Asís", le piden audiencia. ¡Qué extraños peregrinos, como son míseros! Pero ¡cuánta dulzura, cuánta paz en sus caras! ¡Pero sí, Francisco es el pequeño gigante del sueño! Francisco pidió al Papa el permiso para vivir en pobreza, y para predicar el Evangelio. El Papa se bajó, abrazó a Francisco, y sonrió a los pobritos de Asís.

En los montes de La Verna, Francisco, mientras oraba, en un supremo acto de amor, recibió los estigmas de Jesús llameante: manos, pies, y corazón de Francisco perforados, como Jesús en la cruz. Enfermo y ciego, cantó su último canto: «"Laudato si'" – Alabado sea, mi Señor», por tu Bondad y Belleza, y también por el sol radiante, por la luna y las estrellas brillantes, por el agua humilde y casta, por el fuego alegre y fuerte, por las flores variopintas, y también por «nuestra hermana muerte».

En la tierra desnuda, al lado de su querida iglesita de Santa María de los Ángeles, Francisco pobre entró en el gozo de su Señor.

Clara ofrece pan a Francisco, quien ya se ha hecho "hombre pobre" y mendiga en las calles de Asís. Clara pronto, siguiendo el ejemplo de Francisco, elige una vida de pobreza y amor. Lejano ya su largo cabello Rubio y lejos también la ropa hermosa, Clara será pobre y feliz como Francisco, como Jesús.

"MÁS QUE LA LUZ CLARA"

SANTA CLARA

(1194 – 1253)

La casa de Clara estaba frente a la plaza más bella de Asís, la Plaza de San Rufino; allí delante se eleva todavía la fachada armoniosa de la catedral de Asís. En la plaza los caballeros rivalizaban en torneos variopintos, las damas recibían las reverencias, y el pueblo se agolpaba para ver los torneos de los caballeros. Ella, Clara, como las niñas más buenas, no le gustaba lucirse. Daba la impresión de una violeta que se asoma humilde entre las zarzas en primavera y, escondida, perfuma el aire.

Los contemporáneos de Clara nos hablan de una niña luminosa. Si tú entrabas en la iglesia, la habrías sin duda encontrado allí, de rodillas, pensando y orando, cerca del altar o en la pila bautismal donde, en el año del Señor de 1193, ella recibió el bautismo. Doce años antes de ella había sido allí bautizado Francisco de Asís. Unos meses después de ella fue allí bautizado el hijo del emperador, Federico. Para los tres, como para todos los bautizados, para todos los hijos de Dios, las palabras fueron y serán siempre las mismas: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». En el amor de Dios todos somos iguales, todos hermanos.

Pero los vientos de guerra pronto sacudieron la ciudad de Asís. Por desgracia, la familia de Clara, aunque estaba muy orgullosa de sus siete caballeros, pronto tuvo que huir y refugiarse en Perugia. Clara, que tenía sólo cinco años; sin duda miraba intimidada la triste guerra, el odio, las armas; veía a los heridos, y todos esos pobres que habían perdido todo bien y pedían limosna. Los que vieron en esos días a la pequeña Clara contaron de su caridad: ella ayudaba a todos los pobrecillos. Y oraba mucho. Hacía hileras de guijarros: cada oración

un guijarro; ¡muchas oraciones, muchos guijarros! Quizás habrá oído hablar de aquellos jóvenes de Asís que estaban allí, en Perugia, encarcelados; habrá rezado también por ellos. Por supuesto no sabía que uno de ellos se llamaba Francisco!

Los dos, Francisco y Clara, finalmente volvieron a Asís.

Y Francisco comenzó su aventura de santidad.

Doce años tenía Clara cuando Francisco, veinticuatro años, después de una profunda crisis, se había convertido en "juglar de Dios", y iba cantando por las calles las "laudes" al Señor, y pedía la caridad de una piedra para reparar San Damián, aquella pobre iglesia solitaria en la cuesta de Asís. Y a los pobres, que él ayudaba, Francisco decía: «¡Venid, ayudadme! Habrá allí un monasterio, donde algunas damas glorificarán al Padre celestial en la Iglesia Santa». ¡Una profecía!

Catorce años tiene Clara, cuando Francisco, ante el obispo y toda la ciudad, entrega su ropa a su padre, diciendo: «Mi Padre es Dios que está en los cielos». E, imitando a Francisco, van pronto a vivir con él, en santa pobreza, Bernardo, Egídio, Silvestro...

Dieciocho años tiene Clara, cuando Francisco vuelve de Roma, con la bendición del Papa y el permiso para predicar. Clara y sus hermanas, Inés y Beatriz, junto con su madre, escuchan conmovidas las cálidas, sencillas palabras de Francisco. Clara comienza a desear una vida como la que vivía Francisco. Y un día habló con Francisco: Francisco le habló del Evangelio y de "Madona Pobreza".

Una tarde, Clara salió de la casa. En compañía de una amiga, se bajó a la llanura, a Santa María de los Ángeles. La esperaban Francisco con sus frailes. A la tenue luz de las velas, Clara se consagró al Señor y a los pobres. Y fue "monja", "hermana" de Jesús y de los pobres. Francisco cortó sus largos cabellos rubios: a una "hermana" sirven sólo "mente y corazón", y una sonrisa en los labios, para orar y para amar.

Clara servía a Dios y curaba a los leprosos. Pronto la alcanzaron Inés y Beatriz, y otras "hermanas". Oh, era en verdad algo nuevo y hermoso. Francisco consiguió que, a las "hermanas", les fuese confiada la iglesia de San Damián, aquella que él había reparado, aquella en que el crucifijo le había hablado diciendo: "Francisco,

repara mi Iglesia". Allí Clara vivió en oración, trabajo y "santísima pobreza" durante cuarenta años.

Francisco no volvió más a ver a Clara. Sólo, cuando, ya ciego, se sintió cerca de la muerte, se hizo posar frente al Convento de San Damián, y allí cantó su hermoso "Cántico de las criaturas".

Un mal día, los Sarracenos atacaron el convento. Clara, que estaba enferma, hizo abrir la puerta del convento, y se puso allí, firme, levantando con sus manos la Hostia consagrada. Los sarracenos, asustados, se detuvieron y se retiraron.

En el amor de Jesús, Clara vivió luminosa y feliz, porque es en el dar donde encontramos la alegría, es en el dedicarse que hay felicidad.



Antonio niño habla a las aves. El lirio y el fuego representan su pureza y su caridad. Abajo: el niño Jesús se le aparece a Antonio, que, imitando a Francisco, se hizo pobre y veste una humilde cogulla.

SAN ANTONIO DE PADUA

(1190 – 1231)

Antonio nació en Lisboa, en Portugal. Su nombre era Fernando.

Se cuenta que, a nueve años, le ocurrió algo extraño. Su padre le había hecho subir consigo en el caballo. Y ¡hala!, al trote, entre los rubios campos de trigo. Fue justo antes de la cosecha. Se levantan en vuelo una bandada de gorriones, asustados; pero, después de haber revoloteado alrededor, regresan, y de nuevo se colocan entre las espigas, para picar el trigo. «Yo voy a avisar a los agricultores», dice el padre al niño, ayudándole a bajar del caballo. «Tú mientras espántalos, sácalos. Yo vuelvo pronto». Pero, en lugar de gritar detrás de los pájaros, y tirar piedras, Fernando les grita bueno, bueno: «Gorriones, gorriones, ¡id en esa casa de allá!». Las aves levantaron el vuelo; ¡y toda la bandada vuela al casal! Cuando los campesinos llegaron, Fernando agita sus brazos, y todas las aves vuelan lejos.

Fernando tenía en verdad algo extraordinario. Vivía como encantado, encantado por algo, o mejor por Alguien, es decir, por el Señor. Era a su vez un muchacho listo, alegre, muy inteligente. Pero él se sentía atraído por todo lo que es belleza y bondad. Fernando habría permanecido siempre contemplando y orando. ¿Su madre no lo había acaso consagrado a la Virgen María de niño? Fernando estudió, oró, y un día fue ordenado sacerdote. Pero él quería ser un sacerdote santo. Así que cuando se enteró de que en Italia, en Asís, Francisco había empezado a vivir pobre y enamorado de Dios, Fernando decidió seguir su ejemplo. Se convirtió en "hermano menor" (frailes "menores" se

llaman los frailes de Francisco). Por humildad, Fernando cambió su nombre: "Antonio", en honor de San Antonio, aquel famoso antiguo ermitaño del desierto africano que también había sido gran amigo de los animales. "Hermano" Antonio, en un arrebatado de amor, de inmediato quiso ir en barco, para llevar el Evangelio a los musulmanes de África, y quizá recibir allá la gracia del martirio, como otros monjes franciscanos, quienes poco antes habían ido allá, pero habían sido inmediatamente asesinados por los "moros". Pero una tormenta en el mar, arrastró la nave de Antonio hacia la costa de Italia. Fue así que Antonio desembarcó en Italia. Llegó a Asís; se encontró con Francisco, que lo envió a predicar al Norte.

Antonio fue a predicar a Rimini, Padua, en Francia; enseñaba la palabra de Dios. Como de niño encantaba a los gorriones, así ahora encantaba a la gente. Conmovía a la gente, porque estaba él conmovido primero, conmovido por el amor de Dios. A veces, sin embargo, alguien lo contrariaba. Una vez, en Rimini, le impidieron predicar; entonces, ¿qué hace? Va a la playa, y llama a los peces: «Peces del mar, ¡por lo menos vosotros escuchadme!; ¡benedicid conmigo al Señor!»; y en las olas los peces en tropel, pequeños enfrente, grandes detrás, como para escuchar, como para rezar. «Te escuchare solo cuando te escuche mi mula», dijo desafiante, riéndose, un rico matón. Antonio entonces tomó el ostensorio con la Hostia consagrada, se le acercó...: la mula se arrodillo, con el morro inclinado, y se quedó inmóvil durante mucho tiempo, como en adoración; no pudieron levantarla, ni arrastrarla...

Antes de predicar, Antonio oraba, y se incendiaba por el fuego de Dios. Cuando después predicaba, sus palabras eran como de fuego. Se difundió la voz de que Antonio hacía milagros, muchos milagros; y los enfermos acudían... Pero todos acudían, porque en las palabras de Antonio estaba el Espíritu Santo.

Antonio hablaba a los grandes y a los pequeños, a los potentes y a la pobre gente. También predicó al Papa y a los cardenales. Incluso se atrevió a predicar ante el terrible tirano Ezzelino. Por su predicación elocuente, Antonio fue declarado – junto a otros Santos – "Doctor de la Iglesia".

«**H**ermanos – decía – humildemente roguemos al Espíritu Santo, que encienda en nosotros lenguas de fuego, a fin que, ardientes, iluminados en la luz brillante de los Santos, merezcamos ver a Dios».

Antonio decía que el amor de Dios es como el fuego: «En el fuego hay calor, luminosidad y ligereza. El fuego es el amor de Dios: nos encontramos en el calor de la humildad, el esplendor de la castidad, la ligereza de la pobreza». Cada palabra en la Biblia era para él un símbolo, una enseñanza. Para estar más recogido, y para orar con más ganas, Antonio se hizo también un refugio en las grandes ramas de un árbol viejo. Antonio tuvo una visión: vio al Niño Jesús que le sonreía... Lo apretó en sus brazos... Por eso, en nuestras iglesias, la estatua de San Antonio siempre tiene en brazos al Niño Jesús.

Murió en Padua. Su cuerpo está enterrado en una basílica grande y hermosa de la ciudad. Todos invocan a San Antonio para obtener una gracia; la gracia más hermosa es esta: que nuestra vida sea pura y buena como la suya.



Abajo: Tomás, muchacho, vestido como benedictino, mira desde la altura de Montecassino las maravillas de la creación, y ya busca el "Principio" de todas las cosas: "El que es", el Ser infinito que creó el cielo y la tierra. Arriba: Tomás, ya dominicano, explica la "teología" a los estudiantes; su luz es Jesús.

EL BUEN "MAESTRO"

SANTO TOMÁS DE AQUINO

(1225 – 1274)

En el año 1225 el Señor hizo a la Iglesia un regalo extraordinario: Tomás de Aquino. En Aquino nació ese año, un niño que debía convertirse en un gran "Doctor" de la Iglesia. El único Maestro es Jesús, pero la "verdad" de Jesús viene a nosotros por los que predicán y explican el Evangelio, tal y como lo hizo Tomás.

Se cuenta algún episodio de su infancia. Tenía quizás tres años, cuando le llevaron a Nápoles, a ver el mar. El bebé había hallado en la playa un papel pequeño, ¡y pronto se lo había llevado a la boca! Cuando le quitaron el papel de boca (¡el papel tenía una línea del Ave María!), todos dijeron: «¡Tomás será un gran doctor!». El problema era que, desde entonces, el chico hallaba siempre muy dulces todos los trozos de papel.

A los cinco años, Tomás fue llevado a la escuela, al monasterio de Montecassino. Sus padres soñaban con un futuro de alguien importante para él, quizás abad de Montecassino.

¡Tomás era un chico inteligente! Se sabe, por ejemplo, que él proponía esta cuestión, profunda y difícil, a su maestro: «Dime, ¿qué es Dios?». Tomás no estaba satisfecho con la respuesta del maestro; iba llamando a las celdas de los monjes: «Dime, ¿qué es Dios?». Los monjes se sorprendían de que un niño hiciese una pregunta así de inteligente, pero ¿qué podían responderle, si no es suficiente la eternidad en el Paraíso para entender toda la Belleza de Dios? Porque

Dios no es una cosa cualquiera; Dios es la Infinitud, infinita Verdad, Bondad y Belleza, y aún más, un sin fin más, en suma mucho más de lo que es posible pensar. El cielo, la tierra, las flores, los seres vivos, el hombre que conoce y ama, todo, todo es grande y hermoso, pero entonces ¡¿cuánto más bello y más grande debe ser el Amor infinito que creó todas las cosas?! Ese amor que nos ama como un "papá": esto nos ha revelado Jesús, muriendo en la cruz por nosotros. Dios es un "papá" que, en Jesús, nos ama a todos.

El monasterio de Montecassino está muy alto en la montaña: Tomás se sentía allí más cerca del cielo de Dios. Pero Tomás miraba también hacia abajo; guardaba desde lo alto los campos arados, las casas lejanas... Los ojos de Tomás veían "el mundo", y todo era bello, todo era verdadero. Como le gustaba repetir el octavo salmo, que dice: «¡Qué grande, Señor, tus obras!». Cuando un día Tomás se convertirá en el "maestro", dirá que todas las criaturas son "seres"; y que sólo un Ser infinito puede explicar el "ser", así verdadero y bueno, de todas las cosas.

Mientras tanto Tomás sigue creciendo. Con catorce años de edad fue enviado para realizar los estudios superiores a la Universidad de Nápoles. Pero allí, en la universidad realizara encuentros que llevaran su vida por caminos muy distintos de los que había soñado su padre. De hecho conoció a algunos estudiantes que, por amor a Dios, vivían muy pobremente, estudiaban, rezaban y mendigaban. Imitado a aquel santo Domingo, que veinte años antes había comenzado en España a vivir una vida así, y había predicado el Evangelio. Ahora eran muchos, los "dominicanos". Tomás observaba, reflexionaba (cuenta la historia que Tomás era "maduro y sereno"), y se hizo amigo de uno de ellos, un tal Juan. Y así, a los diecinueve años, Tomás también decidió convertirse en "Dominicano".

Pero entonces, ¡no más "abad de Montecassino"! ¡Solo una vida de pobre monje! «¡No es posible!», gritaron su padre y sus hermanos, que eran caballeros del emperador. Persiguieron a Tomás, lo secuestraron y lo encerraron como prisionero en un castillo. También su madre le suplicaba. Tomás tuvo que echar, una vez, con un leño ardiente a una mala mujer, que quería distraerle de su vocación. Incluso su hermana Marotta trató de hacerlo entrar en "razón"; pero

razonó tan bien con su hermana, que, después de un tiempo, Marotta, ¡se convirtió en monja en un monasterio! Finalmente, después de un año, lo dejaron ir. Estudió aún varios años. Tomás era un estudiante silencioso. "Buey mudo", lo llamaban sus compañeros en broma. Pero el gran maestro Alberto lo defendía: "Tomás rugirás tan fuerte que todo el mundo te escuchará."

Tomás, de hecho, se convirtió en un gran maestro; Escribió muchos libros, llenos de sabiduría.

Su obra más conocida se titula "Suma Teológica"; se llama "teología" a la ciencia de las más altas verdades, verdades divinas que Jesús reveló, las verdades de la fe.

Pero Tomás fue sobre todo un santo. ¡Cuando rezaba, a veces su cuerpo se levantaba del suelo! En los últimos meses de su vida, él sólo quería orar.

Cuando murió, a los cuarenta y nueve años, Tomás fue capaz de contemplar "cara a cara" al Buen Dios que de niño había intentado llamar a la puerta de los monjes, el Buen Dios que él siempre había querido y amado.

*EL ERMITAÑO DE LOS BOSQUES***SAN SERGIO DE RADONEZH**

(1314 – 1392)

Hay un niño que está yendo a la escuela. Sergio es su nombre, y va de buena gana a la escuela, pero por desgracia ¡no progresa mucho!

Cuando un niño recibe malas notas en la escuela, quizá es poco aplicado, o tal vez no es muy inteligente, o tiene muy poca memoria. Pero también puede ser que ese niño sea en cambio muy inteligente; sólo que ahora, él, está buscando algo más grande e importante, y lo que le hacen estudiar es poca cosa en comparación con lo que le gustaría saber. O incluso puede tratarse de un niño que siente tanto la Verdad, y por tanto ama tanto a Dios, que él ya no tiene ningún interés por todas las pobres "palabras" de este mundo.

De hecho, las palabras son como pequeñas luces; cuando hemos visto el sol (es decir, el Amor), las pequeñas luces ¿para qué sirven más?

De todas formas, el pobre Sergio recibía los castigos del maestro y tal vez los reproches de sus padres preocupados. Quizá los compañeros se reían de él. ¡Quizá Sergio habrá pedido a Jesús la gracia de sacar buenas notas en la escuela!

En el tiempo de Sergio – siglo decimocuarto –, la gran Rusia fue ocupada por los invasores Mongoles, que habían destruido el Reino de los Rusos, o sea el gran reino de Kiev.

En Kiev, los Rusos se habían convertido a la fe. Esto ocurrió en el año 988 después de Cristo: al mando de Olga, la princesa, campesinos y soldados a miles se habían hecho bautizar en las aguas del río Dnieper. San Teodosio – un santo dulce, humilde y misericordioso – había más tarde, fundado allá, en Kiev, un importante monasterio.

Pero después de dos siglos, los terribles mongoles invadieron el Reino, lo destruyeron y lo quemaron. Los rusos acabaron así por vivir casi como esclavos, dominados por los Mongoles.

Algunos siglos antes, incluso Italia había sido invadida por los Bárbaros: Godos, Longobardos, Magiares, Sarracenos. Pero el Papa León Magno, y después, San Benito, San Gregorio, y otros Santos y Papas y príncipes y reyes, habían revivido al pueblo, le habían dado esperanza y coraje, lo habían levantado.

¿**Q**uién ahora dará otra vez coraje a la Rusia? No basta cualquier príncipe o rey. Todos tienen miedo. Se necesita un gran héroe, o un gran santo, quien dé a todos un ejemplo de fe y coraje.

Este es el santo de Rusia: Sergio. Va a ser como un padre para el pueblo ruso. Sigámosle. Es todavía un niño (ha nacido en 1314). En este momento está llorando; tal vez está volviendo de la escuela. A lo largo del sendero del bosque, tiene un encuentro muy extraño. Se encuentra con un vagabundo misterioso, con el cabello largo y blanco. El viejo le pregunta por qué esas lágrimas; después se reúne en silencio, ora, y dice: «¡Se feliz! A partir de ahora todo será claro para usted». Sergio le dice: «¡Ven a mi casa!». Y acompaña al peregrino con los padres, que le hacen sentarse a la mesa con ellos. Pero antes de comer, el viejo le dice al niño: «¡Vamos, recita el salmo!». «No me acuerdo», dice Sergio, con un poco de vergüenza. «¡Ya sabes! ¡Recita el salmo!». Y Sergio ¡recitó el salmo de una tirada!

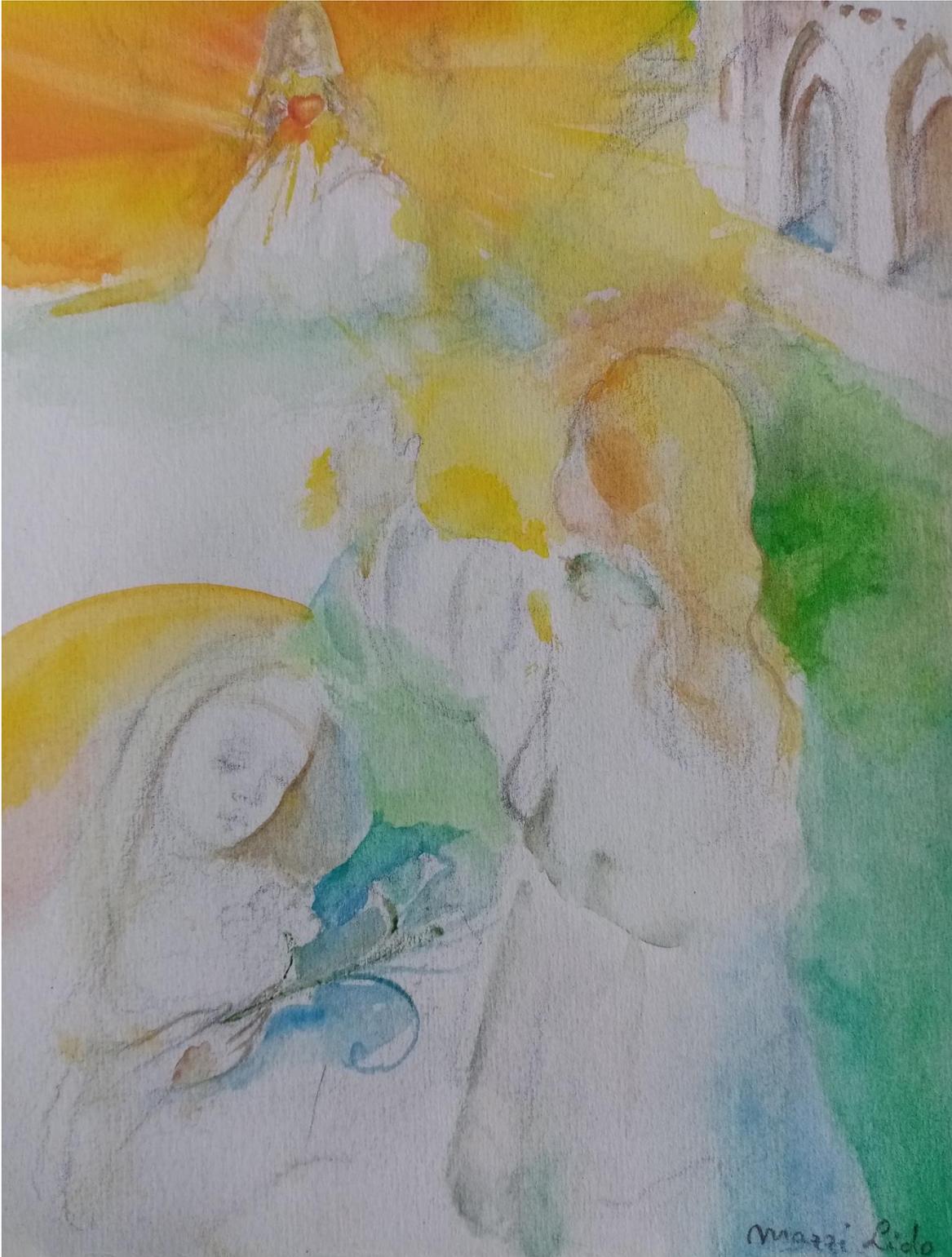
Sergio se convirtió en un joven fuerte y alto, pero nunca abandonó su fe. Y un día se preguntó: «¿Qué puedo hacer, porque sea grande y fuerte no solamente mi cuerpo, sino también mi alma? ¿Qué voy a hacer de bien en la vida?». Había en los alrededores unas comunidades de monjes; pero Sergio quería más, una vida más dura. Sergio decidió convertirse en un ermitaño. Anduvo al bosque más espeso, y allí, a las orillas de un río, construyó una choza. En esta

choza pasará varios años. Sergio era valiente y fuerte. Pero por supuesto no debía ser agradable pasar las noches entre los aullidos de los lobos, o ser despertado por los chillidos de los osos. Sergio entonces se ponía de nuevo, como siempre, para orar. Y los animales poco a poco se convirtieron en sus amigos. Había un oso que a menudo se detenía cerca de la choza; Sergio lo apreciaba, y le daba algo de comer.

Después llegaron algunos jóvenes, que querían vivir como Sergio, rezando y trabajando. Se formó así el monasterio (en ruso: "lavra") de la Santísima Trinidad (aún hoy es el lugar más hermoso y más importante de la Rusia cristiana). De allá los monjes, cada vez más numerosos, enjambraban hacia otros bosques, y otros pueblos.

Y así, por la santidad de Sergio y de sus seguidores, un nuevo impulso, un nuevo valor revivió el pueblo ruso. Como San Benito, así Sergio, primer ermitaño, y después padre espiritual de muchos monjes, se convirtió en un padre y pastor de todo el pueblo. Rusia le debe mucho. Sergio animó a los Rusos para luchar contra el opresor. Hubo una gran batalla. Sergio oraba con los brazos levantados. Fue una gran victoria. Era el año 1380.

Sergio desde el Cielo ora por la Santa Rusia, y por todo el Pueblo de Dios.



Catalina, a los seis años, ve a Jesús. Catalina será un gran "fuego" de amor. Anunciará a todos – incluso al Papa –: «¡Jesús dulce, Jesús Amor!». El Reino de Jesús es Reino de paz: Catalina irá proclamando: «¡Paz!» por las calles y plazas de Italia.

LA SANTA DE FUEGO

SANTA CATALINA DE SIENA

(1347 – 1380)

Catalina de Siena oyó un día que el Señor le decía: «Os he creado por amor; por esto no podéis vivir sin amor. Por amor yo os he dado el ser... Vuestra alma está tan dispuesta a amar, que no puede vivir sin amor; su alimento es el amor».

Estas palabras, que Catalina oyó en éxtasis, explican su vida, su alma, alma inflamada, vida ardiente. Catalina fue un gigante de caridad, y luchó con todas sus fuerzas, con toda sí misma, contra el mal y contra el pecado. Los cristianos son los que creen en la Caridad de Dios, o sea en su Amor. «Nosotros somos los que creemos en la Caridad»: así escribía en una carta San Juan a los primeros cristianos. Catalina realmente ha creído en la Caridad, en el Amor de Dios por nosotros pecadores.

Ya de niña Catalina amó al Señor. Tenía sólo seis años cuando por primera vez vio al Señor. Pero, ¿se puede ver a Dios con seis años? ¡Por supuesto!, pues – como un día escribirá Catalina – con el Bautismo ya se ha iluminado nuestra alma. Un niño recién bautizado tiene a Dios en su corazón. Seis años: el corazón de Catalina ya era un fuego de amor.

Estaba bajando, la niña, por un callejón empinado, hacia su casa. Acompañada por un hermano un poco mayor que ella. De repente, a la derecha, arriba, en el cielo de un ocaso dorado, «vio un hermoso trono», como el trono de un rey, y en el trono «estaba sentado el Señor Jesucristo, Salvador del mundo». Encantada, ella «Miraba a su

Salvador y Señor, que se mostraba a ella en esa manera por ganar su amor». El hermano la zarandeaba: «¡Ven; ya es noche!». «¡Oh, Esteban! ¿No ves, allí?». La visión desaparece. El crepúsculo oscurece. Una campana suena lejana. Catalina llora desconsolada.

¡Qué hermana han extraña! Esteban la mira asombrado. Por suerte están cerca de casa. En casa se respira el habitual aire alegre y familiar. Entre hermanos y hermanas, son – ¡piensa! – ¡veinticuatro! Y Catalina ¡es la más pequeña de veinticuatro! Papá, de apellido Benincasa, es un tintorero desahogado de tejidos; la madre es hija de un poeta. Además de sus hijos, adoptaron también a un huérfano, Tomás, que perdió a sus padres por la peste.

¡Qué hermosa esta familia de vía Fontebranda, Contrada de la Oca, cuando por la noche todos juntos rezan en latín el Padre Nuestro o el Ave María! Catalina se recoge con frecuencia para orar; su alma se va feliz por misteriosos caminos espirituales.

Catalina es todavía pequeña, pero parece "grande": hace voto de no casarse, de ser sólo de Dios. La madre le dice que ella no podía hacer este voto; ¡demasiado joven! Quiere que su hija sea hermosa, que vaya a las fiestas, y que se prepare para encontrar marido. Ella no quiere entristecer a su madre. Pero un día – tendría doce años más o menos – coge las tijeras, y se corta su largo cabello. El cabello corto, cubierto por un velo: es señal de que ella quiere ser monja. La madre enfadada rasga el velo, la regaña, y como castigo realizará los trabajos más duros de la casa. Pero ella era igual de feliz: trabajaba y oraba.

Su padre la encontró una vez en éxtasis; vio encima de ella como algo brillante...; y comenzó a defenderla. Pero ella pedía simplemente esto: que le permitiesen dedicarse al Señor. Hacía sacrificios, dormía sobre tablas de madera... Su mamá se resignó.

¡A los dieciséis años, Catalina fue monja!

Era ahora más libre de ir a la iglesia a rezar, o al hospital con los enfermos, o al leprosario con los leprosos. A los leprosos, ella, realmente los quería: por ellos hacía las cosas más repugnantes. También ella se contagió de la lepra; pero se recuperó.

Cuando condenaban a muerte a alguno, ella estaba cerca de él hasta el final, y le ayudaba a morir en el nombre de “Jesús dulce”.

Pronto se reunió alrededor de ella una "alegre banda" de jóvenes que se comprometían a vivir en santidad como ella; ¡la llamaban "mamá"!

En el tiempo de Catalina no había paz entre las ciudades italianas; ella va de pueblo en pueblo a predicar la paz. Suplicaba a todos de hacer la paz. También llegó a Pisa; allí, en una iglesia, recibió de Jesús los estigmas: desde entonces siempre sufrió el dolor de las cinco llagas del Crucificado.

Partió a Francia; se fue hasta Aviñón, al Papa; para suplicarle que volviese a Roma. El Papa la escuchó. Y Catalina tuvo la alegría de acompañarlo en el viaje de regreso a Italia. Pero, siempre, fue toda de Jesús; se sentía "novia" del Crucifijo, la novia de sangre. «¡Jesús dulce, Jesús amor!», era su constante invocación.

Murió a los treinta y tres años, después de haber tres veces gritado: «¡Sangre... sangre... sangre!», y después de haber dicho, como Jesús en la cruz: «Padre, en tus manos abandono mi alma».

Catalina: santa de fuego, santa de paz, "dulce mamá", patrona de Italia, Patrona de Europa.

Su Fiesta tiene lugar cada año el 29 de abril.

SAN BERNARDINO

(1380 – 1444)

En Siena se encuentra una de las plazas más bellas de Italia, la Plaza del Campo. Dos veces al año, se juega en ella al Palio: gana el barrio que tiene el caballo más rápido. A menudo, en nuestros días, se pueden ver allá grupos de muchachos, quienes, sentados en el empedrado, cuesta arriba, tocan la guitarra y cantan. Un día hace seiscientos años, se detuvo allá un muchacho, nuestro Bernardino. Se acerca a él un caballero, que con mucha gentileza (pero una gentileza mala), invita a Bernardino a realizar, junto con él, un pecado de impureza. Inmediatamente resuena en la plaza un fuerte sonido: Bernardino le ha sacado un gran puño al caballero obsceno, un puño bajo la barbilla, pero tan fuerte, tan seco, que todo el mundo se da la vuelta para ver. Confundido por la inesperada reacción del niño, el hombre se apresura a esconderse por los callejones. Se dice que más tarde el hombre se convirtió y cambió de vida: de hecho, años después, Bernardino, ahora fraile Franciscano, se encontró predicando en la misma plaza, y al caballero le vieron llorar; lloraba sus pecados. Esa no fue la única vez que Bernardino tuvo que defender vigorosamente su pureza. Hubo, por ejemplo, otro hombre, que insistía en tentar a Bernardino con la impureza. Bernardino reunió en secreto un grupo de amigos. Llenaron sus bolsillos con piedras. Cuando este hombre se acercó, Bernardino gritó: «¡Miserable! ¡El fuego merecerías!». Los chicos salieron por todos lados, y a puños y a pedradas lo hicieron escapar de allí.

Bernardino era, por tanto, un joven despierto y listo, y tenía las ideas claras. ¡Mantén los ojos bien abiertos! ¡Hoy en día no habría

aceptado de ninguno la droga! Tenía también una buena memoria; sabía repetir palabra por palabra los sermones que escuchaba en las iglesias. Imaginémonos a Bernardino, que grita la prédica a sus amigos, sentado en los escalones debajo de la catedral en Siena, o bien, antes, en las escaleras de la Catedral de Massa.

Bernardino, de hecho, nació en Massa Marittima el ocho de septiembre de 1380 (el mismo año en que murió Catalina de Siena). Desafortunadamente, cuando tenía sólo tres años Bernardino perdió a su madre. Después de tres años murió también su padre, que era gobernador de Massa. Entonces una tía se hizo cargo del niño, lo educó con afecto, y le enseñó a tener compasión por los pobres. Un día llamó a la puerta un pobre; pedía pan, pero de pan, en casa, había uno solamente. La tía estaba cerrando la puerta cuando Bernardino dijo: «¡Tía! Vamos a darles algo, por el amor de Dios. ¡Yo le doy mi parte!».

También aquella buena tía, cuyo nombre era Diana, murió. Bernardino, que entonces tenía once años de edad, fue acogido en casa de otra tía, en Siena. Trabajó con rapidez en los estudios; tuvo la suerte de tener muy buenos profesores. Era asiduo también en visitar a los enfermos en el hospital, y a los prisioneros. A los diecisiete años se matriculó en una asociación de voluntarios que ayudaban a los enfermos.

Estudiaba en la universidad, con mucho éxito; era también muy bueno. Hacía todo por amor a Dios. Dormía en un tablón duro, llevaba el cilicio (que es una malla punzante), hacía ayunos. Aun así, siempre estaba alegre.

A una prima suya, que lo acompañaba en la visita a los pobres y a los enfermos, le dijo que estaba enamorado de una joven hermosísima. Su prima mostró preocupación: ¿quién es esta "amiga"? También le decía que ya no podía dormir por la noche, si no había ido durante el día a visitarla. De vez en cuando él decía a su prima: «Voy a saludar a mi amiga». Ella quiso una vez seguirlo en secreto. Bernardino va hacia Porta Camollía. Al llegar allí, se detiene, se arrodilla... Arriba en alto, por encima de la puerta, había una hermosa imagen de María de la Asunción. La prima se adelanta, asombrada, y él le explica con

calma: «Esta es la más hermosa Virgen de toda Siena. Sí, María es mi amiga, la más querida».

En el año 1400 en toda Italia estalló una terrible epidemia de peste. Bernardino, con una decena de amigos, de manera heroica, socorría a los enfermos, los consolaba, Él también cayó enfermo con fiebre, pero se recuperó.

Estuvo un año más, con su anciana tía, que se había quedado ciega y sorda; le servía con gratitud y compasión. Y después entro en un convento franciscano.

Acabados los estudios religiosos de "teología", fue ordenado sacerdote. Y comenzó a predicar.

Vestido con gran humildad, predicaba por todas partes, en las iglesias, en las calles. Sus sermones eran fuertes y vivaces, alegres y claros. Bernardino era muy devoto al Santo Nombre de Jesús: extendió por todas partes la piadosa costumbre de escribir las tres letras "JHS" encima de cada puerta. "JHS" significa: "Jesús Salvador de los hombres."

Bernardino extendió la alegría de Jesús. Fue un santo alegre. Bernardino, el chico que a toda costa quería seguir siendo bueno y puro, se convirtió en el santo de la alegría, en el nombre de Jesús.

SANTA RITA

(1381 – 1447)

Casia es una pequeña ciudad de los Apeninos, cerca de Nursia. Es la ciudad que en todo el mundo, es conocida como la ciudad de Santa Rita. Rita nació en un pueblo cercano, en Roccaporena, cuatro casas escondidas entre bosques y rocas. Allí se visita también hoy con emoción la antigua iglesita donde Rita se casó. Allí se levanta solitaria una piedra que parece señalar el cielo; lo llaman "el escollo de Santa Rita". De niña, Rita subía menudo allí arriba, a orar en soledad. El cielo, el azul, el silencio: Rita allí se sentía más cerca de Dios, y rezaba, cantaba, cantaba de voz en grito las "alabanzas" aprendidas el Domingo en la Misa ... Si vas a Roccaporena, ¿ves aquel sendero? ¿No subirías tú también a la cumbre del escollo, por devoción a la Santa?

Rita amaba mucho a las "criaturas" de Dios. Hay un episodio de su primera infancia que parece, una primera señal de este "diálogo" que habrá siempre entre Rita y la naturaleza. Rita de chiquita estaba durmiendo tranquila en la cuna, cuando un enjambre de abejas, revoloteando entre las flores, se detuvo justo en la cara de la niña, en su pequeña boca abierta. Llegó un campesino, que se acababa de herir y sangraba de una mano; intentó lo mejor que pudo alejar las abejas; y de repente, su mano se curó, no sangraba más.

Cuando Rita cumplió trece años, o quizás quince, sus padres (Antonio y Amata) la prometieron a un soldado de la zona, que vigilaba el territorio desde una torre de control.

Al escuchar las historias de antaño, este hombre era muy grosero y violento; Rita sufrió mucho a causa de él. En esos tiempos las ciudades estaban a menudo en guerra una contra la otra, los señores a menudo se peleaban entre sí, los capitanes de mercenarios recorrían de arriba abajo Italia; no había un buen emperador que impusiese a todos la paz, y el Papa no estaba siendo escuchado. Un mal día ese soldado, esposo de Rita (llamado Pablo), fue asesinado. Rita se quedó sola, con dos hijos. Para una viuda, especialmente en aquellos tiempos, la vida era muy dura. Pero ella perdonó al asesino; y a sus hijos repetía que Jesús en la cruz había perdonado. Les decía a sus hijos que es mejor morir que hacer el mal. Los hijos de Rita no vivieron mucho tiempo. Los niños en aquel tiempo se morían fácilmente, porque no había médicos ni medicinas. Rita, por supuesto, fue a llorar a la iglesia del pueblo, la iglesia donde se había casado, donde sus hijos habían sido bautizados, la iglesia de su infancia, donde ella misma había sido bautizada, esa hermosa pequeña iglesia que todavía hoy los peregrinos visitan conmovidos...

Y subió a la "roca" por una última vez. Cuando estaba arriba tuvo una visión; se le aparecieron los Santos que ella más amaba: San Juan Bautista, San Agustín, San Nicolás de Tolentino. Y por un milagro Rita se encontró, sin saber cómo, en el convento de las monjas agustinas de Casia. Donde se quedará durante el resto de su vida, entre privaciones y oraciones, pero feliz.

Un episodio nos dice cómo Rita amaba al Señor y a todas las criaturas, un episodio de los últimos días de su vida. Era el año 1447. Rita estaba muy enferma. Tenía casi setenta años; desde los cuarenta años era monja. Y desde hace quince años llevaba en la frente un "estigma", es decir, una herida como las que Jesús tenía en la frente por la corona de espinas. En los primeros años como monja, Rita había tenido una visión: una escalera unía la tierra al cielo, y arriba en lo alto Jesús le decía: «¡Ven, Rita; aquí te abrazaré!». Ahora, anciana, enferma, moribunda, había llegado a la cima de la larga y empinada escalera de su vida. Una amiga y pariente de Roccaporena fue a su celda, para saludarla. Rita le dijo: «Por favor, tráeme una rosa blanca del jardín, y dos higos». Pero no era la estación de las flores y de los higos; el invierno era aún muy frío. La amiga va, y ¡realmente halló

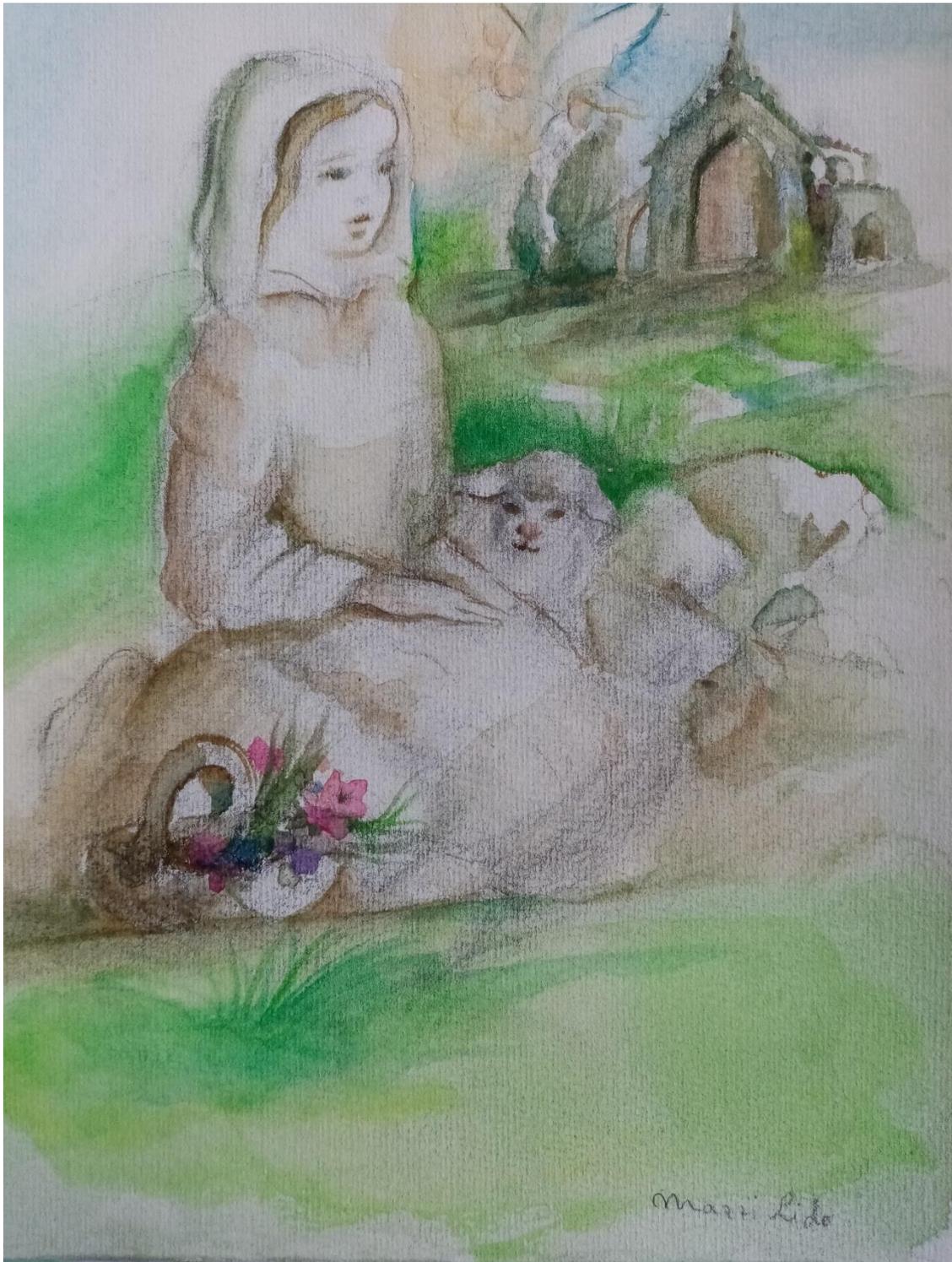
rosa e higos! Rita, que tenía en sus manos un crucifijo, puso, al lado de Jesús, por una parte los higos, y por la otra la rosa blanca. ¿No habrá sido feliz Jesús con los pequeños regalos de su Rita?

Rita es la santa de la gente pobre, la santa de los afligidos, la santa de los casos desesperados, porque ella vivió en santa paciencia una vida realmente difícil.

¡**Q**ué gran premio en Cielo por la paciencia de Rita! Aquí en la tierra se dedica al cuidado de los pobres...

Casi no hay iglesia que no tenga, en una esquina, su estatua.

Si miras, quizá veas allá, en la sombra, una mujer y un niño que encienden una vela. Ora con ellos también tú: «Esos dos higos, esa rosa, esos que tu donaste a Jesús, dónalos también por mí; ¡estoy necesitado! Alcánzame, de Jesús, aquella gracia que necesito».



Del cielo azul descenden visiones angélicas e iluminan a Juana. La iglesita cercana, el cordero, la canastilla de flores, el verde de los prados de Lorena, hacen corona a la jovencilla fuerte y limpia, quién va a llevar a su país a la libertad.

SANTA JUANA DE ARCO

(1412 – 1431)

Juana de Arco fue la chica que, inspirada por Dios, liberó a su tierra del invasor. Cabalgando un caballo blanco, llevó a Francia a la libertad. Ella animó al rey, al ejército, a la gente. Gracias a ella, los franceses volvieron a ser libres y recuperaron la alegría de ser un "pueblo".

Cuando era niña, Juana era dulce como cualquier otra de las pobres niñas de los pueblos de Lorena. En su pueblo la llamaban "Juanita" (en francés: "Jeannette"); pero más tarde todos la conocerán como "la pulguilla (pequeña pulga) de Orleans", y así será llamada por siempre, porque fue precisamente en la ciudad de Orleans, asediada por los enemigos, donde Juana empezó la liberación de su pueblo.

Imaginemos un sábado cualquiera: como todos los sábados, Juanita parte de su pueblo, Domrémy, en compañía de mujeres y amigas. Se encaminan por un sendero a las colinas. Prados, bosques, sol, cielo acompañan a las peregrinas, que cantan y rezan. Le hacen también compañía el murmullo de un arroyo, que más adelante se convertirá en un gran río, el Mosa, que desembocará lejano en el Mar del Norte. Van peregrinando a una iglesia dedicada a la Virgen María, Nuestra Señora (en francés: "Notre Dame"). Regresarán por la noche, con tantos recuerdos y tanta luz en los ojos contentos y en el corazón. Es importante para Juanita esta reunión semanal con María.

Pero para la niña es también hermosa la iglesia de su Parroquia. Cuando la campana suena, ella se apresura puntualmente. Su casa es cercana a la iglesia. Ella está allí temprano por la mañana, cuando a veces llega un sacerdote para celebrar la Misa. Para que venga más a

menudo, ella le prometió la mejor lana de sus ovejas. Y está de nuevo allí, para las oraciones de la noche.

Trabajó mucho. Tenía que barrer, lavar, cuidar a su hermana recién nacida. Además de mamá y papá, Juanita tiene tres hermanos mayores. Hay un patio que hay que limpiar, las ovejas de llevar a una pequeña isla del arroyo, allá donde la hierba es fresca, y el peligro menor.

¿**P**eligro? Sí, grande. Ese país de allí, al otro lado del río, está ocupado por el enemigo. Los invasores avanzan. Bandas de soldados errantes y hambrientos roban, queman y siembran el terror.

El padre de Juana soñó que esta niña iría con los soldados: «Más bien la ahogaré yo primero, con estas manos», decía.

Pero Juana todavía coleaba feliz y jugaba. Ella competía con sus amigas en la carrera: ¡en competencias aldeanas ganó tres veces un primer premio de flores! En primavera, el Domingo de Ramos, se iba con todos los jóvenes a la fuente del bosque; cantaban, hacían dos saltos; “pero yo – dirá ella – más que bailar, cantaba”.

Una mala mañana gritaron: «¡Los enemigos!»: todos en el país reunieron rápidamente las pocas cosas a salvar, y se refugiaron en la fortaleza de Castelnuovo. Alguno recordara haber visto allá a Juana con sus padres, y dirá que no parecía en absoluto atemorizada. Después de algún tiempo, regresaron. Recomenzó la vida cotidiana. Hasta el día en que ocurrió el hecho maravilloso.

Juana tiene trece años. La campana está sonando el Ángelus de mediodía. Ella acaba de salir de casa cuando: una luz inmensa, cada vez más luz... En la luz se perfila una figura, un rostro: «Juana, ¡sé buena! Dios tiene misericordia de Francia. Prepárate. Reza. ¡Reza mucho!». La visión desaparece, desaparece la dulce luz... Juana, conmovida, para agradecer al Señor hace voto de virginidad, y dona su vida al Señor. La aparición se repetirá. A veces es el arcángel Miguel. A veces son miríadas de ángeles. O dos Santos: Santa Margarita y Santa Catalina de Alejandría. Otras veces no son más que "voces"; Juana las llamará "mis voces". Los Ángeles, los Santos, las "voces" preparan a Juana para su misión heroica.

Un día Juana partirá. Buscará al joven rey desalentado. Le animará. A la cabeza de caballeros e infantes Juana liberará Orleans asediada. Después, con fulgurante avanzada, llevara su rey a Reims, allá donde los antiguos reyes de Francia recibían la corona real: allá Luis es coronado ¡rey de Francia! La “pulguilla” está ahí a su lado; tiene en mano una bandera blanca, en la cual ella ha escrito: «Jesús y María». La catedral de Reims, con sus naves altas, las agujas, las vidrieras, los rosetones, las mil estatuas vivaces, parece hecha adrede para los reyes. Pero todas las catedrales, todas las iglesias, se alzan en honor al Rey de los reyes, Cristo Señor.

Pero pronto le llegara a Juana la cruz. Será traicionada, cogida por el enemigo, procesada con un juicio falso. Será injustamente condenada a la hoguera. ¡Y tiene sólo diecinueve años!

Entre las llamas del fuego, la escucharán repetir, cada vez más débilmente: «¡Jesús!», «¡Jesús!»...

Jesús, ¡recibe a Juana! Y salva a todos los pueblos de la esclavitud, de la guerra, del mal...

SAN FRANCISCO JAVIER

(1506 – 1552)

A caballo entre España y Francia, en los Pirineos, había un antiguo castillo, el castillo de Javier. Vivían allí nobles valientes, leales al rey de Navarra.

Se requería un buen coraje para vivir allí arriba. En las noches de invierno, lobos hambrientos aullaban. Cuando el padre y los hermanos salían para enfrentarse a los lobos, también Francisco se empeñaba, sin miedo. Por desgracia un día el castillo fue atacado, pero no por los lobos, sino por otros españoles, quienes destruyeron las altas torres. Francisco tenía sólo diez años de edad, y se quedó con su madre. Los hermanos en cambio corrieron a defender al rey, en Pamplona.

También Pamplona fue atacada y tomada. Entre los agresores, se distinguió por su valentía un caballero, que se convertirá en un gran santo: Ignacio de Loyola. Ignacio, mientras buscaba la gloria militar, fue herido en una pierna. Inmovilizado, se puso – para pasar el tiempo – a leer novelas, con historias de batallas gloriosas. Pero pasó a leer también un libro que relataba la vida de los Santos. Ignacio pensó: ¡cómo sería bello convertirse en un santo! Y, de repente, decidió hacerse "soldado de Cristo". Con la pierna que aún le dolía, Ignacio fue a hacerse ermitaño en una cueva; allá oraba y siempre pensaba en el Señor. Hacía así sus "Ejercicios Espirituales". Después fue como peregrino a Tierra Santa. Y llegó a Jerusalén, donde planeaba pasar el resto de su vida. Pero, en lugar de eso, se vio obligado casi de inmediato a volver a pasar el mar. De vuelta, está por las calles de Italia y Francia: pedía limosna, y hablaba con todos de la Grandeza y

de la Santidad de Dios. Pero, para realmente saber cómo hablar de Dios, ¿se debería antes haber estudiado! Y así, a los treinta y tres años, Ignacio fue a estudiar a París. Como no sabía latín, pidió ayuda a algunos estudiantes. Uno de esos estudiantes, ¿sabéis quien fue? Fue Francisco Javier. Francisco enseñaba latín a Ignacio, e Ignacio hablaba a Francisco de santidad, de pobreza, de amor. Así sucedió que Ignacio encendió en Francisco el deseo de santidad. Y así el 22 de julio del 1534 en París, en una antigua iglesia en el "Monte de los Mártires": siete valientes jóvenes se dedicaron a Dios. Nació ese día la famosa "Compañía de Jesús". Francisco Javier fue uno de los siete; fue uno de los primeros "jesuitas".

Siete años más tarde, el 7 de abril del 1541, en el puerto de Lisboa, Francisco embarcaba hacia la India. Iba como misionero a la India. El viaje fue largo: trece largos meses. Durante el viaje, Francisco se ponía al servicio de todos. Él se dedicaba a los que caían enfermos. Cayó enfermo también él, pero no pensaba en absoluto en sí mismo. Y así, finalmente, ¡la India!

Francisco comienza inmediatamente a predicar a Jesús, con las pocas palabras indias que ha podido aprender de prisa. Había mucha gente pobre allí, muchos enfermos. Les atendía con plena dedicación. Por la noche, dormía en el suelo junto a los moribundos. De día, reunía a los niños, y detrás de los niños venían los grandes. Enseñaba el Padre Nuestro y el Ave María; bautizaba. Se ponía a cantar a su manera salmos, oraciones, frases cortas del Catecismo. Los pobres indios se acercaban, lo miraban asombrados, encantados. Muchos se convertían, y pedían el bautismo.

Francisco va de pueblo en pueblo. El amor de Jesús le empuja lejos, cada vez más lejos, hasta las Molucas distantes. Pasa de isla en isla, cantando Jesús y María. No tiene miedo. Como de niño no tenía miedo de los lobos o de los ladrones, así ahora se enfrenta por Jesús a peligros y fatigas. ¡Y llega a Japón! ¡Cuánto había soñado con Japón! Le hizo de intérprete un samurái japonés que se convirtió, y con él se convirtieron otros japoneses. Francisco también quería predicar al emperador; por eso se fue a pie a Kioto, la capital. Pero le obligaron a renunciar.

Tenía todavía un último deseo: ¡predicar a Jesús en la inmensa China! Y así se adentró en los mares por una última vez, y por allá, entre la niebla, ¡la China misteriosa! Pero, por desgracia, lo detienen en una isla pequeña, a pocas millas de la costa... Francisco cae enfermo. Fiebre alta. Él aprieta su querido crucifijo; con la otra mano sostiene una vela... Moría el más grande misionero de los tiempos modernos.

Cuarenta años después de la muerte de San Francisco Javier, el emperador de Japón comenzó a perseguir a los cristianos, que eran ya una hermosa comunidad de alrededor de doscientos mil bautizados. Fueron condenados a muerte también tres chicos: Tomas, Luís y Antonio. He aquí las cruces. Luis, el más joven, corre adelante y abraza su cruz: «¡Paraíso, Paraíso!». Levantados en la cruz, ensangrentados, rezan: «¡Jesús, María!». Y Antonio canta, dulcemente, un salmo aprendido en el Catecismo: «Alabad, niños, el nombre del Señor». El canto, dulce y débil, es sofocado por un golpe de espada.

SANTA TERESA DE ÁVILA

(1515 – 1582)

Cuatro son las santas a quienes la Iglesia ha conferido el título de "Doctor de la Iglesia", es decir, "maestra" en el conocimiento de Dios. Son: Santa Catalina, Santa Teresa del Niño Jesús, Santa Teresa de Ávila y Santa Hildegard de Bingen. Santa Teresa de Jesús es también conocida como "Teresa la Grande", porque fue un gran faro de luz para el pueblo cristiano.

Teresa nació precisamente en Ávila, antigua ciudad de las tierras altas de Castilla, en España. Ávila es una ciudad-fortaleza, rodeada de altos muros y de ochenta y ocho torres.

Y así una niña de ocho años, está saliendo de la puerta de la ciudad acompañada por su hermano Rodrigo, de once años. Entre ellos se llevaban bien. Y se habían confiado un deseo común: ir al Cielo, para ver al Buen Dios. Pero para ir al cielo, ¡primero tenían que morir! Y así decidieron ir a tierra de Moros, donde – todos decían – matan a los cristianos. Allá por los moros habrían predicado el Evangelio, y pronto habrían sido matados, como mártires Habrían inmediatamente entrado en el Cielo. No pensaban, Teresa y Rodrigo, en el dolor de su pobre madre, que los estaba buscando desesperadamente por todas partes. Y yendo por el camino polvoriento, pensando en la eternidad del Paraíso y del Infierno, continuamente repetían dos palabras que tanto les impresionaba: "siempre", "nunca"; "siempre", "nunca". ¿Dos niños extraños o dos niños excepcionales? Ciertamente eran chicos buenos. Desafortunadamente, ¡o afortunadamente!, su huida a tierra de moros, en busca del martirio, duró muy poco. Se encontraron de hecho

con un tío suyo que, a caballo, regresaba a la ciudad, y que escuchó asombrado las justificaciones de los pequeños. Justificaciones que según ellos eran claras y convincentes. Pero el tío fue convencido más rápido que ellos. Les ensilló en el caballo, porque los Moros están muy, muy lejos, y necesitarían otro caballo; y por lo tanto, ¡a casa! «Disfrutábamos – escribirá un día Teresa – repitiendo muchas veces: ¡"siempre", "siempre", "siempre"! En el pronunciar largo rato esta palabra, agradezco al Señor que me quedase grabada en el alma, desde la infancia, el camino de la verdad». El "camino de la verdad", sin embargo, no fue para Teresa un camino fácil y recto: tuvo que hacer muchos y muchos esfuerzos.

De niña, buscaba la soledad para recitar sus oraciones, que eran "muchas". «Decidimos con mi hermano hacernos ermitaños», en el jardín de la casa. Pero levantar la pared de la ermita, se volvió pronto una empresa imposible: ¡las piedras siempre rodaban!

Las horas oscuras para el alma de Teresa comenzaron cuando murió su madre; Teresa tenía entonces doce años. Hubo además una prima suya, que no le dio muy buen ejemplo: «Aquella compañía me cambió así tanto que no me quedó casi buenos propósitos». Teresa no cometía pecados graves, pero sí pecados de vanidad: buscar la atención de sus primos, «preocuparse mucho las manos y del pelo, usar perfumes y toda las vanidades posibles, que eran muchas, ya que era yo muy refinada». Su padre, «un hombre de gran caridad hacia los pobres y de gran humanidad», sufría al verla tan cambiada, y con una excusa la llevó a un colegio de monjas. Y una santa monja la ayudó a superar sus tentaciones, para volver «a deseos de cosas eternas», «a volver a tomar las buenas costumbres de mi edad temprana». Finalmente, después de «tanta lucha», y después de haber vencido también una «gran» repugnancia por la vida del convento, decidió hacerse monja. Y Teresa escribirá: «Fui enseguida tan feliz, que esta alegría nunca me dejó hasta la fecha». Los sacrificios desagradan al cuerpo pero, ¡hacen muy bien al alma!

Teresa no fue inmediatamente "santa"; ella ¡se hizo santa! Un poco a la vez, construyó con la Gracia de Dios, lo que ella llamaba el "castillo interior". Sentía un gran dolor al pensar en los años en que no

había sido realmente buena. Pero ahora importaba sólo mirar hacia adelante, mirar a Jesús. Teresa vivió mirando a Jesús.

Pero también fue muy activa. Hacía un montón de cosas. Fundó varios monasterios. Escribió varios libros, entre ellos uno titulado: "El castillo de la vida interior"

Pero, sobre todo a Teresa le agradaba orar: Era "contemplativa".

Oraba así: «A veces le digo con toda el alma: Señor, sufrir o morir; no le pido otro para mí. Me alienta oír el latir del reloj, porque pareceme acercarme un poco más a la hora de ver a Dios». Cuando recibió su última comunión, dijo, «!Señor, por fin ha llegado la hora de vernos!». ¡"La hora de vernos"! Una hora tan esperada, desde entonces, cuando con el pequeño hermano Rodrigo, salían a encontrar a los Moros.

«**D**espués de todo, Señor, ¡soy hija de la Iglesia!». Así, con una sonrisa, la hija de la Iglesia se fue al Señor. Tenía 67 años. En su cuaderno de oraciones había escrito: «Nada te turbe, nada te espante; todo pasa; nada te falta, si tienes a Dios en tu corazón, su Amor basta».



"Estoy arreglando el mundo». Así, dijo Carlos, cuando lo encontraron en un cuarto metiendo las manzanas en forma de castillo. Europa estaba en llamas por las herejías: Carlos se dedicó a la reforma de la Iglesia, santificando, antes de nada, a sí mismo.

SAN CARLOS

(1538 – 1584)

A Carlos de pequeño le gustaba construirse un altar: ponía un paño blanco sobre la mesa, dos candelabros a los lados, una imagen sagrada en el centro; y el altar estaba hecho. Su hermana, Isabela, le preguntó un día: «Carlos, ¿me dejas jugar contigo a hacer el altar?». «Isabela, yo no estoy jugando; hacer un altar es una cosa para grandes. Yo voy a ser sacerdote». Carlos era un muchachito muy empeñado y serio; siempre estaba pensando: ¡pensaba en cosas importantes!

Una vez, después de haberlo buscado por todas partes, le localizaron en un cuarto solitario, absorto en poner de buen orden un gran montón de manzanas. «¿Qué haces aquí solo?». Carlos respondió: «¡Estoy arreglando el mundo!».

Carlos no tenía muy buena salud. La muerte de su madre le hizo aún más frágil y pensativo. Su madre le había enseñado muchas cosas, y le había puesto en el corazón un amor grande al Señor y a los pobres. Huérfano a los nueve años, Carlos se sintió solo en la vida. Pero esos recuerdos, las palabras de su madre... era como si la madre le siempre repitiese: «¡Carlos, se bueno! Así harás contenta a tu madre, que te mira desde el Cielo».

Carlos era de familia noble. Los caballeros de la época solían ser vanidosos y arrogantes; él era muy distinto. Se empeñó en estudios severos; estaba siempre leyendo y escribiendo. Quería hacer algo grande y hermoso en la vida. Carlos se convertirá en un gran obispo, un gran santo, un gran "reformador" de la Iglesia.

Hay que saber que veinte años antes que Carlos naciera, los así llamados "Protestantes" se habían puesto en contra del Papa, y habían hecho una "reforma" que no hizo bien a la Iglesia, sino todo lo contrario. Los protestantes no podían ver a los sacerdotes, ni a los Santos, ni a la Virgen María; odiaban al Papa. Ellos decían: «A nosotros nos basta Jesús».

Sí, es verdad que Jesús es todo, pero Jesús quiso a la Iglesia y a Nuestra Señora. Y la Iglesia siempre ha amado a la Virgen y a los Santos. Y es verdad que Jesús perdona todo; pero también es cierto que Jesús nos quiere buenos, "santos". La Iglesia es toda de Jesús; por lo tanto, su fe – la fe católica – no puede estar equivocada. Jesús le dijo a Pedro: «Debes ser el pastor de mis ovejas». Sucesor de Pedro es el Obispo de Roma, que es el Papa: el Papa es el pastor de la Iglesia.

En Roma, en la época de Carlos, se veían muchas cosas malas; pero también hubo Santos. Estuvo, por ejemplo, San Cayetano, que reunía a los buenos, en una iglesia de Trastevere: así nació la "Compañía del Divino Amor". Inflamado por el Divino Amor, Cayetano se dedicaba a servir a los "incurables", es decir, aquellos que estaban infectados por enfermedades contagiosas o incurables.

En aquellos días vivían muchos Santos. Uno de los mayores fue San Jerónimo Emiliani, quien, después de haber luchado como soldado en Venecia, se convirtió al Señor, y se dedicó a los niños huérfanos, a los muchachos abandonados. Fundó la Compañía de los Siervos de los Pobres: eran sacerdotes que tenían (decía Jerónimo) que «trabajar mucho». Jerónimo murió en 1537, «con una cara tan sonriente – escribe un testigo –, que enamoraba por el amor de Cristo»; en la pared, frente a su cama, había marcado con un ladrillo rojo una gran cruz.

Otro gran santo era San Pablo María Zaccaria, que predicaba con una cruz en mano y una cuerda al cuello. El murió a los treinta y siete años. Sus sacerdotes son llamados "Barnabitas".

Vivían, en ese momento, en Roma, también San José de Calasanz y San Ignacio de Loyola. Llegó a Roma también nuestro Carlos, Carlos Borromeo. Cuando su tío (hermano de su madre) fue elegido Papa (Pablo IV), Carlos Borromeo fue nombrado cardenal y arzobispo de

Milán, y ayudaba al Papa en el gobierno de los Estados Pontificios. Solo tenía veintidós años, pero era muy bueno. Un día, un “jesuita” (o sea, un religioso de la Compañía de Jesús), después de haber esperado semanas para hablar con el cardenal Borromeo (es decir, con Carlos), le envió un billete, donde escribió: «Usted esta tan ocupado en los asuntos del mundo, que tal vez no le queda el tiempo para pensar en su alma». «Esas pocas palabras – dirá Carlos – fue el comienzo de mi conversión».

Cuando el Papa murió, Carlos se ocupó a promulgar que fuese elegido Papa un hombre santo (San Pío V). Después se fue a hacer de obispo a Milán. Fue un gran obispo, un santo. Humilde. Pobre. Dormía en el desván. Montado a menudo en un burro, visitaba todas las parroquias de la Diócesis, incluida la más pequeña, la más remota en las montañas.

Cuando en Milán se desató la peste, el arzobispo Carlos estaba allí, en medio del pueblo, descalzo; ayudaba, oraba...

Murió cuando tan solo tenía 46 años. Murió contento porque había trabajado mucho en la viña del Señor.

¡PARADÍSO, PARADÍSO!

SAN FELIPE NERI

(1515 – 1595)

"Pippo bono". Así llamaban a Felipe en Florencia, la ciudad donde nació y donde vivió hasta los 18 años. Y era realmente "bono" (bueno), bueno, rápido, inteligente, divertido, generoso.

Felipe tenía una hermana mayor, y otra más pequeña. Cuando nace un hermano, su madre murió: Felipe tenía cinco años. Su padre se volvió a casar. Afortunadamente, la nueva mamá – la madrastra – fue cariñosa y buena con Felipe.

Felipe de muchacho iba a menudo al convento de los Dominicos de San Marcos. Allí, unos años antes, el fraile dominico Girolamo Savonarola – gran siervo de Dios y enemigo de los tiranos – había predicado: «¡Nuestro rey es Cristo!». Savonarola fue ahorcado y quemado en la "Plaza de los Señores". Pero Felipe siempre lo tuvo en alta veneración.

En San Marcos, Felipe aprendió las "laudes" medievales, que él después enseñará a los hijos en Roma. Esas canciones decían así: «¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!». Y contempló allá las admirables pinturas del gran pintor Beato Angélico, donde todo habla del cielo y de la santidad. «Todas las cosas buenas que he tenido desde el comienzo de mi vida, me han llegado por los Padres de San Marco», dirá un día Felipe.

Un buen tipo, libre, alegre. Felipe tenía dos grandes virtudes: la pureza y la alegría. Repetía a menudo sonriendo: «¡Escrúpulos y melancolía largo de casa mía!». También era muy listo. Su oración

frecuente era: «¡Señor, hazme listo!». ¡Hay que ser bien listos como para no dejarse engañar por el mundo y por el diablo!

Oraba así: «¡Querido Señor, querría conocer el camino que lleva al Paraíso!». O: «¡Señor, mantenme una mano en la cabeza, si no hoy Pippo se convierte en un turco!».

Felipe, a los dieciocho años, se fue a Cassino cerca de un pariente suyo comerciante. Para comprar bienes, el pariente enviaba a veces a Felipe hasta el puerto de Gaeta. Hay allí acantilados altos sobre el mar, llamados "Montaña quebrada". Según la leyenda, aquellas rocas se quebraron cuando con la muerte de Jesús, un terremoto sacudió la tierra. Desde arriba, se puede ver las olas del mar que sacuden las rocas, y forman golfos de color verde y azul. No muchos años antes de que anduviese allí Felipe, un peñasco se había precipitado de la montaña y se había quedado a media altura. Alguien había bajado a aquel vacío, había instalado allí una iglesia minúscula, y había puesto un crucifijo. Aún hoy los peregrinos, bajan por un sendero empinado con treinta y seis peldaños, y van a visitar la iglesia. Allí bajaba también Felipe (en la época de Felipe no había sendero, ni los actuales peldaños), y pasaba noches enteras orando. Allí, frente al crucifijo, Felipe decidió dejar el negocio y dedicarse al Señor.

Se fue a Roma. Al principio, estaba sentado en los escalones de una fuente y se ganaba su pan enseñando a los niños el alfabeto. Después empezó a frecuentar cursos de estudio para ser sacerdote. Pero durante las clases, Felipe, en vez de permanecer atento al profesor, miraba el crucifijo (siempre había un crucifijo en el aula), y así ¡adiós lecciones! Mirando el crucifijo Felipe se conmovía y lloraba.

A menudo iba "peregrino" a las "siete iglesias": San Pedro, San Pablo... Felipe cantaba las "laudes", oraba, y mucha gente se iba con él, y todos rezaban y cantaban. Una de las "siete iglesias" era aquella de San Sebastián en la Vía Apia, donde estaban las Catacumbas. Felipe bajaba a las Catacumbas, y pensaba en los primeros cristianos que allí se refugiaban para venerar a sus mártires. Fue precisamente en las catacumbas que, en una fiesta de Pentecostés, Felipe vio como un fuego que entraba en su pecho. De aquel fuego espiritual se quedó inflamado para toda la vida.

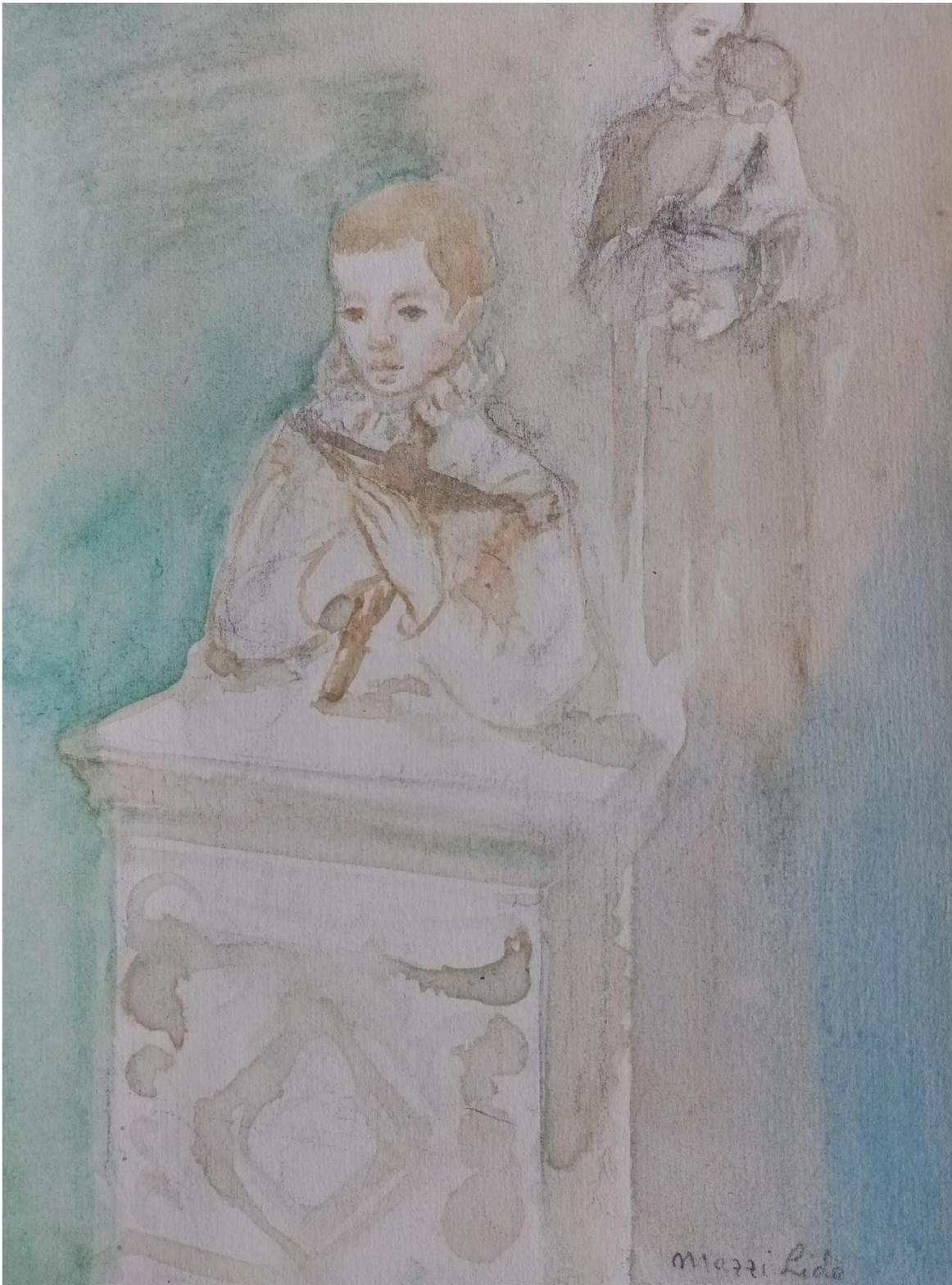
Felipe, estaba en las iglesias, lo más que podía; a veces dormía en ellas. Allí a menudo pasaba las así llamadas "cuarenta horas": cuarenta horas de adoración ante el Tabernáculo. Cuando Felipe se convirtió en sacerdote, difundió entre todos esta devoción piadosa, cuarenta horas de oración ante Jesús.

Felipe, como siempre, era alegre y pícaro. Le gustaba bromear. Una vez, en la calle, se acercó a un santo fraile que pasaba con un frasco y pedía limosna (¡era un santo!: san Feliz de Cantalíz), y guiñando como si el frasco contuviese quién sabe qué cosa, fingió beber vino hilarante.

Al decir la Misa, no se daba cuenta de que las horas pasaban... Comenzada la Misa, el monaguillo bien podía ir a jugar; todos sabían que Felipe entraba en éxtasis durante horas, y que con frecuencia se levantaba del suelo.

El Papa lo estimaba mucho, y quería hacerlo cardenal. Le envió una vez el capelo rojo de cardenal. Felipe cogió el sombrero, y lo lanzó alto por los aires, y mientras suspiraba: «¡Paraíso, Paraíso!».

Para Felipe, todo el mundo era nada. «¡Paraíso, Paraíso!».



Luis, absorto en oración, abraza el crucifijo. La figura delgada, pero firme, se desvanece en el cielo, como por hacerse inmensa en la Infinitud de Dios. Arriba: Luís socorre a las personas afectadas por la epidemia, con una caridad que le costará la vida.

FUERTE Y PURO COMO LIRIO

SAN LUIS GONZAGA

(1568 – 1591)

Si comparamos el Paraíso de Dios a un jardín variopinto, los Santos son entonces hermosas flores. Esta la humilde violeta (la santa humildad), esta la rosa impactante (los Santos de la caridad). También está el lirio: por su pureza y su fortaleza. San Luis es como un alto lirio que levanta hacia el cielo su corola blanca.

Luis nació en el castillo de Castiglione el 9 de marzo 1568, y reveló pronto grandes cualidades de naturaleza: un carácter fuerte y sensible, una inteligencia aguda. "Su alteza", era el título que Luis tenía de derecho, ya que su padre se había convertido en "príncipe" del "Sacro Romano Imperio". Pero la "alteza" que Luis anhelaba no era de este mundo. Luis anhelaba las alturas del espíritu. Un día le dijo a su madre: «Madre, Usted ha pedido en sus oraciones (en ese momento a la madre se le hablaba de "usted") la gracia de tener un hijo religioso; creo que tendrá usted esta gracia». Luis podría convertirse en un gran príncipe, condotiero de ejércitos. Los Gonzaga eran famosos caballeros. ¡También famosos por su temperamento colérico! Luis, en cambio, fue todo de Dios.

De niño, parecía nacido para hacerse soldado, y para comandar. Tenía cinco años cuando su padre le hizo marchar a la cabeza de sus soldados, vestido como soldadillo y con una minúscula pica en el hombro. Aprendió a disparar con el arcabuz, el fusil de entonces. Disparó una vez también con el cañón, después de haber cogido de los soldados en secreto la pólvora, todos corrieron asustados, temiendo un

accidente o que el niño hubiera sido golpeado por el retroceso; pero él no se había hecho nada. ¡Tenía sólo cinco años! Comenzó también a repetir las malas palabras que escuchaba de los soldados; entonces el maestro lo reprendió: «¡Un caballero no dice esas palabras!»; Luis nunca más dirá una palabra fea en su vida. Son esos los únicos pecados de Luis; ¡pero tenía cinco años! Se confesó de ellos en todas las confesiones, durante toda su vida; ¡no tenía otros pecados para confesar!

Luís fue enviado, con un hermano suyo, a Florencia, como paje del archiduque. Allí fue compañero de juegos de María, futura reina de Francia, y otras "muñecas" vanidosas. Luis era siempre educado y gentil. Pero cada mañana, salía de casa temprano y se iba a una iglesia a rezar. En la iglesia, ante la imagen de la Virgen Anunciada, hizo voto de guardarse puro, en castidad perpetua. ¡Tenía nueve años!

El padre le envió después a la corte de Mantua. Luis hacía sacrificios y renunciaciones: rezaba, ayunaba, pasaba de noche horas y horas de rodillas a los pies de la cama, ¡y sin apoyar las manos! Llegó un día a Castiglione el Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, quien dio a Luis – que tenía doce años – la Primera Comunión. Y le recomendó estudiar el "Catecismo", que era un libro gordo, con muchas explicaciones sobre las verdades de la fe.

Cuando Luis se hizo mayor, fue enviado a corte del rey de España, en Madrid, para aprender el arte de gobernar. Luis, apuesto príncipe, era muy puro y reservado: después de un año de haber estado allí, ni sabría reconocer a la reina.

Regresó a Castiglione, y se mostró muy hábil en atender los asuntos de Estado. El padre confiaba sólo en él. Pero Luis decía que quería dejar todo y convertirse en religioso. No hacía ningún caso a los honores. Por ejemplo, para una fiesta de carnaval en Milán, los nobles marcharon todos orgullosos en sus caballos blindados; finalmente llegó también Luis, ¡sobre una pequeña burra! Alguno sin duda se puso a reír, pero algún otro comprendió la lección que a todo el mundo había dado el príncipe Luis Gonzaga.

Cuando Luis se presentó ante su padre para obtener el permiso de hacerse religioso, su padre se enojó y no quiso escuchar razón alguna. Así que a Luis no le quedó otra que rezar y sufrir, por mucho tiempo.

Fue sometido a humillaciones y pruebas. Pero al fin el padre consintió. En Mantua, ante el representante del emperador y todos los señores, Luis, a los diecisiete años, firmó el acta de renuncia al marquesado. Su padre estaba a su lado, llorando. Y de inmediato se fue a Roma; vistió el hábito religioso de los "jesuitas" de San Ignacio.

Su vida como estudiante jesuita era orar, estudiar, ayudar a los pobres. «¿Qué haría usted, Luis, – se le preguntó durante una recreación – si le dijese que va a morir en pocos minutos?». «Seguiría jugando», respondió; era la hora del recreo.

En 1581 se extendió en Roma una epidemia de tifus y de peste. Luis se cargaba sobre sus hombros a los enfermos para llevarlos al hospital. Se enfermó también él. Presintiendo la muerte, le escribió a su madre, recomendándola de no llorar por él, y dándole un "adiós a los Cielos". Después de largos días de fiebre y de oración, murió. Pero su corazón estaba lleno de luz. Tenía 23 años.

Luis, modelo de pureza, fortaleza y de caridad, es el santo patrón de los jóvenes. San Luis ayuda a los jóvenes a ser puros, fuertes y generosos.

HIMNO A SAN LUIS GONZAGA

O San Luis angélico
y puro de corazón,
apoya nuestro anhelo
a los cielos del Señor.

Rit. **T**ú modelo de pureza
a nuestros niños en flor,
ejemplo de fortaleza
hacia el reino del Señor.

En toda su vida imagen
De un serafín pareció;
a María Santa Virgen
aun pequeño se donó.

Rit. Tú modelo de pureza...

De príncipe al título
por amor él renunció:
el amor de Cristo pobre
a donarse lo llamó.

Rit. Tú modelo de pureza...

En religioso hábito
escondió se en humildad,
y a los enfermos súbdito
Murió en santa caridad.

Rit. Tú modelo de pureza...

*LA COMPASIÓN MISERICORDIOSA***SAN CAMILO DE LELLIS**

(1550 – 1614)

Camilo De Lellis, antes de su conversión al Señor, vivió una vida inquieta. Todos los chicos son alegres, pero Camilo lo fue de una manera exagerada. Asemejaba así demasiado a su padre, quien, cada guerra que estallaba, pronto iba a hacer de soldado (y en ese tiempo, podemos decir que no había año sin guerra). A Camilo además no le gustaba la escuela en absoluto; no podía soportar sentarse, portarse bien, con la pluma en mano. Soñaba con las empresas que su padre le decía cuando en invierno volvía a casa de la guerra; soñaba con tener una espada, y con hacerse un nombre glorioso. En la escuela prefería la plaza, donde podía desafiar a los compañeros a alguna rara batalla.

Su madre estaba muy preocupada. Cuando le nació aquel niño así gordo y fuerte, ella ya era muy avanzada en edad. Sonaban en ese momento las campanas para la Misa – ¡una buena felicitación! Ella había tenido un sueño: un hombre joven con una cruz roja en el pecho, a la cabeza de otros jóvenes, también ellos con una cruz roja: tal vez su hijo se habría convertido en ladrón, ¿jefe de ladrones? Tal vez, con aquella Cruz Roja, ¿habrían sido ahorcados? Este sueño le angustiaba. Era anciana: no conseguía domesticar ni educar al niño así temerario. Con esta preocupación en el corazón, ella se enfermó y murió. Camilo, que tenía trece años de edad, se fue a Pescara, para reunirse con su padre, que había sido nombrado comandante. En Pescara Camilo se dejó llevar por la pasión del juego. Y, para jugar a las cartas o los dados con los soldados, ¡necesitaba dinero!

Grande y gordo (media casi dos metros de altura), con veinte años salió, para ir a alistarse en el ejército de Venecia, junto con su padre anciano y sus dos primos mayores. Pero, acaba de salir cuando todos cayeron enfermos. De camino a casa, su padre murió. Fue entonces cuando, por primera vez Camilo sintió la angustia de estar solo delante de la vida. Él también tenía una llaga en un pie, que le hacía sufrir, una llaga muy mala. Le vino un gran deseo de cambiar vida.

Por un momento pensó en convertirse en monje, en la Orden de los frailes franciscanos "capuchinos". Pero, por desgracia no había todavía vencido el amor por el juego y la aventura. Para curar la herida, se arrastró hasta Roma, al Hospital de Santiago. Para mantenerse, servía como auxiliar de enfermería. Pero siempre estaba tan encarnizado en el juego, que distraía a los otros enfermeros. Por consiguiente, lo apartaron. La llaga no se había sanado bien, pero Camilo se alistó de nuevo como soldado, esta vez al servicio de España. Lo llevaron a luchar hasta en África. Pero tuvo que salir de nuevo.

Aterrizó en Nápoles. Perdió en el juego todo que tenía. Se dedicó a hacer de obrero en un convento de frailes capuchinos.

Hasta que un día, en el convento de San Juan Rotondo, un buen fraile le habló así: «Dios es todo, lo demás no es nada... Salvar el alma es lo único importante... ¡Escupe en la cara al diablo!»

En la mañana del 2 de febrero 1575, después de haber pasado toda la noche pensando en esas palabras del fraile, Camilo escuchó con gran alegría el sonido de campanas para la fiesta de "la Candelaria". Camilo había cambiado. Camilo se convirtió. En su vida extraviada había visto y comprendido muchas cosas; ahora sólo necesitaba a Dios.

Pidió vestir la pobre cogulla franciscana. "El hermano humilde", le llamaban sus compañeros del convento, quienes observaban admirados aquel gran hombre de veinticuatro años curvarse a los trabajos más humildes. Pero la herida empeoró, se infectó. Entonces Camilo fue de nuevo a Roma, de vuelta al hospital San Sebastián. Pero, ¡como había cambiado! Camilo curaba a los otros, descuidaba a sí mismo.

Intentó de nuevo entrar en un convento. Pero de nuevo aquella llaga. De nuevo enfermo entre los enfermos. Camilo entendió su vocación: «Porque Dios no te ha querido capuchino, es señal de que te quiere aquí, al servicio de estos pobres, sus enfermos». Lo animaba espiritualmente San Felipe Neri.

Por casi treinta años se dedicó, en cuerpo y alma, a servir a los enfermos, con la humildad más afectuosa: lavar la ropa, llevar el agua para beber, cuidarles...

Algunos enfermeros decidieron imitarlo. Con ellos Camilo formó una comunidad religiosa. Llevaban en el traje negro una cruz roja: «La cruz que llevamos en el pecho significa que somos como esclavos vendidos y dedicados al servicio de los pobres enfermos». ¡La cruz roja soñada por su madre!

Quién quería hablar con Camilo, tenía que buscarlo en el hospital por los pasillos de los enfermos, o en la iglesia cercana, la hermosa iglesia de la Magdalena.

Camilo murió en 1614. Su cuerpo está enterrado en Roma, en la iglesia de la Magdalena.



En Lima, en Perú, una buena chica, la pequeña Rosa, mira una imagen de Jesús torturado, y devuelve su amor estrechándose en la frente –por sentir las espinas – aquella corona de rosas que su madre le ha colocado en la cabeza.

TÚ SERAS MI NOVIA

SANTA ROSA DE LIMA

(1586 – 1617)

Los Santos tienen esto de bello, que son las personas más felices del mundo. Son felices porque aman a Jesús y al prójimo. Pero Jesús sufrió en la cruz: por lo que los Santos buscan sufrir como Jesús

Los hombres, con sus pecados, desprecian y ofenden a Dios. Pero Dios es "papá" de todos, y, como todos los padres, Dios sufre por sus hijos malos. Es más: Dios nos amó así tanto, que no sólo quiso vivir nuestra vida, y sufrir como nosotros sufrimos, sino que, para reparar por nuestros pecados, quiso morir entre los dolores en una cruz. ¡Todo esto por amor! Sólo entonces Dios está "satisfecho": amar hasta morir, y morir en una cruz. Sólo así Dios puede ser feliz, porque así nos ama en verdad, y nos puede llevar al Paraíso. Jesús dijo al ladrón: «En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». Todos los Santos aman mucho a la cruz de Jesús, y con frecuencia llevan en mano un crucifijo, porque entienden que este es el signo del Amor; y ellos también quieren sufrir por amor, y piden a Dios poder sufrir como Jesús. Por lo tanto, aun cuando sufren, son felices.

En 1586, al otro lado del Océano, en el lejano Perú, nació una niña de color de rosa y muy hermosa. Fue bautizada con el nombre de Isabel; pero era tan parecida a una rosa, que su madre siempre la llamó Rosita. Así que cuando ella se confirmó, se confirmó con el nombre de Rosa; le confirmó un santo obispo, Santo Toribio.

El padre de Rosita era un "conquistador", es decir, uno de aquellos españoles que, tras las huellas de Cristóbal Colón, habían llevado

adelante la "descubierta" del "nuevo continente", habían difuso la fe, pero también muchas veces habían tratado muy mal a los pobres indígenas, los "indios". Los padres de Rosita poseían campos y carrozas, y deseaban que Rosita se viera bien en la alta sociedad. Mamá siempre la llevaba en las recepciones y fiestas. Rosita era sin duda amable, y todo el mundo la admiraba.

Pero Rosita no mostraba interés en absoluto a estas fiestas. He aquí lo que pasó. Rosita, de niña, ¡había visto a Jesús!; no propiamente a Jesús en persona, como lo verá después muchas veces, sino a un Jesús pintado en una pintura colgada en una puerta de casa. Era tan sufriente aquel rostro de Jesús, que Rosita había quedado impresionada. ¡Pobre Jesús, con la sangre que raya su cara, con esas espinas en la frente...! ¡Pobre Jesús!

Rosita era entonces muy pequeña; pero había entendido... El Señor le había hablado a su corazón. Rosita sí, había entendido...

Cuando, por una distracción de su madre, se le quedó un dedo aplastado, ella no dijo ni "¡ay!". El cirujano tuvo que arrancarle la uña: ¡y ella no emitió un lamento!

Cuando ese mismo cirujano la operó por un absceso, ella no lloró. Y cuando él le hizo, durante semanas enteras, medicaciones dolorosas por una infección en la cabeza, ella siempre se callaba. Rosita en esos momentos pensaba en Jesús...

Una vez, convenció a una sirvienta indígena, Mariana, de ponerle en sus hombros una gran rama, rama que ella llevaba alrededor del jardín como si fuese una cruz. Este hecho tuvo lugar cuando ella tenía sólo cinco años de edad.

Otro ejemplo: la madre le adornaba la cabeza con rosas. ¡Ella se las presionaba mucho en la cabeza, con el fin de sentir el dolor de las espinas!

A veces, para evitar estar cerca de las fiestas, se enrojecía los ojos con pimienta, ¡y así llegaba a estar impresentable! Por supuesto, recibía regaños y bofetadas.

Poco a poco la madre se resignó de tener una hija tan extraña. Que en cambio, era a la vez buena hija: trabajaba mucho en casa, cuidaba el huerto. Le gustaba cultivar magnolias y robinias, con las que

después hacía guirnaldas para las procesiones y para la estatua de Santa Catalina. Estas dos santas, Rosa y Catalina, de hecho, se asemejan mucho en el amor que tienen al Crucificado y a la oración del Santo Rosario. A Rosa también le gustaba mucho cantar. Podía también tocar la mandola.

Pero siempre pensaba en su ensangrentado Jesús. Bajo el velo que le cubre la cabeza, ha enhebrado un círculo de plata, pero este círculo tiene en el interior treinta puntas, y ella con una cinta aprieta fuertemente el círculo a la cabeza. ¡Es cómo una corona de espinas!; si la llevó el Rey, ¿no la llevará también la hija del Rey?

Cuando, con treinta un años, Rose murió, un fraile le quitó la corona de espinas que llevaba en la cabeza la estatua de Santa Catalina, y la puso sobre la cabeza de Rosa. Ese fraile se convirtió en un santo: San Martín de Porres. «Rosa de mi corazón – le había dicho Jesús en una visión –, tú serás mi novia». ¡Pero una novia merece la misma corona del novio! En el Cielo, Rosa está con Jesús glorioso, que la corona con una corona de gloria eterna.

UN CORAZÓN GRANDE ASÍ

SAN VICENTE DE PAUL

(1581 – 1660)

Treinta moneditas. Eran todos sus tesoros. ¡Se había tomado tanto tiempo para juntarlas, y tantos sacrificios! Sin embargo, ese pequeño tesoro se hallaba ahora todo en manos de un pobre. Vicente había dado todo lo que tenía a un pobrecillo. Porque él era compasivo. Sí, Vicente tenía un gran corazón. Era también muy inteligente: se dio cuenta un caballero, quien quiso darle el dinero para que Vicente pudiese estudiar. Así fue que Vicente dejó los gansos y los cerdos; dejó esos altos zancos, en los cuales se subía para custodiar las tontainas en las tierras pantanosas, dijo adiós al gran roble de sus escaladas. Y se fue a estudiar a la ciudad.

En el año 1600 (Vicente aún no tenía veinte años), fue ordenado sacerdote. Inmediatamente buscó un lugar donde pudiese hacer algo de bien, y donde ganarse el pan de cada día. Pero sucedió algo inesperado. Una vez volvía, en un pequeño barco, de Marsella, donde había ido a recoger alguna suma de dinero, cuando aparecen de repente en el horizonte dos bergantines sarracenos, o sea dos de esos barcos rápidos en los cuales los piratas musulmanes atacaban y saqueaban las naves desafortunadas. Los nuestros se defienden, luchan, pero terminan derrotados. Algunos todavía viven, pero están encadenados y los llevan a África como esclavos. Vicente fue esclavizado, y vendido primero a un amo, y luego a un otro. En esas familias, donde fue esclavo les hablaba de Jesús. Después de algún tiempo, se las arregló para escapar realizando un viaje de aventuras por el mar, llegó a Marsella. A partir de aquí se fue a Roma; y luego a París.

Afortunadamente, en París conoció a sacerdotes santos, los sacerdotes del "Oratorio". Siguiendo su ejemplo, comenzó también a desear convertirse en santo. Fue primero párroco de un pequeño pueblo. Después, un gran señor lo llamó para ser maestro de sus hijos; y así Vicente conoció príncipes, almirantes y cardenales. Pero alrededor de los castillos de los señores, encontraba también a mucha pobre gente. Los pobres eran muchos. Las guerras no terminaban nunca. Había demasiados caballeros, y demasiadas personas morían de hambre. Como siempre, como cuando de niño Vicente hubo donado su hucha con moneditas, así ahora la pobreza lo movía a la compasión. Regresó para ser el párroco. Un día le hablaron de una pobre viuda, que estaba enferma, tenía tres hijos pequeños. Vicente inmediatamente se preocupó, pidió ayuda a la gente. Y así nacieron las "compañías", grupos de laicos que ayudaban a los pobres, las "compañías" que luego el Beato Federico Ozanam extenderá por muchos países.

Vicente había entendido su vocación: dedicarse a los pobres, a tiempo completo. Se fue de la parroquia, a pesar de que todos los parroquianos le pedían que se quedase (para retenerlo hasta le habían cogido por la ropa, que cortaron después en mil trozos para tener una memoria y una reliquia de aquel párroco santo).

¿**D**ónde irá ahora Vicente? Irá a un puerto de mar, donde se encuentran las galeras, naves en las cuales reman encadenados los criminales, los galeotes. Quizá sean ellos los más pobres de la tierra. Vicente se convirtió por tanto en capellán de las galeras. «Yo vi – escribirá – a esta pobre gente, tratada como bestias... Yo besaba sus cadenas...». ¡Vicente besa a las cadenas de los galeotes!: ¿qué habrán pensado ellos pobrecillos?

A los "sacerdotes de la misión" (es decir, a los sacerdotes que querrán estar con él y vivir como él), Vicente escribirá: «Se debe tener cuidado de ver si todos los galeotes tienen camisa, pantalones, casacas... preguntar si el pan está dado en el peso establecido, si es bueno... preguntar si son tratados como es conveniente en sus enfermedades...». Un galeote lloraba porque pensaba en su esposa, que estaba enferma y que ya no podía ver. ¿Qué hace Vicente? Se pone en su lugar; estará a los remos hasta que ése regresara. ¡Y

regresó! Mientras tanto, una nueva guerra estalló: la llamada Guerra de los Treinta Años. Ejércitos feroces iban y venían por toda Europa, matando, quemando, dejando el rastro negro de la peste. Vicente volvió a París: había mendigos por todas partes, muchachos harapientos, bebés abandonados. ¿Qué se podía hacer? Vicente se puso a trabajar. Encontró buenas personas que le ayudaron: las "Damas de Caridad". Una de ellas, Luisa de Marillac, generosa y misericordiosa como Vicente. Ella, Santa Luisa, fue la primera de las muchas "Hijas de la Caridad".

En la iglesia o en el refectorio, veías a Vicente, a sus sacerdotes, y a los pobres. Vicente imitaba a Jesús, que vivía entre los pobres.

La vida de Vicente estuvo una vida totalmente entregada, preciosa sí, pero pobre como su ropa desteñida y parcheada.

Tenía 79 años cuando su gran corazón se detuvo.

Ese corazón – encerrado en un relicario – es todavía venerado por los peregrinos en una iglesia de París. En aquel corazón los peregrinos ven la Caridad de Jesús.

SAN PEDRO DE BETANCUR

(1626 – 1667)

Partimos para un largo viaje en el mar. Entramos en el Océano Atlántico. En el horizonte se divisa un archipiélago de islas montañosas muy verdes, las Islas Canarias. Aterrizamos en la isla más grande. Nos acercamos a un pueblo con unas pobres casas: Villaflor de Tenerife. Es el pueblo donde nació San Pedro de Betancur.

Pedro de niño no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, era un chico pastor. Su madre cantaba muy bien. Trabajaba y cantaba. Le cantaba a su bebé las dulces canciones de Navidad, o las canciones tristes de la Pasión de Jesús, o cancioncillas aldeanas; en fin, cantaba. El niño creció acunado por las canciones de su madre. Tal vez por eso Pedro fue siempre un poco poeta, un poco soñador.

Venían de España los grandes barcos para la lejana América. Y Pedro soñaba; soñaba con salir para América, con una gran cruz en la mano, habría predicado a Jesús, habría convertido a todos a Jesús. Mientras tanto tallaba en madera pequeñas cruces.

El padre de Pedro estaba feliz de que su hijo fuese tan bueno y servicial. Por otra parte, incluso él – quien fue nombrado Amador como un famoso santo ermitaño – era un hombre que oraba mucho. El hijo a menudo veía a su padre en oración.

Pedro, sensible al igual que su madre, piadoso como su padre, finalmente se hizo grande. Y así, Pedro está listo: dejará su familia, su casa, las palmeras, el rebaño, e irá a América, por las calles, por donde Dios quiera.

El 18 de septiembre 1649 (tiene 23 años) Pedro embarca en un buque para las "Indias", es decir, para América. Pero no tiene dinero, por lo que hay que pagar los viajes haciendo de grumete, o sea barriendo las bodegas y trabajando en cocina.

Atraca primero en la isla de Cuba, en La Habana. Luego se embarca de nuevo, y llega a Guatemala. Pero ahora está enfermo, vive del poco pan que le dan de la caridad. La Ciudad de Guatemala está muy lejana, allá arriba, en los Andes. Llega exhausto, tan exhausto, que algunas personas compasivas lo llevan de inmediato al Hospital de los pobres. Allá le regresan las fuerzas. Y Pedro llama al convento de los frailes franciscanos, quienes lo acogen y tienen cuidado de él. También allá Pedro tratará de estudiar, con la esperanza de poder ser algún día sacerdote.

Pero, por desgracia, no lo consigue. Ya no es un niño, y ha sufrido tanto. Sobre todo, ¡le gusta demasiado rezar como para estar detrás de los libros de gramática! Después de dos años, deja de estudiar. No, no va a ser sacerdote; no es esta su vocación.

Entonces, ¿qué será? ¿Dará Catecismo a los niños de los pueblos? ¿O tal vez se hará ermitaño? Se desanima. Tiene dudas, esta triste, irá lejos. Y así, andando, llega al Santuario de Nuestra Señora del Rosario, y allí, de rodillas, reza y llora. Justo allí, a los pies de la Virgen, Pedro entiende que su vocación es precisamente no tener vocación precisa; su verdadera vocación es ser sólo un "pobre" de Dios.

Vuelve a la ciudad, al convento, y pide a los frailes poder tener alguna especie de hábito franciscano, y vivir en humildad. Limpia la iglesia, trabaja en el huerto. Va a visitar a los pobres y a los enfermos. Busca a los chicos más abandonados. Ha logrado, con ofertas de buena gente, abrir una minúscula escuela. Después, la escuela se amplía mucho, y pronto se convierte en una aldea, que Pedro dedica a "Nuestra Señora de Belén". La devoción al Niño de Belén es la devoción que a Pedro más le gusta.

En la aldea, hay maestros que dan las lecciones a los niños, pero Pedro está siempre allí orando y cantando con ellos. Canta las

canciones aprendidas de su madre. Pedro es feliz y canta, como un día cantaba su madre. ¡El santo, el "pobre" de Dios está siempre feliz!

Pedro a menudo se esconde en su refugio secreto, donde pasa horas orando. Ama mucho al Señor. Es un hombre de Dios.

Cuando caía la noche, Pedro andaba por las calles sonando una campana pequeña, y gritaba: «Recordemos, hermanos, un alma tenemos, y si la perdemos, no la recuperamos». Toda la gente entonces decían: «Es Pedro que pasa». El estribillo se acercaba y después, se alejaba por la calle...

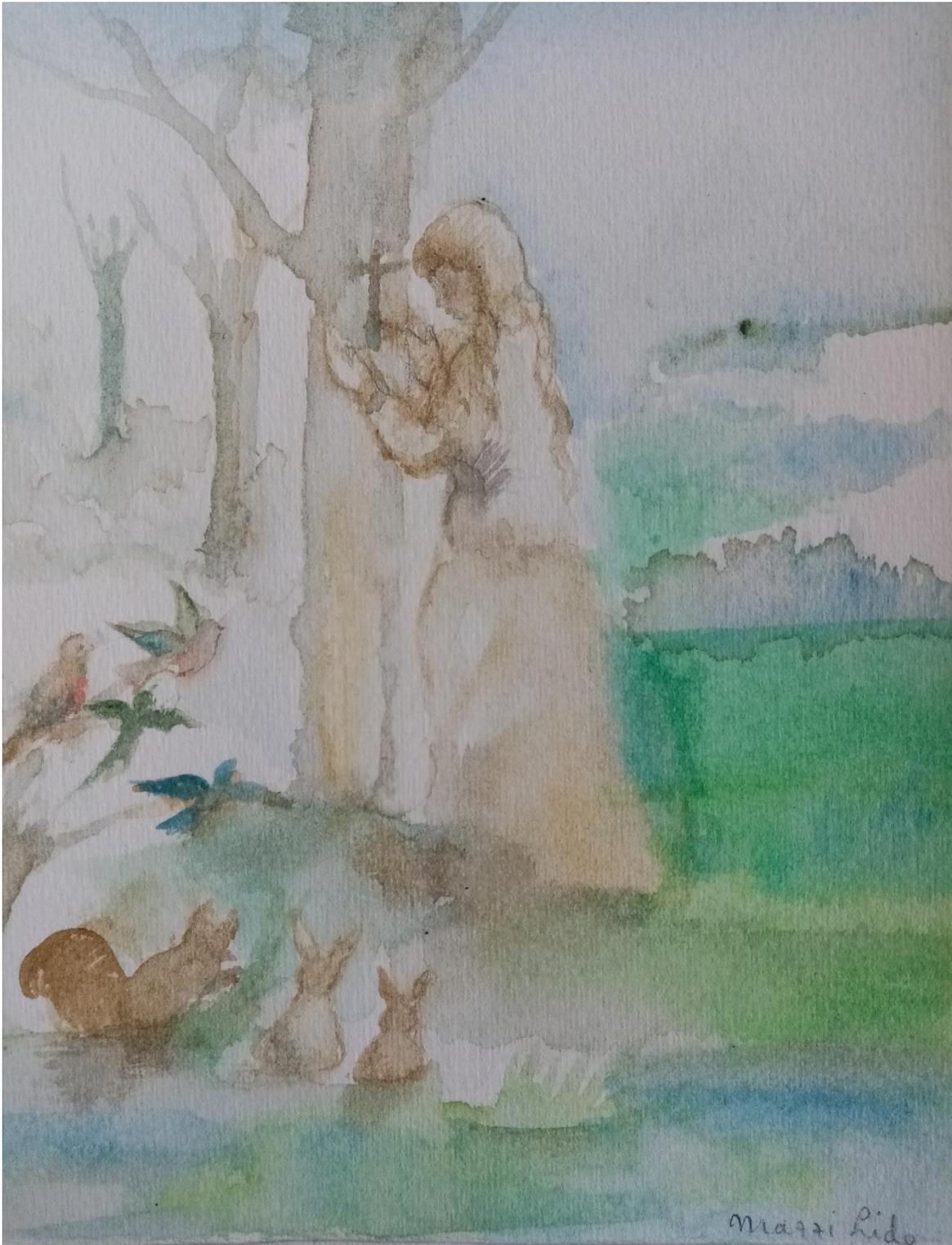
«**R**ecordemos, hermanos...».

«**R**ecordemos, hermanos, un alma tenemos, y si la perdemos...».

Nadie se reía; todos lo amaban; entendían que Pedro así hacía porque quería su bien, quería realmente el bien de sus almas.

Pedro que ora, Pedro que canta, Pedro que suplica a todos para salvar sus almas.

Pedro tenía 41 años cuando el Señor lo llamó al Cielo. San Pedro de Betancur nos ayude a todos, para que podamos salvar nuestras almas.



Kateri Takakwitha, cristiana de piel rojiza, incide cruces en los árboles. Aves, ardillas y liebres la acompañan en su dolorosa fuga por los fríos bosques de Canadá.

S. KATERI TAKAKWITHA

(1656 – 1680)

Dos misioneros llegaron un día a un pueblo de "piel rojas" ("indios") en Canadá, y de inmediato pidieron al jefe de la aldea poder predicar el Evangelio. Cuando los "rostros pálidos", es decir, los europeos, llegaban a un pueblo, vendían a los indios, a cambio de pieles valiosas, algún viejo fusil y mucho ron. Los misioneros, por el contrario, llevaban sólo su crucifijo en la mano... El jefe de la aldea se mostró duro y contrariado. A los misioneros no les quedó otra que irse. Sólo una muchachita de once años les saludaba, mientras se iban. Esa muchachita – de nombre Takakwitha – había perdido a sus padres cuando era niña, y ahora estaba viviendo con un tío. El tío odiaba los cristianos; pero la chica siempre se acordaba de su madre, que antes de morir, le había hablado tanto de Jesús. Le había hablado de Jesús, que murió por nosotros en una cruz, una cruz como la que llevaban los misioneros...

Cuanto eran maravillosos aquellos jóvenes misioneros, que, dejada la patria, iban a predicar y a sufrir en países lejanos. No eran invasores, no buscaban minas de oro o riquezas. Venían sonrientes, indefensos; llevaban la fe; buscaban almas.

Desde los glaciares del norte a las sabanas y de las selvas ecuatoriales y tropicales, a los glaciares del Sud: ¡cuántos misioneros durante los siglos caminaron sin miedo predicando el Evangelio, ayudando a los pobres, enseñando a los niños, difundiendo el Reino de Dios!

En el pueblo de Takakwitha, llegó un año más tarde, otro misionero, el padre Pierron. Asombrado por el entusiasmo con el que la niña se había de inmediato acercado a besar el crucifijo, le habla de Jesús, y también del Bautismo. Pero llega el tío gritando y amenazando. El misionero tuvo que irse, pero prometió a Takakwitha que se recordaría de ella.

Pasaron otros ocho años. Takakwitha era diferente a las otras chicas. Los recuerdos lejanos de la madre que le habla de Jesús y las pocas palabras del misionero la llevaban por pensamientos misteriosos. Pensaba en la cruz. Rezaba...

Para todas sus amigas llegaba el día feliz cuando ofrecían a un joven de la tribu el plato de trigo hervido: el día de la boda. Ella se echaba atrás: «yo estoy ya casada». Sus amigas se burlaban de ella: «¿Novia de quien, si no tienes marido?»; «¡Yo estoy casada con alguien que está en cruz!». Los familiares de Takakwitha se enojaban, la trataban mal: reprimendas, trabajos duros. Ella no respondía. Pensaba que también Jesús en la cruz había sufrido. Hasta que se enfermó.

Llegó al pueblo un nuevo misionero, el padre Giacomo de Lambertville, y alguien le habló de la joven enferma. Inmediatamente va, escucha a Takakwitha, y, a pesar de los parientes o personas presentes, vierte el agua en la cabeza: «Catalina, yo te bautizo en el nombre del Padre...». Y también le hace un regalo; ¿qué regalo? ¡Un crucifijo! Era el día de Pascua, 18 de abril de 1676. La reacción del tío fue terrible. Pero Takakwitha estaba feliz: «¡Yo soy cristiana, mi nombre es Catalina!».

Puesto que los indios tenían la costumbre de quemar las plantas de los pies a las esclavas, ella un día se puso a caminar sobre las brasas, para decir que ella era la servidora de todos. Más a menudo se sentía mal, y nadie la ayudaba. Después de dos años de sufrimiento, pensó en escapar a un país cristiano.

Miró por última vez, con lágrimas en los ojos a su pueblo, el pueblo de su infancia, de su madre, y huyó. Por unas pocas millas la siguió un primo suyo. Después continuó sola.

En el frío, débil, Catalina se arrastraba. De vez en cuando, incidía una cruz en la corteza de los árboles. Lloraba, y rezaba a Jesús. Sus pies dejaban sobre la nieve rastros de sangre, a causa de esas quemaduras. Las praderas y los bosques de Canadá nunca habían visto un heroísmo tan conmovedor. Quizá, los animales salvajes se detuvieran a observar asombrados la pobre fugitiva.

Como Dios quiso, Takakwitha-Catalina llegó a una ciudad llamada San Luis (Saint Louis), y tocó la puerta de las "Hermanas de la Caridad". Fue bien acogida. Catalina se convirtió en "hermana de la Caridad". Vivió un año más. Estaba enferma, pero trabajaba. Sabía curtir las pieles y ahumar la carne. Curaba a los enfermos; hablaba con los niños. ¡Hablaban también a las bestias del bosque! Pasaba largas horas en oración ante el Tabernáculo.

El 17 de abril 1680, al misionero que le llevaba el Santo Viático (es decir, la última Comunión) y el Óleo de los enfermos, le dijo con voz débil: «Nunca manché mi pureza».

Se durmió en el Señor, agotada, como se duerme un niño que ha llorado mucho, pero que su papá ha cogido en brazos.



Margarita, catorce años, ante el Tabernáculo de su iglesia: «¡Jesús, Tú eres todo, eres el Amor!». En el cuadro, el sentimiento de adoración está expresado por el dilatarse infinito de los puros efectos de luz.

*EL CORAZÓN QUE TANTO AMÓ***S. MARGARITA MARIA DE ALACOQUE**

(1647 – 1690)

Margarita María era una niña llena de vida. «Yo era por naturaleza, propensa a amar el placer y los divertimientos». Pero muy pronto algo (o más bien, Alguien, Jesús) encantó su alma: «¡Oh mi único amor, desde mi temprana edad has tomado mi corazón!».

Margarita nació en un pequeño pueblo de Francia el 22 de julio de 1647. Su padre, un juez del tribunal, murió joven, cuando la niña tenía sólo ocho años de edad. La madre entonces llevó a Margarita a la Escuela de las monjas Clarisas. Allí hizo su Primera Comuni3n, que dejó en ella una profunda impresi3n. Los juegos no le agradaban más, de hecho cualquier diversi3n se había vuelto amargura. «Cada vez que quería divertirme con mis compañeras, siempre sentía como algo que me atraía y me empujaba en algún rinconcito. Y luego me hacía poner en oraci3n, casi siempre postrada de rodillas». Después de dos años que estaba con las Clarisas, se enfermó: «Mi condici3n era tan penosa, que me hizo estar casi cuatro años sin poder caminar». La madre, desesperada, pensó al final de hacer un voto de consagraci3n a la Virgen María, para obtener la gracia de la curaci3n. Y de verdad pronto Margarita sanó. Desde entonces, la Virgen «se convirtió en la dueña de mi coraz3n..., me guiaba corrigiéndome en los fallos y enseñándome a hacer la voluntad de Dios».

Margarita tiene ya catorce años. Ama la cercanía afectuosa de su madre y de sus hermanos. Ciertamente ama al Señor, aunque también busca – así escribió – «las pequeñas diversiones», los «pasatiempos», cosas un poco inocentes, pero que distraían su alma del Señor, que ya estaba trabajada por el dolor y por la Gracia.

Su madre tuvo un contratiempo: firmó la tarjeta incorrecta. Madre e hija cayeron en pobreza. A Margarita siempre le regañaban y humillaban ciertas tías terribles. No podía salir de casa. No tenía ni un vestido bueno para ir a Misa. Si pedía permiso para ir a la iglesia, literalmente sólo a la iglesia, ellas le reprochaban que se tratara sólo de una excusa para exponerse. Entonces, «iba a esconderme en algún rincón, donde poder arrodillarme y abrir mi corazón a Dios, y allí me desahogaba llorando... Cuando volvía a casa temblaba toda de miedo... La más dura de todas las cruces era aquella de no poder aliviar los sufrimientos de mi madre». Ella iba a escondidas a pedir que un agricultor le diera unos huevos para su madre enferma.

Sin embargo, ni Margarita ni su madre tenían ni una palabra de queja. Margarita no aceptó que criticasen a las tías.

Se alegraba de sufrir por amor a Jesús. «El Crucificado me reveló (sin que yo entendiese mucho) que quería convertirse en el Dueño absoluto de mi corazón, y quería hacerme, en todo, conforme a su vida doliente». Margarita no sabía muchas oraciones, pero con sólo decir la palabra "oración", se sentía llena de alegría. Cuando entraba en la iglesia, no se quedaba al fondo, sino que, con un poco de vergüenza, iba sentarse en el banco más cercano al Tabernáculo. «Habría pasado allí días y noches, sin beber ni comer, sin saber qué hacer si no consumirme en presencia de Jesús como una vela que arde, para rendirle amor por amor».

Cuando cumplió veinte años de edad, los familiares comenzaron a darle vestidos hermosos, a fin que hallase marido. Ella no sabía qué hacer. Había un joven que la estaba cortejando. Ella no respondía grosera; era buena con todos; pero sentía que un otro "Novio" la llamaba. Pero la madre enferma le decía: «!No entres en convento! ¡Sólo te tengo a ti!». ¡Ella no sabía qué hacer! Mientras tanto, hacía "floreillas", en realidad grandes penitencias. Curaba y besaba las heridas de algunos pacientes. Recogía a los niños pobres, los acariciaba y les explicaba el Catecismo.

Pasaron algunos años. Y finalmente pudo convertirse en monja.

Durante su vida como monja, Jesús se le apareció muchas veces. Una vez Jesús le mostró su Corazón, todo rodeado de llamas y

espinas, y le dijo: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres». Jesús prometió a Santa Margarita María que los amantes del Sagrado Corazón siempre serán bendecidos en la tierra y serán por siempre felices en el cielo.

El Corazón de Jesús y el corazón de Margarita eran uno. Margarita tenía un solo deseo: ser una "víctima" de amor, junta con aquella "Víctima" Pura y Santa que fue Jesús en la cruz.

Por otra parte, todos los hombres que sufren (¡y son en verdad muchos los que sufren!), son un poco Jesús. Jesús está "dentro" de los pobres y de los dolientes.

A veces, en sus éxtasis, Margarita sentía una canción celestial preciosa, que decía así: «¡La cruz es mi gloria, el amor me lleva, el amor es mi fuerza, el amor me basta!».

¡OH MI ESPERANZA BELLA!

S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO

(1696 – 1787)

«¡**O**h hermosa esperanza mía, oh dulce amor mío, oh María...!».

Esta es una de las canciones más bellas de San Alfonso, que además de escritor, fue también poeta y músico. Así esta otra: «¡Eres pura, eres pía, eres bella, María...!»

Desde niño Alfonso amaba al Señor y a Nuestra Señora. Tuvo una madre extraordinaria, que supo infundir en sus ocho hijos (cuatro hijos y cuatro hijas), tanta fe y amor. «Cada mañana, mamá nos bendecía a cada uno, ayudándonos a expresar a Dios los sentimientos de piedad. Cada noche nos reuníamos alrededor de ella, nos enseñaba los elementos de la fe cristiana, recitaba con nosotros el Rosario y algunas oraciones en honor a los Santos. Tenía cuidado de que no frecuentásemos malas compañías. Cada semana nos llevaba consigo a la iglesia de los Oratorianos, para la confesión.

El Oratorio era una iglesia donde los sacerdotes reunían a los niños, para cantar, rezar, jugar. Alfonso de niño estudió idiomas, ciencia, matemáticas, filosofía. Aprendió a montar a caballo y a practicar esgrima. Apasionado por la música, fue muy bueno tocando el clavicordio. Era muy bueno en todo: a los doce ya estaba matriculado en la Universidad. Había sido admitido allí después de haber pasado un examen ante el más grande filósofo de la época, Giambattista Vico. También estudió pintura de un pintor famoso. Pero a Alfonso le agradaba pintar a Jesús Crucificado. Pintaba dulces Vírgenes Marías.

Era amigo de todos. Pero amigo bueno. Una vez los compañeros organizaron una competición apostando dinero: quien lanzaba las naranjas con más precisión se ganaba toda la hucha. Alfonso por algún tiempo dijo que no, diciendo que no era experto. Después aceptó. Y

¡ganó! Desafortunadamente uno de los perdedores dijo una blasfemia; entonces Alfonso, con la cara toda roja, lo confrontó: «¿Era tan necesario ofender a Dios por un poco de dinero? ¡Pues toma tus monedas!». Tiró el dinero al suelo, y se fue. Lo buscaron, y lo encontraron: tenía estrecha una pequeña imagen de la Virgen, pintada por él...

Se licenció en Derecho cuando sólo tenía dieciséis años: ¡un abogado muy joven! Y en tribunal ganaba todas las causas. El padre (que era un noble del Reino de Nápoles), soñaba para su hijo con un futuro glorioso. Pero Alfonso tenía otra idea de la vida. ¿Cómo puede ser que lo encontraban con frecuencia sirviendo a los enfermos? ¿Cómo puede ser que a menudo, hacía las “Cuarentoras”, o sea cuarenta horas de oración? Los ojos fijos en la Hostia, ¡no se dio cuenta de nada más! Pasó, es verdad, un breve período de incertidumbre. Pero lo pasó, pensando en las palabras del Evangelio: «¿Qué aprovecha al hombre ganar incluso el mundo entero si después pierde su alma?». Cuando sus padres le propusieron para casarse con una noble, de nombre Teresa, Alfonso habló a Teresa tan santamente, que ella entró en un monasterio. Teresa murió cinco años más tarde como una santa. Alfonso escribió más tarde su biografía.

En julio 1723 nuestro joven abogado perdió un pleito en tribunal, no por culpa suya, sino porque los jueces eran corruptos. Entonces dijo: «¡Mundo, te he conocido! ¡Adiós, tribunal!». Y dijo "adiós" a todo. Y se fue a vivir con los enfermos, en el Hospital de los Incurables.

Un día, que estaba al servicio de aquellos pobrecillos, vio una luz, una gran luz, y oyó una voz divina que le decía: «Alfonso, deja el mundo, y dónate a mí». Poco después, de nuevo aquella luz, y de nuevo esa voz...

¡Alfonso se hizo sacerdote! Era el sacerdote de los pobres, de los humildes. Gran penitencia, estudio, predicación. Alfonso explicaba el Catecismo a todos.

En sus días, había señores que odiaban la religión: Alfonso trató de explicarles la belleza y las razones de la fe. Había cristianos cuya fe fue siempre muy severa y triste (se les llamaban "los Jansenistas"); a ellos Alfonso les hablaba del amor misericordioso de Jesús.

Alfonso escribió muchos libros sobre la Eucaristía y la devoción a la Virgen. Fundó la Congregación de sacerdotes "Redentoristas"; con ellos caminaba por todos los pueblos cerca de Nápoles. Componía y enseñaba a la gente canciones bellísimas, que incluso hoy en día las cantamos: «Tu bajas de las estrellas – oh Rey del Cielo, – y vienes a una gruta – al frío y al hielo».

Fue consagrado obispo. Pero no quería ser servido como un señor, incluso cuando se hizo anciano (vivió hasta los noventa), a los que le traían la comida, les preguntaba: «¿Cómo? Yo tengo de comer... ¿Pero y los pobres?». Le decían: «Usted ha hecho muchas obras buenas». Y él: «¿Obras buenas? ¿Qué obras buenas? Mi única esperanza es Jesucristo, y, después de él, la Virgen María».

Murió el 1 de agosto de 1787, diciendo con un hilo de voz: «¡Aquí estoy, Dios mío!», «¡Ven, Jesús mío...!».

En sus manos tenía un cuadrito, en el que tantos años atrás había pintado una Virgencilla...

S. BENITO JOSÉ LABRE

(1748 – 1783)

Era un niño bueno, atento a su oración, con ganas de hacer “floreillas” y sacrificios. Era también muy inteligente; su maestro decía que nunca había tenido un estudiante más inteligente que él. Llegaba a la escuela llevando del brazo –como los otros niños – un haz de leña para la estufa: en aquel pueblo francés, el invierno era muy frío. Después venían las lecciones, con un gran deseo de aprender. Al término de la escuela, se cantaba la Salve Regina. Y después todos a casa, para ayudar a los grandes en el trabajo del campo. Pero mientras trabajaba, Benito parecía casi distraído, con sus pensamientos...

¿**E**n qué pensaba Benito? Cuando por la noche, en la fría casa, se encendía el fuego, él, para hacer una “floreilla”, no se acercaba al fuego. Y cuando mamá en las fiestas horneaba los dulces, él decía que ya había comido lo suficiente, y ni los probaba. Y si la madre, que tenía una pequeña tienda de artículos de mercería, pedía un poco más a los clientes, él intervenía y todo serio le decía que aquella cosa costaba menos. Y a los amigos repetía una frase, sin duda aprendida de su madre: «Se empieza con robar un hilo, luego se roban las agujas, luego las tijeras, después el dinero... ¡Y después se va al infierno!».

Benito también era un pío monaguillo; le gustaba servir en el altar.

Alrededor de los doce años (había nacido en 1748), Benito fue a vivir con un tío suyo sacerdote. El tío le enseñaba latín. Benito aprendió largos pasajes de la Biblia en latín. Acompañaba a su tío en

la visita a los enfermos. En fin, lo ayudaba en todas las cosas de Iglesia.

Y continuaba haciendo sus “florechillas”. Son famosas, por ejemplo, las cerezas de Benito: las entregaba todas a sus compañeros.

Hay una niña huérfana que está llorando porque su madrastra no quiere enviarla a la escuela. Benito se la lleva a la iglesia, reza largo rato de rodillas a su lado, y luego le dice: «¿Por qué lloras? ¿No quieres sufrir un poco con Jesús?». La niña, ocultando con las manos su cara y las lágrimas, dice: «¡Sí...!».

A Benito ya sólo le agradaba orar. Dios le atraía enormemente. Buscaba sólo a Dios. Comenzó a sentir un gran deseo de retirarse en un monasterio, allá donde se reza, se hace penitencia y se trabaja. Pero él no tenía la edad suficiente: demasiado joven. Su tío y sus padres le decían: «No debes en absoluto pensar en el monasterio; tu salud no es buena; allá hacen grandes sacrificios». Él respondía: «¡Voy a comer raíces, como los antiguos ermitaños!». «Pero los ermitaños – objetaba mamá – eran fuertes; tú eres débil». Y él respondía: «Dios hará un milagro. Y así, quien quiere, todo puede».

Benito partió; se fue a un monasterio de "Cartujos". Y después a un monasterio de “Cistercienses”. Después a la “Trapa” de monjes "Trapenses". Siempre le respondían: «Usted no es adecuado para nuestra vida». O era demasiado joven, o demasiado débil, o demasiado "escrupuloso"...; ¡siempre había algo de “demasiado”!

¡**D**e hecho, Benito había comenzado a sentirse un “gran pecador”!
¡Casi no se atrevía recibir la Comunión!

Y fue así que Benito se convirtió en el "peregrino" de Dios. Andaba de iglesia en iglesia, de santuario en santuario.

Descalzo, sucio, harapiento, llevaba una capa y una capucha, y en la capucha tenía un pedazo de pan seco y un libro de oraciones. Al cuello un rosario, y un crucifijo en el pecho.

Fue visto en Bari rezar ante la tumba de San Nicolás. Fue visto en España en el Santuario de Santiago. Varias veces fue peregrino a la Santa Casa de Loreto.

En Roma, pedía la limosna en frente de la iglesia de la Madonna de los Montes; pasaba las noches bajo un arco del Coliseo, encima de un poco de paja. A menudo eran noches de oración y de éxtasis. Era llamado "el pobre de las cuarenta horas", porque le encontrabas siempre en aquellas iglesias donde se hacía la pía práctica de orar cuarenta horas ante del Tabernáculo.

Benito estaba feliz de vivir así, verdaderamente feliz, a pesar de que los muchachos a veces le daban con piedras. ¡Feliz también de los piojos que se habían convertido en su buena compañía! Hubo alguno que entendía y, después de que se hubiera ido a otro lugar, decía: «¡Pero, este pobre... es un santo!».

Hasta que, con apenas treinta y cinco años, se fue al sitio más lejano pero también más cercano: el Cielo.

Y de inmediato, cerca de su tumba, ¡milagros y milagros...!

Roma afortunada: estaban en Roma, en ese momento, también otros grandes Santos, como San Leonardo y San Pablo de la Cruz. Todos tenían en el corazón, como Benito, un gran amor al Señor.

SAN JUAN MARIA VIANNEY

EL SANTO CURA DE ARS

(1786 – 1859)

El rodillo de los tambores de la Guardia Nacional cubría el ruido sordo de la guillotina. Los "enemigos de la república" eran ejecutados a millares. También el Rey y la Reina fueron guillotinado.

La Revolución Francesa al principio no aparecía un gran mal; de hecho, había comenzado – en el año 1789 – con palabras cristianas: libertad, igualdad, fraternidad. Pero luego vino el problema. La gente se inquietaba, cada día más. Muchos acusaban a la Iglesia de favorecer a los señores. Hubo una persecución terrible, que condenó a muerte en la guillotina no sólo a muchos señores y a los que no obedecían las órdenes de la nueva “república”, sino que también a muchos sacerdotes y muchos del pueblo, que sólo querían guardar la fe y las tradiciones de familia.

A menudo los sacerdotes trataban de esconderse en las casas de los campesinos, y, para no ser descubiertos por la policía, celebraban la Misa por la noche, tal vez en un establo, mientras que alguien montaba guardia afuera.

Por ejemplo, en un pueblo cerca de Lyon, Dardilly, una noche, para que no se viera que dentro se celebraba la misa, se puso un carro de heno en frente de la puerta de un henil. Taparon bien las puertas. Un "campesino" (¡que en realidad era sacerdote!) se puso el hábito sagrado y celebró la Misa. Durante la Misa un muchacho hizo su

Primera Comunión. Ese chico era nuestro futuro santo, Juan María Vianney.

Siempre había algún plato de más para los pobres. En esa familia era de costumbre: los pobres (a veces incluso diez) podían libremente entrar y sentarse con la gente de casa. Años antes hubo entrado, con otros pobres, un peregrino pobrísimo: San José Benito Labre.

El amor a los pobres marcó de inmediato el ánimo de Juan María. Cuando su papá le decía que pusiera ensillado al burro para llevar la madera a algún necesitado, ¡el muchacho siempre preparado y feliz!

Juan María quería por encima de todo ser sacerdote. Pero, ¿cómo? Había crecido sin ir a la escuela. Para recibir la gracia invocada, hizo un largo peregrinaje a un lejano país, donde se veneraban las reliquias de un santo, san Francisco Regis. Relató más tarde que durante el viaje, cuando pedía pan o refugio para la noche, todos lo miraban extrañamente; nadie confiaba en él, por temor a que fuese un ladrón o un espía. Al regresar, se hizo coraje, y golpeó en la puerta del Seminario de Lyon. Por desgracia, las clases eran en latín, y Juan María no entendía. Por otra parte, su memoria no estaba ejercitada. Fue reenviado a su casa.

Pero su párroco lo amaba, lo apreciaba, y comenzó con paciencia a hacerle un poco de escuela. Le enseñó la "teología", que son las verdades de la fe, y la "liturgia", que son las oraciones de la Misa. Entonces el párroco le dijo al obispo que Juan, aunque no había hecho la escuela, sabía mucho de rezar. Y el obispo pensó que eso era suficiente, y le ordenó sacerdote, lo nombró párroco de Ars.

Juan María fue durante cuarenta años párroco de aquel pequeño pueblo de Francia. Siempre estaba en la iglesia rezando (a las tres de la mañana ya estaba en iglesia), o alrededor visitando las casas para encontrar la gente.

Dormía muy poco (a menudo dormía no en la cama, sino en el piso duro). Comía muy poco: una pequeña olla de patatas le bastaba una semana. Se le veía también cortar leña para hacer el fuego a los ancianos.

Con las ofrendas de los peregrinos, construyó, a lado de la iglesia, un orfanato para niñas abandonadas.

Su iglesia estaba siempre limpia. Quería que el cáliz, el copón, el Tabernáculo fuesen artísticos y preciosos.

En sus sermones, siempre invitaba a la oración y siempre hablaba del amor de Dios. Decía: «Orar y amar... he aquí la felicidad del hombre en la tierra». Exhortaba a todos a abandonarse en la Divina Providencia.

Así que comenzó a acudir a Ars mucha gente, también de países lejanos, de toda Francia, para recibir de él, el perdón mediante la Confesión, o una palabra de consuelo, o incluso la gracia de una curación.

En su grande humildad, no se sentía capaz de hacer de buen pastor: le parecía que no hacía suficiente por las trescientas almas de su parroquia. Varias veces, de hecho, preparó la maleta para retirarse a un monasterio para rezar, incluso llegó a irse, pero después, suplicado por los parroquianos, regresaba.

El Cura de Ars es hoy el patrono de los párrocos.

Ore él a Dios por todos los pastores de la Iglesia.

S. ANTONIO MARIA CLARET

(1807 – 1870)

Hubo apenas nacido, dos días después, el día de Navidad, el niño fue llevado para ser bautizado a la Iglesia de su hermoso país, «Antonio, yo te bautizo...». Antonio es un nombre hermoso: significa "flor". Este niño de grande se hará llamar "Antonio María". Dirá: «María es mi Madre, mi Maestra..., mi todo».

¿**C**ómo hizo Antonio María para convertirse en un santo? ¿Cuál fue su camino? Su camino a la santidad comenzó de inmediato, desde su niñez. En su libro de memorias, relata que, con cinco años, «...quedándose en la cama, en vez de dormir, pensaba en la eternidad. Pensaba: "... siempre, siempre... siempre..."». Antonio se entristecía por los pecadores que van al infierno "¡por siempre!". ¡Oh, poder salvar a los pecadores! Toda su vida, Antonio María va a hacer todo lo posible para salvar a los pecadores: orar, trabajar, penar, sufrir... ¡Todo, siempre, por amor!

Antonio María era, un chico muy bueno. Por ejemplo: cuando una noche, todos tuvieron que huir porque venía el enemigo, él, cuando aún era pequeño, tenía de la mano a su abuelo casi ciego, y «le mostraba – dice – todos los peligros de la carretera». A los seis años comenzó la escuela; «mi maestro nunca me castigó, nunca me regañó», porque Antonio siempre fue cuidadoso y preciso. Amaba los libros. Su libro favorito era el Catecismo: incluso le gustaba sólo mirarlo, y pensaba, pensaba... Y rezaba, rezaba, mucho. «Yo era todavía muy pequeño cuando me dieron un rosario. Lo tomé como si hubiera recibido el tesoro más grande, y con aquel tesoro rezaba». El

rosario era para él un "tesoro", pero, ¿no era más "tesoro" ese niño, que con su corona rezaba?

«Amaba mucho el silencio. Estaba feliz de estar a solas con mis pensamientos. Yo siempre estaba feliz y en paz con todo el mundo. Yo no he dicho ninguna mala palabra...». Si un compañero hablaba mal, ¡Antonio se iba!

Hay otro recuerdo hermoso. «Muy a menudo, acompañado de mi hermana Rosa, iba al Santuario de la Virgen... Antes de llegar, tan pronto como veía la capilla, me emocionaba, lloraba por ternura, comenzaba el Rosario, y así, orando, hacia la iglesia». ¡Qué bellos los dos hermanos arrodillados ante María!

Y cada día la oración del Ángelus. Y un Ave María cada vez que el gran reloj daba las horas.

Y los ojos abiertos como platos, atentos a escuchar a papá cuando, por la noche, después de la cena, contaba a los once hijos los hechos maravillosos de la Biblia.

«Con Diez años hice mi Primera Comunión. Yo no puedo explicar lo que sucedió en el día en que, por primera vez, Jesús entró en mi corazón». Es decir, se sintió tan bien, que él no sabe decir. He aquí: Antonio desea ser sacerdote; lo dice a menudo a su madre.

El padre de Antonio era un tejedor. Para ayudar a la familia, Antonio comenzó a trabajar con su padre. Tejer: ¡qué bonito! Se dirigió a la cercana ciudad de Barcelona, para perfeccionarse en ese arte. Él siempre iba a Misa, ¡aunque en la Iglesia su cabeza estaba llena de mecanismos, engranajes, invenciones!

Pero pronto se dio cuenta de que su vida no era tan buena, y que tejer no era su verdadera vocación. Pensó que su vida debía servir para algo más bello. Se dio cuenta de que su vocación era otra: "¡sacerdote!".

¡Dejó todo! Entró en el Seminario.

Un día que Antonio estaba enfermo, y tenía tentaciones, María se le aparece, con rosas hermosas, y le dice que sea bueno... Sí, Antonio siempre será bueno, siempre.

Recién ordenado sacerdote, comenzó a ir de pueblo en pueblo predicando el Catecismo. Tenía en una mano el bastón de viaje, y en la otra un paquete con un par de cosas, la Biblia, el Breviario... Pobre y humilde. Escribía y daba a todos pequeños Catecismos, a los niños y a los grandes. De un país a otro, en sus tierras de España y en las Islas Canarias, y después en Cuba...

Fue consagrado obispo, y nombrado Consejero de la Reina de España. A pesar de ello permaneció pobre y humilde. Amaba a los pequeños y a los pobres. Amó y defendió al Papa. Amaba inmensamente a Jesús y a María. Consagró a sus "religiosos" y sus "hermanas" al Corazón de María Inmaculada. Fue un "siervo bueno", que trabajó –fuerte y valiente – por su Señor. Había sido un joven trabajador de las fábricas textiles; pero cuánto más trabajó en la Iglesia de Dios.

Cuando por fin se durmió en el Señor (murió en el exilio, lejos de su tierra natal, en el año 1870), Jesús le dijo: «¡Ven, siervo bueno!».

Desde el Cielo Antonio María nos ayude a ser "buenos servidores" y buenos "trabajadores", por Jesús.

SAN JUAN BOSCO

(1815 – 1888)

San Juan Bosco nació el 16 de agosto 1815. Era el año en el que Napoleón fue derrotado. Los soldados franceses habían invadido Europa con las palabras de la Revolución: libertad, igualdad... pero la tercera palabra, "hermandad", estaba como olvidada. Y todo terminó con sangre; millones de muertos. Entonces volvieron los viejos señores, prometiendo orden y paz; pero ¿hay paz verdadera si no somos realmente hermanos? El Papa, que había sido prisionero de Napoleón, tan pronto pudo volver a Roma, instituyó la Fiesta de María Auxiliadora, es decir, "Aquella que ayuda". Aquel niño, Juan Bosco, será verdaderamente una "ayuda" de María a la Iglesia.

Para hacer un mundo nuevo, debemos recurrir a los jóvenes Pero los jóvenes son como esas flores, que, apenas florecidos al sol de la primavera, corren el riesgo de ser quemados por una helada repentina. ¿Quién les ayudará a salvarse del "frío" del mal?

Don Juan Bosco conducirá al "fuego" de la santidad a muchos muchachos. Pero a él, Juan, de muchacho, ¿quién le ayudó a convertirse en santo? ¿Quién le animó en sus años de infancia y juventud? Fue sobre todo su madre, ¡Mamá Margarita! Cuando Juan se quedaba encantado ante una puesta de sol o un cielo estrellado, la madre le decía: «Juan, ¡cuán grande es el Señor!». Pero cuando Juan se ponía de morros si no le daban a él primero la jarra de agua, y se negaba a beber, la madre – muy seria – le hacía reponer la jarra en su lugar. Entonces, Juan entendía la lección y pedía perdón. La paz estaba hecha, y el niño había renunciado a sus caprichos.

Una vez que Margarita y sus dos hijos caminaban por la calle, un anciano estaba diciendo cosas malas, como para avergonzarse; ella regañó al anciano, y dijo a sus hijos: «Antes de que os convirtáis como aquél, prefiero veros muertos, o más bien, voy yo a estrangularos». Margarita no quería absolutamente que Juan frecuentase ciertos muchachos poco buenos. Juan insistía: «¡Mamá, cuando yo estoy allí, ellos son buenos!». «¡Muy bien, ve!». Juan, de hecho, era un chico inteligente, que llevaba a los otros por el camino correcto. Por ejemplo, Juan había estado observando malabaristas y acróbatas de las ferias de pueblo, había comprendido sus trucos, y se había entrenado detrás de su casa. Y así llama a pequeños y grandes; extiende una alfombra, tira una cuerda, anuncia que dará un gran espectáculo. Pero antes del espectáculo, ¡debemos rezar el Rosario! Y después está también el sermón: Juan repite el sermón que ha escuchado en la iglesia. Y finalmente el espectáculo: hace de acróbata en la cuerda; traga monedas, que luego se las va a encontrar en el bolsillo de uno de los presentes; y muchos otros "números". Todos aplauden. Es listo, más rápido que un lince.

Pero sobre todo es bueno. Juan siente que su vocación es ser sacerdote, para ayudar a los niños, y hacerles el bien. Por desgracia, el hermano mayor no se lo permite (el padre ha muerto, y no hay suficiente dinero). Juan tiene que trabajar, ganarse el pan.

En busca de trabajo, Juan llega a la casa de unos campesinos: «¿Me dais trabajo aquí? En el establo, o en los campos, incluso sin cobrar dinero; ¡sólo el pan!». Permanecerá allí como aprendiz dos años... Hasta que un cura lo siente recitar de memoria su sermón del domingo, se interesa por él, le da clases de latín... Pero más tarde el buen sacerdote muere. Entonces la madre, por hacer estudiar a Juan, lo lleva a un sastre en Castelnuovo. Juan trabaja allá, y al mismo tiempo va a la escuela. También aprende diversos oficios. Cada siete días mamá le trae el pan para la semana; y le recomienda orar. Después de algún tiempo, Juan se matricula en un Instituto de bachillerato. Es muy inteligente. Para pagar comida y alojamiento, da repeticiones; estudia por la noche; hace dos cursos en un año. Reúne a los jóvenes en una muy original "Sociedad de la alegría".

Llega a la ciudad un saltimbanqui que da el espectáculo precisamente a la hora de Misa. ¡Bueno!, Juan le desafía; apuesta una suma, el acróbata acepta... ¡Juan gana!, gana 240 francos. Pero entonces rechaza el dinero, y le pide a la víctima... ¡una pizza para los amigos! ¡Y que no dé más espectáculos a la hora de Misa!

Terminó el “Liceo”, pensó en hacerse fraile franciscano, pero después – aconsejado por un santo, San José Cafasso – entró en el Seminario diocesano. Su madre le dijo: «Escúchame bien, Juan: Dios ante todo; yo no quiero nada de ti. Nací pobre, he vivido pobre, me quiero morir pobre. Si por desgracia tú te conviertes en rico, yo no quiero verte más. ¡Recuérdalo bien, Juan!».

así Juan Bosco fue sacerdote. Sacerdote de los jóvenes. Su vida estuvo dedicada a los jóvenes. El Oratorio, las escuelas, los laboratorios, la tipografía... Salvar a los muchachos. Ayudar a los niños. Especialmente "amarlos". Don Bosco, o rezaba, o trabajaba para los jóvenes. Los muchachos le querían, porque él los quería. San Juan Bosco tenía un poco del corazón de Jesús.

Murió, agotado por la fatiga, el 31 de enero de 1888. Sus últimas palabras: «Diles a mis muchachos que a todos les espero en el Paraíso».

SANTO A LOS QUINCE AÑOS

SAN DOMINGO SAVIO

(1842 – 1857)

San Domingo Savio es el santo patrón de los jóvenes. Vivió quince años. ¡En quince años se convirtió en un santo!

Ya de bebé Domingo era un tesoro de bondad. Mamá le había enseñado a tirar besos a Jesús en el Sagrario. El párroco se había dado cuenta de que el niño era toda bondad, y le había enseñado a hacer de monaguillo: un monaguillo de cinco años, ¡que debe levantarse de puntillas para llegar a servir al altar! Domingo anhelaba hacer la Primera Comunión; pero en esos tiempos había una regla estricta: doce años. Sin embargo, ese niño se había aprendido de memoria todas las respuestas del Catecismo; era un buen y piadoso monaguillo; con las manos unidas parecía un santo. ¡Ya!, el párroco hizo una excepción y le dijo que sí. Siete años: en la hermosa iglesia de Castelnuovo, Domingo Savio hizo su Primera Comunión. Para Domingo fue un día feliz. Tomó una hoja de papel y escribió: «Recuerdos y propósitos de mi Primera Comunión». He aquí sus propósitos: «Me confesaré y comulgaré a menudo – Voy a ir a Misa todos los domingos – Mis amigos serán Jesús y María». Y terminaba con esta frase: «La muerte, pero no pecados».

Para frecuentar la escuela, Domingo tenía que hacer cuatro kilómetros cuatro veces al día, por supuesto, a pie. Un campesino, por el camino, le dijo: «¿No tienes miedo de ir solo?». Y Domingo le contestó: «"Yo no estoy solo; yo tengo a mi ángel de la guarda». «Pero, ¿no te fatigas con este calor?». «Oh, no se siente fatiga si se hace por un buen Dueño». El campesino se quedó sin aliento.

Llegó un día de Castelnuovo don Bosco (san Juan Bosco). Comprendió de inmediato la belleza espiritual de aquel niño que le pedía que fuera con él a Turín. «¡Oh, creo que aquí hay buen tejido!», dijo. Y Domingo respondió: «Si yo soy el tejido, usted es el sastre. Lléveme consigo: ¡hará un hermoso vestido para el Señor! Me gustaría ser sacerdote». Después Don Bosco le dio una página a memorizar para el día siguiente. Después de unos minutos, le dijo Domingo: «Si quiere, ¡la recito ahora!». Don Bosco, sorprendido, se llevó a Domingo a Turín.

Turín era en ese tiempo una ciudad de patriotas, pero era también una ciudad de Santos: San José Cottolengo (que, con gran confianza en la Divina Providencia, había creado una Obra para los enfermos más desatendidos), San José Cafasso, San Juan Bosco, Santa María Mazzarello...

Don Bosco se dedicaba a acoger y educar a los jóvenes. Entre ellos, Domingo fue para todos un gran ejemplo de bondad. Ayudaba a todos. Ponía paz entre los litigantes. Una vez dos muchachos se enfrentaron con piedras; Domingo corrió allí en medio, con un crucifijo en mano: «Primero debéis golpearme a mí y al crucifijo». Asombrados, los litigantes hicieron las paces.

«**E**scribid cual es regalo que más deseáis»: este fue el tema que don Bosco dio una vez a sus muchachos. Hubo quienes escribieron: «Quiero cien kilos de turrón, para tener por todo el año». Domingo escribió: «Ayúdeme a hacerme santo». Don Bosco lo llamó: «Te regalo la fórmula de la santidad. Primero: alegría. Segundo: tus deberes. Tercero: hacer del bien a los otros».

Para ayudarse unos a otros a convertirse en santos, Domingo fundó con algunos amigos una "sociedad pía": la "Compañía de la Inmaculada". Decía a don Bosco: «Siento la necesidad de hacerme santo. Si no me hago santo, es como si no hiciese nada. Ayúdeme a hacerme santo, ¡y de prisa!».

Hacía muchos sacrificios. Estaba muy atraído por la Eucaristía. Un día, terminada la Misa (que los chicos de don Bosco escuchaban todos los días), todos fueron a desayunar, después a la escuela, y luego en el almuerzo... ¡No esta Domingo! Todos le buscan. Es don Bosco quien

finalmente lo encuentra: está detrás del altar, inmóvil. Lo sacude: «¡Domingo!». Él respondió: «¡Ah! ¿Se ha acabado ya la Misa?». «¡Pero si son las dos de la tarde!». ¡Domingo pidió perdón! ¡Había estado en éxtasis por dos horas!

A veces Domingo sabía y veía cosas que estaban ocurriendo en lugares distantes, y también cosas futuras.

Pero su salud se deterioraba. Tos, fiebre... En ese tiempo había pocas medicinas. Entonces, quizá el aire de casa... Yendo hacia Castelnuovo, Domingo le dijo a don Bosco: «Don Bosco, yo me voy; no volveré más. ¿Qué puedo hacer aún para el Señor?». « Puedes ofrecer tu sufrimiento, tu vida». Domingo saludó a don Bosco, al oratorio, a los amigos. «¡Nos vemos en el Paraíso!».

En casa empeoró. Rezaba. Veía ángeles. Consolaba a sus padres diciendo: «¡Pronto estaremos juntos!». Murió repentinamente, diciendo: «Adiós, papá... El párroco me decía... Pero no me acuerdo... ¡Oh..., qué cosa hermosa veo...!». ¡Muchacho santo! ¡Quince años!

Fue declarado santo por el Papa el 13 de junio 1954, ante una gran multitud, y a muchos niños en fiesta.



José Sarto, de once años, repite a sus coetáneos – desde lo alto de una rama – la homilía (el sermón) escuchado en la iglesia. Arriba, dos niños muy pequeños hacen su Primera Comunión.

SAN PIO X

JOSÉ SARTO
(1835 – 1914).

San Pío X fue el Papa del Catecismo. Él mismo escribió un Catecismo, en forma de preguntas y respuestas. A grandes y pequeños siempre les recomendaba el Catecismo.

También fue el Papa que anticipó la fecha de la Primera Comunión. Hasta principios del siglo veinte, un niño podía hacer su Primera Comunión sólo si tenía doce años de edad. Pero San Pío X, recién electo Papa (en 1903) dijo: bastan siete años, basta tener el uso de la razón, basta entender que en la Hostia se recibe a Jesús. "Hostia" significa "Víctima": Jesús en la Eucaristía es "Víctima" de amor. Hay niños, incluso niños muy pequeños, que sienten mucho que allí esta Jesús, y desean recibir la Hostia; ¿por qué negarla?, ¿por qué hacerlos esperar? San Pío X dijo: si permitimos que los niños se acerquen a Jesús, « habrá santos entre los niños». Y es verdad: el día de la Primera Comunión, muchos niños parecen ángeles. ¡Están así recogidos y tan devotos! Algo grande sucede en sus almas.

Por lo tanto, José Sarto (así se llamaba san Pío X de niño), para hacer su Primera Comunión tuvo que esperar a tener doce años. Y antes, ¿qué hacía antes? Antes rezaba mucho, y se confesaba.

Desafortunadamente la Comunión no, pero estar cerca del altar sí: ¡era monaguillo! Un monaguillo extraordinario. Tenía muchas ganas de servir en la Misa. No era fácil, en aquel tiempo, servir en la Misa: tenía que saberse de memoria muchas frases en latín; tenía que saber llevar el Misal de un lado, y luego al otro...

José había nacido en el 1835, en Riese, un pueblo cerca de Treviso, no lejano de Venecia. Hermoso, inteligente, muy bueno. Tenía un carácter muy fuerte. Quién quiere seguir el camino de Dios, debe ser bien fuerte. Sí, sólo los fuertes ganan la buena batalla.

El pequeño José ("Bepi", en dialecto) miraba atento a su párroco, y soñaba con ser sacerdote como él... Decía a veces (en su dialecto veneciano): «Mi vae prete», que es «Yo voy a ser sacerdote». A veces, reunía a sus amigos, chicos y chicas, se encaramaba a un árbol, y desde allí, repetía a su joven público el sermón del domingo en la iglesia. Su padre, un empleado del ayuntamiento, no estaba demasiado de acuerdo en que el hijo se convirtiese en sacerdote: él decía que José era el primero de los hijos, y que las hermanitas eran pequeñas, y que por lo tanto José debía dar una mano en la familia; pero mientras tanto, que hiciese la escuela. Así, hacía quince kilómetros a pie todos los días, desde Riese hacia Castelfranco y vuelta. Y en los largos silencios del caminar, "Bepi" rezaba. ¡Un chico extraordinario!

Una noche su madre le preparó en la silla, cerca la cama, un traje nuevo: ¡la mañana siguiente Bepi haría su Primera Comuni3n! ¿Qué le preguntó al Señor en aquel santo día? ¿Qué gracia particular? Tal vez, ir al Seminario y ser sacerdote.

El hecho es que poco después encontramos a Bepi en el Seminario. Siempre sacaba las más altas calificaciones. En su registros de tarjetas hallamos escrito: "Muy diligente, el primero de la escuela". Pero pronto, muy pronto, su padre murió. Mamá Margarita ¿cómo podía mantener sola a los nueve hijos? José era el más grande, y el último hijo tenía apenas cuatro días. Un tío suyo le sugirió dejar el Seminario, y tomar el lugar del padre, en el Municipio. Pero su madre y los hermanos le dijeron: «Quédate en Seminario. Nos apañaremos». Mamá, llamada en tribunal por algunos acreedores, vendió – para pagar las deudas – hasta su cama de matrimonio, pero si su hijo quería ser sacerdote, ella estaba más que feliz. José continuó el Seminario. La ropa de José, huérfano y pobre, estaba toda parcheada. Los compañeros se divertían contando los pedazos de su vestido. Él se reía con ellos.

Levantarse a las cinco y media. Orar mucho. Mucho estudiar. Pasatiempos raros (se recuerda una representación en la que José, con diecisiete años, actuaba con sentimiento un "exiliado en Siberia").

Estaba tan apreciado por todos que siempre era designado jefe de grupo. Pero también sabía defender sus camaradas. Una vez que un estudiante – silbando – no respetó a un superior, ¡tomó él toda la culpa! Sin embargo, él no aceptaba "espías". De él, escribió el Rector del Seminario: «Es un verdadero ángel». Atraía y sorprendía en él aquella virtud que se llama "prudencia". José parecía mucho más maduro para su edad; tenía mucho "juicio".

A los veintitrés años, el 18 de septiembre de 1858, fue ordenado sacerdote. Fue párroco, obispo, patriarca de Venecia. Cuando murió el Papa León XIII, José fue elegido Papa: Pío X. El Papa de los niños. El Papa de los pobres. El Papa del mundo.

Murió de pena en 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial.

Fue proclamado "santo" en 1954 por el Papa Pío XII.

MARIA BENEDICTA FREY

(1836 – 1913)

Hace tiempo, el Papa tenía también la corona de rey. Durante mil años, de hecho, el Papa era también rey, rey de los Estados Pontificios. Para tener libertad para guiar a la Iglesia, y para no estar dirigido por los reyes, el Papa tenía la necesidad de ser también rey, rey de un reino aunque pequeño. Pero, después de la Revolución francesa, los "revolucionarios" ya no querían más el Papa-Rey; de hecho, no querían ningún rey.

Cuando María Benedicta nació en Roma, en el año 1836, el Papa era todavía "rey". Por esto, los cantos de los revolucionarios estaban prohibidos. Pero un día las guardias, pasando por una calle de Roma, oyeron tocar al piano "La Marsellesa", que es, precisamente, ¡el himno de la Revolución! ¡Ya dentro, en busca de los culpables! ¿Quién fue el culpable? ¿Quién estaba tocando? ¡Era una niña muy pequeña, de cuatro años! Tocaba fuerte y precisa el teclado, levantándose de puntillas; y ¡no paraba! ¡Terrible!

Pero Penélope (este era el nombre de la chica) era sin embargo muy buena. Quería mucho a los pobres; les daba todo lo que pasaba por sus manos. Mamá le dijo así un día: «¡A los pobres se les da sólo las cosas buenas!». Pero, ¿qué se le da a un pobre que golpea a la puerta en el almuerzo? ¡Por supuesto, se le da la sopa! Y Penélope, ¡hala!, va con el plato a la ventana y dice: «Dame tu sombrero», y allí va la sopa por la ventana.

Penélope era una niña buena pero también desafortunada, tenía sólo cuatro años cuando se le abrió una profunda herida en la pierna

izquierda. ¡A partir de ahora llevará muletas! ¡Oh, no más carreras, no más juegos al aire libre! Siempre muletas, para llegar, para salir, para ir a la escuela, para ir a la iglesia... En definitiva, lisiada, ¡minusválida!

Las personas con discapacidad, ¡como sufren! Niños clavados en una cama o una silla de ruedas, niños con muchos problemas... Sin embargo, estos "pobres de Dios" tienen una gran belleza en el alma, porque en su alma esta Jesús humillado y doliente. Desde que Jesús murió en una cruz, todos los que están sufriendo son un poco Jesús. Jesús está presente en ellos. Jesús los consuela. Los dolientes tienen siempre un corazón grande.

Pero, ¿Dios realmente quiere que suframos? No, Dios quiere felicidad y vida. Dios no quiere el dolor y el mal. Pero, el dolor y el mal, los puede permitir, porque, también aunque parezca que no, la "cruz" es una "gracia". La "cruz" es una escalera para subir al Paraíso. Jesús dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados». También dijo: «Yo voy a limpiar todas vuestras lágrimas». Sí, para todos los que lloran, hay un hermoso paraíso, porque Dios es santo y justo, y por tanto sabrá abrazar inmensamente a esos pobres hijos suyos que tanto han llorado.

Dios es como – y más – un padre. Cuando un niño está muy enfermo, su padre "permite" que lo lleven al hospital; pero le hace mil caricias para consolarlo, y apenas puede, vuelve a llevarlo a casa, donde le hará hallar muchas cosas hermosas. Así Dios: permitió que su Hijo Jesús sufriese en la cruz; pero después resucitó, ascendió al Cielo, y con Jesús irán al Cielo todos los buenos, especialmente los que más han sufrido.

Cuando Penélope cumplió once años (y desde hace siete años llevaba muletas), le sucedió un hecho extraordinario, milagroso. Había a duras penas entrado en clase, y ahora está saliendo saltando: ¡sanada! Había entrado en la clase un peregrino misterioso, había rezado con los niños, se había acercado a Penélope, le había bendecido... ¡y ya está curada!

Penélope se hizo grande, pero seguía siendo buena. Leía mucho, tocaba el piano, y cantaba en el coro. Un cierto caballero, un varón, quería casarse con ella. Pero ella entonces estaba buscando un

monasterio. En Viterbo está el Monasterio de santa Rosa, aquella Rosa que, con quince años, predicaba a Jesús Crucificado por las calles y las plazas de la ciudad; pero también esta – cerca de Porta San Pedro – el Monasterio de las Monjas Cistercienses. Allí entró Penélope, y cambió su nombre por el de hermana María Benedicta.

Pero, pronto, ¡de nuevo la cruz! Dolores muy fuertes, parálisis progresiva, heridas por todas partes... Durante muchos años, incluso la ceguera. Y dolores del alma: tentaciones, ansiedades... Ella oraba, pedía al Señor la curación. Pero un día, otro peregrino le dijo estas palabras proféticas: «¡Cruz larga y Providencia!». María Benedicta besó su cruz, y se encomendó con confianza al Señor. Doblada sobre la cama (que cama entonces no era más que un conjunto de vendas, porque ella tenía mal en todas partes), Benedicta rezaba, cantaba, hacía y pintaba cuadritos, flores de papel... Tenía cerca de ella una pequeña estatua del Niño Jesús (estatua también hoy venerada por el pueblo). A la que le pedía la ayuda de una oración o un consejo, ella mostraba la estatua, y oraba al Niño Jesús. Se quedó así, entre llagas y sufrimientos, durante más de cincuenta años. No obstante, siempre estaba feliz, en Jesús. Hasta que, a los 77, el Paraíso la acogió.

María Benedicta rece desde el Cielo por todos nosotros, especialmente por aquellos que sufren más.

SANTA BERNARDITA SOUBIROUS

(1844 – 1879)

En la iglesia, la recién nacida lloró durante todo el Bautismo. «No hace más que llorar: estará mala», dijo el padrino regresando a casa. Esa niña se convertirá, todo lo contrario, en una santa: Santa Bernardita.

Había nacido en diciembre de 1843. El padre era molinero, pero no hubo suerte. Más y más deudas. Pocos compraban de él el grano para moler. Los Soubirous (padre, madre, cuatro hijos, de los cuales Bernardita era la primera) quedaron al final sin casa. Se les ha dado, por caridad, un cuarto frío y húmedo, lo que una vez fue la prisión de Lourdes. Bernardita estaba delicada de salud. Sufría de asma. No digería la polenta, la comida de los pobres. Pero nunca se quejaba. A menudo llegaba a casa una tía muy severa, que les regañaba por todo, también regañaba a Bernardita; y Bernardita, callada, no respondía. De vez en cuando venía de un país vecino una cierta María, que se llevaba a Bernardita, para apacentar a sus ovejas.

Bernardita, ¡sierva y pastora! Por la noche, entradas las ovejas en el redil, la dueña – que había prometido de hacerle Catecismo y también alguna escuela – le hacía repetir unas pocas líneas, y eso era todo. Bernardita no tenía "memoria" para estas extrañas "lecciones", y venía bien gritada. Ella lloraba un poco; pero no se quejaba. Más tarde diría: «Pensaba que así quería el Buen Dios. Cuando uno piensa que es el buen Dios que lo quiere, no se queja más». También decía: «Cuando no se busca nada, tenemos siempre lo suficiente». A Bernardita le era suficiente repetir el Ave María. ¡Cuántas Ave Marias! También sabía

y a menudo repetía la jaculatoria: «Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti».

A veces, llevando las ovejas por los prados, llegaba a la choza de una anciana, donde, por encima del hogar, había una estatua pequeña de la Virgen. Si era invierno, Bernardita vestía la estatua con una tira de lana; si era verano, la rodea de flores silvestres. A los doce años, pudo tener de regalo un Rosario todo suyo; siempre lo llevaba consigo, lo sostuvo en sus manos o en el bolsillo.

Y cuándo la llevaban a Lourdes, cada noche reunía a su hermana pequeña y a los dos hermanitos, y con ellos, de rodillas, "gritaba" las oraciones. Pero non había frecuentado el Catecismo, y por tanto ¡no sabía lo que era la Santísima Trinidad! Por lo que non fue admitida a la Primera Comunión. Los otros sí, ella no. Una niña pobre y humillada, que tiene ya catorce años, que entiende sólo el dialecto, y que, cuando se va a la iglesia, ¡no puede ir a la Comunión! Es en verdad la última de todos, la más desafortunada, la más pobre, la más ignorante.

Pero el 11 de febrero 1868... Era una mañana lluviosa. Bernardita se va de casa (de ese cuarto húmedo), y se va con su hermana y una amiga a buscar madera seca para el hogar. Pasan por el puente sobre el río; llegan a la corriente de agua de un molino. Además del agua se saca a la "vieja roca" (en dialecto: "Massabielle"), que, en la parte baja, forma una cueva. Bernardita titubea al poner los pies en el agua: «Tú tienes asma, ¡no cojas frío!», le había recomendado su madre. Las otras dos se descalzan, entran en el agua, ya están por allá: «Tú tienes que esperarnos». Ella también ella se prepara para pasar... Pero una ráfaga de viento... Bernardita mira en torno: todo quieto, sólo un arbusto en la cueva sacude un poco. Y así... una luz bella, celestial, ilumina la cueva, y en aquella luz aparece una joven «hermosa Señora», que le sonrío, ¡le sonrío justo a ella!

Ella no sabe que es Nuestra Señora. Busca rápida en su bolsillo la corona del Rosario, y comienza a recitar... La hermosa Señora dice, junto a Bernardita, el Padre Nuestro, pero durante las Ave María solamente sonrío y calla. Luego le habla (en dialecto): «Orad por la conversión de los pecadores». Y también: «¡Penitencia, Penitencia!»;

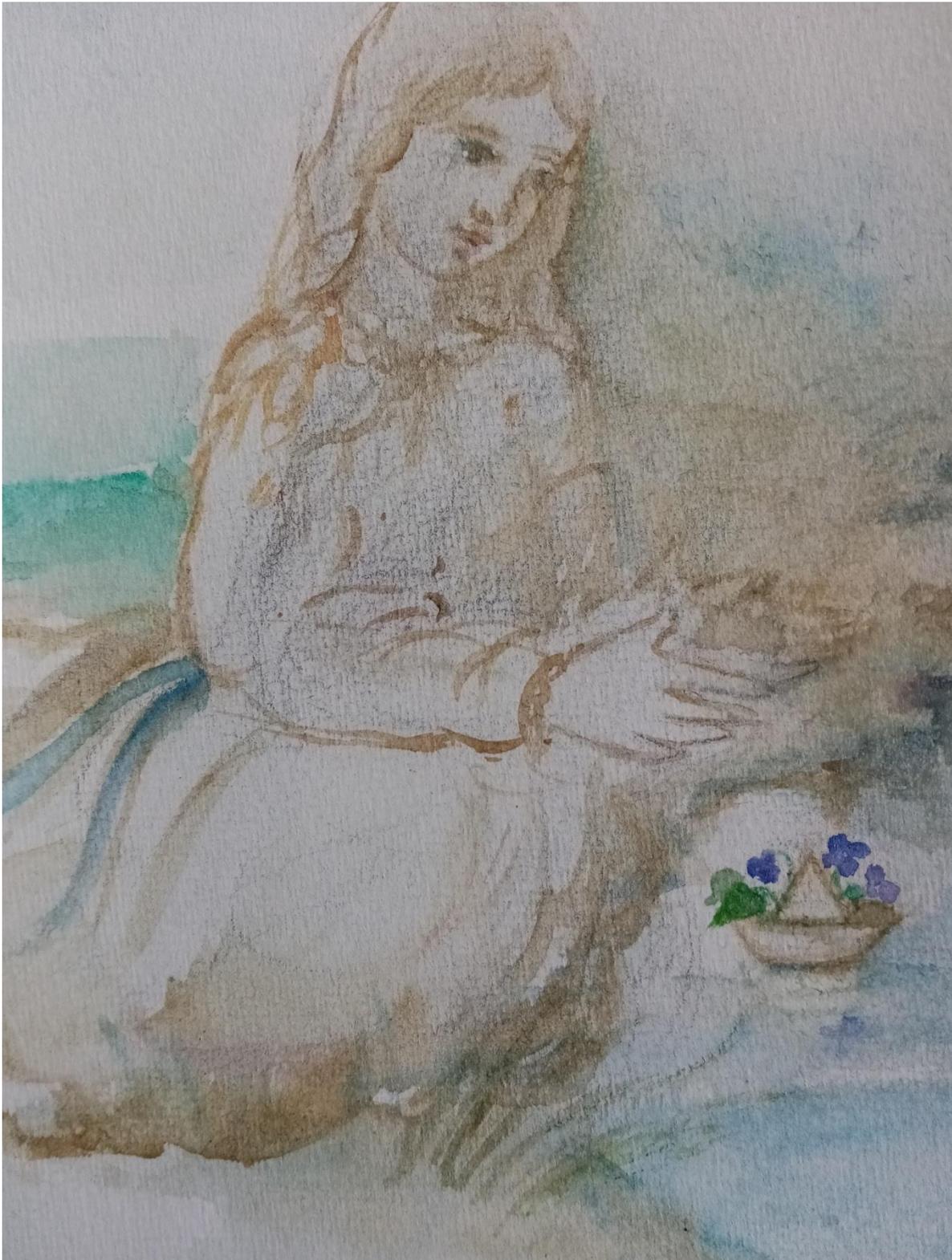
«No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro»; «Decid a los sacerdotes que hagan una capilla aquí».

Bernardita va entonces al pastor, quien le grita: «Dile a esa señora que diga su nombre». Varias veces, en las sucesivas apariciones, Bernardita pedirá a la Señora su nombre: «¿Podéis decirme vuestro nombre?». Pero ella respondió siempre con una sonrisa.

Pero, finalmente, el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de María, la «Hermosa Señora», levantando los ojos al cielo, dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Bernardita no sabía el significado de "Inmaculada Concepción". Corrió muy deprisa en busca del párroco, repitiendo por el camino la frase misteriosa. Recién llegada, lanzo sin aliento: ¡«Yo soy la Inmaculada Concepción»!

Bernardita vio a la Virgen por última vez el 16 de julio. ¡Por última vez, en esta tierra, el encanto de aquella sonrisa! Más tarde, después de algún tiempo, Bernardita se hará monja en el convento en Nevers. Años de oración, de humildad, de enfermedad, siempre en la fe, siempre en paz. «Amar al buen Dios, eso es todo», decía. Su última oración, cuando moría fue: «¡Jesús mío! ¡Cuanto lo amo!... ¡Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora!».



*Francisca niña confía al arroyo las violetas en barcos de papel:
¡son las “hermanas” que ella enviará misioneras «a China»!*

*MISIONERA ENTRE LOS EMIGRANTES***S. FRANCISCA X. CABRINI**

(1850 – 1917)

A la niña le gustaba bajar a la orilla del arroyo que corría detrás de la casa. Allí, doblaba y redoblaba papeles, y así hacía pequeños barcos, barcos de papel. Después cogía en el césped violetas o margaritas, las colocaba allí, en equilibrio, un poco en la proa, un poco en la popa. Por último, con cuidado, confiaba sus pequeñas "naves" a la corriente: se iban rápidas. ¡Oh, algunas se han volcado! Pero alguna, va por allí abajo, no se ve ahora más, quién sabe dónde ha llegado, lejano...

¿**O**h, por qué a Francisca le gusta tanto este juego? ¡Sigámosle a su casa! Cuando anochece, y los agricultores vuelven a casa, papá, antes de sentarse a la mesa con la familia, para la cena frugal que mamá ha preparado, recita en pie una oración. Después de la cena, todos juntos recitan el Rosario. ¡No es por nada que Agustín Cabrini es llamado "el cristianón"! Después del Rosario, la hija mayor, que ya es maestra de escuela, lee en voz alta una página de una revista misionera. Francisca escucha atenta, y sueña con países lejanos... Escucha las historias de la vida de los misioneros, y sueña con la misteriosa China...

Ahora entendemos su juego en el agua: aquellos barcos de papel, es su corazón que parte; esas "naves" son sus expediciones misioneras; cada violeta es una "hermana" que parte para la China lejana.

«¡**T**en cuidado de no caer al agua!», le recomienda un tío sacerdote, a quien ella le había revelado su juego misionero. Pero una vez – quizá tenía ocho años– mientras confiaba a las ondas su pequeña flota, Francisca se deslizó en el agua, y fue un milagro que no se ahogó: sin

saber cómo, se encontró a salvo en la orilla, toda empapada. Desde entonces Francisca siempre tendrá mucho miedo al agua, ¡aunque irá por mares y océanos!

En la escuela, ¿cuál era su materia favorita? No hace falta decir que era la geografía. Ella estudiaba de buena gana geografía, aunque también las otras materias, porque ella quería hacerse una buena misionera. ¡En los exámenes finales para ser maestra, tomó ocho en lengua, y nueve en geografía!

Y de inmediato pidió a las “hermanas” ser acogida como “hermana”. Pero las “hermanas” decían que no, porque según ellas Francisca tenía poca salud.

Mientras tanto, ella estaba maestra en un pueblo cercano. Cada mañana, se sentía a la joven maestra andar por la calle; se le escuchaba bien, ya que el batir de sus zuecos resonaba en el silencio. Se detenía frente a la escuela, y esperaba allí a los escolares. Y luego, en el aula, la oración festiva, una canción, una flor a María. Escolares afortunados, quienes la tenían por maestra ¡Francisca la santa, Francesca Cabrini!

Muere papá Agustín. Por la noche, después de cenar, todavía se reza el Rosario, pero la fuerte voz del papá ya no está. Mueren también algunos hermanos. Francesca se siente cada vez más el deber de dedicarse al Señor. ¡Cuántas horas de oración junto a la cama, de rodillas!

De nuevo golpea en el convento; pero sus ojos claros les parecen a las hermanas todavía demasiado rodeados de debilidad. Después pasa a ser maestra en un colegio de huerfanitas. Y pasaron así seis años, años difíciles.

Su sueño de convertirse en misionera parecía ya en verdad un sueño desvanecido.

Pero, ¡le dicen que el obispo quiere hablarle! El obispo le dice que ella, ella misma, tiene que fundar una nueva "congregación" de “hermanas”, ¡hermanas misioneras!

Y fue así como Francisca se convirtió para siempre en "Madre Cabrini". Francisca y algunas otras jóvenes son ahora "Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús". Por devoción al santo

misionero Francisco Javier, ella se llama a sí misma "hermana Francisca Javier". Reza con las "hermanas" seis horas al día, y trabaja duro, para levantar una primera pequeña casa: carretilla, cal, ladrillos...

El obispo envía a Francisca al Papa. Y el Papa le dice a Francesca, «¡Ve como misionera! ¡Pero no a China! Ve misionera con los emigrantes, ¡a América!».

Millones se iban, nuestros emigrantes, de los países más pobres de Italia. Hacinados en las naves, pasaban el Atlántico con tanta esperanza. Pero luego, a menudo llegaba la decepción, y la miseria. Las hermanas misioneras iban a hacer escuela para los niños, enseñar el Catecismo, curar a los enfermos, animar a todos, las familias, los jóvenes, los trabajadores...

"**M**adre Cabrini" (Francisca) aterrizó en Nueva York con seis hermanas el 31 de marzo de 1889. Durante treinta años trabajaron sin descanso: Estados Unidos, Nicaragua, Brasil, Argentina... Cuando Francisca llegaba a un lugar, pronto veías surgir una escuela, un hospital. Francisca dejaba allí a dos hermanas, y de nuevo salía, para ayudar a otros pobres, otros pacientes, otros niños...

Regresó a Roma. El Papa León XIII, que le había enviado, le dijo: «Trabajamos, Cabrini, trabajamos, que luego está el bello Paraíso». ¡Sí, un pedazo bello de Paraíso, Francisca lo se lo ha merecido!



Carlos de Foucauld, de niño, está rezando. Oh, ¿por algún tiempo se apartará de la fe!, pero, luego, volverá al Señor. En el fondo: Carlos, con un corazón rojo, cosido en el hábito blanco, da la bienvenida a los Tuareg del desierto. El corazón rojo representa el corazón de Jesús.

*UN CORAZÓN ROJO EN EL PECHO***BEATO CARLOS DE FOUCAULD**

(1858 – 1916)

Un oasis en el desierto africano del Sahara. Entre las infinitas dunas de arena, los camellos lentos, los Tuareg, orgulloso pueblo del desierto. Vemos allá un sacerdote francés. En la larga túnica blanca, tiene cosido un corazón de tela roja, coronado por una cruz. Padre Carlos vive desde años por allá, en el Sahara más profundo, solo. Aprendió la lengua tuareg. Habla con los beduinos. Siempre sonriente, con una sonrisa de santo. Ayuda a la gente como puede. Instaló en la arena, entre dos paredes, un pequeño altar de madera, donde celebra la Misa. Pasa muchas horas del día o de la noche rezando. Para dormir, una manta frente al altar. A menudo anda en retiro a una montaña rocosa con viento; en esa soledad, Carlos piensa en Dios, ama a Dios. Recuerda su infancia pía... Piensa en su juventud extraviada...

«Dios mío, – escribe Carlos – ¡cómo debo cantar tus misericordias, yo, hijo de una madre santa, que aprendí de ella el conocerte, amarte y orarte, tan pronto como fui capaz de entender palabra! Mi primer recuerdo es la oración que mamá me hacía recitar mañana y noche: "Dios mío, bendice a papá, y a mamá, al abuelo, a la abuela, y a mi hermana pequeña". Aquellas visitas a las iglesias, aquellas flores al pie de las cruces, el pesebre en Navidad, el mes de mayo a María...».

Así, las madres cristianas ponen en las manos de su chico una flor o una vela, porque él vaya a ponerla ante la imagen de Nuestra Señora; quizá se arrodillan junto al hijo por la noche a los pies de la cama para decir «Ave María...».

Carlos recuerda «el altarcillo de mi habitación... Me veo, que voy a la iglesia con papá, con su abuelo; veo a mi abuela y mis primas ir a Misa todos los días...».

Carlos aún no tenía seis años de edad cuando permaneció huérfano de ambos padres. El abuelo se hizo cargo de él.

Pero Carlos tenía mucho genio. Por nada se montaba en cólera. No aceptaba bromas. Una vez había construido un castillo de arena: torres, fosos, puentes levadizos. De broma, alguien en casa plantó en la cima de ese “castillo” una vela encendida, y colocó en las zanjas, como si fueran balas de cañón, tomates. Él llega furioso y tira todo; por la noche en venganza encontraran tomates dentro de las camas.

Pero Carlos también tiene buenos recuerdos; por ejemplo, su Catecismo, su Primera Comunión a los trece años. Carlos, en sus cartas, recordará los "Catecismos de perseverancia" (que hoy llamaríamos el " post-confirmación"), donde «un buen sacerdote, pio, inteligente y celoso» explicaba el Evangelio. Carlos recordará mucho a su abuelo, porque siempre lo animaba y le daba un fuerte ejemplo de vida buena.

Sin embargo, poco a poco el joven Carlos se había enfriado en el alma. Había empezado a descuidar la oración, y también a estudiar poco. Se hizo extraño, turbulento. «A los diecisiete años – escribe– yo era todo egoísmo, todo vanidad, toda impiedad, todo deseo para el mal; había perdido mi mente. Por la fe, ni rastro fue dejado en mi alma,"

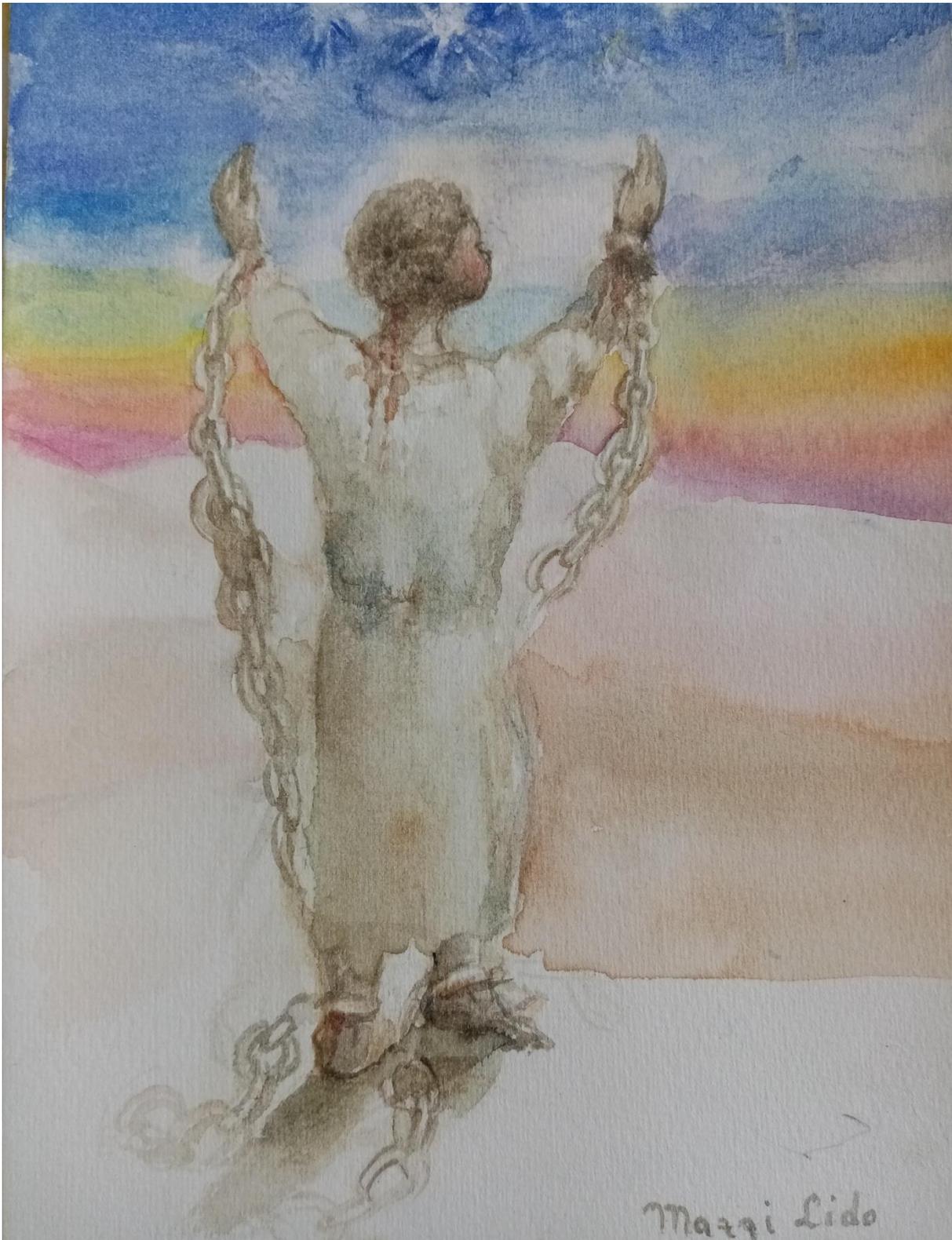
Carlos era de familia noble; tenía el título de vizconde. Por amor a la aventura y grandeza, se fue a África como oficial del ejército. Quería una vida vigorosa, pero espiritualmente era un vagabundo. Pero allí, en África, algo le golpeó: se quedó asombrado de la gran fe religiosa de los beduinos del desierto. Los Musulmanes, postrados en el suelo, rezan con fe: «Allah akbar! – ¡Dios es grande!». Carlos entró en crisis. Regresó a Francia. Con el alma en angustia, se le ocurrió un día entrar en la iglesia de San Agustín. Sentado en un confesionario, estaba allá un joven sacerdote. Carlos, medio desesperado, se acercó, a hablar, a razonar... El sacerdote simplemente le dijo: «¡Se arrodille!». Y Carlos se confesó. ¡Qué paz, que alegría! Carlos dejó todo. Se fue a

Palestina, en Nazaret, para ser el jardinero de las “hermanas”. Luego se convirtió en monje. Fue ordenado sacerdote. Y ahora, entre los beduinos del desierto, ya no un oficial engallado y altanero, sino un humilde servidor de todos, un siervo de Dios.

El sacerdote (Padre Huvelin), aquel con el que un día Carlos se había confesado, había muerto joven; antes de morir, había dicho: «No ameró nunca lo suficiente...». ¡Qué frase tan maravillosa! Incluso Carlos vivía ahora con el fuego de un gran amor. En su vestido ha cosido, a la altura del corazón, un trozo de tela roja en forma de corazón, coronado por una cruz: ¡el Corazón de Jesús! A menudo Carlos dibujaba en una hoja el Corazón de Jesús, y alrededor escribía: «Cuanto más me faltara todo en la tierra, más estrechare con pasión mi único Amor, Jesús Crucificado». O bien escribía simplemente: «¡Basta Jesús!».

Carlos murió asesinado por un joven tuareg: ¡así donó también su sangre!

Jesús una vez dijo: «He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!». El "fuego" de Jesús había hecho bella y brillante la vida de Carlos. Carlos obtenga también para nosotros un poco de ese "fuego", de la luz y del calor del Corazón de Jesús.



Bakhita, con sólo doce años de edad, está encadenada, esclavizada. Pero el pequeño rostro negro mira con gozo las estrellas, y alaba al Creador. Un día será liberada, será bautizada, será “hermana”.

ESCLAVA O HERMANA?

S. BAKHITA JOSEPHITA

(1865 – 1947)

La llamaron Bakhita. Sus captores, los que tanto la habían asustado, la interrogaron: «¿Cuál es tu nombre?». Ella, por miedo, no abrió boca; no podía recordar ni siquiera su nombre. Luego sus captores la llamaron "Bakhita", que significa "afortunada".

Sin embargo no fue "afortunada" en los terribles años que vivió como esclava. "Afortunada" se hizo, cuando encontró El que la salvó, y cuando encontró finalmente las buenas "hermanas"; afortunada fue sobre todo porque tuvo la gracia de hacerse cristiana y santa.

En casa, siete hermanos, siete negritos que correteaban como liebres entre las chozas de una aldea africana al sur del Sudán sahariano. El padre de Bakhita era subjefe de la aldea; enseñó a sus hijos las tradiciones tribales. Para alejar las fuerzas del mal todos tenían que obedecer al hechicero. Para romper con el mal de ojo, todos bailaban al ritmo de los tambores, gritaban, con el rostro pintado de rojo y negro.

Bakhita no sabía nada acerca de Jesús. Pero había algo hermoso que le encantaba: El cielo y las estrellas. De grande recordará que siendo niña solía mirar el cielo durante la noche, lleno de estrellas, preguntándose quién había hecho todas aquellas estrellas tan brillantes, y pensaba que aquel que las había hecho debía ser en verdad muy grande y bueno. ¿No es maravilloso? En una remota aldea africana, entre el desierto y la sabana, una niña analfabeta levanta los ojos al cielo y alaba a Aquel que hizo las estrellas. Bakhita es un alma

pura: ¡mirando las estrellas que brillan en el cielo; se queda encantada, y piensa en quién las creó! Ella no lo sabe, pero un día lo sabrá: aquellos cielos azules, y el rojo de los ocasos, y el agua clara, y el fuego, y todo lo hermoso, fue creado por Dios especialmente para ella, para Bakhita. Aquellas estrellas brillantes Dios las creó para que un día una niña, levantando los ojos al cielo, fuera capaz de abrir su corazón a la esperanza. Todo lo que existe Dios lo creo bello, para poder decir a través de ello a todo el mundo: «¡Ánimo, chicos míos!».

Un día Bakhita, ha salido con una amiga a recoger flores en una pradera y de repente la empuñan, la amordazan, la ligan, la arrastran. Está tan asustada que no tiene ni la fuerza para gritar. Nadie en el pueblo se ha dado cuenta de nada. En la primera parada, se las arregla para escapar, pero ¿dónde puede ir? La persiguen, la enlazan con cadenas tan pesadas que la hacen sangrar.

Cuando un día siendo monja, alguien le dirá que sus secuestradores habían sido muy "malos"; ella responderá: «No, malos no. Sólo, no conocían al Buen Dios».

La caravana de esclavos llega a Kordofun, al mercado de esclavos. Bakhita es comprada, para ser revendida en Jartum. Allí, la compra un general turco que se mostrará aún más malvado de los secuestradores.

Bakhita nunca fue ofendida en su pureza, pero muchas veces fue golpeada; también fue torturada. Pero sentía dentro de sí como una voz que le daba coraje.

T tiempo después en 1884, Bakhita, que tenía ya diecinueve años, fue llevada nuevamente al mercado de esclavos. A fin que alguien la comprase, le pusieron en la nariz un gran anillo de oro; pero, ¡pobre hija! ¿Quién podría comprarla agotada y arruinada como estaba? Sin embargo, un tal se la compró: era el cónsul italiano en Jartum, que estaba en busca de una sierva. Dos años más tarde, de regreso a Italia, el cónsul llevó consigo a Bakhita a Génova cediéndosela luego a una buena familia de Venecia.

Bakhita fue "afortunada": en Venecia conoció a las Hermanas Canosianas, "Hijas de la Caridad": le enseñaron a rezar y la prepararon para el Bautismo.

Fue bautizada con el nombre de “Josefina”; en el año 1890 y pidió convertirse en una “hermana”.

El Patriarca de Venecia, José Sarto (que más tarde se convertirá en el Papa San Pío X), dijo: «Jesús te quiere. Jesús te ama. Tú también ámallo, y sírvelo siempre así».

Y Bakhita sirvió a Jesús, orando y sirviendo a la gente. Bakhita era humilde. Se consideraba nada. Continuó como siempre haciéndose "sierva": sierva de todos. Por otra parte, el cargo que se le dio fue en la portería. Ella era para todo el mundo "la hermana portera".

Bakhita dijo una vez a su Superiora: «Madre, yo he estado en el barro, pero nunca me he embarrado». Bakhita había permanecido una niña pura y buena que miraba maravillada el centelleo de las estrellas en el cielo. ¡Pero ahora había aprendido a rezarle a Aquél que las ha encendido!

Todavía miraba el cielo como en las lejanas noches de África de su infancia, pero ahora sabía oraciones hermosas, como el Cantar de los Tres Niños: «Bendito eres Tú, Señor... Bendecid, estrellas del cielo, bendecid al Señor... Bendecid, hijos de los hombres, al Señor, alabadlo y ensalzadlo con himnos por los siglos», o como reza el Salmo 148 (los Salmos son 150): «Aleluya! Alaben al Señor desde los cielos... Alábenlo todos los astros de luz; alábenlo cielos de los cielos... Alaben el nombre del Señor, pues su Nombre es único y sublime».

Murió un día sábado de 1947. Sus últimas palabras: «¡Soy feliz! ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Señora! ... ».



Luis Orione ayuda un discapacitado a caminar. Los pobres y los enfermos son las pupilas de Dios, son el tesoro de Jesús, son Jesús.

¡TODO, TODO!

S. LUIS ORIONE

"DON ORIONE"

(1872 – 1940)

Luis, pequeño trabajador de diez años, está curvo en el camino polvoriento, sudado, con martillo y azada: excava, hinca la piedra, y bate. Luis trabaja; trabaja al lado de su padre, quien, como profesión, es precisamente un empedrador. Profesión dura, especialmente cuando llueve.

La madre le compró un paraguas. Una noche, el niño llega a casa todo mojado; ¿qué has hecho con tu paraguas? «Mamá, me encontré con un viejo, que andaba en la calle todo mojado; yo pensé que debía dárselo a él». Otra vez, todo lo que mamá puso en la bolsa, él lo da a un discapacitado que se arrastra por la calle; también lo sostiene y lo ayuda durante un buen tramo, hasta que papá le grita para volver, porque tienen que terminar el trabajo...

En los días que no había trabajo, Luis acompañaba al párroco a visitar a los enfermos, o a interesarse en algún pobre. «Tenía pocos años, pero tengo todavía en los ojos y en el alma la imagen de ese sacerdote»: dirá don Orión recordando a aquel párroco. Por encima de todo, siempre será querida por Don Orión la imagen de su madre: «Esa pobre vieja campesina de mi madre se levantaba a las tres de la mañana, y se ponía a trabajar, y parecía siempre un huso que está hilando».

«**M**e gustaría hacerme cura», dijo un día Luis Orión a su párroco. Pero el dinero para pagar el seminario no se encontraría allí, sino a

través de los frailes en Voghera. Así Luis Orione fue bien recibido por los frailes franciscanos. Dormía en un pobre colchón. Se levantaba por la noche, y se arrodillaba en el suelo frío, en el gran dormitorio gélido. Tan pronto como llegó el invierno, cayó enfermo: neumonía. «Será mejor que tú vuelvas a casa», le dijeron los frailes. «Lloré mucho al dejar el convento». En el hogar, la salud de Luis mejoró. El párroco escribió una carta a don Bosco, pidiéndole que aceptara a Luis. Y es por eso que, terminada la convalecencia, Luis estará con don Bosco.

Entonces Luis tenía catorce años. Don Bosco era ya bastante viejo; pero estaba a menudo con los muchachos, y confesaba los más grandes. Luis también hizo su confesión con él. Para prepararse bien para la confesión, había querido escribir todos sus pecados, incluso las mínimas faltas; había escrito no menos de tres cuadernos, siguiendo las preguntas de un libro de oraciones. Sólo a la pregunta: «¿Has matado?», él respondió: «Éste no». Llegado su turno, se arrodilló a los pies del confesor. «Dime tus pecados», le dijo bondadoso don Bosco. Luis lee el primer cuaderno. Don Bosco con la mano levanta y baja el cuaderno, cómo para pesarlo; entonces lo desgarró. « Dame los otros». Desgarró también esos. «Ahora tu confesión está hecha. No pienses más en lo que has escrito». Otro día le dijo: «Recuerda que nosotros dos siempre seremos amigos». «Todo lo que veis en mí – dirá, don Orione a sus religiosos – es el fruto de esos tres años pasados con don Bosco».

Cuando don Bosco se enfermó gravemente, don Orione y cinco amigos ofrecieron a Dios su vida por él. Don Bosco: «Dile a mis hijos que los espero en el Paraíso». Cuando don Bosco murió, mientras que una multitud de personas oraba ante el muerto, Luis Orione corrió a la cocina a buscar un poco de pan, para acercarlo a las manos de don Bosco y tener así una reliquia suya. Pero, cortando el pan, Luis se cortó en un dedo. Ya, amedrentado, tuvo una idea: corrió a la iglesia, acercó el dedo sangrante a la mano de don Bosco... Y aquí: la herida de inmediato se cerró cicatrizándose ¡Cincuenta años más tarde, don Orione mostrará todavía a sus jóvenes esa cicatriz!

También don Orione comenzó muy temprano a dedicarse a los chicos. Los reunía a rezar y a jugar en algunos cuartos encima de la iglesia. Mientras estudiaba para ser sacerdote (tenía entonces veintiún

años), alquiló una casa para acoger a los seminaristas más pobres: ¡hasta ciento cuarenta! Muchas personas le ayudaban.

Don Orione fue el santo de la Providencia. Él realmente creía en la Divina Providencia. Su Obra se llama "Pequeña Obra de la Divina Providencia": orfanatos, internados para niños pobres, hogares para discapacitados o para ancianos...

Cuando, el 28 de diciembre 1908, un terremoto destruyó las ciudades de Messina y Reggio Calabria, don Orione permaneció tres años allí para ayudar a cavar entre los escombros, abrumado, agotado, barba larga, sin tregua...

Y luego en el terremoto del 13 de enero de 1915 en Avezzano. De nuevo Don Orione arriba y abajo por las montañas a recoger a los niños abandonados, también arriesgando su vida frente a los ataques de los lobos...

Luego, la guerra de 1915 a 1918. Luego, las obras en Brasil, en Argentina...

En la noche del 12 de marzo de 1940 llegó el momento de volver al Señor.

Su última invocación: «¡Jesús, Jesús!». Luego volvió su mirada al enfermero, y dijo simplemente: «¡Yo voy!».

Muchos todavía imitan a San Luis Orione en el amor a los niños y a los pobres.



La Primera Comuni3n de Teresa. «¡Qu3 dulce fue el primer beso que Jes3s le dio a mi alma! Desde hace mucho tiempo Jes3s y la peque1a Teresa se hab3an "mirado" y entendido... Ya no eran dos. Teresa hab3a desaparecido como una gota de agua que se pierde en el Océano».

S. TERESITA DEL NIÑO JESÚS

(1873 – 1897)

«Pequeño niño rubio, ¿dónde crees que está el buen Dios?», le pregunta mamá. «Él está allá arriba en el cielo azul», responde la chica lista. «Cuando Teresa dice "Es ahí arriba en el cielo azul", – escribe en una carta la madre – hay algo en su mirada tan celestial que permanece encantada». Teresa aún no tiene tres años, pero «no habla más que del Señor; por nada en el mundo omitiría las oraciones». «Es un verdadero angelito».

Teresa nació el 2 de enero de 1873, novena y última hija de Luis Martin y de Celia Guerin. Tiene cuatro hermanas mayores: María, Paulina, Leonia y Celina. Su papá es relojero, y su mamá costurera. Una hermosa familia de Normandía. Pero pronto la madre cae enferma: «El Señor quiere que yo descanse más allá de esta tierra». Así Teresa con cuatro años y medio, se queda sin madre. Papá la consolaba.

«Todas las noches me iba de paseo con papá, visitando todos los días una nueva iglesia... Eran hermosos los días en que mi "amadísimo rey" me llevaba a pescar consigo. Me gustaban mucho el campo, las flores y los pájaros. A veces trataba de pescar con mi pequeño sedal, pero más a menudo prefería sentarme sola sobre la hierba en flor. Entonces mis pensamientos eran muy profundos... y yo soñaba con el Cielo».

Los "pensamientos profundos" de la pequeña Teresa. Le gustaba ver la puesta de sol sobre el mar; sentada en un escollo, «contemplaba

largo rato esa estela luminosa, imagen de la Gracia que ilumina el camino del pequeño navío de la graciosa vela blanca».

¡**L**os domingos! «¡Qué día el domingo! Era la fiesta del Buen Dios, la fiesta de "descanso". Yo estaba muy contenta de ir a tomar de la mano de mi "rey", que en ese día, me abrazaba más tiernamente de lo habitual!».

¡**L**as procesiones! Teresa lanzaba sus flores en alto, con la esperanza de que un pétalo volase hasta Jesús. «¡Qué alegría que era para mí esparcir flores debajo de los pasos del Buen Dios!».

Cada noche la oraciones, con las hermanas, junto a papá. «La reina estaba sola junto a su rey, y no había otra cosa que hacer que mirarlo para saber cómo oran los santos».

¡**L**a Primera Comunión! «Finalmente llegó el "día de los días". ¡Qué dulce fue el primer beso que Jesús le dio a mi alma! Desde hace mucho tiempo Jesús y la pequeña Teresa se habían "mirado" y comprendido... Después de esta Comunión el deseo de recibir al Buen Dios se hizo siempre más y más grande».

En la noche de Navidad del año 1886 (Teresa tiene casi catorce años) Teresa, que había ido con su padre y sus hermanas a la Misa de Medianoche, corre para descubrir los regalos. Pero siente que el padre le susurra a sus hermanas: «Si Dios quiere, ¡sea el último año!». ¡Teresa está shockeada! Pero, con un gran esfuerzo, sonrío, y hace mil fiestas a papá por los regalos. Teresa es otra: grande, segura, llena de atenciones hacia los demás.

Desde hace mucho tiempo ella ha decidido convertirse en monja carmelita. Le dicen que, a los quince años es ¡demasiado joven! ¡Pero ella lo ha decidido! Con dolor, su padre le da su consentimiento. Ahora parte, va a Roma con su padre, para pedir el permiso del mismo Papa. Florencia, Loreto, Roma ... ¡He aquí el Papa!... León XIII la escucha, la mira con admiración, pero le responde: «Tú vas a hacer lo que te dirán los Superiores.»

El obispo dice finalmente "Sí". ¡Teresa con quince años, ingresa en el Carmelo! Teresa es monja: un severo hábito blanco, un velo en la cabeza, la alegría en el corazón.

Durante nueve años, en el Carmelo, Teresa se hace cada día más "pequeña", más generosa, más santa.

«¡**O**h Jesús, mi Amor! Mi vocación, finalmente la encontré, mi vocación es el Amor. No soy más que una niña, incapaz y débil, más sin embargo ¡es mi misma debilidad que me da la audacia de ofrecermelo como Víctima a tu Amor, oh Jesús!». Ésta es la "vía" de Teresa, la "pequeña vía", la vía del amor confiado, la vía de los "pequeños" que se abandonan al Padre. Por habernos recordado este "pequeño camino" del humilde amor, Teresa fue recientemente proclamada "Doctora de la Iglesia".

Se presenta un mal pulmonar. Pero, mientras más negro se vuelve todo, más ella "quiere" creer en el Amor. Se fatiga al respirar: «El aire de la tierra me falta. ¿Cuándo el buen Dios me dará el aire del cielo?». «¡En verdad querría irme!». «¿Dónde?». «¡Al cielo azul!», y mira hacia el cielo, como hacía de niña. «Yo sé hacer sólo una cosa: ¡amarte, Jesús!».

Ofrece su sufrir por los misioneros. Si se sana, partirá como misionera. (Por esto, Teresa es hoy, "patrona de los misioneros").

Sus "pensamientos profundos" se hacen siempre más profundos, siempre más pensamientos de amor. «Sí, lo siento, nunca he buscado nada más que la verdad... No me arrepiento de haberme dado al Amor. ¡Oh, no, no me arrepiento! ¡Por el contrario!».

Sus últimas palabras: «¡Oh, lo amo... Dios mío ... yo ... te amo!». Se extiende, sonrío mirando algo bello, una sonrisa bella, al Cielo... Y expira.

Una lluvia de gracias irriga la tierra. Había dicho: «Después de mi muerte, voy a hacer caer en la tierra una lluvia de rosas».

YO ME SIENTO QUEMAR

SANTA GEMA GALGANI

(1878 – 1903)

Gema nació en un pueblo cerca de Lucca, donde su abuelo era médico rural. Fue nombrada de inmediato "Maria Gema". No sólo "Gema": ¡incluso "María"! De hecho no existía "Santa Gema" en la lista de los Santos, y la madre titubeaba. Un sacerdote le dijo: «Esta niña se convertirá en una gema del Paraíso».

Desde sus primeros años, Gema estuvo impresionada de manera extraordinaria con la idea de la Pasión de Jesús. La madre le mostraba el crucifijo y le decía: «Mira, Gema, este querido Jesús: ¡murió en la cruz por nosotros!», y le contaba la historia de la Pasión. «¡Continua, mamá, todavía!; dime un poco más de Jesús», decía la niña cuando la madre se detenía. No le gustaban los cuentos de hadas, sino más bien las historias de los Santos. Especialmente le gustaban las oraciones. Una vez – tenía cuatro años – estaba rezando a solas, con las manos juntas, frente a una imagen del Corazón de María. Al verla, dijo un tío: «¿Qué estás haciendo, Gema?». «¡Vete, que estoy rezando!». «¡Si hubiera tenido – dijo el tío – una cámara!». ¡Era tan hermosa la pequeña Gema en oración!

Para papá, Gema era la hija favorita. Pero a Gema no le gustaba ser preferida a los hermanos. No le gustaban las atenciones especiales. Cuando el padre la tomaba en sus rodillas, ella se escabullía. Un primo, llegando a caballo, intentó desde arriba hacerle una caricia, pero ella – tenía seis años – reaccionó dándole un empujón tan fuerte e inesperado, que aquél perdió el equilibrio y cayó del otro lado, y se

hizo muy mal. Como castigo, ¡a Gema le ataron las manos detrás de la espalda todo el día! Sin embargo, Gema era generalmente muy cariñosa y generosa. En la mesa ella siempre cedía a los hermanos la mejor de las porciones.

La madre se enfermó. Gema no se apartaba de su cama. Cuando mamá murió, Gema tenía ocho años. No lloró: «Mamá está en el Cielo».

Gema ansiaba poder hacer su Primera Comunión. Pero, desdichadamente, en ese momento tenía que esperar a tener doce años. ¡Pero Gema no podía esperar! «¡Dadme a Jesús! Veréis que voy a ser buena... ; no voy a ser la misma de antes ...; dádmelo, que estoy harta de esperar». Un sacerdote comprendió, y habló con su padre. Él le dijo que aquella niña hubiera muerto de pena si no la hubiesen admitido para hacer la comunión. ¡Gema fue admitida!

Hizo un retiro de diez días. Pasó noches enteras despierta, tan fuerte era su deseo. Se confesó tres veces. En la noche de la vigilia pidió perdón a su padre y a los hermanos.

Y en la fiesta del Sagrado Corazón, del año 1887, a los nueve años, «corrí a Jesús por la primera vez... Jesús se hizo sentir fuertemente en mi pobre alma». Dijo a una amiga: «Me siento arder, siento aquí un fuego. ¿También tú lo sientes?». Fue un día inolvidable.

Gema era inteligente, despierta, de carácter fuerte. En la escuela siempre tuvo alta calificación. Pero sus amigas no tenían envidia, y la querían igualmente; porque Gema no era en absoluto soberbia. Ella sentía mucho cuando algunas compañeras sacaban malas notas.

Después de la escuela, regresada a casa, se encerraba en su cuarto, y de rodillas rezaba el Rosario. A menudo, en la noche, se levantaba de la cama y rezaba durante mucho tiempo, con toda su alma.

Uno de los hermanos de Gema entró en el Seminario, para ser sacerdote. Pero, de joven clérigo, murió. Ella sufrió mucho. ¡Cuántas veces de niña había jugado con él a hacer predicas y altarcitos!

Incluso su padre, por el disgusto de no lograr pagar algunas grandes deudas, cayó enfermo y murió. Los acreedores acudieron inmediatamente y se llevaron todo, incluso los muebles de la casa.

Gema salió de la escuela, para ayudar a los hermanos. Pero también ella se enfermó, un mal en los huesos. ¡Un año inmóvil en la cama! Qué triste: en vez de ayudar, era ella que necesitaba ayuda. El diablo tentaba a Gema con las peores tentaciones de desesperación. ¡Pero ella pensaba en la Pasión de Jesús!

A los 21, la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón del año 1899, Gema recibió los "estigmas": Jesús estaba todo cubierto de sangre, y de las cinco llagas salían muchas llamas, que atravesaron las manos, los pies y el corazón de Gema.

Todos los viernes estas profundas heridas se abrían, y al día siguiente sanaban. A menudo Gema también sufría las espinas y la flagelación de Jesús. ¡Una vez Jesús despegó el brazo de la cruz y la abrazó!

Gema a menudo veía a su ángel de la guarda y hablaba con él cara a cara. Hablaba con Jesús y la Virgen. Pero siempre se mantuvo humilde: ella se alegraba cuando la tomaban como "loca".

El diablo la aterrorizaba, la tentaba con tentaciones de desesperación o de impureza. Pero ella oraba, y ganaba.

Gema era una santa. Su corazón ardía de amor.

Murió el día de Pascua, el 11 de abril 1903.

RAÏSSA OUMANÇOFF-MARITAIN

(1883 – 1960)

En las orillas del Don, aquel gran río que al lado del Volga atraviesa Rusia, nació el 12 de septiembre de 1883 – en un pueblo llamado Rostov – una niña; su nombre: Raïssa.

Raïssa era rusa, hablaba el ruso, pero era de ascendencia judía. Cuando los romanos en el año 70 dC, destruyeron Jerusalén, el pueblo judío se dispersó por todo el mundo; pero en las tierras donde llegaron, los judíos siempre se mantuvieron separados de los demás, y se reunían alrededor de una Biblia.

Raïssa tenía un abuelo paterno severo y austero, que comía sólo pan seco, y dormía siempre al aire libre. Pero, a veces, este abuelo se acercaba a Raïssa tímidamente y le leía en la Biblia las historias más bellas del Antiguo Testamento, y le hablaba sobre Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, David, Salomón.

Su abuelo materno era en cambio otro tipo: todo «amor y confianza, alegría y caridad». Raïssa estaba encariñada, aparte de mamá y papá, también con Vera, su hermanita pequeña.

He aquí algunos recuerdos de Raïssa: «Con siete años fui admitida en la escuela... Entraba en el mundo del conocimiento, mi corazón latía con una esperanza infinita: yo iba a aprender a leer... Iba a la escuela con un corazón lleno de amor y de miedo... Desobedecer, estar distraído, criticar a mis maestros eran cosas que ni siquiera pasaban por mi mente. Todo mi ser estaba ávido de escuchar y comprender. ¡Como todo era a su vez agradable y terrible en la escuela! Era terrible

no saber la lección, no encontrar la solución a un problema. Pero ¡qué fuente de alegría en una lección bien entendida, en los buenos libros, en los cuadernos decorados!». Otro de sus recuerdos: «Durante el sábado no estaba permitido ningún tipo de trabajo... Se iba a la sinagoga. Y cuando se traía la Biblia en procesión, toda cubierta de terciopelo bordado en oro y plata, me dejaban tocarla con la punta de los dedos, y después yo me besaba los dedos».

Todos los buenos judíos aman la Biblia. Pero la Biblia de los Judíos no llega al Evangelio, no tiene el Nuevo Testamento. Esperan todavía el Mesías. Pero son pocos los judíos que creen en Jesús. No creen que Jesús es signo de Amor de Dios, de un Dios que por amor murió en una cruz. En cambio nosotros cristianos creemos que el Mesías es precisamente Jesús, porque Jesús era santo, hacía milagros, y decía: «Me envió el Padre mío», y entonces por amor murió en la cruz, y resucitó al tercer día.

Los padres de Raïssa, deseando una buena educación para su hija, decidieron trasladarse a Francia, en París. Raïssa tenía diez años. Leía mucho, leía siempre. Cuanto más leía, más conocía la historia y la vida. Pero la escuela y los libros ya no eran tan hermosos como antes. Todo le parecía un poco frío y siempre igual. Raïssa se había vuelto en triste. «Cada mañana, despertándome, me sentía infeliz, y suspiraba ante la idea de que debía que volver a retomar la vida de la escuela como el día anterior».

«**A** la edad de catorce años empecé a preguntarme acerca de Dios... Recuerdo claramente que razonaba así: “Si Dios es bueno, ¿porque permite el sufrimiento?”». Ahora la pregunta que Raïssa se ponía era esta: «¿Por qué vivir?». Una terrible tentación la incitaba a no creer más en Dios: «Era un pensamiento doloroso, pero yo no lo aceptaba realmente... Tenía esperanza en la ciencia... Seguía rezando en secreto por la mañana y por la noche a ese Dios que se borraba de mi mente, pero que mi corazón no quería abandonar. En la escuela no podía encontrar ninguna enseñanza religiosa... Me quedaba en la ignorancia total del cristianismo».

Raïssa creía en la "ciencia". Pero más se acercaba a los hombres de ciencia, en las escuelas secundarias y en la Universidad, más se hallaba desilusionada. La ciencia es hermosa, pero no ilumina el alma.

Raïssa rozaba la desesperación. Afortunadamente, unos años más tarde, se encontró con un muy buen chico, Jacques Maritain. Se casaron. Pero también Jacques en ese momento estaba lejos de la fe. Hasta que un día Jacques y Raïssa tuvieron la gracia de conocer un verdadero cristiano, un grande escritor un poco pobre, quien les habló del Evangelio y el amor de Jesús. ¡Sorpresa, alegría! Raïssa empezó a conocer y amar a Jesús. Raïssa y Jacques pidieron el Bautismo. Aquel escritor un poco pobre fue su padrino. Estaban encantados de haberse convertidos en cristianos. Y comenzaron una vida santa, de estudio y de oración. Jacques se hizo famoso, se convirtió en uno de los más grandes pensadores cristianos del siglo Veinte. Raïssa también escribió libros muy profundos, y poesías muy hermosas.

Raïssa se unió cada vez más, con amor, a Jesús Crucificado; y así ella entendió por qué el buen Dios permite los sufrimientos: para prepararnos para el Paraíso.

Raïssa terminó su vida el 4 de noviembre de 1960. Jacques –quien se retiró con los frailes llamados "Pequeños Hermanos de Jesús" – la alcanzó en el Cielo muchos años después, en 1988. A él mismo, el Papa – al final del Concilio Vaticano II, en 1965 – había confiado el Mensaje del Concilio a los hombres de la ciencia y de la cultura.

SAN CARLOS, SAN KIZITO Y LOS OTROS SANTOS MÁRTIRES DE UGANDA (1886)

Rojo es el color de la sangre. El tres de junio de cada año, en todas las iglesias del mundo, los sacerdotes celebran Misa vestidos de rojo, ya que el 3 de junio de 1886 fueron martirizados – que es, asesinados por Jesús – los mártires africanos de Uganda.

Todo comenzó cuando algunos misioneros partieron de Argelia para adentrarse en la África "negra", para predicar el Evangelio. Después de ocho meses de viaje, superando dificultades y peligros, llegaron a los Grandes Lagos, y lograron entrar en Uganda. Allí empezaron a hablar con la gente acerca de Jesús y el Paraíso. Los nativos escuchaban atentos. El "Evangelio" anunciado por los misioneros, o sea la "Buena Noticia" de que Dios es nuestro Padre y nos ama y espera en el Paraíso, era para todos un mensaje reconfortante; era en verdad una "Buena Noticia". La gente, de hecho, tenía miedo por la creencia en los espíritus, por los maleficios del hechicero, y por la violencia del rey y de los jefes de tribu. Por ejemplo, el rey, para mantener buenos y favorables a los espíritus del lago, en varias ocasiones, había matado a cientos de personas.

Los misioneros, para un buen comienzo de su apostolado, enseguida consagraron Uganda a la Virgen María. El dulce nombre de María comenzó a resonar en las pobres chozas.

Pero el diablo se desató temprano, y con rabia. El rey Mwanga tenía con él, como pajes, un centenar de niños, hijos de los distintos jefes de las tribus del reino. En poco tiempo, muchos de ellos, después de su encuentro con el misionero se hicieron bautizar. Los pajes

cristianos eran los más obedientes y más devotos al rey, pero absolutamente se negaban a someterse a él cuando él les ordenaba algún mal o algunas impurezas. El Jefe de los pajes era un cristiano, José Mkasa; José defendió enérgicamente la inocencia y la pureza de sus muchachos cristianos. Entonces el rey ordenó que le cortasen la cabeza y que fuese quemado. «Decid al rey que lo perdono de corazón», dijo José antes de morir. José fue el primero de los mártires ugandeses.

El rey se ponía cada vez más furioso pero los pajes se mantenían fieles a Dios; los animaba Carlos Lwanga, un paje cristiano de veinte años.

Había entre los pajes un niño de trece años, Kizito, que aún no había sido bautizado, pero anhelaba mucho el Bautismo; y ¡cómo le insistía al misionero para que lo bautizase! Pero aún tenía que terminar su Catecismo.

Un día, el rey tomó una lanza y golpeó a muerte al paje Dionisio, porque le había respondido un claro “no”. Entonces Carlos reunió por la noche a los niños cristianos; les habló de la fe, del Paraíso. Tomó agua y bautizó a los cuatro más pequeños: Kizito, Gyavira, Mugagga y Mbagá. A la mañana siguiente, el rey llamó a la corte a los jefes de tribu, y los atemorizó con muchas amenazas; gritaba que iba a matar a todos los cristianos. Gritaba contra los pajes: «Mi perro, lo llamo, y viene. Me obedece. Vosotros no me obedecéis... ¡Aquellos de vosotros que ruegan pónganse allá abajo!». Carlos y todos los pajes cristianos se movieron, y fueron. «Todos fuimos allí con alegría; ninguno de nosotros estaba triste», recordó uno de los tres que sobrevivieron a la masacre. Kizito se tenía estrecho a Carlos.

Fueron atados, llevados, en fila. En el camino, se encontraron con un misionero, el padre Lourdel, que no pudo hacer otro que mirarlos largo, y bendecirlos. El misionero relatará que él nunca vio a sus hijos tan felices como en aquel momento.

Caminaron durante dos días. En el camino, los soldados del rey mataron a Anastasio; luego asesinaron con una lanza también a Gonzaga, que no lograba caminar: las cadenas le habían entrado en la carne. Llegaron en Namugongo. Los soldados tardaron una semana para preparar la madera para quemar los chicos. Estos siempre

repetían: «¡Morimos por Jesucristo!» – «¡Permanezcamos firmes!» – «Va a ser el dolor de un momento; después vamos a estar en el Cielo» – «De todas formas, ¡alguna vez tenemos que morir!». Y siempre el Padre Nuestro, y siempre el Ave María.

Mbagá era el hijo del jefe de estos soldados. El padre, para salvarlo, se lo llevó a su casa, con la esperanza de convencerlo. Pero el hijo le dijo: «Si tú vas con tu padre, y llegas primero a pasar el río, ¿qué mal hay?». Y quiso volver con sus amigos, a morir.

La vigilia, todos repetían: «Mañana vamos a morir por Jesús». Finalmente amaneció el día de su santidad y de su Paraíso: «Vamos a orar hasta que viviremos» – «Un poco más y veremos a Jesús».

Tres de ellos, inexplicablemente, fueron liberados. Carlos fue quemado aparte. Le dijo al verdugo: «Este fuego es agua fresca; ¡atento tú al fuego verdadero del infierno». Los otros doce –y con ellos, otros doce pajos cristianos no católicos – fueron envueltos en esteras, y colocados en una pila de madera, y fue encendido el fuego

Un testigo dice: «Oía en el incendio un murmullo de oraciones».

Así fueron a Dios, llenos de fe y de luz y, los heroicos chicos negros de Uganda.

*AMOR, ORACIÓN Y SACRIFICIO***SAN PADRE PIO**

FRANCESCO FORGIONE

(1887 – 1968)

Padre Pío fue un fraile franciscano capuchino, que rezaba siempre, sufrió mucho, convirtió a Dios a muchas personas, obteniendo de parte del Señor gracias y milagros.

Él nació en Pietrelcina, en la noche del 25 de mayo de 1887. A la mañana siguiente, temprano, fue bautizado con el nombre de Francisco. Se temía por su vida, porque ya dos hermanos estaban muertos. Además de esos dos, Francisco tenía un hermano mayor, y luego cuatro más pequeños.

Su casa tenía dos pequeñas habitaciones: cocina y dormitorio; para cambiar de ambientes tenían que salir a la carretera. Dos sillas de paja, una alacena, un arcón, dos ollas, el cubo, un hogar. Francisco dormía en una cuna de madera pintada en rojo. Pero el bebé, en la cuna, se movía tanto que a veces volcaba la cuna, y los padres que venían asustados se encontraban con que Francisco les sonreía, como feliz con su travesura inocente. Francisco era un poco testarudo: lo que quería, lo quería. Y así, como sucede con todos los niños, también Francisco recibió algunas bofetadas de papá. A los seis años de edad, el padre lo enviaba con Baldino a pastar ovejas. Este chico llamado Baldino, que no era mucho mayor que Francisco, dijo cosas interesantes sobre su pequeño amigo.

Cuenta pues Baldino que Francisco hacía (con una madera o una piedra) un señal de la cruz en el suelo, se arrodillaba, y permanecía allí todo absorto en oración. Baldino lo llamaba; ¡nada!; Baldino lo

sacudía, le daba tirones; ¡nada!; estaba abajo, serio y absorto. Baldino, sorprendido, se queda boquiabierto mirándolo, hasta que Francisco le dice: «Oh, ¿porque me miras tan extraño? Qué, ¿te asustas cuando hablo con Nuestro Señor? ¿Por qué no oras conmigo?». Baldino se queda un poco confundido, y le dice: «Pero tú, cuando ruegas, ¡parece que mueres, que ya no existes en esta tierra!». Baldino contó todo a los padres de Francisco, quienes sin embargo, no le dieron importancia. Entonces comenzó Baldino – a veces – a rezar un poco con su amigo; pero luego se cansaba. Francisco, en cambio, nunca se cansaba de orar.

Otras veces Francisco se tendía en el suelo y se quedaba durante horas mirando el cielo.

Absorbido por sus pensamientos profundos, Francisco se mostraba a veces feliz y alegre; a veces, en cambio, era muy triste, y hacía muecas de dolor. ¿Un niño extraño? No, era un niño que "sentía" profundamente la vida y la fe.

Él empezó a ir a la escuela: primer grado, palos, cuadrados... Pero los palos de Francisco tenían también una línea en medio: ¡el cuaderno de Francisco estaba lleno de cruces! Sus pensamientos estaban mucho más allá de los palos o del alfabeto. Así pasaron los años de la infancia. Francisco siempre llenaba su vida de oraciones y meditaciones. Mientras tanto, papá, para alimentar a sus hijos, había emigrado a América.

A los doce Francisco recibió juntas la Primera Comunión y la Confirmación. Esta última significó para él una fuertísima experiencia del Espíritu Santo. Él escribirá años después: «Al pensar en ese día me siento quemar todo».

Otro día, regresando a casa de la escuela, dijo de un saque a su madre: «Quiero hacerme monje de Misa, monje de barba». En aquellos días había pasado en la aldea para la limosna un monje capuchino, con una larga barba, y Francisco fue tocado por su dulzura, ¡y también de la barba!

Francisco relatará haber tenido a los quince años (al final de 1902) una especie de visión. Vio a su lado – dice – «un hombre brillante como el sol, que lo invitó a seguirlo y a luchar con valentía. Delante de los ojos de Francisco se extendía una vasta llanura, poblada por dos

grupos de hombres: por un lado, muchos de ellos vestidos de blanco y con rostro bellísimo, por otro lado, otros tantos vestidos de negro y de aspecto horrible. Por el medio avanzaba un individuo horrible, tan alto que parecía tocar con su frente las nubes... El choque resultó terrible, pero, al final, Francisco ganó, y todos los individuos horribles huyeron. Como recompensa, Francisco tuvo una corona de espléndida belleza».

Francisco dejó su país, Pietrelcina, y entró en el convento de los frailes capuchinos en Morcone. A los quince años y medio fue fraile franciscano, con el hábito marrón y un gran Rosario al cinturón. El 10 de agosto de 1910 fue ordenado sacerdote.

Padre Pío ardía de amor por Jesús. Se quemaba de oración. Cada semana, siempre más, sentía los dolores de la Pasión de Jesús, hasta que los estigmas marcaron para siempre su cuerpo. En 1916 fue trasladado al convento de San Juan Rotondo, en el Monte Gargano, en Puglia.

Hasta su muerte, el Padre Pío fue un buen "siervo de Dios": escuchaba, confesaba, bendecía. A veces arisco, pero siempre muy cariñoso. En 2002 fue declarado santo por el Papa Juan Pablo II, ante una enorme multitud.

S. MARIA BERTILLA BOSCARDIN

(1888 – 1922)

Cuando alguno es llevado, enfermo, en el hospital, es tomado por una sensación de miedo: amplias salas blancas, fríos armarios de hierro, médicos en batas blancas o verdes, olor a desinfectante, inyecciones, medicamentos... ¡Pobre enfermo! Pero he aquí: se acerca una monja, que le dice una palabra buena, lo consuela ... Y el paciente se conforta...

Las “hermanas”, en hospitales, parvularios, o residencias de ancianos, son en realidad "hermanas". Son hermanas y esposas de Jesús, pero precisamente por esto son hermanas también de los niños abandonados, de los pobres, de los marginados. Hermanas de todos. Ellas ven a Jesús en cada persona. Para ser de Jesús renunciaron a su propia familia. Pero Jesús las ama inmensamente. Muchas hermanas han sido declaradas "santas". Muchas otras viven una vida tan humilde, que nadie se da cuenta de su escondida santidad.

No hace muchos años, vivió una “hermana” muy humilde, que se llamaba Sor María Bertilla Boscardin. Escondida, pero cuando murió, todos dijeron: «¡Murió una santa!».

De niña, ella se llamaba Ana Francisca. Había nacido en 1888 en un pequeño pueblo en la región de Venecia, en una pobre casa de campesinos. Papá Boscardin tenía por desgracia un defecto: a veces llegaba a casa borracho, y hacía escenas... Una noche la madre desesperada se fue con su niña, a pie, hasta el Santuario de la Virgen en Monte Bérico. Allí esperaron buenas a que se abrieran en la

mañana las puertas de la Iglesia; y después de haber rogado a María, regresaron a su casa, perdonando. Las pobres sufrían, pero nunca se quejaban. Las veías a menudo en la iglesia, para orar juntas. Alguien recuerda que la niña « se bajaba el velo hasta los ojos, y se quedaba inmóvil, de rodillas, con la cabeza inclinada en oración, sin girarse jamás ni a la derecha ni a la izquierda». Dice otro testigo: «En nuestro país había a veces una banda que tocaba en la plaza. Todo el mundo, incluso el párroco, estaban allá por escuchar la música; pero en aquellas ocasiones yo nunca vi a Bertilla salir de la iglesia. A veces, de hecho, me dije a mí mismo: "Quiero ver si las Boscardin se mueven!". Y volví a propósito a la iglesia con el fin de ver: ¡madre e hija estaban allí quietas, en su banco, a rezar!».

Pero, ¿tal vez se trataba de dos personas tristes, o exageradas? No. Eran simplemente dos buenas hijas de Dios. Eran "sabias" en el Señor.

"Sabiduría", sin embargo, es algo diferente de "ciencia". La pequeña Ana tenía diez en buena conducta y en diligencia, pero las otras notas no eran así de buenas. La maestra le había hecho repetir la primera clase, y la llamaba, despreciándola, "bauchéta", o sea poco despierta.

Pero Ana (que será Sor Bertilla) era en cambio, a su manera, muy inteligente, y comprendía muchas cosas de la vida.

A los trece años hizo voto de castidad, es decir de no casarse, por amor a Dios, pero cuando le preguntó al párroco para ser monja, el párroco respondió: «Pero ¿que hacen las hermanas contigo?», como para decirle: «Tú eres una buena para nada». Pero, después, a los diecisiete años, Ana realmente se hizo monja.

Y fue enviada por la Superiora como ayudante en un hospital de Treviso. Pero no en las salas de los enfermos, no, «¡tú en la cocina, a pelar patatas!».

Pero un día falleció la "hermana" de la Unidad de Enfermedades Infecciosas, y la Superiora decidió al final, después de mucha incertidumbre, de enviar allá a sor Bertilla. Sor Bertilla mostró su talento. Ella no tenía un diploma, pero se convirtió en una enfermera perfecta. Los que la conocieron escribirán así: «Sor Bertilla empleaba curas tan delicadas y cuidados tan distintos que nunca he visto a nadie

hacer como ella. Ella se consumía para sus pacientes. Cuando algunos enfermos sufrían mucho, ella sentía una pena indecible...».

Un médico dijo: «Sor Bertilla pasaba una, dos, quince noches en vela y se presentaba siempre igual, despreocupada de si misma, sin dar signos de fatiga y del mal que tenía».

Una enfermera escribe: «Aunque muy cansada, iba de cama en cama para pedir a cada enfermo como estaba y si necesitaba algo».

Una Superiora testifica: «Yo sí creo que en los enfermos ella viese Nuestro Señor; de hecho, ella ponía en la asistencia a ellos cuerpo y alma, como se suele decir. Si yo le decía que se considerase un poco, respondía, “Superiora, me parece servir al Señor”».

Sus últimas palabras: «Diga a las hermanas que trabajen sólo para el Señor, porque todo es nada, todo es nada».

Era el 20 de octubre de 1922. María Bertilla había transitado tanto camino en lo que ella llamaba el "camino de los carros", es el camino del humilde servir.

¡**E**l "príncipe azul" venía a tomar su Cenicienta! Habrá cierto venido no con un "carro", mas con una carroza resplandeciente de ángeles, y la habrá llevado pronto arriba, en el Palacio del Cielo, entre los Santos.

MÁRTIR POR LA PUREZA

SANTA MARIA GORETTI

(1890 – 1902)

El 24 junio de 1950, ante quinientos mil fieles, el Papa Pío XII proclamó santa a una humilde niña: María Goretti. Estaba presente también su anciana madre. Fue una gran fiesta para toda la Iglesia. ¿Por qué tanta gloria para "Marietta"?

María había nacido el 16 de octubre 1890, en Corinaldo, en las Marcas de Ancona. Chica rubia, rizada, muy tímida, con un vestidito largo largo, el Rosario todas las noches con mamá y papá, y mucha decorosa pobreza.

Hasta que un día – Marietta con siete años de edad –, reunidas las pocas cosas, se va; un largo viaje, antes en un carro, luego en tren, hasta un campo cerca de Paliano, más allá de Roma, para trabajar la tierra de un propietario. Marietta, en tren, lleva quizá en brazos la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, que la madre le ha confiado. O quizá está acariciando el gato rojo. O tal vez lleva en brazos su hermanita de un año, mientras que los hermanos, con su nariz en la ventana, esperan la próxima galería.

Pero en Paliano las cosas no salieron bien. Después de un año, he aquí de nuevo los Goretti en camino, hasta la estación del tren: los mismos cinco niños buenos, el mismo saco de ropa blanca, la misma paz resignada de pobre gente. Ahora van en las Ciénagas Pontinas, a las "Ferrieras". Allá no solo hay tierra para trabajar, sino también pantanos, barro, malaria.

Por desgracia, pronto, también el padre de Marietta, como muchos otros, se enferma: malaria, neumonía, meningitis. Llamaron a un sacerdote para la Comunión y el Óleo Santo.

El cuerpo del fallecido fue cargado en un carro. Detrás del carro, Marietta, mamá, los hermanitos pobrecitos y descalzos. Para animar a la madre, Marietta dijo: «Mamá, no llores; ¡yo te ayudaré!».

Mamá ahora tiene que cavar la tierra en lugar de su marido. Toca por lo tanto a Marietta pensar en la casa, los hermanos, lavar, cocinar la polenta. Cuando la madre regresa a casa de los campos, todo está en su lugar. Un día Marietta le pregunta a su madre: «Mamá, la Comunión, ¿cuándo la haré yo?».

Alejandro (el asesino), recordará: «Muchas veces la he visto que hacía de maestra a sus hermanos, para enseñarles las oraciones».

Marietta iba a Misa todos los domingos. Los testigos dicen que ella «era la primera en entrar en la iglesia y la última en salir», y que «no había peligro de que nunca se distrajese ». «Llevaba de la mano algún hermanito, le ayudaba a hacerse la señal de la cruz, a decir las oraciones, los hacía arrodillarse en el momento de la Consagración, o los hacía rezar y los tenía buenos; ella estaba de rodillas, devota, atenta y respondía en voz alta a la Corona del Rosario». «Se veía que era realmente una hijita cultivada por el Señor». «Era tímida y hablaba poco, siempre agradecía, sonreía buena, buena». «Una vez, yendo a la fuente para llenar de agua la jarra, oyó malas palabras; en casa le dijo a su madre: «¿Si yo hablara de esa manera? ¡Más bien quisiera morir!». Modesta y reservada, cuando salía, siempre mantenía su característico gran pañuelo atado bajo la barbilla.

En las Ferrieras no existía la escuela: pequeña analfabeta, Marietta tenía en cambio mucha "sabiduría". «Mamá, cuando haré yo la Comunión?». Así una señora le hizo Catecismo, otra le dio un vestido blanco, una el velo, otra dos zapatillas blancas. Una corona de flores silvestres en el frente. La santa Confesión... Y «María hizo la primera Comunión en verdad como una santa». Tenía en la mano un Rosario. Después de la Misa, tenía también ella, al igual que los otros niños, su cesta de flores para esparcirlas en la procesión del Corpus Christi. ¿Pero la flor más hermosa no era quizá ella? Una flor para el Cielo.

En la misma casa de los Goretti vivía otra familia, con un muchacho de veinte años, Alejandro. En la cocina, después de la cena, durante el Rosario estaba allí también él; pero era un tipo extraño. Había conocido unos chicos malos. Le gustaba leer en los periódicos historias desagradables. Y comenzó un día a hacer a Marietta malas propuestas. Marietta «a partir de ese día – dirá Alejandro después de su conversión – siempre tenía la corona en la mano y no la dejaba si no cuando tenía que trabajar». Y decía a su madre que no la dejase sola en casa: «¡Voy a ir yo a trabajar en el campo!»; y lloraba...

Un mal día de julio, mientras que la madre estaba afuera trillando el grano... «No, no. Dios no quiere; si haces esto te vas al infierno». Él, ciego de ira, con un punzón la golpeó, muchas veces. «¿Qué haces, Alejandro, ¡te vas al infierno!». Desde el vestido desigual fortín? los intestinos. «Dios, Dios... Yo muero... ¡Mamá! ... ¡Mamá! ...».

La llevaron con un carro al hospital de Neptuno. Antes de morir, ella perdonó Alejandro: «¡Sí, por amor de Jesús lo perdono y quiero que venga conmigo al Paraíso!». Doce años!

Por siempre, María es santa, en el Paraíso. Y los buenos la honran como "virgen y mártir".

Santa María Goretti, ¡mártir de la pureza!

BEATA LAURA VICUÑA

(1891 - 1904)

En 1891, Santiago de Chile todavía no era aquella gran ciudad que es hoy, pero era siempre la capital. Un militar de carrera, José Domingo Vicuña, de noble familia, se había casado con una pobre sarta, Mercedes. Y he aquí nace una niña, que viene bautizada con el nombre de Laura del Carmen. Lamentablemente está en marcha una revolución, y los Vicuña deben huir; se refugian en Temuco, pequeña ciudad del Sur. Vida de privaciones. Y el papá pronto muere. No queda a Mercedes que llevar a Laura, que ahora tiene ocho años, y la hermanita de tres años, Amanda, y de nuevo partir. Pero andar dónde? Hay allí una gran cadena de montañas, los Andes; más allá de los Andes, las grandes llanuras de Argentina. Sobre un caballo, con estrechas estrechas las dos niñas, Mercedes cruza las montañas. Y finalmente ¡Argentina! Pero donde detenerse? Los ríos en plena arrastran todo. Un caballero, de nombre Manuel (parece bueno, pero no lo es), se ofrece a ayudar a las refugiadas; invita Mercedes a su casa. Mercedes acepta. Ahora, a los ojos de los siervos, ella parece "la dueña", gobierna la granja del dueño. Las niñas reciben dulces y juguetes. No saben que su mamá, por desgracia, debe convivir con el patron sin casarse, haciendo lo que a él le gusta.

A veinte kilómetros, en una localidad llamada Junín de los Andes, dos religiosas salesianas venidas desde Chile - Sor Ángela y una joven 'novicia', Sor Rosa -, han instituido un pequeño Colegio. Mercedes obtiene del dueño de llevar allí las niñas. Entonces, ¡en el carro! Es el 2 de enero de 1900. Laura allí está feliz. Es muy amiga de

Sor Rosa. Después de un año – tiene diez años – hace su Primera he aquí, Laura llama la mamá: «!Mamá!». «¿Que quieres, Laura?». «Ven aquí, mamá. Yo no sanaré más. Me lo he pedido a Jesús: he ofrecido mi vida por usted, para que usted vuelva a Jesús. Me voy, mamá, pero tú ¡vuelve a Jesús!». La madre, llorando: «Sí, Laura, Laura mia. Te prometo. Te juro. ¡Dios mío, perdóname!». Comunción. Sus ‘propósitos’ en la preparación a la Primera Comunción se asemejan a los de Domingo Savio: «Oh Dios mío, quiero amarte... quiero morir antes que que ofenderte con el pecado».

A Laura la encanta rezar; reza así absorta que parece en éxtasis. Cuando le hablan de la Virgen, bajanle lágrimas. Hace muchas ‘floreillas’ (pequeños sacrificios). Pide de sustituir las compañeras en los servicios fatigosos. Ayudalas en los deberes; si así le falterá el tiempo para prepararse bien, ¡paciencia!, aceptará el reproche en silencio, sin disculparse. Es humilde: no hace nada por lucirse. Busca imitar a Sor Rosa, que es siempre sonriente y que le dice de hacer todo por amor de Jesús. Es feliz cuando, con las compañeras, recibe la cinta y la medalla de ‘Hija de María’. Pero Laura ha entendido bien la situación de su madre, y por que no hace nunca la Comunción. ¡Que peso sobre el corazón de Laura!

Laura ha crecido. Cuando un día vuelve a casa, para ver a mamá, el patron intenta violentarla; ella reacciona fuertemente, y logra liberarse. Después, una noche de fiesta, el patron le pide de bailar con él; ella entiende, y se niega abiertamente. Él se enfada, y, rojo de ira, la ofende, la trata muy mal. Laura pide volver enseguida al Colegio. Ha conocido la bondad de las religiosas, y tiene en su corazón un deseo: ser ‘religiosa’. Pero también tiene, en el corazón, una angustia: la mamá! ¿Qué puede hacer ella por la mamá? Oh, ¡sí!, puede ofrecerse a si misma, ¡ofrecer su vida! Lo dice en confesión al sacerdote, que escucha sorprendido, pero, viendola tan sabia y madura, no se atreve a prohibir. Laura empieza pronto a tener problemas de salud. Es un invierno frío, húmedo, con muchas inundaciones. Ella no se ahorra a ayudar a todos. Cae enferma. Es muy débil. La mamá, para encontrar una ayuda médica, va con ella en una casa no lejos del Colegio. Pero Laura empeora; tiene fiebre alta. Una tarde de enero de 1904, llega el patron para controlar. Quiere estar allí la noche. Laura no quiere. Dice que si él permanece, ella se

va al Colegio; y realmente sale. Él se enfada, le corre detrás, la llena de golpes y de insultos. Laura súplica a la mamá: «Déhalo, mamá!».

Està contenta cuando el sacerdote le lleva la Comunión. Sufre un día cuando aparecen las religiosas a saludarla porque deben ir a Santiago. Dice: «!Orad por mí!». Y a la Hermana Directora: «Nos volveremos a encontrar en el Paraíso. Pronto yo llegaré, hablaré de todas a María Auxiliadora». Viene el cura para el 'Viático', la última Comunión, la que viene dada a los moribundos para consolarlos y acompañarlos en la 'vía' del Paraíso.

Y he aquí, Laura llama a la mamá: «!Mamá!». «¿Que quieres, Laura?». «Ven aquí, mamá. Yo no sanaré más. Me lo he pedido a Jesús: he ofrecido mi vida por usted, para que usted vuelva a Jesús. Me voy, mamá, pero tú ¡vuelve a Jesús!». La madre, llorando: «Sí, Laura, Laura mia. Te prometo. Te juro. ¡Dios mío, perdóname!».

Ahora Laura puede morir en paz. Muere en paz, contenta. Es el 22 de enero de 1904. Laura todavía no tiene trece años. Al funeral de Laura, el día después, la mamá se confesará y hará la Comunión. Luego Mercedes huirá, pasará de nuevo los Andes... Sera pobre, pero ahora ella sabe que su Laura está feliz y que la mira desde el Cielo.

El cuerpo de Laura quedó enterrado por muchos años allí, en el pequeño cementerio de aquel pueblecito del Sur, Junín de los Andes. Pero pronto se difundió la noticia de aquella gran bondad y de aquella heroica donación. El Papa Juan Pablo II, el 3 de septiembre de 1988, la declaró 'Beata', y la propuso como modelo a la juventud cristiana. Hoy el cuerpo de Laura del Carmen Vicuña es venerado en la Capilla de las Hijas de María Auxiliadora en la ciudad de Bahía Blanca, en Argentina. Allí tu ves siempre jovenes que piden a Laura un socorro para una vida buena.

SANTA EDITH STEIN

(1891 – 1942)

La pequeña Edith era una niña judía. Había nacido en Breslau – ciudad entonces alemana – el 12 de octubre de 1891. ¿Cómo pasa los días una niña judía? ¡ al igual que todos los niños! La casa, los juegos, la escuela. Los sábados se va a la sinagoga, que es la iglesia de los Judíos. Los padres y hermanos de Edith observaban la ley de Moisés: el descanso del sábado, la lectura de los Salmos, el cordero pascual con hierbas amargas, en definitiva, las antiguas tradiciones. También Edith obedecía la "Torá", la Ley de Dios. Edith era así, una buena chica del pueblo hebreo. ¿Cómo puede ser que una niña judía se convierta en una grande santa cristiana? Lo es , porque cada uno de nosotros tiene su "historia santa", su camino personal hacia Dios. La historia de un santo, aunque a veces parezca igual a la historia de otro santo, es en la realidad muy diferente.

Por ejemplo, en esos mismos días, en un monasterio lejano de Francia, vivía una monja que desde niña había siempre amado mucho a Jesús: era Teresa del Niño Jesús; Edith, por el contrario, todavía no conocía a Jesús.

Edith era muy inteligente. Un día se convertirá en una famosa "filósofa". Escribirá libros que también hoy son estudiados por los filósofos.

Desde niña Edith amó siempre la escuela. Se mostraba más contenta y feliz en la escuela que en casa. Por ser cuestionada por la maestra, subía sobre el banco y, con la mano levantada, correteaba hasta la cátedra. Cuando, al comienzo de cada año escolar, le

compraban el libro de la historia, ella, después de unos días, ya lo había leído todo.

Ella era precisa y exacta. Hasta los siete años era a menudo impaciente e incluso a veces impertinente; se enojaba por nada; demasiado sensible, se emocionaba tanto que le venía la fiebre. Pero cuando comenzó a ir a la escuela, se convirtió en tranquila, quieta, clara, dueña de sí misma. La llamaban "la inteligente". Ella no quería que sus compañeros, un poco por envidia, la llamasen así. Ella vivía en un mundo todo suyo, un mundo lejano de palabras silenciosas. Pero también era muy, muy afectuosa.

A los trece años, por desgracia, se alejó de la religión. Pero, aunque no conociese todavía el Dios del Puro Amor, siguió siendo pura, reservada. Estaba contenta de sus éxitos escolásticos, pero no era por esto soberbia. Su gran deseo: comprender. Amaba la limpieza. No obstante, a los trece años – desilusionada – dejó la escuela. Después de dos años, arrepintiéndose, regresó a sus estudios. Fue en fin admitida en la Universidad de Göttingen. Göttingen es una pequeña ciudad rodeada de bosques y montañas. A Edith le gustaba ir con sus amigas a hacer largas caminatas; le encantaba el cielo límpido, los horizontes interminables, la satisfacción de haber llegado a la cima de una cumbre. Estudió mucho; se hizo famosa por sus investigaciones científicas. Escribió libros.

Encontró unos compañeros de estudios cristianos, y se quedó conmovida al ver su fe. Durante la Primera Guerra Mundial, se ofreció como enfermera de la Cruz Roja. Empezó a leer el Evangelio.

Hasta que una noche, en la casa de una amiga filósofa, vio, entre sus libros, la "Vida" de Santa Teresa de Ávila. Lo abrió curiosa. Pasó toda la noche leyendo. Cuando a la mañana cerró el libro, se limitó a decir: «¡Ésta es la verdad!».

Pidió el Bautismo. Fue su madrina esa amiga.

Ahora, para ella, todo había cambiado. Decidió convertirse en monja. Pero el abad del monasterio, donde ella iba a rezar, le pidió de esperar, de continuar mientras tanto a enseñar. Enseñó en un Instituto superior para niñas; la amaban, porque de ella aprendían muchas cosas, pero sobre todo aprendían la belleza de la verdad.

Luego enseñó en una Universidad. La llamaban a menudo para hablar sobre el papel de la mujer en la sociedad, y en la Iglesia.

Pero en 1933 –diez años habían pasado desde su bautismo – los nazis la retiraron de la enseñanza, porque era hebrea. Entonces inmediatamente ella fue y se hizo monja en el Carmelo de Colonia. Escribió en un poema: «Se asomó para mi una estrella... Mi corazón se ha convertido ahora en un pesebre que Te espera a Ti... ¡No por largo tiempo!».

Los nazis cosían una estrella en el pecho de los Judíos y los perseguían. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, millones de hebreos fueron quemados o asfixiados o envenenados en los campos de concentración. Edith compartió este destino. Los nazis, por enojo contra los obispos holandeses que habían protestado, se vengaron con las monjas hebreas. Cuando los soldados llegaron, Edith tomó la mano de su hermana Rosa, y le dijo: «¡Vamos, vamos, por nuestro pueblo!».

En el largo viaje hacia el "lager" de Auschwitz, alguien se dio cuenta de aquella monja que, entre los prisioneros asustados, se hacía cargo de los niños que lloraban. Dice un testigo, que aquella monja parecía "la Piedad", o sea, tenía una cara como la Virgen a los pies de la Cruz.

Edith (ahora "sor Teresa de la Cruz") fue asesinada en Auschwitz el 9 de agosto 1942: mártir por ser judía, y también por ser cristiana.

Así Edith Stein fue unida a su pueblo en el "sacrificio" del la "Shoah" (se llama "Shoah" el "Holocausto", o sea el martirio de seis millones de Judios, perpetrado por los Nazis).

En el Paraíso, Edith está en Dios junto con todas las "víctimas"; es "beata" junto con todos «los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Evangelio de Matéo).

MADRE ESPERANZA
MARÍA JOSEFA ALHAMA VALERA
BEATA (1893 – 1983)

Tenía ocho años, María Josefa, una chica española, cuando decidió "robar" al Señor, es decir, hacer a escondidas su Primera Comunión. Ella quería mucho recibir a Jesús en la Eucaristía, pero en ese momento ocho años eran pocos para ser admitidos en la Primera Comunión. Así que ella decidió comulgar en secreto. Mientras tanto, esperando su oportunidad, iba a confesarse todos los días, para estar siempre lista. Sucedió que un día el párroco estaba ausente, y vino para celebrar la Misa un sacerdote forastero. Cuando todo el mundo fue a arrodillarse en la balaustrada para recibir la Comunión (para hacer la Comunión, todos se arrodillaban delante de una balaustrada), también nuestra niña salió del banco, y se fue rápido para llegar allí, entre la gente en línea. El sacerdote se acercó a ella, y le dio la Hostia, como a todos. ¡Así fue que la chica hizo su Primera Comunión a escondidas! ¡Y también había bebido poco antes una taza de café con leche y con chocolate! (entonces, para ir a la Comunión, tenía que estar en ayunas desde la medianoche). Por desdicha, una anciana se dio cuenta del hecho, y María Josefa ¡fue mucho regañada!

¡Pero ella sólo quería hacer compañía a Jesús! De hecho, inmediatamente después de la extraña Primera Comunión, se concentró en oración, y suplicaba mucho que Jesús que no se fuese más de su corazón. Comprendía que por mucho tiempo ya no podría ir a la Comunión (sólo de doce años hará la Primera Comunión solemne). Pero Jesús estaba en ella, en su corazón! Por no molestar a

Jesús que estaba en ella, María Josefa ¡ya no jugaba a saltar la cuerda! Siempre pensaba en Jesús, para no dejarlo nunca solo.

Cuando será grande, María Josefa cambiará su nombre por el de Sor Esperanza, y fundará una Congregación de sacerdotes y monjas, la Congregación “del Amor Misericordioso”. Y logrará construir en Umbría, en una colina no lejana de Asís, el Santuario del “Amor Misericordioso”.

Sí, Dios es amor misericordioso: es esta la “buena Noticia” de Jesús. Quien mira a Jesús en la cruz, ve el Amor Misericordioso. Por desdicha, en los siglos pasados, en las oraciones del pueblo cristiano, Dios, más que Amor, era el Juez que nos juzgará al final de nuestra vida; pero los Santos comprendían mejor el Misterio. Así, Santa Teresita del Niño Jesús repetía que Dios es Padre Bueno («¡el Buen Dios!» o «¡el Amor!», decía a menudo); ella tuvo la gracia de entender que Dios es en si mismo “Misericordia”; sentía total confianza en la Bondad del Señor. Teresa del Niño Jesús murió en 1897: María Josefa tenía cuatro años.

Cuando María Josefa tuvo doce años de edad, le sucedió un hecho singular, que ella siempre recordará, un encuentro extraño con la misma Santa Teresa (¡que había fallecido ocho años antes!). María Josefa estaba con las hermanas del párroco (las cuales, para ayudar a esa niña tan inteligente, pero de familia muy pobre, la habían llevado con ellos en la casa parroquial). Oyó tocar el timbre, fue a abrir...

Esta es su historia: «Vi a una monja tan hermosa como nunca había visto antes. Me sorprendí que no trajese las alforjas para recoger limosnas; de hecho, pensaba que fuese una monja que pide la limosna, y pronto le dije: “¿Hermana, donde pone Usted las cosas que le doy, si no tiene ni siquiera las alforjas?”. Y ella respondió: "Hija, no he venido para esto". “¡Pero estará cansada del viaje! Tome una silla”. “No estoy cansada”. “¡Con este calor tendrá usted sed!”. “No tengo sed”. “Entonces, ¿qué quiere de mí?”. Y ella me dijo: "Ve, niña, yo he venido a decirte de parte del Buen Dios que tú vas a tener que empezar donde yo he acabado”. Y me habló largo tiempo sobre la devoción al Amor Misericordioso que yo habría debido extender por todo el mundo. En un momento me di la vuelta, y la monja no estaba más».

"**M**adre Esperanza" (María Josefa), que aunque tuvo que sufrir mucho, por muchas enfermedades y pruebas interiores, y por tantas incomprendiones y desdichas, nos dejó y nos enseñó una cosa valiosa: la confianza en el Amor Misericordioso.

Madre Esperanza que en toda su vida difundió este mensaje: «Dios no quiere más ser sentido como juez de tremenda majestad, sino como un buen Padre».

En el Santuario del Amor Misericordioso, hay un gran crucifijo. ¡En el pecho de Jesús está pintado un corazón! Madre Esperanza escribió: «El Amor Misericordioso desciende sobre cada uno... Lo que más desagrada a Jesús es la falta de confianza en Él».

Después que a Santa Teresa y a Madre Esperanza, Jesús reveló su Misericordia también a otra santa, santa Faustina Kowalska. A santa Faustina Jesús pidió que el primer domingo después de Pascua de cada año sea consagrado a la devoción al Amor Misericordioso.

*CORONA BLANCA Y CORONA ROJA***SAN MASSIMILIANO KOLBE**

(1894 – 1941)

«¿Qué va a ser de ti, hijo mío?». Maximiliano era un niño ingenioso, despierto, hasta demasiado vivaz. Ese día él había hecho una de las suyas.

Pero lo que entristeció a Maximiliano no fue tanto el castigo que le dio su madre, sino más bien aquellas palabras: «¿Qué va a ser de ti, hijo mío?».

A partir de ese día Maximiliano se convirtió en otro. Se lo encontraba a menudo en la iglesia rezando ante el altar de Nuestra Señora. Había cambiado tanto, pero tanto, que su madre preocupada le dijo un día: «¿Qué tienes? ¿No te sientes bien? A mamá se dice todo. ¡Dime todo!». Luego él, con lágrimas, recordó sus palabras de aquel día. Le dijo a su madre que él quería ser bueno, y que era por eso que él iba a la iglesia. Dijo que en la iglesia rezaba a Nuestra Señora de este modo: «Mi Señora, que va a ser de mí?». Luego – pero ahora no lloraba más –, reveló a su madre un secreto: «¡Nuestra Señora me ha hablado!».

¡**S**í, Maximiliano había visto la Virgen! La Virgen, sosteniendo en sus manos dos coronas, una blanca y una roja, le había preguntado: «¿Las quieres?»; y él había respondido que sí, las quería, ¡y las quería a los dos!

Corona blanca: pureza. Corona roja: martirio!

Más de una vez la pobre madre sintió a su hijo hablar de martirio, como de la mejor cosa que le pudiese suceder. A ella se le helaba el corazón al oírlo hablar así.

A propósito de "helar": el padre de Maximiliano, para entrenar a los niños a ser atléticos y fuertes, ¡a veces organizada carreras descalzos en la nieve! Maximiliano se formó en suma un carácter fuerte. Se esforzaba, sin embargo, también por ser paciente. ¡Llegó a ser tan dulce y apacible que los compañeros le pusieron el apodo de "mermelada"!

Llegaron un día en el pueblo dos frailes Franciscanos, que hablaron con los chicos. Maximiliano, que tenía trece años de edad (había nacido el 7 de enero, 1894), y uno de sus hermanos, pidieron a los padres de ir con los frailes...

Polonia, patria de Maximiliano, no era entonces un país libre; había sido dividida entre tres naciones cercanas. Los dos chicos llegaron a la zona austríaca, en Cracovia, y finalmente llegaron a Lviv, con los frailes. En la escuela, Maximiliano era muy bueno en matemáticas. Le gustaba diseñar fortalezas y misiles espaciales. Pero entonces le surgió una duda: quizá su vocación era ser militar en el ejército? Tal vez aquella corona roja, él la habría obtenido con la sangre defendiendo Polonia en batalla? No, él quería sólo paz.

Entonces vistió la cogulla franciscana; un hábito de paz. Luego fue enviado a estudiar teología en Roma. Aquí, en 1917, el año más trágico de la Primera Guerra Mundial, fundó la "Milicia de la Inmaculada".

Su salud no era buena; a veces escupía sangre. Recién ordenado sacerdote, fue enviado de regreso a Polonia. De inmediato comenzó a difundir la devoción a la Inmaculada. Incluso fundó una "Ciudad de la Inmaculada", dónde acoger los pobres, imprimir libros y revistas religiosas... Para sus obras, pedía la limosna en las calles de la ciudad...

Luego partió misionero. Se quedó unos años en China, en Japón, en India. En 1931 fundó otra "Ciudad de la Inmaculada" en Nagasaki, Japón.

En 1936 volvió a Polonia. El Nazismo (una dictadura atea que pretendía dominar la tierra) preparaba la Segunda Guerra Mundial, guerra terrible, que dio lugar a ¡cuarenta millones de muertos! Los nazis arrestaron a Maximiliano. El 28 de mayo 1941 Maximiliano fue encarcelado en el campo de concentración de Auschwitz. Para él, insultos, golpes, puñetazos, patadas. Fiebre. Agotamiento. Oración continua. Muchas veces daba a sus compañeros más agotados sus raciones de alimentos.

Una noche de julio, un prisionero logró a escapar. «Diez morirán en el búnker del hambre», gritó con ira el comandante. «Tú, tú, tú ...». Uno de los diez, apenas sorteado, rompe a llorar: «¡No, no, no quiero morir! ¡Mi esposa... Mis hijos...! ». Maximiliano sale de su fila, él viene hacia adelante. Van a dispararle... « Querría morir en lugar de aquél». Lo miran sorprendidos. «Yo soy viejo, bueno a nada...». «Mas tú, ¿quién eres?», grita el comandante. «Yo soy un sacerdote católico».

En los subterráneos del búnker de la muerte se oirán durante días no gritos y blasfemias, sino oraciones, canciones religiosas, cada vez más débiles, más débiles... Y una voz debilísima consolaba a los moribundos, la voz de Maximiliano... Después de quince días de hambre, de oscuridad, de tormentos, los guardias bajaron con inyecciones de veneno; el ofreció su brazo... Tenía un rostro misericordioso, diáfano, luminoso...

Maximiliano, luminoso, recibía por Jesús y por María también la segunda corona, la corona roja del martirio.

BEATO CLAUDIO

RICARDO GRANZOTTO (1900 – 1944)

Ricardo, de niño, era muy bueno para construir cometas. Sus amigos recordaban que su cometa «era siempre aquella que se elevaba más alto». Ricardo, ese chico que se iba feliz con su colorida cometa, es hoy "beato", es el "beato Claudio" (Claudio, porque Ricardo, cuando se hizo fraile franciscano, recibió el nombre de "fra' Claudio"). Antes de ser fraile, fra' Claudio había sido un famoso escultor de estatuas. Y aún antes, había sido aquel chico que levanta al viento su hermosa cometa.

¿Os imagináis un niño largo y flaco, silencioso y apacible? Los compañeros lo llamaban "el abuelo"; pero no se ofendía, sonreía, y era amigo de todos. Hablaba poco y no molestaba a nadie. Recuerdan sus compañeros que «él siempre iba por el borde de la carretera». Aunque todos corrían y se empujaban en la calle, él, el "abuelo", aunque contento de tanto ruido, caminaba tranquilo de un lado. «¡Ten cuidado de no caer en la zanja!», le gritaban para burlarse de él. Ricardo no se enfadaba; tenía un modo de ser propio, muy gentil, casi tímido.

Para éste en la escuela era muy silencioso y daba quizás la impresión de no ser muy inteligente. La maestra lo ponía a veces en el "banco de los burros"; a veces, para humillarlo, le ponía como compañera de banco a una niña, y todos los chicos se reían de él. Le hicieron repetir segundo grado. La maestra no entendía que Ricardo tenía un tipo particular de inteligencia, una inteligencia de artista. Ricardo no tenía de hecho mucha capacidad para las palabras, pero sí

tenía una gran capacidad para las figuras. Él siempre tenía en el bolsillo cuatro o cinco lápices de colores, y, siempre que podía, los sacaba, y en unos minutos diseñaba en el lugar un boceto del retrato del compañero más cercano. Él sonreía y se lo daba a su compañero. La maestra nunca se dio cuenta del genio artístico de Ricardo.

A los diez años Ricardo asistió al Catecismo para la Primera Comunión. En aquel tiempo, el padre enfermó y murió. El niño, por el dolor, ya no comía, ya no sonreía; se enfermó. La madre sufrió mucho cerca de su cama. Mas después Ricardo sanó, y, aunque más pálido y delgado que de costumbre hizo su Primera Comunión.

En aquellos tiempos vivió un lindo episodio. Mientras que con un podón cortaba hierba, Ricardo no se dio cuenta de que en la hierba estaba escondido un nido de codornices. ¡Pobre nido! ¡Pero los huevos se mantuvieron intactos, y Ricardo enseguida fue a colocarlos en un nido de golondrinas bajo el techo de casa!

Y así pasaron los años de las cometas, de los colores pastel, de las bromas de los compañeros.

Ricardo comenzó a trabajar. Para ayudar a su madre, comenzó a realizar varios oficios: carpintero, albañil, zapatero. Aprendía y le gustaba. Es agradable ser capaz de hacer algo, algo que no estaba allí antes y entonces ahora está aquí: una mesa, un par de zapatos, la pared de una casa. Pero Ricardo sabía bien que esto no era su camino. ¡Él, él tenía las figuras en la cabeza! El párroco del pueblo se interesó en él. Otros le ayudaron. Ricardo estudió dibujo y el arte. Se convirtió en un artista de renombre. En fin, él tenía un propio estudio de arte en Venecia. Esculpía estatuas.

Sin embargo, algo todavía no estaba bien... Ricardo sentía... Sentía otro deseo, otra atracción, otro amor... Era el amor de Dios que se abría camino en su corazón. Decidió convertirse en fraile.

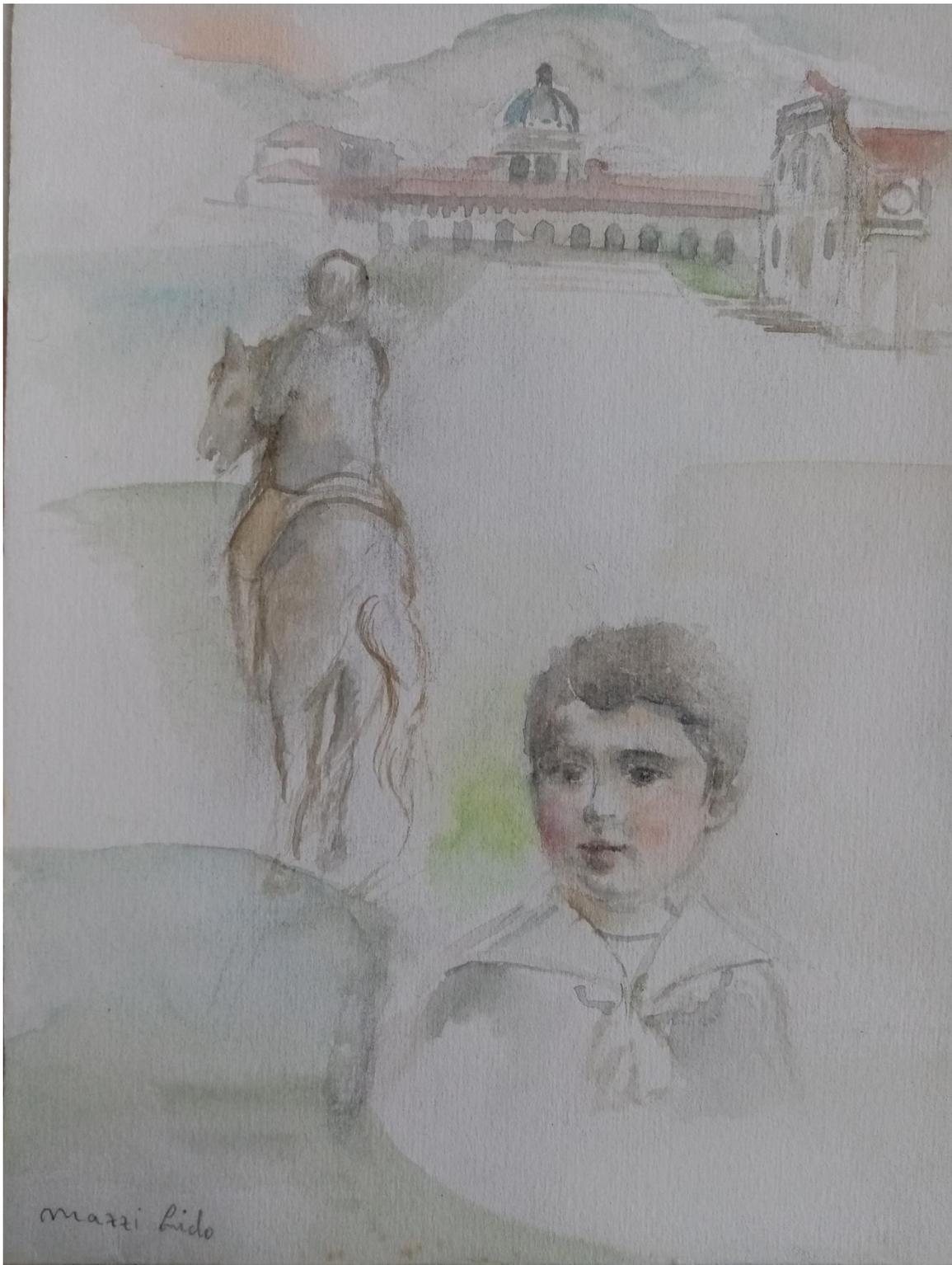
A los treinta y tres, Ricardo se convirtió en fraile franciscano: "fra' Claudio". Esculpiría todavía. Pero esculpiría estatuas de Jesús y de María. Esculpió para la iglesia parroquial de su país una estatua bellísima de Santa Lucía. Y siendo luego un fraile, que iría con el saco, al igual que los monjes de San Francisco, a pedir la limosna.

Llegó también a su pueblo, y se presentó en la casa de su antigua compañera del "banco de los burros"; ella, al verlo pedir limosna por el convento, le dijo algunas palabras de compasión; pero él respondió: «¡Oh, no!; ¡para ganarse el Paraíso, se debe hacer cualquier cosa!».

Le gustaba sobre todo orar. Algunas noches dejaba el convento, y subía la colina, hasta un pequeño Santuario dedicado a santa Augusta. Pero por la noche se cerraba la iglesia. Él entonces preguntaba al sacristán de cerrarlo por dentro de la iglesia. Cuando, a la mañana siguiente, el sacristán regresaba, hallaba a fra' Claudio que oraba. Ricardo pasaba así noches enteras orando. Luego regresaba al convento, y quizá uno lo podía encontrar todo blanco por el polvo, mientras esculpía sus Santos.

Murió joven. Pero su vida humilde y pura ya había dado muchos frutos para el Cielo.

Si entras en una iglesia, y oyes que aquella estatua de un santo es obra del Beato Claudio, recuerda el niño que levantaba cometas, del artista encantado por formas y colores, del fraile que pedía la limosna, del enamorado de Jesús que pasaba las noches en oración.



Piergiorgio: un niño que siempre va a estar atento a los que sufren. En el fondo: Pedro Jorgese sube a caballo al Santuario alpino de la Virgen de Oropa, cantando a voz en grito por los bosques la canción "Salve Regina".

PIERGIORGIO FRASSATI

BEATO (1901 – 1925)

Una pobre mujer, con un hijo pequeño en brazos, llamó a la puerta, para pedir limosna. Pier Giorgio, muy pequeño, se quitó rápido sus zapatos y calcetines y los puso en la mano de la mujer, y rápido cerró la puerta por temor a que alguien de la casa venga a ver lo que hacía. Pier Giorgio siempre fue así: cariñoso y decidido. También fue siempre muy alegre. Los de su casa le llamaban "el chico de la fiesta". ¡Ruidoso, bullicioso! Siempre con los amigos! Pero bueno.

Los padres lo encaminaron por una vida bastante estricta: no comer entre comidas, ir rápido por la calle sin mirar los escaparates de las tiendas, soportar sed, calor, frío sin queja. La madre era exigente. Pero él la llamaba "mamá bella, rayo de estrella". Amaba mucho a su hermana pequeña.

Y tenía tanta lástima y compasión por los pobres que un día, su padre había despedido un borracho que llamaba a la puerta y Pier Giorgio con cinco años corrió llorando a su madre: «Papá despidió a un hombre pobre que tenía hambre». Él no dejaba de llorar; y para contentarlo, tuvieron que llamar al mendigo.

Explicaron al niño que a veces hay que mostrarse severos; pero él respondía: «¿Y si lo hubiese enviado Jesús?». Más grande, hacía la colección de sellos usados y de tarjetas de plata para ayudar a los misioneros. Le pedía dinero a la abuela, quien le decía: «Bueno, ponlo en el banco». Pero su banco eran los pobres.

A los once años, hizo, con su hermana, la Primera Comunión. A los trece, después de cuatro días de insistencias, obtuvo de su madre el permiso para salir temprano en la mañana, para ir a la iglesia y recibir la Santa Comunión. Todos los días, hasta la muerte, Pier Giorgio salió temprano en la mañana por su Comunión cotidiana. Solía decir: «Cristo viene en mí cada día. Yo todos los días le restituyo la visita, yendo a visitar a los pobres». Escribió en una hoja: «Toda mi vida, Señor, se convierta en hostia, don de amor».

Los suyos no estaban demasiado contentos con su religiosidad; tal vez temían que él quisiese hacerse cura. Su padre era senador del Reino de Italia, banquero, fundador y director de un gran periódico de Turín: planeaba para el hijo un gran futuro. Su hijo debía hacerse... Pero Pier Giorgio era un hombre firme. Él sabía lo que quería.

Una mañana, después de la Misa, salió de la iglesia teniendo el rosario en mano, y se encontró con un conocido, que se burló de él: «Oh, Pier Giorgio, te has convertido en un meapilas?». «No—dijo él —, ¡yo soy cristiano!».

Estalló la Guerra Mundial. Los soldados, en el frente, en las trincheras, morían por miles. Pier Giorgio — dieciséis años — lo sabía, y decía: «Yo daría mi vida por la paz, aún hoy en día».

Se inscribió a la Sociedad de San Vicente, o sea a aquellos grupos de caridad que otro joven, el Beato Federico Ozanam, había difundido no muchos años antes en el nombre de San Vicente de Paoli.

En Turín, llegaban muchos inmigrantes, y habían muchos pobres, muchos sin trabajo, que se refugiaban en los desvanes o en los sótanos. Pier Giorgio iba, ayudaba, daba lo que podía. Su casa era un ir y venir de gente que preguntaba: «¿Está Pier Giorgio?». No pedía dinero a su padre; daba sus ahorros. Decía que veía en los pobres algo grande: ¡veía a Jesús!

Todos los días, con la corona en mano, decía el Rosario. En el verano, en la mañana temprano, él montaba a caballo y subía al Santuario de la Virgen de Oropa, cantando la Salve Regina. Después de la Misa, él bajaba, por los estudios. Se había matriculado en Ingeniería de Minas, también para poder ayudar un día a los mineros. Comenzó a empeñarse en un partido de católicos.

Fuerte y brillante como era, puso una compañía de jóvenes, que él llamó ¡"los tipos turbios"! Con ellas organizaba reuniones, excursiones en montaña, caminatas. Ayudaba así sus amigos y sus amigas a vivir en alegría y pureza.

También pensó en convertirse en sacerdote, pero se dio cuenta de que su camino era diferente. Él sufría por sus padres, que peleaban entre ellos por nada, y querían separarse; hacía en verdad todo lo posible para apaciguarlos. Él comenzó a tenerle cariño a una chica; pero cuando vio que los padres no la aceptaban en absoluto, Pier Giorgio, por la paz de la familia, decidió dejarla. Ésto fue para él un gran dolor.

Tenía una premonición de morir temprano; había ofrecido su vida a Dios por la conversión de su mamá y papá. Una enfermedad relámpago fulminante – poliomielitis – se lo llevó en pocos días. Tenía 24 años.

«**E**l día de mi muerte será el más hermoso de mi vida», dijo. Y una semana antes de morir: «¡Es mejor ir al Paraíso!».

Sus últimas palabras: «¡Señor, perdóname, perdóname!».

El "niño de la fiesta" entraba (¡cierto con un poco de bulla!) en la Fiesta Eterna.

S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ

(1902 – 1975)

¿Se puede hacer santo él que en su vida nunca vió a Jesús y a María? ¿Puede hacerse santo él que en su vida nunca hizo milagros, el que no es sacerdote o monje o monja o fraile, él que no puede pasar las noches orando porque tiene que trabajar duro todo el día, él que está casado, que tiene hijos, él que es un obrero o ingeniero, él que no puede dejar el mundo para convertirse en un ermitaño?

La respuesta es: ¡sí!, todos podemos y debemos hacernos santos. Nos lo hace recordar recientemente el Concilio Vaticano II (o sea el conjunto de todos los obispos del mundo que se reunieron en 1962 hacia 1965): todos somos "Iglesia", todos somos "Pueblo santo de Dios"; pero entonces todos tenemos que ser "santos". "Santo" es el que ama a Dios y al prójimo con todo el corazón. Todos podemos y debemos amar a Dios y al prójimo con todo el corazón.

Y entonces he aquí ingenieros santos, obreros santos, médicos santos, padres santos, niños santos... Un ejemplo entre muchos: recientemente fue declarado santo un médico de Nápoles –José Moscati –, que se convirtió en santo rezando y haciéndose realmente el servidor de todos, en particular de los enfermos.

Un día – el 2 de octubre 1928 – un santo sacerdote español recibió una gracia: sintió un muy fuerte deseo de decirle a todo el mundo – más justo a todos, también a los que trabajan, a todos los que viven la vida cada día en la sociedad – que tenemos que hacernos santos. El

sacerdote que recibió esta llamada del Señor se llamaba José María Escrivá de Balaguer.

Nació, José María, el 9 de enero de 1902, en una pequeña ciudad de España. El padre era un pequeño comerciante. A los dos años, el niño cayó enfermo, con riesgo de muerte, pero milagrosamente sanó. La madre, por dar gracias a la Virgen, hizo una larga peregrinación al Santuario de Torreciudad, en los Pirineos.

José María era un buen niño. Claro, a veces también él tenía caprichos. Y cuando la madre recibía en su casa alguna amiga, José María corría a esconderse debajo de la cama! Su madre, para ayudarle a superar la timidez, le decía: «José María, de una sola cosa debemos avergonzarnos, de los pecados». José María siempre recordó la enseñanza de su madre.

Cuando José María era todavía muy pequeño, alguien le preguntó: «¿Qué va a ser de grande?». Respondió: «¡Arquitecto!». Sí, será arquitecto, el arquitecto de una Obra de Dios.

José María escribió: «Cuando hice mi Primera Confesión – yo tenía seis o siete años – yo me quedé muy feliz». José María estaba feliz de ir a confesarse. Él decía que la Confesión era "el sacramento de la alegría", porque en la Confesión Jesús perdona y abraza, y la paz desciende al corazón. En un día frío de invierno, con mucha nieve, José María notó en la nieve unas huellas que parecían huellas de pies descalzos... Había pasado un fraile, que ¡iba descalzo por el amor de Dios! José María pensó: «Si otros hacen sacrificios tan grandes por amor de Dios, ¿yo nada voy a ofrecer al Señor?».

Tenía dieciséis años cuando le dijo a su padre que quería ser sacerdote. El pobre hombre se quedó sorprendido, y lloró. «Fue la única vez que yo lo vi llorar. Mi padre tenía para mí otros planes, pero no se opuso. Él me dijo: "Hijo mío, piensa con cuidado. Los sacerdotes deben ser santos. Es muy duro no tener casa, no tener una familia, no tener un amor en la tierra».

Pero José María su Amor lo tenía: está en el Sagrario de cada iglesia, Jesús!

Dios es Amor incluso cuando permite el dolor. En poco tiempo se le murieron a José María tres hermanitas. Y después, a su padre las

cosas del comercio no le iban tan bien. Tuvo que cambiar de casa, mudarse a otra ciudad, empezar todo de nuevo. Pronto el padre se enfermó. Dijo José María que su padre murió «agotado, pero sonriente. A él le debo mi vocación». De su padre José María aprendió muchas cosas, pero sobre todo aprendió el coraje, la sonrisa, la fe.

José María entró en el Seminario. Muchas horas de estudio, muchas horas también de noche de oración.

Fue pronto un sacerdote, un sacerdote feliz. Pensando en Dios y su amor, le venía el deseo de ir por las calles y gritar: «¡Padre!, ¡Padre!». Y de verdad, en todas partes y a todos él decía que Dios es nuestro "Padre", y que todos, absolutamente todos, tenemos que hacernos santos. Para ayudar a todos a ser santos, José María fundó la Obra nombrada "Opus Dei", o sea "Obra de Dios".

José María trabajó mucho, se fatigó mucho, hasta que el Señor lo llamó a descansar; era el 26 de junio 1975.

En una hoja José María había escrito esta oración: «Señor, tengo un gran deseo de verte en la cara... ¡Te quiero mucho, te quiero mucho, Señor!». ».

BEATO FRANCISCO MARTO

(1908 – 1919)

Una historia maravillosa. Historia de Fátima. Historia de tres pastorcitos: Lucía, de diez años; Francisco, nueve; Jacinta, siete, hermana de Francisco. Estamos en 1917, el peor año de la Primera Guerra Mundial. Los soldados están muriendo a millones; inútil estrago. En Rusia, va a estallar la revolución.

Es el 13 de mayo, domingo, después de la Misa, los tres se llevan las ovejas a una hondonada herbosa, la "Cova da Iria". Al llegar, recitan el Rosario. ¡Un relámpago! ¿Tal vez un temporal? Reúnen a las ovejas para traerlas de vuelta al redil. Un nuevo relámpago, un resplandor de luz... Y frente a ellos, sobre una pequeña encina, les aparece una joven Señora bellísima, más brillante que el sol. Su vestidura, más blanca que la nieve, está bordeada por una luz dorada. Lucía toma coraje y le pregunta: «¿De qué país es usted?». «Mi país es el Cielo». «¿Yo voy a ir al cielo?»; «Sí, te irás». «¿Y Jacinta?»; «Ella también». «¿Y Francisco?»; «También él, pero tendrá que decir muchos Rosarios...». Con voz suave la celeste Señora continúa: «¿Queréis ofrecer a Dios, sufriendo por reparar los pecados y por la conversión de los pecadores?». «¡Sí!», responden. La Señora derrama sobre los niños un haz de luz, una luz tan profunda y misteriosa que ellos parecen ver a Dios en sí mismos y a sí mismos en Dios. Y arrodillados repiten: «¡Dios mío, Dios mío, te amo en el Santísimo Sacramento!». La Señora recomienda rezar muchos Rosarios, por la paz en el mundo. Y desaparece en el cielo.

Un mes después, el 13 de junio, segunda aparición. La Señorita (aparenta sólo entre quince a dieciocho años) pide nuevamente de recitar todos los días el Rosario. Revela que traerá pronto al Cielo a Jacinta y Francisco; Lucía en cambio tendrá que estar "aquí abajo" más largo rato, por hacer conocer y amar «mi Inmaculado Corazón». La Señora promete la salvación a aquellos que serán devotos a su Corazón Inmaculado. Entonces muestra su Corazón, rodeado de espinas.

Trece julio: la Señora pide a los niños de ofrecer sacrificios por los pecadores. Dice que en octubre dirá su nombre, y hará un gran milagro. Después les muestra el infierno: un precipicio, un mar de fuego, donde caen los condenados y donde revolotean, como chispas de un fuego, demonios y condenados. Luego: «La guerra va a terminar, pero, si no cesan de ofender el Señor, vendrá otra guerra peor ... Si van a escucharme, Rusia se convertirá y se habrá paz. Si no, ella esparcirá sus errores por el mundo... Muchas naciones serán destruidas... La Iglesia pasará a través de grandes pruebas... El Papa sufrirá mucho... Pero mi Corazón finalmente triunfará». Y enseña esta oración: «Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia».

Trece de octubre de 1917, sexta aparición. Setenta mil peregrinos. Lluve. La Señora se aparece: «Yo soy la Virgen del Rosario». Las nubes se abren, y durante diez minutos todos los presentes ven el sol danzar, precipitarse, volver a subir, se hace rojo, verde, azul, y colora todo de varios colores. La ropa de todos, primero empapados por la lluvia, están perfectamente secos.

¿Cómo fue la vida de Francisco después de las apariciones? Francisco había estado particularmente impresionado por una de las revelaciones de la Virgen, esta: que Dios sufre, sufre mucho por nuestros pecados. ¡Francisco querría mucho ahora consolar a Dios! ¿Pero cómo consolar Dios? ¡Oh, con sacrificios, y muchos, muchos rosarios! Él decía: «¡Yo quiero mucho bien para Dios! Pero Él es tan triste por tantos pecados». En otra ocasión: «Él seguirá estando tan triste? ¡Lo siento mucho que esté tan triste! Ofrezco todos los sacrificios que puedo hacer». ¡Cuántas florecitas! Por ejemplo, en los

días más calurosos, Francisco, muerto de sed, vierte sus aguas a las ovejas. A menudo, Jacinta y Lucía lo encontraban solo, detrás de un muro o un seto, con la corona en mano, de rodillas: «Francisco, ¿por qué no nos llamas a orar contigo?». Respuesta: «Me gusta rezar solo, para pensar, y para consolar a Nuestro Señor, que está tan triste por los pecados...». O lo hallaban postrado con el rostro en tierra: «¡Francisco! ¡Te hemos llamado tanto!»; Francisco no oía, todo cogido de su Rosario. A veces, Francisco decía a Lucía: «¡Mira! Tú vas a la escuela. Yo me quedo aquí en la iglesia, cerca de Jesús escondido. No vale la pena que yo aprenda a leer; pronto me voy al cielo. Cuando regreses, ven aquí y llámame». Después de la escuela, Lucía hallaba a Francisco allí, cerca del Sagrario.

A finales de 1918, Francisco y Jacinta se enfermaron con fiebre "española". «Ahora me falta poco para ir al cielo. Allí arriba consolaré mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora». Para su confesión, le preguntó a Jacinta y Lucía que le recordasen si él había cometido pecados: he aquí, sí, a veces tú has desobedecido a mamá, robaste una moneda a tu padre por comprarte la armónica, has tirado piedras... Responde: «Estos pecados, ya los he confesado; pero me voy a confesar de nuevo. ¡Tal vez por estos pecados el Señor está triste! ¡Jesús mío, perdóname!». El día antes de su muerte, Francisco finalmente recibe su Primera Comunión, y dice a Jacinta: «Hoy estoy más feliz que usted, ya que tengo dentro de mi pecho a Jesús escondido ... Yo voy al cielo...».

Viernes, 4 de abril 1919: «¡Mamá, mira que hermosa luz...!».

¡LA NIÑA QUE VIO LA VIRGEN!

BEATA JACINTA MARTO

(1910 – 1920)

Diez meses después de Francisco fue al cielo también su hermanita Jacinta. Había nacido el 11 de marzo 1910; cuando murió, aún no había cumplido diez años.

Jacinta había sido siempre una chica muy buena. Desde que su prima Lucía le había hablado de "Jesús escondido" (escondido en la Hostia, en la Eucaristía), Jacinta estaba a menudo tomada por este pensamiento. O también el pensamiento de Jesús Crucificado. Le hacía repetir a Lucía "lo que había sucedido", o sea la historia de la Pasión y Muerte de Jesús. Y lloraba, y exclamaba: «¡Pobre Señor!... Yo nunca voy a hacer ningún pecado; no quiero que Nuestro Señor sufra».

Realmente padecía si sentía malas palabras; de inmediato se iba, tomando por la mano a su hermano Francisco.

También era muy privada y modesta. Durante un juego entre los niños, Lucía dio a Jacinta esta "penitencia": darle un beso a su hermano, que estaba sentado por escribir. Jacinta dijo: «No, eso no; dame otra penitencia. ¿Por qué no me haces besar aquel crucifijo?». «De acuerdo, dale tres besos, uno para Francisco, uno para mí y uno para ti». Y ella: «Sí, a Nuestro Señor, doy todos los besos que quieres».

Los tres niños competían para ver quién contaba más estrellas en el cielo. Las estrellas eran para ellos "las lámparas de los ángeles"; la luna era "la lámpara de Nuestra Señora"; el sol, "la luz de Jesús."

Cuando comenzaron las apariciones de Nuestra Señora, Jacinta se quedó muy impresionada por la invitación de la Virgen para hacer "muchos sacrificios" para los pecadores. A veces, de pronto interrumpía el juego, y le pedía a Lucía: «Pero escucha... Después de muchos, muchos y muchos años, el infierno no va a terminar nunca, nunca?... Si nosotros oramos mucho por los pecadores, ¿nuestro Señor no los enviará más al infierno, es verdad? ¿Y si hacemos sacrificios? Pobrecitos! Debemos orar y hacer muchos sacrificios para ellos». Y de nuevo decía: «¡Qué lástima lo que hacen los pecadores! ¡Si pudieran mostrarles el infierno!».

Y a menudo, dondequiera que estuviese, se arrodillaba y repetía la breve oración enseñada por la Virgen misma a los tres pastorcitos: «Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas...».

Los tres competían en inventar alguna nueva "florequilla". ¡Eran sacrificios! ¿No es un sacrificio permanecer sin beber un día completo en verano, o también varios días seguidos?

Una vez, agotado por la fatiga y la sed, Jacinta y Francisco preguntaron a Lucía si podían ir a pedir agua a una casa. Salió una viejita, quien les dio una jarra de agua fresca. ¡Francisco no quería en absoluto beber! Y entonces Jacinta: «Yo también quiero hacer un sacrificio por los pecadores». ¡En fin Lucía derramó el agua, toda, en el hueco de una piedra, por las ovejas! En otra ocasión, que cigarras y grillos ensordecían el aire caliente del verano, Jacinta le dijo a Lucía: «¡Dile a las cigarras y a los grillos que se acallen! Me hacen doler la cabeza. Estoy harta». «¿Pero no quieres tú sufrir esto por los pecadores?», preguntó Francisco. «Sí, lo quiero... Déjalos en paz». Otros sacrificios estaban ¡golpearse las piernas con las ortigas!, o apretar fuerte el cinturón...

Jacinta decía a Lucía: «Me encantaría decirle a Jesús que lo amo. Cuando lo repito a él muchas veces, me parece tener como un fuego en el pecho, pero no me quema». Cuando Lucía regresaba de haber tomado la Comunión, Jacinta le decía: «Ven aquí, muy cerca, que tienes en tu corazón a Jesús escondido». Otras veces, decía: «No sabes cómo siento Nuestro Señor dentro de mí, entiendo lo que me dice... ¡Es así bello estar con Él!».

Cuando su hermano murió de fiebre "española", ella sufrió mucho. Cayó también enferma de fiebre "española". Pero aún enferma, hacía secretamente muchas "florecitas". Pero a escondidas!, para no apenar a la madre. «Mamá, no llores –decía –, estoy bien».

Por la noche, se levantaba de la cama, y de rodillas oraba también con otra oración enseñada a los pastorcitos por un ángel: «Dios mío, yo creo, te adoro, te espero y Te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, no Te aman».

Decía: «Los pecados que llevan más almas al infierno son los pecados impuros». «Vendrán ciertas modas que ofenderán mucho a Nuestro Señor». «Los sacerdotes deben ser puros, muy puros». «Los pecados del mundo son muy grandes». «¿Y tú sabes lo que es ser pura?», le preguntó la monja que la asistía. «Lo sé, lo sé. Significa observar la castidad». «¿Pero quién te enseñó estas cosas?». Respondió: "Nuestra Señora; pero algunas, las pienso yo. Me gusta mucho pensar».

Cuando los dolores de la enfermedad se hacían demasiado fuertes, «¡Ah, Virgen mía! ¡Ah, Virgen mía!». Y de nuevo: «Me falta ya poco para ir al Paraíso!».

Y la «pobre Virgen», que le daba «tanta pena», la consoló apareciéndosele varias veces en el Hospital. Y un día llegó a llevar su pequeña flor, para llevársela al Cielo, para hacer más hermoso el Paraíso.

MADRE TERESA DE CALCUTA

BEATA (1910 – 1997)

Tenía ocho años, Inés, cuando mataron a su padre, Nicolás, de sólo 46 años. Además de su trabajo como comerciante, Nicholas estaba comprometido socialmente y políticamente por su pueblo. Los abuelos de Nicolás habían dejado Albania, y fueron llevados a Skopje en Macedonia. Durante siglos estas tierras fueron gobernadas por los turcos, que habían tratado de imponer la religión musulmana. Pero muchos albaneses, orgullosos de su fe cristiana, que se habían custodiado resistiendo a los gobernantes, y permaneciendo fieles a Jesucristo. Cuando Inés tenía dos años, hubo una guerra que liberó Skopje de los turcos. Nicolás, un buen cristiano, era uno de los que más se entregaron por la elevación y la libertad del pueblo albanés y por la paz entre los diversos "grupos étnicos" en el país.

Dijimos que Nicolás era un buen cristiano. De hecho, sintiéndose morir, le dijo a su esposa que oraba: «No te preocupes. Todo va a estar bien. Todo está en las manos de Dios. Te ruego que cuides de los niños. A partir de hoy son tuyos, y de Dios».

A los seis años, Inés había recibido la Primera Comuni3n y la Confirmaci3n. La madre se ocup3 por preparar bien a su ni3a para recibir a Jes3s y el Esp3ritu Santo. Le recomendaba, por ejemplo, de nunca decir mentiras, porque a los que dicen mentiras la lengua se les hace inmediatamente negra. Una vez sucedi3 que In3s dijo una mentira: de inmediato se fue, arrepentida y preocupada, para mirar a la lengua en el espejo. «Quiz3 fue mi imaginaci3n – dijo –, pero en

realidad vio la lengua negra. Así que corrí a mamá, y confesé que había dicho una mentira».

En la sala de trabajo, donde la madre de Inés – que era modista – daba la bienvenida a las clientes, había un cartel en la pared que decía: «Se ruega de no hacer chismes». Una noche, Inés (ahora grandecita), su hermano y su hermana comenzaron a criticar a los profesores de la escuela. Entró la madre, y de inmediato bajó el interruptor general de la luz, diciendo: «Yo no tengo dinero para tirar por su charla». Ni siquiera quiso que encendieran una vela. ¡Directamente a la cama!

Tan pronto como llegó a la parroquia un nuevo párroco que invitaba a los niños a inscribirse en una Asociación Mariana, Inés se unió inmediatamente. Ella tenía dieciséis años.

Inés siempre tenía mucho que hacer por las actividades de la parroquia: catequesis, animación de los grupos...

Inés sentía fuerte en su corazón la vocación de convertirse en monja y monja misionera. Y un buen día se fue. Entró en un convento en Italia, a Loreto. No hay ya Inés; ahora se llama “sor Teresa” (y será después “Madre Teresa”). La Superiora de su Congregación la envió misionero a la India, para ser maestra en una Escuela Secundaria.

Pero un día, mientras iba en tren a Calcuta, sintió en su corazón que su vocación no era enseñar, pero si dedicarse a los más pobres y a los abandonados. Pidió permiso para salir del convento y para hacerse pobre con los pobres en Calcuta.

Recibido el permiso, se fue. He aquí está en un cuartito, sola, en la gran Calcuta. Ora mucho. Y después de aquí, está en las calles: gente que extiende su mano, gente que se muere de hambre ...

Sor Teresa ahora no está vestida como una monja; viste como las mujeres de India: un largo sari blanco, con dobladillo azul. Pero a su pecho un crucifijo.

Ella, entre los pobres, mira a los más pobres, mira a los moribundos. Con un brazo les hace de almohada, y les acaricia, como una madre.

Pero, ¿pueden aquellos pobrecitos morir así en una carretera entre la gente que pasa? ¿No hay por aquí una sala? Sí, hay la gran sala del

templo de la sanguinaria diosa Kali. Pide permiso para usarla. Se lo dan. He aquí el primero "convento" de Sor Teresa! ¿Convento? Sí, porque algunas de las jóvenes de quienes Teresa ha sido enseñante, han venido a preguntarle para vivir con ella. Ha nacido así una nueva Congregación de "hermanas", que tienen como regla, más allá de pasar muchas horas al día delante de la Eucaristía, también de ir a buscar en las calles moribundos y abandonados, incurables y vagabundos.

Lo que importa, a Madre Teresa, no es tanto las obras, casas, los hospitales, sino las caricias, el afecto, el amor que una "hermana" tiene a aquellos que más "son" Jesús, o sea los pobres.

Lo que vale es el amor: una caricia dice más de mil ayudas y de mil medicinas. A él que se encuentra mal, una caricia le dice que Dios le ama. Si tú estás muriendo, y una hermana está a tu lado, te hace una caricia leve, y te dice que hay Alguien que nunca abandona, entonces tú sonríes a la Esperanza: «¡Un Cielo también por mí!».

Juana, de doce años, toca el piano; su madre está al lado. En el piano está la pequeña estatua de la Virgen, ante la cual cada noche toda la familia se reúne para rezar el Rosario. En el fondo los picos nevados de los Alpes, meta de muchas caminadas de Juana. Por encima, Juana, "mamá", con un hijo pequeño en brazos.

"MADRE DE FAMILIA"

SANTA JUANA

BERETTA-MOLLA (1922 –1962)

Juana Francisca se convirtió en santa solamente haciendo de la "mamá". La Iglesia honra a Juana con el título de "madre de familia". Es la primera mujer en ser honrada en los altares con este sencillo pero hermoso título de "madre de familia".

Juana nació el 4 de octubre de 1922, fiesta de San Francisco. Su Papá se levantaba todas las mañanas a las cinco para ir, antes del trabajo, a la Misa. Entonces su mamá despertaba a los niños (cuatro hermanas y cuatro hermanos), y, con los que estaban listos, partía también ella para la Misa cotidiana. El domingo, todos juntos en la Misa de las ocho: los cuatro chicos al lado de papá; las cuatro chicas al lado de mamá. Al salir de la iglesia, si había algún pobre, el padre sacaba su billetera, ponía en manos de cada uno de los niños una moneda, y ellos corrían a darla a los pobres. No era una familia rica, pero cuando un pobre llamaba, nunca se iba con las manos vacías.

Cada noche, ante la Virgencita – colocada en buena exhibición sobre el piano –, decían juntos el Rosario. Después del Rosario, papá recitaba la consagración al Sagrado Corazón y la oración a San José.

¡Una familia llena de ocho voces argentinas, una familia que vive la fe y la paz!

Juana tenía sólo poco más de cinco años cuando hizo su Primera Comunión. Su "catequista" había sido Amalia, su hermana mayor.

Luego los años escolares. Una compañera de clase recordaba a Juana así: «Ella siempre estaba serena y feliz, ya sea que tomase una

calificación hermosa o fea. No permitía que nadie criticase a los maestros».

Se inscribió en la "Acción Católica". "Oración, acción, sacrificio": es la contraseña de la Acción Católica. A los quince años, hizo los "Ejercicios Espirituales". En esos días, ella escribió: «Yo hice la santa resolución de hacer todo por Jesús. De querer morir antes que cometer un pecado mortal. Repito una vez más: morir mil veces antes que ofender a Dios. Voy a decir un Ave María todos los días para que el Señor me haga tener una buena muerte. Y con la ayuda de Dios voy a entrar en el Reino de los cielos con todos los Santos».

En 1939 estalló la guerra; mucho miedo por los bombardeos. En ese tiempo la madre se enfermó gravemente. Recomendó a los niños: «Amad a papá, no dejadlo solo. Sed fieles a Jesús». Cuatro meses después de la madre, el padre también murió. Juana con los hermanos se fue a vivir con sus abuelos, en Magenta. Uno de los hermanos se convirtió en un misionero franciscano; otro entró en el Seminario y se convirtió en un sacerdote; otros que estaban estudiando para convertirse unos en un médico, otros en un ingeniero. Juana estudió medicina. Pero hallaba el tiempo para ayudar a la parroquia, animando el Oratorio y la Acción Católica. Ella era la responsable de algunos grupos: tenía que organizar las reuniones, llevar a los niños a los retiros y a las excursiones en las montañas, preparar representaciones... «Cuando estoy cansada y no puedo más, me pongo de nuevo en marcha con un poco de meditación y de diálogo con Jesús». También encontraba el tiempo para ir a las montañas para esquiar. Se unió al Club Alpino. Y se graduó: médico pediatra.

Pero ¿qué quiere ahora de ella el Señor? ¿Cuál es la "vocación" de Juana? Juana pensó en un primer momento para llegar al misionero hermano en Brasil, para cuidar los niños enfermos más pobres. Pero el confesor le aconsejó permanecer en Italia. Juana encontró un buen ingeniero. Se amaban, mas antes de casarse, se prepararon al matrimonio con un retiro espiritual de tres días. El hermano sacerdote, antes de la celebración de la boda, le dijo a la esposa: «No te hablaré de los Santos, más de nuestra madre. ¿Te acuerdas como estaba sonriente?...».

Para Juana, todo era un don de Dios, el amor, el trabajo, la ciencia, el arte... Sí, Juana siempre vivió su vida como un don precioso de Dios. Llegaron los niños, uno, dos, tres... Escribía.: «Nunca habría imaginado que se tuviese que sufrir tanto para ser madre. Querría ver a los niños siempre bellos, sin ningún trastorno, y en cambio todos los días hay una pequeña espina ».

Mientras esperaba su cuarto hijo, ella se enfermó. Pero, ¡que no piensen en ella! ¡Que salven al bebé! «Renuevo al Señor la ofrenda de mi vida. Estoy dispuesta a todo para salvar a mi bebé... Si tiene que decidir entre el niño y yo, salvadlo a el ... ¡Quiero que mi bebé viva!». En el hospital, decía a las monjas enfermeras: «He aquí, yo estoy aquí para morir. Basta que todo salga bien para mi niño; para mí, no importa». Nació una niña bellísima. Después Juana empeoró. Decía a su marido, para consolarlo: «¡No es justo que nos presentemos al Señor sin haber sufrido!». En la agonía repetía: « ¡Jesús, te amo!».

Preparando una reunión con las muchachas, Juana había una vez escrito en una hoja: «Si el amor no nos cuesta nada, significa que no amamos de verdad». Juana amó de verdad.

*UNA SONRISA ENTRE LOS HARAPOS***MARIA SATOKO KITAHARA** DI ARINOMACHI

“Venerabile” (1929 – 1958)

Está arrastrando el carretón, María, y después de ella, quince chicos del “Pueblo de las hormigas”: empujan, corren, recogen ágiles lo que hallan, cartones, papeles, vidrio, chatarra. Son hijos de chabolistas; viven en barracas.

En japonés, "Pueblo de las hormigas" es "Arinomachi". Bien por esto llamada "María de Arinomachi" esa extraordinaria chica japonesa que por el bien de los niños pobres se convirtió en su maestra y su hermana.

Satoko nació en Tokio, la inmensa capital de Japón. La religión de su familia era Shinto, antigua religión japonesa, que venera la naturaleza, el emperador, las tradiciones y la patria. El papá de Satoko era profesor en la universidad. Satoko – un nombre que significa "inteligente" –era una niña muy afortunada, no sólo porque tenía una familia que la quería mucho, sino también porque tenía una casa bonita, toda rodeada de flores, con una maravillosa vista hacia el volcán Fujiyama, ese alto monte símbolo de Japón. Satoko también tenía un piano, y ¡cuánto le gustaba tocar el piano!

Pero estalló la guerra, la Segunda Guerra Mundial, que redujo al país en una situación de miseria terrible. Satoko tenía sólo diez años cuando Japón entró en la guerra. Para la guerra, Satoko, aunque fuese muy joven, tuvo que dejar la escuela e ir a trabajar en una fábrica de aviones de combate. Una vez los aviones enemigos ametrallaron la fábrica, y Satoko apenas tuvo tiempo de agacharse debajo de un coche; los proyectiles le silbaban de lado; la fábrica se quemó; ella

tuvo un miedo terrible. Todos los días tanto miedo: los atentados se hacían cada vez más frecuentes y mortales. Por la guerra, también un hermano de Satoko murió. Hasta que finalmente la guerra terminó. Pero la salud de Satoko ya no será jamás muy buena.

Satoko se matriculó en una escuela de medicina, para poder un día cuidar a los enfermos. En su tiempo libre, le gustaba estar con sus amigas; pero a ella le gustaba también entrar en una iglesia católica, donde se quedaba muy atraída por las imágenes cristianas y sobre todo por el altar. Satoko miraba en el altar, y, aunque no supiese nada acerca de Jesús, sentía que allí, en el altar, algo grande estaba pasando, algo hermoso para Dios. Ofrecer, donar... Satoko tenía un alma grande, un corazón grande.

Satoko tenía una hermanita, llamada Choko, y aconteció que Choko fue inscrita en una escuela católica, dirigida por las “hermanas” llamadas "Mercedarias". Satoko, acompañando a su hermanita a la escuela, llegó a saber algo hermoso respecto a nuestro Señor y Nuestra Señora... Y un día, a la edad de veinte años, pidió el Bautismo. Pronto recibió también la Confirmación. Ahora ella se llamaba así: Satoko Kitahara Isabel María. Y ahora ya sentía también un deseo grande de hacerse “hermana”, y dedicarse a la educación de los niños.

Y sucede que Satoko María se encuentra con un humilde laborioso fraile franciscano, Fray Zeno. Fray Zeno, notando la gran bondad de Satoko-Maria, la invitó a hacer una visita a los pobres del Arinomachi, el "Pueblo de las hormigas". Y así comenzó la historia de "María del Pueblo de las hormigas".

Arinomachi era una aldea de chozas; entre el barro y la suciedad, se había refugiado allí gente desbandada, que por la guerra había perdido casa y trabajo. Había también allá unos veinte niños: sucios y delgados, que andaban con un carretón por recoger harapos.

María, con muy grandes sonrisas y mucha paciencia, trató de superar su desconfianza. Y poco a poco ella se los hizo amigos. Los atraía cantando las canciones más bellas que conocía. Con la ayuda del jefe de la aldea, organizó como podía una especie de escuela... Con esos sus muchachitos, María logró pronto también imprimir y distribuir en la ciudad un periódico donde se contaban los progresos del Pueblo, Pueblo que por entonces algo se había organizado.

Pero la salud de María empeoró: fiebres, debilidad... Pero ella no tenía cuidado por sí misma. Incluso pidió a sus padres el permiso para ir a vivir en el Pueblo, para permanecer día y noche con sus muchachos. El padre respondió: «Si tú te sientes para ir hasta el fondo, ve, hija mía».

Satoko María se instaló en una choza. Ella se preocupaba por los niños, trabajaba con la gente, escribía cartas a los periódicos y artículos para su periódico, y rezaba mucho. Siempre tenía una sonrisa. Eran para ella días muy hermosos aquellos en quienes – a pesar del agotamiento – lograba traer a sus chicos en un viaje hacia el mar o las montañas. Pero sabía que estaba muy enferma y que pronto habría de ir al Cielo.

El 23 de enero 1958 Satoko Kitahara María Elizabeth murió. Tenía veintiocho años. Se había consumido durante ocho largos años, dedicándose a los niños traperos de Arinomachi, el “Pueblo de las hormigas”.

Satoko María Arinomachi fue un gran ejemplo de amor a Jesús, aquel Jesús que por amor a los pobres convirtiéndose en pobre, servidor de todos.

*UNA CHICA BESA JESÚS CRUCIFICADO***“NENNOLINA” MEO**

"Venerabile" (1930 – 1937)

¿Podéis imaginar una niña vivaz, pero tan vivaz que a los tres años, en tren, se encarama y termina en la retina del equipaje? He aquí, esta es Antonieta Meo – "Nennolina"–, una chica romana de la parroquia de la Santa Cruz, chica feliz y traviesa. Siempre cantaba, siempre corría, todo estaba hermoso, todo la cautivaba. Mas un mal día, en febrero de 1936 (tenía poco más de cinco años), le pasó de dar una rodilla en una roca... Y el dolor no disminuía... El mal se ampliaba... En abril, fue necesario operar, y al final amputar la pierna izquierda.

Antonieta comprendió que Jesús le estaba pidiendo de sufrir con él, de llevar un poco la cruz con él. Aunque Antonieta no tenía seis años de edad, comprendió bien, y dijo que “sí”. Su papá le preguntaba: «¿Sientes mucho dolor?»; y ella respondía: «Papá, el dolor... ¡mientras más es fuerte, más vale!»!

En septiembre de 1936, Antonieta (tenía casi seis años) comenzó a escribir – ella va a hacer así cada noche – una "carta" a Jesús, o al Padre, o el Espíritu Santo, o incluso a la Virgen, o a Santa Teresa, a S. Inés. Las primeras letritas (de septiembre) fueron "dictadas" por ella a su madre, pero en octubre Nennolina empezó a ir a la escuela (primer grado), y a escribir ella misma. ¡«Querido Dios Padre! Padre! Padre!»!. Repetiría siempre este nombre que es tan hermoso»! (21 de noviembre). ¡«Querido Dios Padre, qué nombre bello!: Padre! Padre de todo el mundo, Padre de los buenos y de los malos. Qué nombre hermoso y quiero decirlo siempre, querido Dios Padre»! (1 de diciembre).

Antonietta era muy inteligente. Cuando su madre le preguntaba cómo le había ido en la escuela ese día, ella respondía: "Bien, bien, archi bien, archimuybien». «Querido Jesús, ¡como es bella la escuela! Pues se aprende a escribir tantas cosas hermosas y me gustaría ir incluso en la noche, y también a la fiesta "(1 de noviembre 1936).

Qería mucho hacer su Primera Comunión. Finalmente le dijeron: «Sí, en la Nochebuena». Carta: «Jesús, haz venir pronto esta Navidad. No puedo esperar para abrazarte». Multiplicó sus "Florecillas": un caramelo a un niño pobre, callarse, comer de todo de inmediato sin decir que no, y todos los momentos de dolor, ofrecerlos a Jesús para los misioneros y para salvar a los pecadores... «Hay siete días ...». «Hay seis días...».

Tres días antes de la Navidad, ¡se enferma, fiebre alta...! ¡Más al día siguiente se restablece! Carta en la Víspera de Navidad: «Estoy muy contenta de que en pocas horas te recibiré en la Sagrada Eucaristía, querido Jesús. Querido Jesús, di a Dios Padre que agradezco a él, a ti y el Espíritu Santo, porque en pocas horas te recibiré y yo seré muy feliz. Querido Jesús, yo te amo tanto, tanto, tanto "(24 de diciembre de 1936, las 21 de la noche).

En mayo siguiente, Antonietta se enfermó de nuevo, esta vez a los pulmones: dolor, dificultad para respirar, tos sofocante... ¡Cuarenta días va a durar este último "sí" de Antonietta a Jesús! «Querido Jesús, yo quiero estar en el Calvario contigo... Querido Jesús, dame la fuerza necesaria para soportar los dolores que te ofrezco por los pecadores». «Querida Madre, tú que has visto sufrir tanto a tu hijo Jesús. Yo quiero un poco consolarte y hacer muchos pequeños sacrificios».

Si el papá o el médico le preguntaban: «¿Cómo estás?», siempre respondía: «Estoy bien». «Cuando sufro, de inmediato pienso en Jesús ,y ya no sufro más». Una tía quería que Antonietta pidiese a Dios el milagro de la curación: «No, tía, no ruega por mi curación». La tía insistía, y ella: «!Debemos enseñar a tía el Catecismo!».

La madre, por el dolor de ver a su hija sufrir tanto, le dijo un día: «Antonietta mía, oremos a Jesús para que te haga bajar un poco del Calvario». «¡No, mamá!».

«Pero yo estoy harta de verte sufrir así. Yo pediré que te baje del Calvario... Yo rogaré a Jesús que te haga bajar

del Calvario». «No, mamá; yo no quiero; quiero quedarme con Jesús en el Calvario». «Entonces, ¡estarás sola!». Antonieta la miró apenada, los ojos brillantes de lágrimas y de fiebre... Inmediatamente la madre arrepentida: «No, no, querida, no te preocupes. Yo me quedaré contigo, siempre contigo; si Jesús te quiere en el Calvario, yo voy a permanecer cerca». «Sí, mamá, tú tienes que estar siempre cerca, sobre mi Calvario. Yo voy a hacer la parte que me toca, y tú aquella de madre». ¡La parte de María apenada cerca del Hijo!

Última carta de 2 de junio de 1937: «Querido Jesús crucificado, quiero estar en el Calvario contigo y sufrir con alegría porque sé que estoy en el Calvario. Querido Jesús, di a Dios Padre que lo amo mucho también a él. Querido Jesús, di al Espíritu Santo que me ilumine de amor. Querido Jesús, di a la Virgen que la quiero mucho y que yo quiero estar con ella en el Calvario, porque quiero ser tu víctima de amor, querido Jesús».

El 23 de junio, operación dolorosa, extirpación del tumor pulmonar. Antonieta no tiene más un lamento.

La mañana del 3 de julio, 1937: en la cabeza el velo blanco de la Primera Comunión ... Está muy mal... Su Mamá acerca a sus labios un pequeño crucifijo: lo besa, «¡Dios! ¡Mamá! ¡Papá!».

Antonieta se va... ¡Allí arriba!

¡QUIERO SEMBRAR ALEGRÍA!

CLARA DE CASTELBAJAC

(1953 – 1975)

A dos años y medio, a la madre que la dejaba sola por un momento: «Yo no estoy sola. Yo estoy con Jesús».

Seis años y medio, siempre a su madre: «Quiero ser santa: por tanto es necesario que yo haga sacrificios».

Ocho años, a su padre: «¿Sabes lo que quiero ser más adelante?». «Adivino – responde el padre –, tú quieres ser monja». «No, algo más». «Entonces no adivino». «Quiero ser santa. Eso es todo! Es más que ser monja»..

Esta niña que quiere ser "santa", la encontramos, años después, en Asís. Tiene veintiún años. Está restaurando dos pinturas al fresco en la Basílica de San Francisco de Asís.

Ha realizado estudios – por un año–en Roma, en el Instituto Central de Restauración.

Trabaja en Asís durante tres meses. Son meses de gran luz espiritual. Su alma está toda extendida hacia la Belleza: de la belleza del arte ella sale y vuela, con las alas de mente y corazón, hacia la Belleza Infinita. Su trabajo la apasiona, pero es especialmente apasionada a Dios. Trabajando pacientemente en los antiguos frescos, Clara descubre y muestra el esplendor de los antiguos colores, pero, a través de las líneas y los colores, su alma se eleva a una Belleza más Antigua y más Nueva, la Belleza de Dios. ¡Quizá cuántas veces Clara,

en la Basílica, se habrá detenido ante aquel admirable fresco de Cimabue que representa María que ligeramente inclina su cara sobre su Niño, y tiene a su lado el muy humilde Francisco, y los Ángeles dulces; Clara habrá contemplado conmovida la maternal ternura de la Virgen, y la mirada tranquila de Jesús, quien con su pequeña mano indica la estrella en el manto de María! ¡O también, pocos pasos adelante, ante aquella hermosa "Virgen de las puestas de sol", allí donde Jesús, en los brazos de María, se vuelve vivaz hacia ella como para decirle algo para él muy importante!

Pero el tiempo pasa; estamos en diciembre, es pronto Navidad y Clara regresa por las Fiestas a su país. Su país es Lauret, no lejos de la carretera a Lourdes. Clara había nacido en París el 26 de octubre de 1953. Cinco años en Marruecos. Y ahora allá abajo, en el sur de Francia.

A los cinco años y medio, Clara hace su Primera Comunión. Clara es la niña de la belleza y de la alegría, mas con Jesús en el corazón, todo se vuelve más hermoso.

Es de una vitalidad inagotable. No se cansa más de ver, conocer, admirar asombrada todo. Pero es sobre todo una niña generosa. Es generosa porque es afectuosa. Es cariñosa hacia Jesús y María, y luego, mucho, hacia los pobrecitos. Con todo el entusiasmo y toda la alegría ella afirma su ideal de vida: «!Quiero ser santa!».

A los diecinueve años, 17 de octubre de 1972, así escribe en un cuaderno: «La santidad es el amor en vivir las cosas ordinarias por Dios y con Dios, con su gracia y su fuerza. El amor es el único sentimiento digno de Dios».

¡**Q**ué hermoso!: «El amor es el único sentimiento digno de Dios», «La santidad es el amor», «Vivir las cosas ordinarias por Dios y con Dios»!

Y también: «Transformar todo en amor. Por supuesto, necesitamos un grado consistente de santidad para convertir todo en Amor». ¡Programa maravilloso: «Convertir todo en Amor»!

«**N**o se "acepta" un beso de los padres: más lo queremos porque viene de los padres».

«Querría dar la felicidad a todos los que me acerco y sembrar alegría. La pequeña Teresa estaba esperando para estar en el cielo para hacer las almas felices. Yo quiero hacerlas felices ya en esta tierra». Clara desea iluminar las almas con la alegría de Jesús.

Todo fácil, todo de color de rosa, todo hermoso para Clara? No. Ella tuvo que sufrir mucho. Sufrió porque a menudo estaba enferma, de cuando era niña. Sufrió porque la Iglesia – después del gran Concilio Vaticano II – pasaba un momento difícil. Sufrió porque en las escuelas sus compañeros se oponían a todo y a todos. En fin cuando vino a estudiar a Roma, pasó por un largo período de tentaciones y de oscuridad espiritual. Pero ella se confió al Señor, y tuvo siempre una gran «intimidad con la Santa Virgen».

Así purificada, y llena de luz por la experiencia de Asís, se fue – lunes, 30 de diciembre 1974 – a Lourdes, con sus padres. Estaba inmóvil, de rodillas ante la gruta donde a Bernardeta se le apareció María. Estaba así, toda sumida, absorta en la oración más cariñosa.

De regreso en su casa, en la mañana del 4 de enero, primer sábado del mes (Clara tenía mucho para dedicarle al Inmaculado Corazón de María el primer sábado de cada mes), fue afectada por la meningitis. Murió el 22 de enero de 1975, a los 21 años y tres meses.

Clara nos da la gracia de ver por todas partes la Belleza de Dios.

«¡PAZ EN LA TIERRA!»

SAN JUAN XXIII

“PAPA GIOVANNI”

ANGELO GIUSEPPE RONCALLI

(1881 – 1963)

Un niño tranquilo y silencioso. Está yendo a la escuela, con su carpeta de cartón sobre sus hombros. Un chico bueno, muy bueno, aunque una vez se le escapó una mentira. El pastor le preguntó si el fraile que había predicado en una iglesia cercana, hizo o no un hermoso sermón; y Ángel respondió que sí, que era un buen sermón. En realidad Ángel no fue con la gente para escuchar el sermón, sino a perseguir lagartijas en los campos – lagartijas, pero, que el deja siempre ir de inmediato, porque tiemblan y palpitan, y él siente lastima por ellas.

Es muy bueno, aunque, con siete años, hizo una broma. La madre había escondido debajo de la cama de su habitación una cesta de higos, para el invierno. Ángel, girando por todas partes, como hacen los niños, los había descubierto, y se dio un atracón. Pero qué dolores de estómago y de vientre! Así fue que su mamá supo todo.

No muy lejos de la casa había un Santuario de la Virgen. La madre se iba allí a menudo y Ángel con ella.

Todas las noches, en casa (una pobre casa de campesinos que trabajan para un rico terrateniente), tío Javier rezaba el Rosario. Después del Rosario, tío Javier lee en un libro la “Historia Sagrada” (es decir, los cuentos de la Biblia). Estos hechos, al día siguiente, Ángel los cuenta – con todos los detalles – a la hermana Ancilla, que es un año mayor que él.

En la escuela, Ángel estudia con mucho gusto la historia, que será siempre su materia preferida (de grande, él escribirá libros de historia). Pero Ángel viene de los campos, y como todos los niños que crecen entre los grandes silencios de la naturaleza, se fatiga por hallar las palabras. En el tiempo de Ángel aún no había televisión ni ordenador; un chico que crece en el campo tiene mucho tiempo para tocar las cosas concretas, para contemplar los amaneceres y las puestas del sol. Detrás de la casa, suben las primeras colinas de los Alpes, y un chico espera para la nieve, o trinca con los zuecos claveteados sobre el hielo de las zanjas. Por lo tanto en clase, a Ángel no le resulta muy fácil salir de su dialecto de palabras cortas todas en punta, todas en consonantes, y entrar en confianza con las palabras italianas, bien redondeadas o cuadradas, llenas de amplias vocales. Ángel se tomará con paciencia reproches y castigos («¡Quién falla, de rodillas contra la pared!», grita el maestro), pero poco a poco ¡comenzará a llevarse bastante bien con subjuntivos y condicionales!

Es que, si Ángel quiere en verdad llegar a ser un sacerdote, tendrá que estudiar mucho. Esto es, de hecho, su gran deseo: ser sacerdote. ¡Convertirse en un buen cura! Ya ha hecho de monaguillo, y le parece agradable ser un día como su buen párroco, el padre Francisco.

Pero ahora tiene que superar la Enseñanza Secundaria. Y he aquí que su papá Juan Batista lo lleva primero a un sacerdote de un país vecino, para una clase ulterior, a una escuela que está a cinco kilómetros, ¡de ida y vuelta son diez, a pie, y descalzo! Ángel dice: «¡El profesor de aquella clase me hizo olvidar lo poco que sabía! Él era un profesor que enseñaba todo, excepto lo que tenía que enseñar!». El reporte no fue hermoso. Pero Ángel no se desanimó. Y cuando, después de algún tiempo, un sacerdote – un pariente de los propietarios – se ofreció a pagarle la pensión del Seminario, Ángel muy feliz subió su baulito en el coche que le llevará a Bérgamo, al Seminario. Su padre se le acerca y le dice: «Recuerda que has nacido pobre; ¡prométeme vivir y morir como cura pobre!». Ángel recordará siempre estas palabras de su padre. Ángel seguirá siendo siempre fiel a sus orígenes humildes, siempre seguirá siendo amigo de los pobres.

A los catorce años, Ángel comenzó a escribir un "Diario", es decir, pensamientos, reflexiones, propósitos. A lo largo de su vida continuó

escribiendo su Diario, Diario que es hoy famoso, y también ha sido traducido a muchos idiomas.

Ángel será después enviado por sus Superiores para estudiar en una Universidad religiosa en Roma. Pero, con veinte años, tuvo que partir para hacer – un año – soldado; ¡terminó su servicio militar como sargento de infantería! Luego regresó a Roma para terminar sus estudios, sobre todo para prepararse a la Ordenación sacerdotal. Se hizo sacerdote el 10 de agosto de 1904, en Roma.

El obispo de Bérgamo lo quizo como su asistente. Era un momento en que los obreros comenzaban a agruparse para defender sus puestos de trabajo o el derecho a un salario justo. “Don” Ángel estaba inmediatamente junto a su obispo, que en varias ocasiones llegó a la defensa de los obreros.

Don Ángel fue después llamado por el Papa, que lo nominó obispo, y lo envió como su representante ante Bulgaria y luego a Francia. Después don Ángel se convirtió en patriarca de Venecia, cardenal, y en fin, durante cinco años, Papa, el Papa Juan XXIII. Fue el "Papa bueno", amigo de los niños, los presos, los pobres. Fue un gran Papa. Fue grande porque tenía un gran corazón. También fue grande porque grande fué la obra por él comenzada con la convocatoria – en 1962 – del Concilio Vaticano II, el Concilio que ayudó a la Iglesia a sentirse "Pueblo de Dios".

JUAN PABLO I

ALBINO LUCIANI

"Servo di Dio" (1912 – 1978)

Nuestra historia se encamina hacia el final. Hemos admirado algunas flores en el jardín de Dios, es decir, algunos Santos, pero el Paraíso tiene muchos otros, todos hermosos y coloridos, los colores de las diferentes virtudes. Mas vamos a ver todavía dos flores: una es Albino Luciani, Papa Juan Pablo Primero, otra, Papa Juan Pablo Segundo.

Entre las rocas y glaciares de los Dolomites se alarga un valle que sale al Paso de San Peregrino. En el fondo del valle se suceden pueblos como crudos pequeños; detrás de las casas, magros huertos de patatas y verduras; entonces praderas cortadas, vacas, heniles. Más arriba, los bosques pintan los altos montes de verde esmeralda. Por encima, se despegan y se levantan altas paredes de roca. Sobre: el azul profundo del cielo. Cielo azul, pero vida pobre. Muchos emigran al extranjero. Incluso el padre de Albino iba a trabajar como emigrante en Alemania; era experto en reparar las paredes de los altos hornos para la fusión del hierro. La madre también había sido una emigrante: cajera en Suiza, luego cocinera en Venecia. Al primer niño le pusieron como nombre Albino para honrar a un obrero que había perdido la vida en un accidente de trabajo en un alto horno.

Albino fue bautizado recién nacido, porque parecía estar en peligro de vida. En cambio, creció sano, vivo y despierto. Su madre le enseñó las oraciones; le enseñó muy bien el "Acto de Caridad", una oración que Albino siempre amará mucho. Albino fue monaguillo, e hizo muy

temprano la Confirmación y la Primera Comunión (por las cuales el Papa Pio X había, unos años antes, anticipado la edad necesaria).

En su libro, titulado "Ilustrísimos", Albino escribirá que, cuando era niño, hacia peleas con sus compañeros, y trataba de «igualar los ingresos y las salidas, sin lloriquear con aquellos de casa, porque si se quejaba, ¡le habrían dado el resto!». Vivaz, lograba – como todos los niños – la compañía de los amigos. Su hermana contará que «cuando la madre iba a los campos a trabajar, él siempre se escapaba, y corría con otros niños y había que ir detrás de él porque nunca se sabía lo que podía hacer». Una vez que se escapó de casa descalzo, por jugar en la nieve, buscándose una mala neumonía. Incluso en la escuela, Albino era un "terremoto": ¡los reproches llovían!

Albino tenía diez años cuando decidió escribir una carta a su madre, para pedirle perdón. ¿Qué había sucedido? Lo que había sucedido era que su madre le había dado doce monedas para comprar medicamentos en la farmacia. La farmacia estaba en un pueblo más abajo en la valle. El niño había saltado en su trineo y ¡hala!, deslizándose sobre la nieve. Pero entre golpes y vueltas, perdió dos monedas. Cuando regresó, él dio el resto a su madre, pero, para disculparse de las dos monedas que faltaban, dijo que la medicina había costado dos monedas más de lo que había efectivamente pagado. «Más ... – le escribía a su madre – "mas" me hiere la conciencia, que ya no es más tranquila como antes. Así que hoy he pensado mucho, y ahora confieso a usted la verdad ... ».

Cuando llegó al país fray Remigio capuchino, Albino quería ir con él, para convertirse en monje. Pero el párroco dijo: «Es mejor en el seminario». Y así, después de las vacaciones, Albino fue a Belluno, en el Seminario. Las escuelas Secundarias ... Albino era muy inteligente. Tenía una memoria formidable. Leía mucho; era un 'devorador' de libros. Uno de los libros que le gustaban más era el libro, "Historia de un alma" de Santa Teresita. Albino en el Seminario se hizo realmente muy bueno.

De vez en cuando, para recuperar su fuerza, Albino volvía a sus valles y sus montañas. Al amanecer se iba con sus hermanos a las praderas esmaltadas de flores, por cortar el heno; además de la hoz, siempre llevaba un libro para leer durante los descansos.

Por cada niño bueno que ve le recuerdan la grandeza del alma. El esfuerzo de la subida recuerda la subida a la virtud. El agua de los arroyos recuerda la Gracia; la blancura de los neveros, la pureza; los arándanos ocultos, la mansa humildad; las rojas fresas, la caridad. De las cumbres las vistas amplían el alma. Y de las cimas más altas de sus montañas, Albino habrá contemplado aquel descender de los montes, que como olas cada vez más bajas bajan a la llanura. Allá abajo, todo es brumoso y confuso, la ciudad, las fábricas...

Albino dejará sus montañas, e irá a ser el sacerdote allá abajo. Será sacerdote, obispo, patriarca de Venecia. Él hablará a todos de Jesús. Hablará las palabras del Evangelio, palabras claras y limpias como el agua de los arroyos de su montaña. Un día, el Papa Pablo VI, peregrino en Venecia, se quitó la estola papal, y la puso sobre los hombros de Albino: quizá Albino será Papa?

Sí, Albino se convirtió en el Papa Juan Pablo I. Fue "el Papa de la sonrisa". En una foto bonita, que luego apareció en los periódicos, se veía Albino, el Papa, quien, con una sonrisa amable, explicaba el Catecismo a un monaguillo. En un discurso a los Romanos, dijo: «Yo puedo aseguraros que quiero, que quiero sólo entrar a vuestro servicio, y poner a disposición de todos mis pobres fuerzas, lo poco que tengo y que soy».

La sonrisa del Papa Albino Luciani – Juan Pablo I – iluminó la tierra por sólo treinta y tres días. Ahora Albino nos sonrío desde el Cielo.

SAN JUAN PABLO II

KAROL WOJTYLA (1920 – 2005)

Juan Pablo II es el "grande" Papa, quien, con su gran corazón, ha “abierto” a Cristo el mundo entero. Se hizo cercano a todos, especialmente a los pobres y a los enfermos. Amó mucho los jóvenes. Luchó por los derechos del hombre, por la vida, por la paz. Con el Año Santo de 2000, introdujo a la Iglesia en el Tercer Milenio. Pero, este "gigante" del Señor, ¿cómo era de niño, de muchacho, de joven?

"**K**arol", nació en Wadowice, pequeña ciudad de Polonia, 18 de mayo de 1920. Su familia vivía cerca de la iglesia de Nuestra Señora, en tres habitaciones alquiladas. Cuando nació Carlos, las campanas volteaban; la madre pidió que abriesen bien las ventanas, para que los primeros vagidos de su "Lolek" se uniesen a aquel repique. Carlos tenía un hermano de catorce años, Edmund, quien luego enseñará a Carlo a jugar al fútbol, y se lo traerá del cuello al estadio. Carlos se encontró así creciendo en una hermosa familia. Por desgracia la madre pronto cayó enferma: dolor de espalda, parálisis. Carlos tenía sólo nueve años cuando su madre murió. Tres años después murió también Edmundo, quien, convertido en un médico, se había infectado cuidando los enfermos. Pero en casa de Wojtyla la fe era grande; orando, el papá y Carlos se entregaron a la santa voluntad de Dios ¡Cuántas veces padre e hijo fueron peregrinos al Santuario mariano de Kalwaria!; allá se confiaban a María.

Sí, Carlos tenía un padre extraordinario, que crió a sus hijos en el amor al pueblo y a la historia de Polonia – él era un capitán del ejército polaco –, pero era sobre todo un «hombre profundamente

religioso». Así lo definirá después Carlos, quien añadirá: «Su vida fue una vida de oración constante. Me ocurría de despertarme por la noche y de encontrar a mi padre de rodillas, así como de rodillas yo lo veía siempre en la iglesia parroquial... Su ejemplo fue para mí de alguna manera el primer seminario». Mientras que el padre pensaba en todas las cosas de la casa, Carlos estudiaba. Pero tan pronto como podía, corría a jugar al fútbol! («¡Yo jugaba portero!» decía a los niños romanos). ¡También era muy goloso de las "kremowki", los pasteles con crema!

Poco después de la muerte de su madre, Carlos hizo su Primera Comunión. Todos los días, servía la Misa. «De cualquier manera, organizó un grupo de monaguillos»: entre compañeros, él era el "jefe", pero bueno, manso, equilibrado. Carlos, aunque así joven, había comprendido la vida. Él entendió que la vida es un tiempo breve, y debemos vivirlo bien. Carlos, si tú haces algo bien, si tú eres bueno, desde el cielo Jesús y María te están mirando, te mira mamá.

Carlos amaba la vida: la vida es un gran don de Dios. Amaba la naturaleza, los picos nevados, las vistas... Él tomaba largos paseos por montañas y bosques. Pronto aprendió a esquiar, y a ir a los ríos en canoa. Pero siempre él se mantuvo puro y bueno. En el Liceo (Escuela Secundaria Superior), estaba el "Club de los cachondos", pero había también el muy alegre "Círculo de los abstinentes" (o sea aquellos que hacían promesas solemnes de no beber alcohol y de no fumar): por supuesto, el jefe de este segundo Círculo era él. Cada mañana, antes de la clase, Carlo y amigos, iban a rezar en la iglesia, al altar de la Virgen. Cada semana la confesión. Hacia la edad de quince años, Carlos entró como actor en una compañía de teatro; se enteró de que la "palabra" debe expresar la profundidad del alma. Además del teatro, Carlos era muy aficionado a la poesía.

El mejor amigo de Carlos era un niño judío. Por desgracia, en aquellos años, el "nazismo" estaba extendiendo el "antisemitismo", o sea el odio a los Judíos. Estalló la Segunda Guerra Mundial. Carlos se vio forzado de interrumpir los estudios. Se escapó de los campos de concentración yendo a trabajar como obrero, por primera vez en una cantera de piedra, luego en una fábrica. En esos años conoció a un hombre santo, un sastre, que le dio a leer los libros de Santa Teresa;

con él, Carlos rezaba y organizaba grupos de oración. Y fue en verdad mientras así hacía el orfebre y mientras así oraba, que Carlos oyó la "vocación" al sacerdocio. Él escribirá: «Fue como una iluminación interior: "El Señor quiere que me convierta en un sacerdote"...». El 1 de noviembre 1946, de veintiséis años, fue ordenado sacerdote. En 1958, a los treinta y ocho años, fue consagrado obispo. El 16 de octubre 1978 fue elegido Papa.

Juan Pablo II fue un regalo de Dios a la Iglesia. Él predicaba: «¡Abrid las puertas a Cristo!». A los jóvenes: «¡Jóvenes, tened el coraje de la libertad... Ten el coraje de la verdad que nos hace libres... Tener el coraje del corazón puro... Cristo llámalos a la santidad... Ser para los demás: esta es la vocación de cada uno de nosotros». A los sacerdotes: «En el nombre de Cristo, el sacerdote enseña, consuela y sostiene, perdona y alienta; ¡el sacerdote, sobre todo, ama! ¡Divina y admirable vocación!».

Su lema: «¡Todo tuyo, María!».

Cuando, en la noche del 2 de abril de 2005, él murió, el mundo lloró. Pero, del Cielo, él seguirá animándonos y ayudándonos, él, "el Papa de los jóvenes", el Papa que nos enseñó a confiar, a amar, a caminar.

UNA SONRISA: ¡«YO VOY A JESÚS»!

CLARA LUZ

BEATA CHIARA BADANO (1971-1990)

Hay una maravillosa sonrisa en ese rostro. Es la sonrisa de una joven que entiende que el Evangelio de Jesús es el evangelio del amor, y que quiere hacer un regalo de su vida a Jesús.

Tiene 18 años, va a tener 19. Mas ya solo un milagro la liberaría de los terribles dolores que sufre. Todos rezan para un milagro. Clara quiere lo que quiere Jesús. «Aquí todo el mundo está pidiendo el milagro... Pero no me logro pedir. Creo que no es de su voluntad».

Su infancia pasó en Sassello, un pequeño pueblo de los montes Apeninos de Liguria. Su madre dejó el trabajo porque quería ser de verdad madre; y pronto comenzó a hablar con la niña de Jesús, José y María. Y con paciencia la corregía, porque Clara era ‘clara’ de nombre y de hecho. Algunos episodios. En su cuarto, la pequeña tenía muchos juguetes. La mamá le dice de dar unos para los niños más pobres. Ella dice que no, los juguetes son suyos. Mamà sale en silencio. Poco después, vuelve a riasumarse: la niña estaba eligiendo: «Este sí, este no...». Y dice a su madre: «¡No podía para nada dar los juguetes rotos a los niños que no tienen juguetes!». Otra vez – tenía cuatro años y jugaba en su cuarto – la madre entra y le dice: «Digamos juntos una oración». La niña: «Yo no rezo». La mamá: «Oraré yo también por ti». Y ya aquí está ella junto a mamá para decir oraciones.

«Una tarde – cuenta la madre – llega a su casa con una hermosa manzana roja. Le pregunto de donde provenga. Clara me responde que la llevó de Sra. Gianna... No le pide permiso, es evidente. Le explico entonces que hay que pedir las cosas antes de llevarlas y que por lo tanto ella debe inmediatamente volver a traerla, disculpandose con la vecina. Pero ella no quiere, ella está avergonzada. Voy a explicar para que es más importante decir la verdad que comer una manzana buena. Después de un momento de vacilación, Clara, seguida por mi mirada tranquilizadora, vuelve a representarse a Gianna y explica lo sucedido. Poco después nuestra amiga toca en la puerta llevando una bandeja de manzanas en regalo para Clara, “porque – dice – hoy aprendió algo muy importante para su vida”».

En septiembre de 1980, a sus nueve años, sus padres la conducen a Roma por un *Familyfest* de ‘Focolarinos’. Fundador de los ‘Focolarinos’ había sido Clara Lubich, una chica de Trento, que había decidido dedicarse por completo a Jesús y a los pobres. Fue en 1944: bombardeos, hambrientos, desesperados, desamparados... Clara Lubich había oído que Jesús la llamaba a vivir el ‘mandamiento del amor’. En la última cena, Jesús dijo a los apóstoles: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado... Esto que os mando, que os améis unos a otros». Y entonces él oró al Padre por ellos: «Padre santo, mantienlos en tu nombre... porque ellos sean uno, como nosotros» (*Juan*, 17). Clara se unió a otras chicas; vivían juntas, orando y ayudando a la gente. En cualquier momento ellas habían a Jesús ‘en el centro’, ‘Jesús abandonado’.

Tan pronto que nuestra Clara conoció el Movimiento de los ‘Focolarinos’, todo para ella se coloreó de belleza y entusiasmo. Participaba con entusiasmo a todas las reuniones. «Comunicaba a todos su alegría – recuerda una amiga –, y siempre tenía sonrisa: nunca se desapareció la pureza de sus ojos». Ella tomaba en serio el compromiso de haber a ‘Jesús en medio’. A los doce años, en Roma para un Congreso, Clara ‘redescubre’ ‘Jesús Abandonado’: «Me dio cuenta que estaba fallando en todo». Ella entiende que no se debe mirar a Jesús por la alegría, sino por «amarlo y punto». Lo comprende escuchando La otra Clara, la Fundadora. Relee el Evangelio. «Debo aprender a tener más confianza en Dios, creer en su amor inmenso».

Convertida en una adolescente, le gusta la música pop, le gusta cantar, jugar al tenis y nadar, y charlar en las tardes con los amigos. Pero tiene en raya su corazón. Sufre de algún fracaso escolar. Pero ella no duda en perder tiempo y sueño ayudando a ancianos y necesitados. Está madurando una personalidad profunda. No se luce, no ‘predica’; busca de amar: «No importa tanto hablar acerca de Dios. Yo tengo que darlo».

Cumple 17 años. Llega por Clara la hora de la Cruz. Cáncer de hueso. Después de la primera intervención: «¿Por qué, Jesús?». Pero de inmediato: «Si usted lo desea, Jesús, lo quiero yo también». Dos años de sufrimientos agudos. El cardenal de Turín, en una visita al Hospital, observa la sonrisa de Clara y le pregunta: «Usted tiene un maravilloso resplandor en sus ojos. ¿Cómo haces?». Y ella, tímidamente: «Yo amo a Jesús». Clara siempre sonríe. Los que la visitan para consolarla, regresan consolados. Su padre: «He descubierto una hija nueva y desconocida». El médico: «No estoy acostumbrado a ver jóvenes como tú... Tú me enseñaste... una madurez absoluta». Clara Lubich la llama ¡‘Clara Luz’!

Ella espera ‘el Novio’! Ella tiene que preparar su vestido de novia! Cada gota de gotero: «Para ti!». A su alrededor, hay un aire de Paraíso. «En mi funeral no quiero personas que lloren, pero que canten fuerte. No lágrimas para mí. Yo voy a Jesús!».

Cuarta portada:

«En una pequeña parroquia, nos hemos propuesto – párroco y catequistas parroquiales – presentar a los niños todas las semanas la infancia y juventud de un Santo entre los Santos que hablan más a los chicos y más afectan a la historia de la santidad. Así ha nacido este libro. Delineamos así, con palabras simples y a tintas leves, "buenos ejemplos", y los ofrecemos a nuestros niños, catequistas y educadores. Los ofrecemos a cualquier persona que quiere respirar un poco de aire fresco en el cielo de los Santos de Dios » (de la Introducción).

Jesús, como Hijo del Padre, es "Santidad": Su "Espíritu" forma los Santos. Por lo tanto, contemplando nuestros Santos, nos hemos cogidos por sorpresa, alegría, entusiasmo. Son como altas cumbres que, iluminadas por el sol, invítanos al ascenso espiritual.

A esta llamada a la santidad son muy sensibles las almas jóvenes. Pero a los niños les gustaría conocer – de los Santos – especialmente la juventud. ¿Cómo fueron los Santos de niños, de jóvenes?

Por tanto, este libro presenta una colección de figuras – de Abel a Juan Pablo II – en la juventud de las cuales brillaba, de diferentes maneras, la luz de la Santidad de Dios: siete jóvenes figuras del Antiguo Testamento; la "primera edad" de José y María; Jesús niño; y setenta y dos "juventudes" del Tiempo de la Iglesia (setenta y dos, como los "discípulos" de Jesús (*Luca*, 10, 1).

Se delinea así una pequeña "historia" de la Santidad cristiana y del Pueblo de Dios.

ÍNDICE

Presentación del obispo	3
Introducción	5
LOS "SANTOS" DEL ANTIGUO TESTAMENTO	9
1. Abel	11
2. Isaac	14
3. José de Egipto	17
4. Josué	20
5. Samuel	24
6. David	27
7. Daniel y los tres chicos	31
JOSÉ, MARÍA, JESUS	34
San José	37
María	41
La estrella de Belén	44
El Niño Jesús	48
Nazaret, poesía de Carlos de Foucauld	49
Jesús de doce años	54
SANTOS DE LA IGLESIA	57
1. San Juan (siglo I)	59
2. S. Marco (siglo I)	62
3. S. Pablo (siglo I)	65
4. S. Tarcisio (250 d. C.)	69
5. Santa Inés (292 - 304)	73
6. Santa Lucía (300 d. C.)	77
7. San Martín (316 - 396)	81
8. San Basilio (329 - 379)	84
9. San Agustín (354 - 430)	88
10. San Benedicto (480 - 547)	92
11. San Gregorio Magno (540 - 604)	96
12. San Columbano (540 - 615)	100
13. San Bonifacio (680 - 755)	103
14. San Cirilo (827 - 869)	107
15. San Bernardo (1090 - 1153)	110

16. Santo Domingo (1170 -1221)	113
17. San Francisco (1182 - 1226)	117
18. S. Clara (1194 -1253)	121
19. San Antonio (1190 -1231)	125
20. Santo Tomás (1225 -1274)	129
21. San Sergio de Radonezh (1314 -1392)	132
22. Santa Catalina (1347-1380)	136
23. S. Bernardino (1380 -1444)	139
24. Santa Rita (1381-1447)	142
25. Santa Juana de Arco (1412 -1431)	146
26. San Francisco Javier (1506 -1552)	149
27. Santa Teresa de Ávila (1515 -1582)	152
28. San Carlos Borromeo (1538 -1584)	156
29. S. Filippo negros (1515 -1595)	159
30. San Luis Gonzaga (1568 -1591)	163
Himno a San Luis Gonzaga – Texto	173
31. San Camilo de Lellis (1550 -1614)	167
32. Santa Rosa de Lima (1586 -1617)	171
33. San Vicente de 'Paoli (1581-1660)	174
34. S. Pedro Betancur (1626 -1667)	177
35. B. Kateri Takakwitha (1656 -1680)	181
36. Santa Margarita María (1647 - 1690)	185
37. San Alfonso M. de Ligorio (1696 -1787)	188
38. San Benito José Labre (1748 -1783)	191
39. San Juan María Vianney (1786 -1859)	194
40. San Antonio M. Claret (1807-1870)	197
41. San Juan Bosco (1815-1988)	200
42. Santo Domingo Savio (1842 -1857)	203
43. San Pío X (1835 -1914)	207
44. Ven. María Benedetta Frey (1836 -1913)	210
45. Santa Bernardita (1843 -1879)	213
46. Santa Francisca X. Cabrini (1850 -1917)	217
47. B. Carlos de Foucauld (1858 -1916)	221
48. Santa Josefina Bakhita (1865 -1947)	225
49. San Luis Orione (1872 -1940)	229
50. Santa Teresa d. N. J.(1873 -1897)	233
51. Santa Gema Galgani (1878 -1903)	236
52. Raisa Maritain (1883 -1960)	239
53. Los Santos Mártires de Uganda (1886)	242
54. San Pío de Pietrelcina (1887 -1968)	245
55. Santa María Bertilla Boscardin (1888 -1922)	248
56. Santa María Goretti (1890 -1902)	251
57. B. Laura Vicuña (1891 - 1904)	254

58. Santa Edith Stein (1891 -1942)	257
59. B. Madre Esperanza (1893-1983)	260
60. San Maximiliano Kolbe (1894 -1941)	263
61. B. Claudio Granzotto (1900 -1944)	266
62. B. Pedro Jorge Frassati (1901 - 1925)	270
63. San José María Escrivá de Balaguer (1902 -1975)	273
64. B. Francisco Marto (1908 -1919)	276
65. B. Jacinta Marto (1910 -1920)	279
66. B. Madre Teresa de Calcuta (1910 -1997)	282
67. Santa Juana Beretta Molla (1922 -1962)	286
68. Ven. María Satoko Kitahara (1929 -1958)	289
69. Ven. Antonietta Meo (1930 -1937)	292
70. Clara de Castelbajac (“serva de Dios” – 1953 -1975)	295
71. S. Juan XXIII (1881 -1963)	298
72. Juan Pablo I (“servo de Dios” – 1912 -1978)	301
73. S. Juan Pablo II (1920 - 2005)	304
74. B. Clara Luz (1971 - 1990)	307
Himno a San Luis Gonzaga - música	310

